



PRE RES SID EN TE

KATY
EVANS

SERIE LA CASA BLANCA 1

CHIC



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Nota de la autora

1. Te llamas Matthew
2. Y llevo años pensando en ti como Matthew
3. Comunicado
4. La noticia
5. Todavía soy esa niña
6. La mañana siguiente
7. Primer día
8. El equipo
9. La primera semana
10. Este perro necesita una correa
11. Regalo
12. Corremos por el mismo camino
13. Advertencia
14. Ojos

15. En la cima se está solo
16. Café
17. La Cuenca Tidal
18. Rumores
19. Viaje
20. Una caricia
21. Encuentro
22. Coqueteando con el peligro
23. Cambios
24. Toalla
25. Las últimas primarias
26. Nunca me canso de ti
27. Intenso
28. Llueva o truene
29. Más
30. Noticias
31. Debate
32. La señora Hamilton
33. Ausente
34. La gala
35. Encuentro secreto
36. Por la mañana
37. De vuelta en Washington D. C.
38. El día de las elecciones
39. Te llamas Charlotte

Playlist

Queridos lectores

Agradecimientos

Sobre la autora

PRESIDENTE

Katy Evans

Serie La Casa Blanca 1

Traducción de Olga Hernández para

Principal Chic



PRESIDENTE

V.1: septiembre, 2017

Título original: *Mr. President*

© Katy Evans, 2016

© de la traducción, Olga Hernández, 2017

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2017

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-89-3

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

PRESIDENTE

Sube la temperatura en la campaña electoral de Estados Unidos

Charlotte conoció a Matt cuando era una niña y se enamoró platónicamente de él.

Ahora, diez años después, Matt quiere ser el próximo presidente del país y Charlotte trabaja para él en la campaña.

¿Podrán evitar que su atracción ponga en peligro ganar las elecciones y llegar a la Casa Blanca?

«*Presidente* de Katy Evans me conquistó desde la primera página. Totalmente recomendable.»

Audrey Carlan, autora de *Calendar Girl*

«Katy Evans siempre crea personajes que te dejan sin aliento, y con Matthew Hamilton se ha superado.»

C. D. Reiss, autora *best seller*

Dedicado al futuro

Nota de la autora

Aunque he intentado ser fiel a lo que pasa en política y en los períodos de campaña, esta es, en última instancia, la historia de amor entre Matt y Charlotte. Es una obra de ficción; por tanto, me he tomado algunas libertades a la hora de escribir sobre el mundo de la política, necesarias para crear la historia que ansiaba contaros. Este no es un libro político, sino una historia de amor que surge en ese mundo. Espero que estos dos personajes os atrapen tanto como a mí. Así que poneos cómodos, quitaos los zapatos y adelante...

Te llamas Matthew

Charlotte

Estamos en una *suite* del hotel The Jefferson. Benton Carlisle, el director de campaña, se fuma su segundo paquete de cigarrillos Camel junto a la ventana abierta. A poco más de un kilómetro de aquí se encuentra la Casa Blanca, completamente iluminada para la noche.

Todas las televisiones de la *suite* están encendidas y muestran distintos canales de noticias, donde los presentadores continúan informando de los progresos en el escrutinio de votos para las elecciones presidenciales de este año. Los nombres de los candidatos circulan por todas partes especulativamente; tres nombres, para ser exactos. El candidato republicano, el candidato demócrata y el primer candidato independiente con auténtico impacto en la historia de los Estados Unidos de América, el hijo de un expresidente que apenas cuenta con treinta y cinco años de edad, el candidato más joven de la historia.

Los pies me están matando. Llevo con la misma ropa desde que salí de mi piso esta mañana para ir al colegio electoral y votar. Todo el equipo que ha participado en la campaña durante el último año se ha reunido aquí por la tarde, en esta *suite*.

Llevamos aquí más de doce horas.

La tensión en la atmósfera es palpable, sobre todo cuando él entra en la sala después de tomarse un descanso en uno de los dormitorios, donde ha estado

hablando con su abuelo, que lo ha llamado desde Nueva York.

Su figura alta y de hombros anchos aparece en la puerta.

Los hombres de la sala se ponen en pie, las mujeres se enderezan.

Hay algo en él que llama la atención: su altura, su mirada intensa pero de una calidez desconcertante, la refinada robustez que únicamente lo hace parecer más masculino con su traje de negocios, y su sonrisa contagiosa, tan auténtica y encantadora que no puedes evitar corresponderla.

Sus ojos se detienen en mí y miden visualmente la distancia que nos separa. He salido a hacer un recado y acabo de regresar; por supuesto, él se ha percatado.

Trato de mantener la compostura.

—Te he traído algo para la espera. —Hablo con suavidad y me dirijo a uno de los dormitorios con una bolsa marrón bien cerrada que parece de comida. Él me sigue.

Me doy cuenta de que no cierra la puerta, sino que la empuja, de modo que deja una apertura de solo un par de centímetros, lo que nos ofrece toda la privacidad posible en este momento.

Saco de la bolsa una chaqueta negra de hombre y se la doy.

—Te dejaste la chaqueta —comento.

Echa una ojeada a la prenda y, acto seguido, unos preciosos ojos oscuros como el café se alzan hasta los míos.

Una mirada. Un roce de dedos. Un segundo de comprensión.

Su voz es baja, casi íntima.

—Esto habría sido difícil de explicar.

Nos miramos a los ojos.

Casi no soy capaz de soltar la chaqueta y él casi no quiere cogerla.

Extiende el brazo y la agarra; su sonrisa es dulce y triste, su mirada, perceptiva. Sé exactamente por qué muestra una sonrisa triste, que desprende ternura; porque me cuesta mantener la compostura esta noche y estoy segura de que este hombre —este hombre que lo sabe *todo*— se ha dado cuenta.

Matthew Hamilton.

Posible futuro presidente de Estados Unidos.

Tras dejar la chaqueta a un lado, no hace amago de salir de la habitación, y yo miro al exterior por la ventana para no estar pendiente de todos sus movimientos.

Una brisa que trae el aroma de lluvia reciente y de los cigarrillos de Carlisle se cuela en la habitación por la ventana. La ciudad de Washington D. C. parece más silenciosa hoy de lo normal; está tan inmóvil que da la impresión de estar conteniendo la respiración con el resto del país, y conmigo.

En silencio, nos dirigimos a la sala de estar para unirnos a los demás. Tomo la precaución de situarme en un lugar de la habitación casi opuesto al suyo; instinto de conservación, supongo.

—Dicen que ya tienes Ohio —informa Carlisle.

—¿Sí? —pregunta Matt, arqueando una ceja. Después mira a su alrededor y silba para que Jack, su perro, una mezcla de pastor alemán y labrador de pelo negro brillante, se acerque. El perro corre por la sala y salta al sofá para situarse en el regazo de Matt, quien le acaricia la cabeza.

«Es cierto, Roger, la campaña de Matt Hamilton de este año ha supuesto una hazaña impresionante hasta, bueno, ese incidente...», conversan los presentadores.

Matt coge el mando y apaga la televisión. Me echa un vistazo rápido.

Una nueva conexión, una nueva mirada silenciosa.

La habitación se sume en el silencio.

Según mi experiencia, a los tíos les encanta hablar de sí mismos y de sus éxitos. Matt, por el contrario, lo evita. Como si estuviera harto de contar la tragedia de la historia de su vida. La historia que ha sido el centro de atención de los medios desde que empezó su campaña.

Es posible notar distintos grados de respeto en la voz de una persona cuando habla de un presidente de Estados Unidos en particular. Para algunos presidentes, este grado es inexistente, el tono es más similar al desprecio. Para otros, el nombre se convierte en algo mágico e inspirador, y te llena de las mismas sensaciones que se supone que provoca la bandera roja, blanca y azul, la bandera estadounidense: orgullo y esperanza. Este es el caso con la presidencia de Lawrence Hamilton, la administración del padre de Matt, que tuvo lugar hace varios mandatos.

Mi propio padre, quien hasta entonces había apoyado al otro partido, pronto se convirtió en un partidario demócrata, influenciado por el carisma del presidente Hamilton. La increíble conexión del hombre con la gente se extendió no solo por la nación, sino también en el extranjero, lo que mejoró nuestras relaciones internacionales. Con once años, yo misma estuve expuesta al legendario hechizo de Hamilton.

Matt Hamilton, en plena adolescencia cuando su padre comenzó su primera legislatura, lo tenía todo, un futuro brillante. Yo, por el contrario, aún era una niña, y no tenía ni idea de quién era o hacia dónde se dirigía mi vida.

Más de una década después, todavía lucho contra la sensación de fracaso por no haber logrado algo importante. Lo que yo quería era un trabajo importante y un hombre al que querer. Mis padres querían más de mí, querían que me dedicara a la política. En su lugar, me decanté por el trabajo social. Pero no importa a cuánta gente he ayudado, o cuántas veces me he dicho que ser adulta solo significa estar en mi mejor momento para marcar la diferencia; no puedo evitar sentir que no he cumplido con las expectativas de mis padres. Ni con mis propias expectativas.

Porque, en este mismo instante, mientras esperamos a que se anuncie el próximo presidente de Estados Unidos, los dos sueños que tengo flotan en el aire... y temo que, cuando los resultados salgan a la luz, todas mis esperanzas se desvanezcan por completo.

Espero en silencio mientras los hombres conversan. Capto la voz de Matt de vez en cuando.

Ignorarlo se me antoja imposible, pero es lo único que soy capaz de hacer hoy.

La *suite* es grande, decorada para satisfacer los gustos de aquellos que pueden permitirse habitaciones que cuestan mil dólares la noche. Es la clase de hotel que deja caramelos de menta sobre las almohadas, y han sido más hospitalarios de lo normal con nosotros porque Matt es una celebridad. Han llegado incluso a subirle bollos de yogur después de que la prensa se asegurara de que todo el mundo supiera que le encantan.

Incluso han puesto una botella de champán a enfriar, pero Matt ha pedido a uno de los asistentes de campaña que se la llevara de la habitación. Todos se han sorprendido: han pensado que eso significaba que Matt creía que habían perdido las elecciones.

Pero yo sé, de manera instintiva, que ese no es el caso. Sencillamente sé que, si los resultados no son los esperados, no querrá ver ese champán frío aquí dentro como un recordatorio de su derrota.

Tras dejar a Jack sobre el sofá, cruza la sala, inquieto, y toma asiento junto a su director de campaña al lado de la ventana, luego enciende un cigarrillo. Los recuerdos me vienen a la mente, recuerdos de mis labios rodeando el mismo cigarrillo que estaba en los suyos.

Observo a Jack, que menea la cola y tiene unos ojos cálidos de cachorrillo, para evitar mirarlo a él. El perro levanta la cabeza, alerta, cuando Mark irrumpe en la habitación, sin aliento, con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creerse lo que fuera que acabara de ocurrir... o *estuviera* ocurriendo. Informa a la sala de que el escrutinio ha llegado a su fin. Y, al anunciar el nombre del próximo presidente de los Estados Unidos de América, la mirada de Matt conecta con la mía.

Una mirada.

Un segundo.

Un nombre.

Cierro los ojos y bajo la cabeza al oír la noticia, abrumada por la sensación de pérdida.

Y llevo años pensando en ti como Matthew

Charlotte

Diez meses antes...

Desde que empecé a trabajar a jornada completa, los días parecen haberse vuelto más largos y las noches más cortas. A medida que me he ido haciendo mayor, quedar con grupos grandes de gente ha perdido gran parte de su antiguo atractivo; en cambio, soltarme la melena en pequeños grupos de amigos es algo que ahora disfruto mucho. Hoy celebro mi fiesta de cumpleaños y en la mesa me acompañan mi mejor amiga Kayla, su novio Sam y Alan, una especie de amigo/prendiente que es quien insistió en que saliéramos a celebrarlo aunque fuera un ratito esta noche.

—Hoy cumples veintidós años, cielo —dice Kayla mientras alza su copa en mi dirección—. Espero que por fin saques el culo de casa para votar en las elecciones presidenciales del año que viene.

Suelto un quejido; por ahora, las opciones no son como para emocionarse. ¿El actual presidente, antipático y mediocre en su trabajo, candidato para una segunda legislatura? ¿O los candidatos de la oposición, a los que a veces es difícil tomarse en serio dada la ideología radical que abrazan? A veces da la impresión de que sueltan la locura más grande que se les ocurre solo para obtener la atención de los medios.

—Sería emocionante que Matt Hamilton se presentara —añade Sam.
La bebida se me derrama en el jersey cuando oigo su nombre.

—Tiene mi voto asegurado —continúa Sam.

—¿En serio? —Kayla arquea una ceja traviesa y sigue sirviendo tequila—. Charlotte conoce a Hammy.

Suelto un bufido y enseguida me limpio la mancha húmeda del jersey.

—Qué va, no es verdad —aseguro, y frunzo el ceño en dirección a Kayla—. No sé de dónde has sacado eso.

—Lo he sacado *de ti*.

—Bueno... hemos... —Sacudo la cabeza y le lanzo una mirada envenenada—. Lo he visto alguna vez, pero eso no implica que lo conozca. No sé nada de él. Sé tanto de él como vosotros, y la prensa no es fiable.

¡Dios! No sé por qué le conté a Kayla lo de Matthew Hamilton... Ocurrió a una edad en la que era muy joven e impresionable, evidentemente. Cometí el error de confesarle a mi mejor amiga que quería casarme con el chico. Pero, incluso entonces, por lo menos tuve la perspicacia de obligarle a prometer que jamás se lo diría a nadie. Las promesas de chiquillas tienden a parecer muy infantiles cuando somos adultos, supongo, y ahora no le importa hablar de ello.

—Venga ya, sí que lo conoces: estuviste años coladita por él —dice Kayla entre risas.

Veo que su novio me mira para disculparse.

—Me parece que Kay está lista para ir a casa.

—No estoy ni de cerca lo bastante borracha —protesta mientras él tira de ella para ponerla en pie.

Kayla se queja, pero permite que la levante y después se gira hacia Alan.

—¿Cómo te sientes al tener que competir con el tío más bueno de la historia?

—¿Perdona? —pregunta Alan.

—Ya sabes, el Hombre Vivo más *sexy* según la revista *People*... —señala Kayla—. ¿Cómo te sientes al tener que competir con él?

Alan le lanza a Sam una mirada que definitivamente dice: «Sí, está lista para irse a casa, tío».

—Está superborracha —me disculpo con Alan por ella—. Ven aquí, Kay —digo mientras le rodeo la cintura con un brazo y Sam deja que se incline sobre su hombro. Juntos, la ayudamos a salir del local y la metemos en un taxi que Alan ha llamado; Sam y ella se van juntos.

Alan y yo nos subimos al siguiente taxi. Él le dice al conductor mi dirección y se gira hacia mí.

—¿A qué se refería Kayla?

—A nada. —Miro por la ventanilla mientras se me hunden las entrañas. Intento reírme de ello, pero el estómago se me revuelve solo de pensar en que la gente se entere de lo colada que estaba por Matt Hamilton—. Tengo veintidós años y eso pasó hace diez u once. Un enamoramiento infantil.

—Un enamoramiento del pasado, ¿no?

Sonrío.

—Claro —le aseguro. Después me giro para contemplar las luces brillantes de la ciudad mientras cruzamos las calles en dirección a mi casa.

Un enamoramiento del pasado, claro. No te puedes enamorar de verdad de alguien que has visto solo... ¿qué? ¿Dos veces? La segunda vez fue tan fugaz y en un momento tan abrumador... y la primera... bueno.

Fue hace once años y, de alguna forma, lo recuerdo todo. Todavía es el día más emocionante que recuerdo, a pesar de que no me guste el efecto que tuvo en mis años adolescentes haber conocido al hijo del presidente Hamilton.

Tenía once años. Mi padre, mi madre, un gato atigrado llamado Percy y yo vivíamos en una casa de dos plantas al este de Capitol Hill en Washington D. C. Cada uno de nosotros tenía una rutina diaria; yo iba a la escuela, mi madre acudía a las oficinas de Mujeres del Mundo, mi padre iba al Senado y Percy nos castigaba con la ley del silencio cuando todos llegábamos a casa.

No nos desviábamos mucho de esa rutina, tal y como a mis padres les gustaba, pero ese día sucedió algo emocionante.

Percy tenía que quedarse en mi habitación, lo que significaba que mi madre no quería que hiciera travesuras. Se echó a los pies de mi cama y se puso a lamerse las patas, sin ningún interés en los ruidos del piso de abajo. Solo se detenía de vez en cuando para observarme fijamente al tiempo que yo miraba a través de una pequeña ranura en la puerta de mi cuarto. Me había pasado ahí sentada los últimos diez minutos, viendo al Servicio Secreto entrar y salir de mi casa.

Hablaban en susurros por sus auriculares.

—¿Robert? Una última vez. ¿Este? ¿O... este? —la voz de mi madre se filtró en mi habitación desde el otro lado del pasillo.

—Este. —Mi padre sonaba distraído. Probablemente se estaba vistiendo.

Hubo una pausa incómoda y casi pude sentir la decepción de mi madre.

—Creo que me voy a poner este —anunció.

Mi madre siempre pedía consejo a mi padre sobre qué llevar en ocasiones especiales, pero si alguna vez no señalaba el vestido que ella quería, se ponía el que había *confiado* en que él eligiera.

Me imaginaba a mi madre guardando el vestido negro y colocando el rojo con cuidado sobre la cama.

A mi padre no le gustaba que mi madre atrajera demasiada atención, pero a ella le encantaba. ¿Y por qué no? Tiene unos ojos verdes impresionantes y una melena rubia y espesa. Aunque mi padre es veinte años mayor, y además lo aparenta, mi madre parece más joven a medida que pasa el tiempo. Yo soñaba con ser tan guapa y elegante como ella de mayor.

Me preguntaba qué hora era. El estómago me gruñía con el aroma de las especias, que se filtraba en mis fosas nasales. ¿Romero? ¿Albahaca? Las confundía sin importar las veces que Jessa, nuestra ama de llaves, me explicara cuál era cuál.

En el piso de abajo, el chef de algún restaurante de lujo se encargaba de la cena en nuestra cocina.

El Servicio Secreto llevaba horas preparando la casa. Me enteré de que alguien probaría la comida del presidente antes de que se le sirviera.

La comida tenía un aspecto tan delicioso que habría probado cada bocado encantada, pero mi padre le pidió a Jessa que me llevara al piso de arriba. No quería que estuviera presente porque era «demasiado joven».

«¿Y qué?», pensé. La gente antes se casaba a mi edad. Era lo bastante mayor como para quedarme en casa sola. Querían que me comportara con madurez, como una señorita, pero ¿qué sentido tenía si nunca se me brindaba la oportunidad de desempeñar el papel para el que me estaban educando?

—Es una cena de negocios, no una fiesta, y Dios sabe que necesitamos que las cosas vayan bien —refunfuñó mi padre cuando intenté defender mi participación.

—Papá —me quejé—, sé cómo comportarme.

—¿Crees que Charlotte sabrá comportarse? —Miró a mi madre y ella sonrió en mi dirección—. No cumplirás los once hasta la semana que viene, eres demasiado pequeña para estos eventos y solo hablaremos de política. Mejor quédate en tu cuarto.

—Pero es el presidente —insistí con tanta convicción que me tembló la voz.

Mi madre salió de su dormitorio con ese glorioso vestido rojo que le abrazaba la figura con elegancia y me vio mirar ansiosamente hacia el ajeteo de

abajo.

—Charlotte —profirió con un suspiro.

Dejé de estar en cuclillas y me enderecé.

Ella suspiró de nuevo y luego se dirigió hacia su dormitorio, cogió el teléfono de su mesilla de noche, marcó un número y dijo:

—Jessa, ¿puedes ayudar a Charlotte a vestirse?

Abrí mucho los ojos y, milagrosamente, Jessa entró en un santiamén en mi habitación, sonriendo alegremente y sacudiendo la cabeza.

—¡Chica, persuadirías a un rey para que abdicara!

—Juro que no he hecho nada. Es que mi madre me ha visto espiando y ha debido darse cuenta de que esta es una oportunidad única en la vida.

—De acuerdo entonces, te voy a hacer una bonita y larga trenza —anunció la mujer mientras abría los cajones de mi tocador—. ¿Qué vestido vas a ponerte?

—Solo tengo una opción. —Le enseñé el único vestido que todavía me iba bien y ella me ayudó a ponérmelo con cuidado.

—Estás creciendo demasiado rápido —señaló con cariño mientras me acompañaba al espejo. Luego se colocó detrás de mí y me peinó el cabello.

Contemplé mi reflejo y admiré el vestido; me encantaba el azul del satén. Me imaginaba de pie junto a mi madre con su vestido rojo y a mi padre con su traje a medida. Entrar en el misterioso y prohibido mundo de mis padres era emocionante, pero nada era tan emocionante como conocer al *presidente*.

Cuando el presidente llegó, un grupo de hombres lo seguía, todos con esmóquines. Eran altos y atractivos, pero yo estaba demasiado ocupada mirando al joven situado al lado del presidente como para advertir mucho más.

Era guapísimo. Su cabello era marrón oscuro y aunque estaba peinado hacia atrás, era rebelde en las puntas y rizado en el cuello.

El chico era un par de centímetros más alto que el presidente. Su traje parecía más pulcro, hecho a medida con más cuidado. Me miraba y, aunque sus labios no se movían y su expresión no revelaba nada, juraría que sus ojos se reían de mí.

El presidente Hamilton estrechó la mano de mi madre antes de saludar a mi padre. Aparté los ojos del muchacho situado a su lado y vi que los labios del presidente se curvaban un poco al mirarme. Cuando llegó mi turno, le di la mano.

—Mi hija, Charlotte...

—Charlie —corregí.

Mi madre sonrió.

—No ha querido perderse la diversión.

—Chica lista. —El presidente me sonreía mientras señalaba a su lado con evidente orgullo, y luego le dio un empujoncito al joven—. Este es mi hijo Matthew, algún día será presidente —añadió en un tono conspirador.

El muchacho que yo no podía dejar de mirar se rio en voz baja. Era una risa grave y profunda que me hizo sonrojar. De pronto, no quería estrecharle la mano, pero ¿cómo iba a evitarlo?

Tomó mi mano con la suya, que era cálida, seca y fuerte. La mía era suave y temblaba.

—Qué va —negó, luego me guiñó un ojo.

Yo le sonreí con timidez y reparé en que mis padres nos miraban con atención.

—Usted no tiene pinta de presidente —declaré en dirección al presidente Hamilton.

—¿Qué pinta tiene un presidente?

—Pues de viejo.

El presidente Hamilton rio.

—Dame tiempo. —Se señaló el pelo canoso y brillante. Luego le dio una palmada a Matthew en la espalda y dejó que mis padres lo guiaran hasta el comedor.

Los adultos se centraron en hablar de política y economía, mientras yo me centraba en la deliciosa comida. Cuando mi plato quedó limpio, llamé al camarero y le pedí en voz baja que me trajera otro plato.

—Charlotte —me advirtió mi padre.

El camarero miró a mi padre con los ojos muy abiertos y después a mí con la misma expresión, e intenté repetir la pregunta en voz muy baja.

El presidente me miró con interés.

Preocupada, me pregunté si era de mala educación pedir más antes de que todos hubieran acabado.

El rostro de Matthew reflejaba una expresión seria, pero sus ojos parecían volver a reírse de mí. No apartó la mirada de mí cuando le dijo al camarero:

—Yo también repetiré.

Le dirigí una mirada de agradecimiento y luego empecé a sentirme nerviosa

de nuevo. Su sonrisa era muy poderosa, sentía que me perforaba el corazón.

Bajé la vista a mis manos, apoyadas en el regazo, y admiré mi vestido. Confiaba en que Matthew pensara que era guapa. La mayoría de los niños del colegio lo pensaban; al menos, eso era lo que me decían.

Mientras mis padres hablaban con el presidente y con Matthew, me puse a jugar con mi trenza; me la colocaba sobre un hombro y, después, detrás. La atención de Matthew volvió a mí y, cuando sus ojos brillaron con otra carcajada silenciosa, sentí otra vez que tenía un agujero en el estómago.

El camarero nos trajo a ambos sendos platos con codorniz rellena y quinoa. Mis padres todavía me miraban como si hubiera tenido mucho descaro al repetir plato delante del presidente.

Matthew se inclinó sobre la mesa y me dijo:

—Nunca dejes que te digan que eres demasiado joven para pedir lo que quieres.

—Ah, no te preocupes, a veces ni siquiera pregunto.

Con esto me gané una agradable risa de Matthew. El presidente frunció el ceño en su dirección y luego me guiñó un ojo. Al volver a centrar su atención en el grupo una vez más, reparé en que los ojos de Matthew parecían tener un tono más claro del negro, como el del chocolate.

Permanecí allí sentada, tratando de absorberlo todo, consciente de que ese momento, de que esa noche, constituiría la experiencia más emocionante de mi vida.

Pero, como todo en la vida... no duraría para siempre.

Decepcionada, vi al presidente levantarse de su silla mientras les daba las gracias a mis padres por la cena.

Yo también me puse en pie, con los ojos fijos en Matthew, observando cómo se mantenía erguido, cómo caminaba, su aspecto; también empecé a preguntarme cómo olía. Seguí al grupo hasta el vestíbulo en silencio. El presidente se giró y se dio unos toquitos en su mejilla presidencial.

—¿Me das un beso, jovencita?

Sonreí, me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla. Cuando apoyé de nuevo los talones en el suelo, mi mirada captó la de Matthew. En un acto reflejo, volví a ponerme de puntillas. Parecía normal que también le diera un beso de despedida. Mis labios rozaron su dura mandíbula y su barba incipiente me hizo cosquillas; era como besar a una estrella de cine. Él giró la cabeza y también me besó en la mejilla; estuve a punto de soltar un grito de sorpresa al sentir sus

labios contra mi piel.

Antes de recuperar la compostura, él y el presidente salieron por la puerta y todo el ajetreo del día se convirtió en puro silencio.

Subí las escaleras apresuradamente y los vi marcharse desde la ventana de mi dormitorio. Al presidente lo escoltaron hasta la parte de atrás de su limusina negra y brillante.

Antes de subirse, el presidente le dio una palmada en la espalda a Matthew y le apretó la nuca en un gesto cariñoso.

El agujero de mi estómago se convirtió en una bola mientras accedían al interior del vehículo.

La limusina arrancó y avanzó por la calle silenciosa de nuestro vecindario. Pequeñas banderas estadounidenses ondeaban en la entrada de las casas. Una fila de coches los seguía, uno tras otro.

Cerré la ventana, corrí las cortinas y después me quité el vestido y lo colgué con delicadeza. Luego me puse mi pijama de franela. Me estaba metiendo en la cama cuando mi madre entró.

—Ha sido una velada muy agradable —declaró—. ¿Te lo has pasado bien?

Sonreía como si se estuviera riendo de algo por dentro. Yo asentí con sinceridad.

—Me ha gustado escuchar las conversaciones. Todos me han caído bien.

Ella seguía sonriendo.

—Matthew es guapo. Pero, por supuesto, tú ya te has dado cuenta de eso. También es muy inteligente.

Asentí en silencio.

—Tu padre y yo vamos a escribir una carta al presidente para darle las gracias por pasar este rato con nosotros. ¿Quieres escribirle tú también?

—No, gracias —respondí con timidez.

Ella alzó las cejas y se echó a reír.

—Vale. ¿Estás segura? Si cambias de opinión, déjala en el vestíbulo mañana.

Mi madre salió de mi dormitorio y yo me quedé tumbada en la cama, mientras pensaba en la visita, en lo que el presidente había dicho de Matthew.

Decidí escribir una carta a Matthew, solo porque seguía completamente asombrada y fascinada por la visita. ¿Y si al final resultaba que no había conocido solo a un presidente esa noche, sino a dos? Ese debía de ser el colmo de las reuniones.

Cogí la primera hoja de los papeles y sobres que mi abuela me había regalado por mi cumpleaños y, con mi mejor letra, escribí: «Quisiera daros las gracias a ti y al presidente por venir. Si decides presentarte a presidente, tienes mi voto. Incluso estaría dispuesta a unirme a tu campaña».

Lamí el sobre y lo cerré con firmeza, para luego depositar la carta en mi mesilla de noche. Después apreté el interruptor de la luz para apagarla y me metí bajo las sábanas.

Permanecí tumbada en la penumbra. Él estaba por todas partes; en el techo, en las sombras, sobre el edredón. Me pregunté si alguna vez volvería a verlo y, de pronto, la idea de que él no me viera nunca de mayor me produjo una especie de dolor en el pecho.

He estado tan perdida en mis pensamientos que no me había dado cuenta de que Alan escudriñaba mi perfil.

—Un enamoramiento infantil, ¿no? —pregunta de nuevo.

Me giro hacia él, sorprendida al darme cuenta de que ya nos hemos parado delante de mi edificio. Me río y salgo del taxi, luego miro al interior.

—Desde luego. —Asiento con más firmeza esta vez—. Ahora estoy centrada en mi carrera.

Cierro la puerta al salir y me despido de él con la mano.

Comunicado

Matt

Nunca fui de esos niños con ganas de seguir los pasos de su padre, de ponerme sus zapatos. Demasiado limpios, demasiado clásicos, demasiado grandes.

Sin embargo, lo más extraño es que son sus zapatos lo que recuerdo con mayor nitidez de él, cuando trazaban un círculo perfecto en torno a su escritorio durante una llamada telefónica tensa, mientras que yo, a sus pies, hacía un puzle.

Mi padre se esforzaba por alcanzar la perfección en todo, incluida su apariencia. Desde su impecable traje hecho a medida, a su rostro afeitado a la perfección y a su pelo bien recortado.

Mientras tanto, yo, joven y en las nubes, soñaba con la libertad. Con ser libre de la vida privilegiada que el éxito de mi padre nos había dado a mi madre y a mí.

Mi padre decía miles de veces que yo sería presidente. Se lo decía a sus amigos, a los amigos de sus amigos y a menudo me lo decía a mí; yo me reía y le restaba importancia.

Los siete años que viví en la Casa Blanca mientras crecía fueron siete años que pasé rezando por salir de la Casa Blanca.

Sí, la política me interesaba.

Pero sabía que mi padre apenas dormía; la mayoría de las decisiones que tomaba eran erróneas para un cierto porcentaje de la población, aunque fueran las adecuadas para la mayoría; mi madre perdió a su marido el día en que él entró en la Casa Blanca.

Yo perdí a mi padre el día en que decidió que su legado consistiría en ser presidente.

Intentó hacer malabarismos con todo, pero ningún ser humano podría dirigir el país y, encima, disponer de la energía para dedicar a su mujer e hijo adolescente.

Así que me centré en mis estudios y obtuve fantásticos resultados en la escuela, pero hacer amigos era difícil. No podía invitar a alguien a la Casa Blanca sin más. Mi vida como me la imaginaba después de la Casa Blanca estaría centrada en el trabajo, quizás en Wall Street. Tendría la libertad de hacer todo lo que no había podido hacer bajo el escrutinio de una nación entera.

Mi padre se presentó a las elecciones de nuevo y ganó.

Entonces, en el tercer año de su nueva legislatura, un ciudadano descontento le metió dos balazos.

Uno en el pecho y otro en el estómago.

Han transcurrido miles de días desde entonces. He estado demasiados años viviendo en el pasado.

Ahora, mientras me abrocho los gemelos y me aliso la corbata, vuelvo a recordar aquellos zapatos y me doy cuenta de que estoy a punto de ponérmelos.

—¿Listo, señor?

Asiento, y él abre la cortina.

El mundo me observa. Todos han estado especulando, confiando, dudando.

«Lo hará, no lo hará... Por favor, que lo haga; por favor, que no lo haga...».

«Si se presenta, ganará...».

«No tiene ninguna posibilidad...».

Aguardo hasta que el ruido se apaga, me inclino ante el micrófono y hablo:

—Damas y caballeros, tengo el placer de anunciar oficialmente mi candidatura a la presidencia de los Estados Unidos de América.

La noticia

Charlotte

A la mañana siguiente de mi cumpleaños, reparo en que la luz de mi contestador parpadea. Le doy al botón de reproducir distraídamente mientras permanezco tumbada en la cama y me desperezco.

«Charlotte, soy tu madre; llámame».

«¡Charlotte, contesta al móvil!».

Tras un tercer mensaje similar, me pongo en pie, enciendo la cafetera y le devuelvo la llamada a mi madre.

—¿Has oído los rumores? —pregunta en lugar de saludar.

—He estado durmiendo las últimas... siete horas. —Entrecierro los ojos—. ¿Qué rumores?

—¡Sale en la televisión nacional! Y nos han invitado a la inauguración de su campaña, Charlie, *tienes* que venir. Ya es hora de que te mojes de verdad en política.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es lo mismo que llevo años pensando: que no quiero meterme en política. He visto y oído demasiado al ser la hija de un senador, ya he pasado por mucho.

—Ya es hora de que contribuyas a cambiar las cosas, de que participes y abracés tus facultades... —prosigue mi madre y, mientras parlotea, yo enciendo la tele. La cara de Matt aparece ante mis ojos.

Su atractiva cara, perfectamente simétrica, bronceada y con una ligera barba incipiente.

Está en un estrado, un lugar donde nunca ha sido fotografiado. Los *paparazzi* lo han pillado desprevenido en citas, en la playa, en todas partes, pero nunca, hasta donde yo sé, en un estrado.

Un traje negro y una corbata carmesí cubren un cuerpo digno de una portada de revista. Su traje es de un negro tan intenso que los que llevan los hombres que lo rodean parecen de color gris en comparación.

Es famoso por ser amante de la naturaleza y por adorar la actividad física, y se mantiene en forma experimentando todos los deportes de aventura que la naturaleza puede ofrecer. Natación, tenis, senderismo, equitación. Su constitución fuerte y atlética, perfectamente definida bajo el traje a medida, es sin duda testimonio de ello. Su boca carnosa y seductora se curva en una sonrisa mientras habla por el micrófono.

Debajo de él, una línea negra que se desplaza por la pantalla reza:

NOTICIA DE ÚLTIMA HORA: MATTHEW HAMILTON HA CONFIRMADO SU CANDIDATURA A LA PRESIDENCIA

Leo la frase de nuevo. Distraída, oigo su voz en la televisión; tiene una voz tan deliciosa que el vello de mis brazos se pone de punta, atento.

«... tengo el placer de anunciar oficialmente mi candidatura a la presidencia de los Estados Unidos de América».

Algo dentro de mí da una voltereta y varias emociones me invaden: conmoción, entusiasmo, incredulidad. Me dejo caer en el sofá y me aprieto el estómago con una mano para evitar que los bichos alados que hay dentro se muevan. Mi madre continúa diciéndome lo mucho que mi padre y ella apreciarían mi compañía, pero apenas le presto atención.

¿Cómo podría, cuando Matthew Hamilton sale por la tele?

Es tan atractivo que estoy segura de que cualquier mujer que lo esté viendo quiere que sea el padre de todos sus hijos, que ponga esos labios únicamente en ella y que con esos ojos solo la mire a ella y a nadie más...

Menudo dios.

El príncipe de América.

¿Ahora ha decidido presentarse como candidato para presidente?

Habla con confianza y determinación.

Sé de primera mano que la política no es para los débiles. Estoy al tanto de lo que ha tenido que soportar mi padre para conseguir y mantener su puesto en

el senado. Soy consciente del sacrificio, de la paciencia y de la disciplina que requiere servir a la gente. Sé que, a pesar de dar lo mejor de sí, las críticas lo han mantenido despierto por la noche más veces de las que se atrevería a admitir. Estoy convencida de que ser presidente no puede ser más fácil que ser senador. Y sé que Matt antes no quería esto.

Sin embargo, tras el asesinato de su padre, nuestra economía se fue a la mierda. Estamos básicamente en un punto en el que buscamos ayuda con urgencia, pero la situación es tan apremiante que probablemente no sea suficiente para seguir adelante.

Al final lo ha hecho. Ha dado un paso al frente.

—¡Así que no tienes excusa para no venir! —prosigue mi madre.

—Vale.

—¿Entonces aceptas, Charlotte? —Suena tan sorprendida que sonrío al pensar que la he cogido desprevenida.

Vaya, hasta yo estoy sorprendida de no haber respondido lo de siempre. Seguro que la culpa la tiene mi cumpleaños y otro año esperando un enorme cartel de neón que me señalice el camino hacia mi vida ideal, que sigue sin aparecer.

Otro año esperando ese momento que me diga: «Esta eres tú, esto es lo que estás destinada a hacer». Cuando pienso en la noche en la que los Hamilton vinieron a cenar, recuerdo que me sentía como si estuviera viviendo algo emocionante, histórico, significativo. Ese momento me marcó de muchas formas. No se puede expresar en palabras el asombro, el honor y la sorpresa de tener delante al presidente de Estados Unidos. Hace que también quieras hacer grandes cosas.

Puede que ver a Matt una vez más me ayude a tener las cosas claras. O, si no, al menos lo conoceré y sabré de qué pasta está hecho. Quizá vea si realmente es capaz de estar a la altura del apellido Hamilton.

Tengo curiosidad.

Estoy... intrigada.

Puede que incluso una parte de mí necesite convencerse de que mi enamoramiento infantil ha desaparecido de verdad.

O, quizá, como el resto del mundo, estoy sencillamente emocionada de que finalmente haya un hombre que pueda ganarse el respeto de ambos partidos, abordar las dificultades y realizar un trabajo importante.

—Iré con vosotros —acepto, para deleite de mi madre—. ¿Cuándo es?

Todavía soy esa niña

Charlotte

Me he mudado a mi propio piso cerca de las oficinas de Mujeres del Mundo. Tiene un dormitorio y mi ropero es de un tamaño considerable. Mi armario tiene más trajes de ejecutiva que otra cosa, ya que son indispensables para captar patrocinadores y conseguir oportunidades laborales para nuestras mujeres... Nuevas oportunidades que las inspiren a ser mejores.

Sin embargo, también hay una pequeña hilera de vestidos en el armario atestado de mi nuevo piso. Puede que no tenga docenas de opciones, pero para la noche de la fiesta de inauguración tengo más donde elegir que el único vestido que poseía a los once años.

Kayla se muere de celos, y Alan y Sam me han lanzado indirectas de que están dispuestos a venir conmigo al evento, en caso de que necesite acompañantes. He declinado, ya que voy con mi madre. Mi padre, como demócrata, no vendrá a apoyar a un candidato independiente. Pero mi madre tiene sus propias opiniones y, en lo que se refiere a cualquier cosa relacionada con los Hamilton, parece que yo también.

Me pregunto en qué clase de hombre se habrá convertido Matt Hamilton y si es el donjuán que pinta la prensa desde hace años, a medida que ha crecido la fascinación por él.

Al final me decido por el vestido amarillo de espalda abierta.

Me peino el cabello pelirrojo y me lo dejo caer por la espalda, añado una horquilla de cristal para mantenerlo apartado de mi frente y después bajo las escaleras. Mi madre me espera en el coche, un Lincoln Town.

La última vez que vi a Matt fue dos años y ocho meses después de aquella cena en casa de mis padres. Yo había crecido, ya era oficialmente una mujer y, como mi madre, llevaba un vestido negro. Él también iba de negro, estaba junto a su madre, que parecía minúscula y agotada cuando él la rodeó con un brazo.

Él era más adulto que en la cena, un poco más corpulento, mucho más masculino y sus ojos ya no brillaban al verme cuando seguí a mi padre y a mi madre para darle el pésame. Luego me senté atrás y traté de contener las lágrimas al ver a Matt enterrar a su padre.

Su madre lloraba en silencio y con delicadeza, y el país también lloraba. Ahí estaba él, fuerte y orgulloso, el chico al que su padre educó, el que fue entrenado para capear una tormenta y seguir adelante.

Nos rodean adornos blancos salpicados de plata y azul.

Me siento un poco fuera de mi zona de confort cuando sigo a mi madre hasta el salón. Cruzar las puertas es como abrir las páginas de una enciclopedia viva, llena de nombres importantes: políticos, filántropos, herederos, además de gente con cargos en lo más alto de las mejores universidades del país: Duke, Princeton, Harvard.

Y luego todos los artistas, poetas y escritores...

Ganadores de los premios Pulitzer y Nobel, y caras que se ven en los éxitos de taquilla del año... De alguna forma, todos ellos se desvanecen con Matt Hamilton en esta misma habitación.

Se encuentra en la parte más alejada, alto y de hombros anchos. Su pelo oscuro brilla bajo la luz de las lámparas. Lleva un esmoquin negro perfecto y una corbata de color plateado, y su impecable camisa blanca contrasta con el tono dorado de su piel.

La boca se me seca y parece que mi cuerpo se esfuerza más en bombear la sangre por mi sistema.

No es fácil perderle la pista a Hamilton. Es el niño mimado de los medios.

Primero adolescente rebelde, luego chico de universidad privada, y finalmente el hombre en el que se ha convertido. Es el aspirante más joven de la

historia (cumplirá treinta y cinco años para el día de la toma de posesión) y mi madre dice que representa los años dorados que su padre nos regaló: crecimiento, trabajo, paz. Eso es lo que quiero. Cada uno de los miles de partidarios que están aquí esta noche quiere eso.

Mientras nos abrimos paso a través de la refinada multitud y con el ambiente cargado de perfumes caros, saludo a algunos de los conocidos de mi madre, todos vestidos para impresionar. Los famosos siempre han gravitado hacia los Hamilton, su presencia es un apoyo silencioso. Han pasado nueve años, más o menos, desde la última vez que vi a Matt. (En realidad, sé el tiempo exacto, pero quiero fingir que no lo he contado tan religiosamente).

Es más alto incluso de lo que parecía por la tele, supera a los demás en altura por unos cuantos centímetros.

Y Dios.

Es *todo* un hombre.

Cabello marrón oscuro. Ojos color café. Un cuerpo de dios griego.

Exuda confianza por todos los poros.

Incluso el traje negro que lleva puesto es perfecto.

Si alguna vez hubo un hombre con un aura de privilegio y éxito, ese es Matthew Hamilton.

Los Hamilton han sido influyentes desde su nacimiento. Su linaje se remonta a lores y *ladies* ingleses. Lo llamaban príncipe cuando su padre estaba vivo, ahora está a punto de subir al trono del rey.

Cuando la revista *People* lo nombró «Hombre vivo más *sexy*», *Forbes* lo nombró «Empresario de mayor éxito». Desapareció unos años tras terminar la carrera de Derecho para construir y expandir el imperio inmobiliario de su familia discretamente. A juzgar por la cantidad de furgonetas de prensa que veo desde el salón de la fiesta inaugural, el mundo se ha visto arrasado con la tormenta de su regreso.

Todos los titulares de la prensa de hoy incluyen el nombre Hamilton.

No he visto a tantas personas importantes juntas en un mismo sitio en toda mi vida. No puedo creer que todos hayan venido para apoyarlo.

Cuando soy consciente del alcance de la influencia de Matt, me siento repentinamente asombrada por haber conseguido una invitación para esta fiesta de inauguración.

En Mujeres del Mundo, ayudamos a mujeres que pasan por momentos difíciles en su vida: divorcios, problemas de salud y traumas. El espíritu de la

organización es el de ayudar humildemente. Esto se trata más o menos de lo mismo; todo el mundo está unido por una causa común, pero la atmósfera aquí rezuma poder.

Las personas que se encuentran aquí son las que mueven y sacuden el mundo. Y, esta noche, su mundo se mueve en torno a Matthew Hamilton.

De pronto, veo a Matt charlando de forma distendida con una actriz. Está cariñosa con él, y lleva un vestido diminuto que enseña sus tonificados músculos, su culo respingón y sus firmes pechos.

El estómago se me retuerce, en parte por la envidia y en parte por la fascinación. No sé de qué podría hablar yo con esa mujer, pero no puedo evitar sentirme fascinada.

—Es muy guapo —susurra mi madre mientras nos dirigimos hacia él.

Mis nervios aumentan. Ya hay demasiada gente alrededor de él, a la espera de poder presentarse. Lo veo estrechar manos, la firmeza de su agarre, la forma en que establece contacto visual. Es tan... directo.

El nudo de mi estómago se tensa aún más.

—Creo que voy a sentarme por allí —susurro a mi madre, y señalo una zona de estar donde hay pocas personas y estaré más tranquila.

—Ay, Charlotte —la oigo quejarse.

—¡Yo ya lo conozco! Deja que los demás tengan la ocasión de hacerlo.

Impido que siga protestando y me dirijo apresuradamente hacia esa zona apartada. Desde ahí, observo a la multitud.

Es muy fácil para mí tener una conversación con la gente de mi trabajo, pero esta multitud intimidaría a cualquiera. Diviso a J. Lo con un vestido blanco de marca en una esquina de la sala. Bajo la mirada hacia mi vestido amarillo dorado y me pregunto por qué he elegido un color tan llamativo cuando sería mejor pasar desapercibida entre la gente. Puede que pensara que el dicho de «finge hasta que lo consigas» funcionaría, que tendría un aspecto tan sofisticado como todos los demás y que pronto también me sentiría así.

Dirijo la mirada de vuelta a la persona que ha motivado tanta agitación hoy.

Todo el mundo quiere saludar al príncipe Hamilton y veo que mi madre tardará un buen rato en conseguirlo, sobre todo cuando hay hombres que intentan llevárselo de la fila.

Examino el salón en busca de los baños y los diviso en la parte opuesta. Me pongo en pie, mantengo la vista al frente y paso junto a la fila, dejando atrás al increíblemente atractivo Matt entre un grupo de políticos, mientras voy en

dirección al lavabo de mujeres, donde entro, me retoco el maquillaje y me arreglo un poco.

Tres mujeres charlan mientras se acicalan delante de los espejos.

—Quiero llevarlo encima como si fuera piel —ronronea una de ellas.

Me río por dentro y finjo que no me hacen gracia sus comentarios, sobre todo cuando son lo bastante mayores como para ser su madre.

Cuando salgo, cruzo el salón y me dirijo con decisión a mi mesa, pero me piso el dobladillo del vestido al llegar a la zona alfombrada. Bajo la mirada hasta mis zapatos y me levanto el vestido un par de centímetros, sin ralentizar el paso, y entonces choco contra una gran figura.

Un brazo sale disparado hacia adelante para agarrarme por la cintura.

Se me corta el aliento y me quedo paralizada cuando noto una mano en la cintura y que el lateral de mi pecho presiona contra un antebrazo fuerte. Alzo la mirada; recorro un pecho completamente plano, una corbata de color plateado, paso por una garganta bronceada, hasta que estoy mirando directamente a los ojos oscuros de Matt Hamilton.

Jadeo.

—¡Señor Hamilton! Perdone, no lo había visto. —Su brazo es cálido. Al ver que he recuperado el equilibrio, me suelta lentamente, y yo tartamudeo—. He tenido problemas con el vestido —suelto rápidamente—. No debería habérmelo puesto.

Me siento totalmente abrumada por su presencia, fuerte y atlética. Es enorme. Tiene una cara cincelada y bonita. Todo en él es tan atractivo que me duelen los ojos.

Odio que los dedos de mis pies se encojan ante su mirada.

—De verdad que no lo he visto. Para que lo sepa, no soy una fan loca. No intentaba llamar su atención en absoluto.

—Y, aun así, la tienes, sin duda. —Su voz es potente y profunda, pero su tono es juguetón y tiene una mirada brillante.

De pronto, me cuesta tragar saliva.

Sus labios empiezan a curvarse. Son atractivos y carnosos.

Unos labios para besar.

Para derretirse y fantasear.

Dios, su sonrisa es preciosa.

Aunque solo dure un segundo.

—Discúlpeme una vez más. —Sacudo la cabeza y exhalo, nerviosa—. Soy Char...

—Sé quién eres.

Aunque sus labios ya no esbozan una sonrisa, sus ojos brillan todavía más, si eso es posible. Apenas puedo soportar estar hablando con él; este hombre es lo más cercano a un dios que hay en nuestro país.

—Estoy bastante seguro de que todavía guardo tu carta en algún sitio —dice en voz baja.

Matt Hamilton sabe quién soy.

Matt Hamilton todavía tiene *mi carta*.

Por aquel entonces, él estaba en la universidad. Ahora, el hombre que tengo delante ha madurado del todo, ha madurado a la perfección. Y, Dios santo, no me puedo *creer* que le escribiera una carta.

—Ahora estoy doblemente avergonzada —susurro, y agacho la cabeza.

Cuando alzo la vista de nuevo, Matt se limita a observarme con una mirada directa que seguro que causa un gran impacto en todo aquel que la recibe.

—Dijiste que me ayudarías si alguna vez me presentaba a las elecciones.

Sacudo la cabeza, sorprendida, y río suavemente ante la idea.

—Tenía once años; solo era una niña.

—¿Eres todavía esa niña?

—Matt. —Un hombre le da un golpecito en el hombro y le hace un gesto para que vaya con él.

Él asiente al hombre, después se limita a mirarme mientras yo sigo ahí, desconcertada por la pregunta.

—Está ocupado. Mejor me voy... —digo, y me alejo entre la gente, dando unos pasos antes de mirar por encima de mi hombro.

Me observa.

Me mira como si estuviera un poco intrigado, y también como si se riera ligeramente por dentro, o puede que solo sea una impresión mía, porque al instante se da la vuelta, su espalda ancha se estrecha en una pequeña cintura, ofreciendo una vista espléndida mientras camina para saludar a sus emocionados seguidores.

—No me puedo creer que lo hayas saludado antes que yo, esa fila es mortal. —Mi madre ha aparecido de la nada y ahora está a mi lado—. Los peces gordos no paran de apartarlo de los demás. Ya vuelvo.

Se dirige de nuevo a la fila mientras yo me siento a la mesa otra vez y me pongo a charlar un rato con una de las parejas que hay ahí.

Aún estoy recuperándome del encuentro.

—Ah, la hija del senador Wells. Es un placer. No puedo decir que lo conozca, pero es un buen hombre. Votó en contra de...

—Hugh, venga ya —lo interrumpe su mujer, deteniendo al senador de edad avanzada—. Vamos a saludar a Lewis y a Martha —dice, y lo convence de ir con ella.

Me siento aliviada cuando se van, pues me da miedo decir algo embarazoso. Sigo aturdida por mi encuentro con Matt Hamilton y no parece que pueda centrarme en nada más.

Observo a mi madre aguardar pacientemente mientras seis personas delante de ella lo saludan, hasta que por fin consigue abrazarlo; parece diminuta y femenina frente a la forma alta y musculosa de él. Cuando terminan el abrazo, me sorprende verla señalar en mi dirección.

El estómago se me encoge cuando su mirada sigue la dirección del dedo de mi madre.

«Ay, Dios mío, ¿mi madre me está señalando?».

«¿Matt me está mirando?».

Nuestras miradas se cruzan y, durante un segundo, algo destella en sus ojos. Asiente, como si le dijera que ya me ha saludado.

Mientras conversan, su mirada sigue posada en mí.

Soy consciente durante unos instantes de la curiosidad de la sala al completo, que se pregunta a quién mira su nuevo candidato, pero no puedo apartar los ojos el tiempo suficiente para comprobar quién mira.

Dios. Incluso su postura es como la de un miembro de la realeza estadounidense.

Ha crecido hasta convertirse en una mezcla deliciosa de elegancia y sencillez, y en algún sitio bajo esa mirada de determinación veo algo primitivo que tira de mí.

Una mujer que pasa a mi lado se inclina para decirme algo al oído.

—Está tan bueno y es tan tentador como un *coulant* de chocolate. Y hace que la política sea emocionante —comenta.

La miro y luego vuelvo a buscar la mirada del ardiente Matt Hamilton mientras sigue saludando a la gente de la fila. Casi ha terminado, pero estoy segura de que no será por mucho tiempo. Una sombra le cubre la mitad de la

cara, aunque veo que tiene la atención puesta en una pareja de personas de avanzada edad; su sonrisa es casi imperceptible, pero sigue siendo tan *sexy* y atractivo que hace que mis pulmones trabajen algo más de la cuenta.

Una vez termina de hablar con la pareja y consigue librarse de todos, se ajusta los gemelos.

Y empieza a caminar en mi dirección.

Está caminando en *mi* dirección.

El tío más bueno de la sala camina en mi dirección y mi corazón da unos mil vuelcos por segundo dentro de mi pecho.

Echo un vistazo por todo el salón e intento mostrar indiferencia, pero no soy tan buena actriz. Tengo miedo de mirar hacia esa cara bonita y descubrir que sabe el efecto que provoca en mí; me lleva un momento reunir el valor, cautelosa antes de ver la expresión que muestra. Más cautelosa cuando descubro que tiene los ojos fijos en mí.

En mí.

Ya no me mira.

Alguien lo ha detenido para charlar.

Exhalo.

Sin embargo, antes de que relaje los hombros, Matt le da una palmadita al hombre de mediana edad en la espalda, le estrecha la mano y empieza a caminar de nuevo en mi dirección.

Yo me quedo sentada, lidiando con estas emociones que no puedo reprimir.

Quiero hablar con él. Quiero explorar su cerebro. Tengo curiosidad, tengo sed profesional y puede que quiera apretarme contra él accidentalmente una vez más.

Para poder olerlo.

No, esto último definitivamente no.

En cualquier caso, estoy segura de que, con una bebida, estaré un poco menos nerviosa. ¡Pero ya es muy tarde para beber!

Antes de ponerme en pie para recibirlo, Matt —el puñetero Matt Hamilton, la perfecta chocolatina americana— se hunde en el asiento que hay a mi lado. Sus ojos quedan a la altura de los míos cuando se inclina adelante.

—Para que lo sepas, no soy un acosador loco que intenta llamar tu atención.
—Su voz está tan cerca que es como si hubiera pasado un dedo por mi columna.

Y su timbre es como sexo sobre sábanas de seda.

Su aroma es un prelude del sexo.

Incluso sus ojos cálidos de color café parecen una invitación al sexo.

Río y me sonrojo.

Sus labios se curvan y su sonrisa traviesa es como un preliminar; uno de los que las chicas como yo solo vemos por la tele; de la clase que se filtra, desapercibido, hasta que tienes las braguitas en cualquier sitio excepto donde deben estar.

Ay, Dios. Nunca he visto a un tío tan bueno.

Me esfuerzo por reprimir un pequeño escalofrío.

—No te preocupes, también sé quién eres.

—Cierto. Pero seguro que no sabes lo en serio que voy en cuanto a obtener una respuesta.

—¿Perdón?

Se limita a sonreír y me examina la cara, contemplándome en silencio. No puedo evitar hacer lo mismo. Sus facciones parecen incluso mejor esculpidas ahora, masculinas al cien por cien, y cada centímetro de piel visible de su cuerpo parece haber sido acariciado por el sol.

Reparo en el brillo de su espléndido cabello y sus ojos, y noto que huele a colonia cara. El espacio que ocupa su cuerpo y la calidez que emana de cada centímetro atlético de él me hacen sentir calor por todo el cuerpo.

De verdad está aquí; delante de mí.

Mi estómago da un vuelco y yo me río tímidamente, y me paso las manos por el traje, nerviosa.

—Por aquel entonces, tenías muy claro que no te presentarías como candidato. ¿Cómo iba a saberlo? O sea. Mírate ahora —digo, señalándolo. A Matt Hamilton, nada menos, sentado a mi lado. Es evidente que le divierte verme nerviosa.

—Sé lo que piensas —me advierte con una expresión sobria, aunque hay un destello de diversión en sus ojos.

«¿Que estás como un tren?», me pregunto.

«¿Que no sé cómo provocas este efecto en mí? ¿Que por qué, después de todos estos años, sigues gustándome?».

—Créeme, no lo sabes —susurro, ruborizada.

Se inclina hacia adelante y atrapa un mechón suelto de mi cabello pelirrojo, da un tironcito y me observa mientras me lamo los labios por los nervios.

—Te preguntas por qué me he presentado.

—¡No! Me...

«... pregunto por qué estás aquí, charlando conmigo». No se lo digo y dejo la frase en el aire. Observo cómo se enrolla mi mechón pelirrojo en la punta del dedo índice y, luego, lo suelta tranquilamente; me mira mientras lo desenrolla del dedo con mucha, mucha lentitud, y lo deja caer de nuevo.

—Bueno... ¿qué tal estás? —pregunta con voz grave.

—Bien. No tan bien como tú, al parecer —matizo. Dios. ¿Estoy coqueteando? ¡Por favor, no coquetees, Charlotte!

—Lo dudo. De verdad que lo dudo mucho —responde Matt. Su voz sigue siendo muy grave y su sonrisa todavía se refleja en sus ojos, pero no en sus labios.

Da la impresión de estar tan centrado en mí que parece no darse cuenta de que todo el mundo mira en su dirección.

Yo estoy nerviosa a su lado, pero al mismo tiempo no quiero que se vaya.

—¿Sabes? Nos hemos visto tres veces y creo que no sé nada de ti salvo por las historias que oigo de vez en cuando —suelto—. Son tan contradictorias que no sé cuál creer.

—Ninguna.

—¡Venga ya, Matthew! —río, y entonces me doy cuenta de que lo he llamado por su nombre y de que lo he estado tuteando—. Es decir, señor Ham...

—Matt. Charlotte. A menos que todavía prefieras que te llamen Charlie.

—¡Dios, no! ¿Estás decidido a avergonzarme hoy?

—La verdad es que no. Aunque no puedo negar que encuentro bastante encantador el rubor de tus mejillas.

Sus labios se curvan de forma sensual y noto un aleteo en el estómago cuando me guiña un ojo.

Agacho la mirada, cohibida, y advierto que los pezones se me marcan bajo el vestido.

Mortificada, me dispongo a cruzarme de brazos para que no se vea, pero me doy cuenta de que él también lo ha notado. Lentamente, alza la mirada hasta la mía; su expresión no revela nada. Luego, vuelve a fijar la vista en la muchedumbre.

—Tengo que irme. Pero no voy a despedirme. —Arquea una ceja perfecta en un movimiento cargado de significado. Empuja su silla hacia atrás y se pone en pie.

Sus palabras me dejan confusa. No logro emitir una respuesta lo bastante rápido, así que se limita a sonreírme. Reflexiono sobre lo ocurrido durante el resto de la noche.

La verdad es que no sé cuánto tiempo nos quedamos mi madre y yo, pero lo que sí sé es que las tres veces que he mirado en dirección a Matt, él se ha dado la vuelta para devolverme la mirada, como si tuviera alguna clase de radar o simplemente notara que lo observaba.

En esas tres ocasiones, mi estómago ha enloquecido y he apartado la mirada de golpe.

Cuando estamos listas para marcharnos, mi madre se toma su tiempo para despedirse. Me planteo atraer la atención de Matt para desearle suerte antes de salir; ojalá no nos hubieran interrumpido y hubiéramos podido hablar un poco más. Lo busco entre la multitud, pero está ocupado y no quiero interrumpirlo. Mientras sigo a mi madre hacia la puerta, uno de sus viejos amigos congresistas se acerca para despedirse de las dos. Yo sonrío y asiento. Y, al pasar junto a su hombro, los ojos de Matt conectan con los míos y comprendo que ha estado observándome mientras me iba.

Me sonrío y asiento levemente, y hay algo en su sonrisa y en ese gesto que hace que me invada una extraña expectación.

¿Expectación? ¿Por qué? Sencillamente, no lo sé.

Voy en la parte de atrás del coche con mi madre, incapaz de dejar de pensar en lo que Matt me dijo al acercarse a mí. Detesto no poder controlar el efecto que tiene en mí.

—Ganará —dice mi madre en voz baja.

—¿Tú crees? —pregunto.

El deseo de que gane me golpea de pronto con muchísima fuerza, casi me abrumba. Sentada allí, hablando con él, noté una competencia real en él y una fuerza que hace que quieras aferrarte a ella. Lo cual es una tontería, pero ¿no queremos un presidente fuerte? Queremos a alguien que no pierda la calma durante una crisis, alguien seguro de sí mismo, alguien real.

—Bueno, su comunicado ha causado bastante revuelo. Pero los demócratas y los republicanos no renunciarán a la presidencia tan fácilmente —continúa mi madre, y yo aprieto los labios.

Cuando empiezo a salir del coche, mi madre dice:

—Charlotte, sabes lo mucho que odio que vivas aquí sola...

—Mamá —gruño. Sacudo la cabeza y frunzo el ceño a modo de reprimenda. Después me despido de ella con la mano y cierro la puerta del coche.

Esa noche no es la primera vez que sueño con Matt Hamilton en los últimos once años, pero es la primera donde el chico del sueño tiene exactamente el mismo aspecto que tenía él en la fiesta.

La mañana siguiente

Charlotte

Todavía pienso en la noche anterior de camino a Mujeres del Mundo. Trabajo ahí con mi madre desde los dieciocho, alternando mis estudios en Georgetown y horas de servicio social en el centro. Ayudo a dirigir la organización y normalmente me dedico a recaudar fondos, buscar trabajo y dar charlas de apoyo a las mujeres que acogemos. Acabo de terminar una llamada cuando un hombre alto de cabello oscuro pero con bastantes canas se presenta en la puerta de mi despacho y llama.

—Hola, Charlotte. Buenos días. —Habla con la familiaridad de un viejo amigo.

Su cara me suena, pero no consigo adivinar de qué lo conozco.

—Benton Carlisle... —Extiende una mano que rápidamente estrecho—. Por desgracia, no tuvimos la oportunidad de presentarnos anoche. Soy el director de la campaña de Matt Hamilton.

El corazón me da un vuelco aunque yo no quiera.

—Ah, claro, señor Carlisle, disculpe. Aún no he tomado café. Por favor, siéntese.

—No me quedará mucho tiempo. Solo he venido en nombre de Matt.

—¿Matt? —pregunto.

—Sí. Desea invitarte oficialmente para que te unas a su campaña.

Si ver al director de la campaña de Matt en mi despacho no es una sorpresa lo bastante grande, esto sí que lo es.

—Me...

—Me dijo que fuiste la primera en ofrecerle ayuda y no quiere rechazar su primera propuesta.

Abro los ojos como platos.

—Señor Carlisle...

Se ríe.

—Admito que me tomó por sorpresa. La mayoría de la gente que hemos contratado tiene experiencia, algo de lo que tú careces. Y, aun así, aquí estoy, a primera hora de la mañana. —Me mira como si se preguntara qué he hecho para merecer esto y no me gustan sus posibles suposiciones.

—Es cierto que no tengo experiencia. Le agradezco la propuesta, pero me temo que tengo que rechazarla.

—Está bien.

—Pero, por favor, dele recuerdos al señor Hamilton.

—Lo haré. —Deja su tarjeta en mi mesa—. Por si hay algo que podamos hacer por ti.

Nos estrechamos la mano y se marcha con la elegancia y discreción con la que ha entrado. Cuando está fuera de mi vista, me dejo caer sobre la silla, asombrada.

Me dedico el resto del día a mis tareas, pero, cuando regreso a mi piso, me siento en el sofá, mi querido gato Doodles se coloca en mi regazo y me pregunto por qué he rechazado la oferta. Siempre he querido hacer algo importante por mí misma, sin contar con la ayuda de mis padres. ¿Trabajar en una campaña no sería apasionante? ¿Emocionante? ¿Por qué no acepté enseguida? Me pregunto si mi temor tiene que ver con el mismo motivo por el que sería apasionante y emocionante. Porque implicaría estar cerca de Matthew Hamilton, y él es, por una parte, quien me inspira a aceptar y, por la otra, quien me hace querer mantener una distancia de seguridad.

Esa noche, veo un programa de la tele donde uno de los candidatos dice cosas completamente fuera de lugar sobre los inmigrantes y refugiados pobres, y también asegura que subirá los impuestos para que volvamos a tener el mejor ejército del mundo.

Tal y como lo cuenta, parece que negarse a ayudar a los que sufren es el

único camino para poder regresar a nuestros días dorados.

Aprieto los labios y apago el televisor.

Quizá pueda ayudar. Yo creo en él. Creo que es mejor que cualquier otra opción de las que han sacado por la tele.

Cojo la tarjeta de Carlisle y lo llamo.

—Señor Carlisle, soy Charlotte Wells. He estado pensando en la oferta... y sí. Quisiera ayudar. Estoy lista para contribuir de cualquier forma y puedo empezar el lunes.

Hay un silencio de sorpresa.

—Matt estará encantado.

Me envía la dirección donde tengo que presentarme el lunes, después cuelgo y me quedo mirando el teléfono con los ojos muy abiertos. ¡Ahí va! Acabo de aceptar un trabajo en la campaña de Matthew Hamilton.

Primer día

Charlotte

Miro fijamente por la ventanilla del taxi mientras me dirijo a la sede de la campaña presidencial de Matt Hamilton.

Es un día despejado de febrero. La fuerza sosegada de Washington D. C. parece un recordatorio permanente de que este es el hogar de la poderosa sede ejecutiva del país. Monumentos, alfombras verdes y políticos que llenan las cafeterías y las calles pasan rápidamente; Washington se alza con orgullo y fuerza como la ciudad más elegante de la nación.

No viviría en otro lugar. Cualquier cosa fuera de aquí no es más que una aventura pasajera.

Mi pulso está en Washington D. C.

El pulso de la nación está en Washington D. C.

Si Nueva York es el cerebro y Los Ángeles, la belleza, Washington D. C. es el corazón. Sus monumentos tienen alma; todos ellos son testimonio de la fuerza y la belleza de la vida estadounidense.

El taxi recorre el centro de la ciudad. Pasamos por el laberinto del Pentágono, a lo largo del río Potomac, junto al Monumento a Lincoln, las paredes blancas e inmaculadas de la Casa Blanca y la cúpula del Capitolio.

No sé por qué estoy aquí.

¿Qué me ha llevado a dejar mi trabajo en Mujeres del Mundo?

En la televisión han puesto su comunicado una y otra vez, y yo he reproducido la fiesta de inauguración en mi cabeza también una y otra vez.

No... Sé muy bien por qué estoy aquí. Porque me lo pidió, quizá. Y porque quiero hacer historia, por pequeña que sea mi aportación.

Salgo del taxi y rebusco en mi bolso con el edificio de dos plantas, sede de la campaña de Matt Hamilton, frente a nosotros.

Pago al conductor y, en cuanto empiezo a recorrer la acera, la esperanza y la expectación me invaden de nuevo.

Una mujer de mediana edad con una voz elegante y unos andares aún más elegantes me guía por el interior.

—Está listo para recibirla. —Señala hacia el área principal del segundo piso, donde un grupo de personas se agolpa ansiosamente alrededor de Matt: más de un metro ochenta de cuerpo atlético, inteligente e imposiblemente atractivo, vestido con unos pantalones grises y una camisa negra, y toda la gente mira hacia el extremo de una larga mesa.

Matt tiene los brazos cruzados y frunce el ceño con algunos de los eslóganes que le enseñan.

—Este no me convence. —Su voz es profunda y vibra con ese aire pensativo que lo rodea mientras da golpecitos con el dedo a algo que no le gusta—. Huele a embustes, y no nos identificamos con eso.

Nos, es decir, él y su equipo.

Parece un tío con los pies en la tierra, no es pretencioso, incluso cuando es sin lugar a dudas el más famoso de todos.

—Charlotte.

Levanta la cabeza y me ve. Sus ojos se llenan de esa risa que recuerdo tan bien, y no veo qué le parece tan gracioso de mí. Pero sonrío de todas formas; su sonrisa es contagiosa.

Al acercarse a mí apresuradamente, irradia ese encanto que hace que todo el mundo quiera ser su amigo; o su madre; o, mejor aún, su mujer. Es cierto que desprende ese aire al que un reportero hizo referencia en una ocasión: «Hay algo en él que da la sensación de que necesita un poco de amor». Una sombra triste en sus ojos que lo hace todavía más atractivo.

Es el hombre que su padre instruyó y también el hombre que una nación entera esperaba.

Los Hamilton inspiran más lealtad que cualquier otra familia que haya

estado en el poder ejecutivo.

Su mano aprieta la mía.

—Señor Hamilton.

—Matt —corrige.

Su mano es cálida, grande; lo cubre todo. La siento deslizarse sobre la mía, la estrecho y trato de sostenerle la mirada, pero, mientras aprieta su agarre, es como si me apretujara todo el cuerpo. Estoy de los nervios y me parece que la culpa es del brillo de sus ojos y de esa cara atractiva que sugiere «ámame, llévame a casa y cuídame, o fóllame».

Deja caer la mano a un costado y la introduce en un bolsillo, y yo lo miro un segundo y me pregunto si él también ha sentido esa descarga eléctrica cuando me ha tocado.

Luego baja la mirada hasta mis manos, como si, al igual que yo, hubiera caído en la cuenta de lo pequeñas que son mis manos en comparación con las suyas.

—¿Te estás adaptando bien?

—Sí, señor. Estoy absolutamente encantada de estar aquí.

—Matt... —lo llama alguien.

Inclina la cabeza hacia un hombre que le entrega un teléfono; entonces extiende su mano libre y la posa ligeramente en mi hombro mientras inclina la cabeza ante mí.

—Nos pondremos al día, Charlotte.

Me aprieta el hombro ligeramente con la mano y su toque me abrasa. No me lo esperaba. Aunque el contacto tan solo dura un segundo, envía una ola de calor por todo mi cuerpo. Los dedos de los pies se me encogen dentro de los zapatos.

No puedo evitar observarlo mientras eleva el teléfono hasta su oreja y se retira a su despacho para atender la llamada.

Dios, estoy metida en un buen lío.

«¡Céntrate, Charlotte!».

«No. En su culo, no».

Aparto la mirada y me obligo a sonreír mientras me indican dónde se encuentra mi cubículo.

Mi primer día consiste en un resumen básico de mis tareas como asistente política.

—¿Por qué se ha presentado como candidato? Lleva años intentando proteger su privacidad a toda costa.

Dos muchachas hablan junto a la mesa, una de cabello oscuro y la otra de cabello rubio y corto con un peinado *bob*.

—Es verdad. Habrá cambiado de idea —le dice la rubia a la morena.

Echan un vistazo en su dirección; resisto el impulso de hacer lo mismo.

Matt se ha convertido en el centro de atención después de pasar años luchando con reporteros obsesionados por tener privacidad. De algún modo, los ingeniosos periodistas consiguieron infiltrarse en Harvard cuando empezó la universidad y, siempre que participaba en algún evento, en lugar de la causa que tan generosamente trataba de impulsar con su presencia en esos actos, era él quien acababa en los titulares.

Eso le molestaba.

—Cuando me ofreció el trabajo, le pregunté: «¿Por qué yo?». Y él me contestó: «¿Y por qué no?» —añade la rubia—. Porque estás tan bueno que ninguna mujer puede trabajar cerca de ti y pensar con claridad —se responde a sí misma entre risas.

Sonrío y me concentro en organizar mi escritorio.

Mi despacho es perfecto, con vistas a la ciudad. Fuera de este edificio, todo parece sereno; el país funciona como siempre, pero algo bulle en este recinto, en mis compañeros de trabajo, en mi interior.

Después de situarme, me dirijo a la pequeña cocina para prepararme un café. Con la taza llena, me doy la vuelta al oír pasos detrás de mí, pero calculo mal lo cerca que está la persona que acaba de llegar. Me sobresalto cuando choco contra ella y derramo un poco de café en sus zapatos.

Me siento avergonzada. «¡Venga ya, Charlotte!». Separo de la taza mis dedos manchados de café y la dejo a un lado para coger servilletas.

—No me lo puedo creer; tus zapatos. —Empiezo a agacharme, pero la rubia del peinado *bob* también se agacha y llega antes que yo.

—No pasa nada. Un poco de emoción nunca ha hecho daño a nadie. —Sonríe—. Soy Alison.

Extiende la mano y yo se la estrecho.

—Soy la fotógrafa oficial de la campaña.

—Yo soy Charlotte.

—Charlotte, sé cómo puedes compensármelo.

Me pide que la siga y nos dirigimos al despacho de Matt; ella lleva su cámara colgada del cuello. Cuando comprendo que estoy a punto de verlo, me paso los dedos por el pelo nerviosamente. Diviso sus hombros anchos y su atractiva silueta en la silla detrás de la mesa; está guapísimo y ocupado, leyendo unos papeles.

Mientras lee, mi dedo se engancha en un pequeño nudo de mi cabello y, rápidamente, trato de deshacerlo. Cuando finalmente lo consigo, reúno el valor para mirarlo; Matt me observa con el ceño fruncido.

—¿Quieres salir en la foto conmigo? —Su voz es baja e increíblemente profunda.

Me quedo mirándolo, confusa.

—Uy, qué va. Para nada.

—¿Todo ese esfuerzo y no dejas que el mundo lo disfrute? —pregunta. Su expresión es indescifrable mientras alza una ceja, señalando mi pelo.

«Oh, Dios».

Me ruborizo. Dicen que Matt disfruta de la vida, disfruta tanto de ella que quiere cambiarla. Sonrío, demasiado nerviosa, y me limito a quedarme a un lado mientras Alison prepara la cámara.

—¿Aquí, Matt? —pregunta.

—¿Por qué no hacemos algo más natural? —Su mirada oscura se detiene sobre mí mientras dobla un dedo para indicarme que me acerque—. Charlotte, ¿podrías pasarme uno de los impresos que están detrás de ti? —pregunta con la voz un poco ronca.

Con un nudo de nervios en la garganta, tomo uno y me acerco a él, consciente de que observa cada paso que doy; oigo los clics del obturador.

—Fantástico —dice Alison.

Matt toma la carpeta con una elegancia perezosa. Su mirada sigue clavada en la mía y su voz todavía es increíblemente profunda e inquietante.

—¿Ves? Sabía que había un motivo por el que te había traído. Haces que tenga buen aspecto —comenta en señal de aprobación. Sus labios se curvan ligeramente.

Alzo las cejas; él arquea las suyas también, como retándome. El calor me reptta por el cuello y las mejillas. En realidad, no hay nada que pueda hacerle quedar mejor de lo que está.

Cuando regreso a casa, me siento más que avergonzada. «Adelante, queda como una tonta enamoradiza, Charlotte», me riño mientras me dirijo a mi piso.

Al llegar a casa, tengo en mente el conjunto más serio que poseo. No importa si soy bajita y tengo cara de niña; quiero que la gente me tome en serio. Los pies me están matando, el cuello también, pero no me pongo el pijama hasta sacar del armario un traje de color negro hollín de ejecutiva: unos pantalones y una chaqueta corta negra para mañana. Extiendo el conjunto en la silla situada junto a mi ventana y lo miro con ojo crítico. Es formal y está impoluto; ese es exactamente el aspecto que quiero tener mañana.

Matt Hamilton va a tomarme en serio como que me llamo Charlotte.

Mis padres están orgullosos.

Kayla me ha mandado un aluvión de mensajes, quiere detalles.

Dedico un rato a responderle, sola en mi piso.

No me había dado cuenta de lo sola que me sentiría durmiendo en mi piso sin nadie más. «Querías ser independiente, Charlotte. Pues ya está».

La luz de mi contestador parpadea y aprieto el botón de reproducción de mensajes.

«Charlotte, no me gusta nada que estés ahí, en ese pisito, sobre todo con lo que haces ahora. A tu padre y a mí nos gustaría que regresaras a casa si realmente quieres trabajar en la campaña durante un año. Llámame».

Gruño. «Ay, no, mamá».

Durante años, hablamos sobre la posibilidad de independizarme y labrar mi propio camino cuando cumpliera los veinte. Mi madre no estaba conforme al acercarse la fecha y yo todavía estaba en la universidad y podía hacer alguna tontería, así que lo pospuso hasta los veintidós. Ahora, un mes después de mi cumpleaños, me lo he ganado, me he mantenido en mis trece y me he negado a que posponga la fecha otra vez.

Ella insistía en que el edificio era relativamente inseguro, con solo un portero. Si alguno de los vecinos lo llamaba para que subiera a su casa, la puerta y el vestíbulo quedarían desatendidos. Era pequeño, incómodo e inseguro.

Yo pensaba que era perfecto. Bien situado y con el tamaño apropiado para mantenerlo limpio y ordenado, aunque todavía no he conocido a casi nadie excepto a dos de mis vecinos: una familia joven y un veterano del ejército. Y sí

que me da la sensación de que, por la noche, hay cosas que crujen, y me mantienen despierta. Pero este es el primer paso para labrar mi propio camino.

Me tumbo en la cama y pongo el despertador para mañana. Estoy físicamente exhausta, pero, en mi cabeza, revivo el día de hoy una y otra vez.

Pienso en la campaña, en Matt y en el asesinato del presidente Hamilton. Pienso en nuestro presidente actual y en mis esperanzas con respecto a nuestro futuro presidente.

Toda la gente que conozco, todo el que es consciente de sí mismo y su potencial... Todos queremos influir, contribuir, trabajar en algo que nos importe. Ahora sigo un nuevo camino que yo he establecido. Soy joven y algo insegura, pero estoy contribuyendo a cambiar las cosas, aunque sea solo un poco.

El equipo

Matt

En las campañas presidenciales no solo se necesita al candidato adecuado; se necesita el equipo adecuado. Ojeo las docenas de carpetas desperdigadas en mi escritorio. Llevo seis tazas de café y doy el último sorbo mientras reflexiono sobre la última incorporación a mi equipo.

—Mujeres del Mundo, Charlotte Wells. Es prácticamente una becaria, no tiene experiencia. ¿Estás seguro de esto? —preguntó Carlisle.

Tomé la decisión delante de una caja de donuts, burritos vegetarianos, latas de refresco y botellas de agua de sabores.

No puede decirse que Charlotte sea guapa, es demasiado impresionante para eso. Uno no olvida sin más una cara como la suya.

Su cabello pelirrojo le cae por los hombros como una llama. Y ese brillo en sus ojos. Es activa, sin complejos, exquisita. A pesar de haber sido educada como la hija de un senador, hasta ahora se ha visto libre de escándalos políticos, libre de los negocios sórdidos con los que se asocia a veces la política.

Está más capacitada para este trabajo de lo que cree Carlisle. Soy consciente de su reticencia, pero estoy convencido de que Charlotte demostrará con creces lo que vale.

En lugar de contratar a los aliados políticos experimentados de la época de mi padre, todos muy deseosos de apoyarme, estoy eligiendo a personas que quieren marcar la diferencia, que piensan en los demás antes que en sí mismos y en sus bolsillos.

Estoy decidido a tenerla en mi equipo.

Antes incluso de fijarme en ella en la fiesta de inauguración, ya había planeado pedirle a Carlisle que llamara a aquella niña que había conocido, la que había llorado un océano y medio en el funeral de mi padre. La de la carta que releí, por algún motivo, el día en que mi padre murió.

Después de la fiesta de inauguración... digamos que ha estado en mi cabeza, y no solo porque es preciosa y en otra vida me habría gustado deslizar las manos bajo su vestido y acariciar su piel, inclinar la cabeza y besarla en la boca durante un buen rato. No, no por eso, sino porque le encanta la presidencia, siempre le ha gustado.

Y ahora está confirmado que trabajará en mi equipo gracias a Carlisle. Él es mi director de campaña y quien lo lleva todo. Ya hemos reclutado a asesores de prensa, jefe de estrategia y encuestador, director de comunicaciones, director de finanzas, asesor de medios, secretario de prensa, portavoz, director de estrategia digital y fotógrafa oficial.

Tenerlos a todos en la sede de la campaña me proporciona una sensación de satisfacción; hemos formado un equipo que nos llevará sin problemas a las elecciones de este año.

Estoy listo para acabar el día, así que doy una palmadita a Carlisle en la parte posterior de la cabeza y digo:

—Confía en mí. —Cojo las llaves de mi coche y salgo.

Vivo en un piso de soltero de dos dormitorios cerca del Capitolio. Dista mucho de las ciento treinta y dos habitaciones y la superficie interminable de la Casa Blanca. Es moderno y del tamaño perfecto para tenerlo todo bajo control sin problemas. Además, mi madre vive a tres manzanas. Aunque tiene una agenda social apretada y un novio que lleva cinco años intentando que se case con él, sin éxito, me gusta tenerla cerca.

Mi perro, un cruce entre pastor alemán y labrador, se pone a ladrar cuando inserto la llave en la cerradura. Es de color negro brillante y los medios lo llaman Black Jack; es más famoso que el perro de Taco Bell. Sus ojos son casi tan negros como su pelaje y, afortunadamente, ya ha pasado la fase en que mordía todos mis zapatos hasta destrozarlos. Está detrás de la puerta y ladra tres veces. La abro y da un brinco.

Lo atrapo con una mano, cierro la puerta con la otra y lo dejo en el suelo.

Viene conmigo a la cocina. Lo adopté una vez que di una charla para sensibilizar sobre la adopción animal. Jack era un cachorro por entonces, a la madre la encontraron en las calles, encogida sobre él y sobre sus dos hermanas muertas.

La Casa Blanca será algo radicalmente distinto de sus comienzos.

Aprieto el botón para escuchar los mensajes del contestador.

«Matthew, soy el congresista Mitchell. Enhorabuena, puedes contar conmigo».

«Matthew, soy Robert Wells, muchas gracias por la oportunidad que le has brindado a mi hija. Es evidente que puedes contar con el apoyo de la familia... Quedemos para comer alguna vez».

«Matt —esta vez es una voz femenina que no reconozco—. Espero que recibas este mensaje. Estoy... estoy embarazada. Me llamo Leilani. Estoy embarazada de tus hijos... son gemelos. Por favor, necesitan a su padre».

Saco una botella de cerveza Blue Moon de la nevera y un plato del horno. Borro los mensajes, enciendo la televisión, apoyo los pies y empiezo a comer mientras espero a Wilson.

Quería quedar y le dije que las diez era lo más temprano que podía.

Entra en el piso y va a buscar una cerveza, luego se deja caer en el sofá a mi lado. Tiene casi cincuenta años y aún está soltero, así que pasa tiempo con su sobrino en sus días libres del Servicio Secreto. Es sorprendente que no se haya puesto en contacto conmigo después de soltar la bomba presidencial por todo el país.

Me observa durante un momento y junta los dedos de las dos manos mientras me mira directamente a los ojos.

—Pues aquí estamos.

—Aquí estamos. —Sonrío y tomo un trago.

Por la expresión de Wilson, parece que no esperaba decir eso, lo que encuentro ligeramente divertido.

—Vi el comunicado. Vaya, nunca pensé que te oiría decir eso. —Se pasa una mano por su cabeza calva y la deja caer, mirándome como si esperara una explicación.

Yo me limito a alzar la cerveza para brindar.

—¿Por qué? —pregunta.

—Diez años es mucho tiempo para pensárselo. Es una idea que siempre ha estado aquí... —Giro un dedo, simbolizando los engranajes de mi cabeza.

—Hay quien dice que deberías haber esperado a las siguientes elecciones, hasta ser un poco mayor.

—Ya, pero no estoy de acuerdo. Estados Unidos no puede esperar más. ¿Día libre?

—He dimitido.

Me detengo con la cerveza a medio camino de mis labios.

—Me necesitarás —explica Wilson—. Y quiero formar parte de esto.

Estoy tan sorprendido que guardo silencio. Entonces me pongo en pie y Wilson se levanta (la costumbre, supongo), y le doy la mano.

—Te meteré en la Casa Blanca de nuevo.

—No, yo te meteré a ti. De una pieza. Sé de muchas damas que estarían agradecidas por ello. Y tu madre también.

—¿Te ha contratado ella? —pregunto, inseguro sobre si reírme o quejarme cuando volvemos a sentarnos.

—No. He tomado mi propia decisión. Pero sí que ha llamado: está preocupada.

—He permanecido en la sombra para calmar sus miedos, Wil. Pero ya no puedo quedarme más ahí. —Sacudo la cabeza, luego lo examino con curiosidad—. ¿Cuándo empiezas?

—Mañana —dice.

Estamos tan acostumbrados el uno al otro que no nos saludamos ni nos despedimos; simplemente se levanta y se marcha.

Cojo el mando para cambiar de canal y entonces los presentadores se ponen a hablar de las personas seleccionadas para mi equipo.

«Eso es, Violeta, parece que Matt Hamilton está más interesado en traer sangre nueva que experiencia a la campaña. Tendremos que ver si este método resulta efectivo a medida que nos adentremos en el año electoral... Tenemos alrededor de una docena de nombres confirmados como parte del equipo de campaña. Una de las asistentes políticas más jóvenes en el equipo es la hija del exsenador Wells...».

Nada que no sepa ya. Una fotografía de Charlotte aparece en la pantalla; lleva el pin de mi padre en la solapa. Me inclino en el sofá y me limito a examinarla, la sonrisa de su cara, la expresión de sus ojos, y no puedo creerme lo atractiva que es.

«El motivo de su inclusión entre el personal permanente es un enigma, y la especulación en torno al motivo por el que Hamilton la ha elegido...».

—Por una corazonada —contesto en voz alta, y me reclino en cuanto la imagen desaparece. Luego, alzo la cerveza y le doy un trago.

«Parece tener un sólido trasfondo católico y predilección por ayudar a los necesitados. Esa cara angelical definitivamente no se ganará enemigos...».

—Además, no la habéis mancillado, es pura —continúo, y dejo la cerveza a un lado mientras miro las imágenes de ella en la pantalla.

Han pasado casi diez años desde el funeral de mi padre, pero todavía recuerdo cómo lloraba, como si también fuera su padre.

«Tenemos una instantánea de la joven abrazada a Matt Hamilton en el funeral del presidente Hamilton. ¿Crees que puede haber algún lío amoroso?»

—No... de momento —murmuro. ¡Vaya! ¿Acabo de decir eso?

«No pasará, Hamilton. Ahora no».

Joder.

Me termino la comida y llevo el plato a la cocina para dejarlo en el fregadero, donde frunzo el ceño y me inclino cuando su cara vuelve a aparecer en mi mente. Charlotte, con ese vestido amarillo brillante. La confirmación de Carlisle de que había aceptado unirse a la campaña.

Me confunde lo mucho que me ha afectado eso y lo mucho que la quiero cerca. Regreso a la sala de estar para oír el resto.

«La verdad es que no. Hamilton ha tenido mucho cuidado con eso, es un hombre muy discreto».

«Es cierto que desde su abrupta salida de la Casa Blanca se ha hecho con la simpatía y el apoyo del público. El número de seguidores que ha ganado hasta ahora no tiene precedentes para alguien independiente y, al parecer, le llueven las donaciones incluso antes de que los eventos para recaudar fondos empiecen. Será interesante ver qué hace este equipo de personas bastante jóvenes pero impresionantes. Se esperan estrategias originales e inventivas para llegar al público, y una gran campaña por internet».

Me froto la nuca y apago el televisor.

Estoy acostumbrado a la atención. A mi madre nunca le pareció bien la disposición de mi padre para usarme con fines publicitarios. Se esforzó todo lo posible por salvaguardar mi privacidad, y supongo que, antes de esto, yo también.

Pero mi padre me enseñó que la prensa no tenía que ser el enemigo, que podía ser amiga o una herramienta para ayudar a su administración. Durante aquellos años en la Casa Blanca siempre estábamos rodeados de un ejército de

prensa y fotógrafos hábiles. El único respiro lo encontrábamos en Camp David, donde no tenían permiso para entrar. No obstante, rara vez fuimos allí, a pesar de lo mucho que le gustaba a mi madre ese sitio de vacaciones. Mi padre sentía que pertenecía al pueblo e insistía en ser tan abierto y estar tan disponible como fuera posible.

«Paso mucho tiempo fuera, quiero que me conozcas», me decía.

«Te conozco», respondía yo.

Yo lo acompañaba al exterior, al jardín sur, y luego se subía al Marine One. Por supuesto, yo era un adolescente fascinado con todo lo militar.

«¿Qué opinas?», preguntaba a todo el mundo, con el orgullo paternal de cualquier padre estadounidense. «Algún día será presidente », decía.

«Ah, no», me reía yo.

Le habría encantado verme intentándolo.

Sin embargo, falleció hace más de diez años.

Cuando sucedió, mi madre recibió la llamada de un senador de Estados Unidos.

Mi abuelo se enteró por la televisión de que su hijo había muerto.

Lo único que recuerdo del funeral es a mi madre besando la parte superior de su cabeza, sus dedos, sus nudillos y sus palmas antes de colocar su alianza en la mano de él y llevarse la de mi padre.

El vicepresidente envió una carta a mi madre y otra para mí.

«Matt, soy consciente del hombre fenomenal y del gran líder que era tu padre. No lo olvidaremos».

La carta era un amable recordatorio de que mi madre y yo nos habíamos quedado sin casa por primera vez en nuestra vida.

Tras el funeral de estado, hicimos las maletas, ya que la familia del nuevo presidente se iba a instalar en la Casa Blanca. Eché un vistazo al Despacho Oval por última vez, a las paredes, al escritorio, a la silla vacía, y me fui de allí sin imaginarme lo decidido que estaría a regresar dos legislaturas después.

La primera semana

Charlotte

No duermo bien. Sueño con la campaña, con quién ganará las primarias para los partidos políticos más importantes, y también sueño con el día en que el padre de Matt fue asesinado.

Aún es de noche cuando despierto. Me doy un baño caliente, aunque no estoy muy cansada pese a que no he dormido bien. La adrenalina producida por mi entusiasmo me impulsa y casi tropiezo medio desnuda en la cocina. Me visto mientras desayuno.

Llevo una falda de color caqui, una sencilla camisa blanca de botones y un par de zapatos abiertos con un tacón moderado de seis centímetros. Me recojo el pelo hacia atrás con una práctica coleta, no demasiado apretada, solo lo suficiente como para que no se suelten mechones rebeldes.

El entusiasmo en la sala es palpable cuando llego al edificio. Los teclados hacen clic, los teléfonos suenan, la gente está ocupada y recorre los pasillos de un sitio a otro apresuradamente. Hay respeto en el ambiente, gratitud por estar aquí.

Queremos que nuestro candidato gane.

Matt nos pregunta qué queremos de nuestro próximo presidente, qué queremos para nuestro país. Mientras el grupo reflexiona, esa mirada ridículamente *sexy* se clava en mí.

—Si tuvierais un genio que os concediera tres deseos, ¿cuáles serían?

Cada palabra que emite es como una proposición indecente. Las mujeres a mi alrededor parecen acaloradas. Me pregunto si todas pedirían acostarse con él

como primer deseo y casarse con él como último, igual que yo.

Una mujer levanta la mano.

—Empleo, salud y educación. Es lo que todos queremos; así nos sentimos valorados, ocupados, sentimos que tenemos algo que ofrecer. El amor es imposible de conceder, pero si nos mantenemos ocupados, si nos sentimos útiles y valorados, obtendremos amor propio.

—Yo seré vuestro genio. Tienes razón: el amor no es algo que yo pueda conceder. Pero en lo que respecta a esos tres deseos, seré un genio para todo aquel que dé toquecitos a mi lámpara. —Golpea la mesa con el puño y luego nos deja con el trabajo por hacer, charlando inspirados.

Todos queremos impresionarlo. Todos queremos sentir que hemos hecho algo por esta campaña. Si Matt Hamilton sale elegido como presidente, haremos historia.

Miro a los encargados de crear los eslóganes.

HAMILTON ES EL CAMBIO
UNA NUEVA VISIÓN
PREDESTINADO A LIDERAR
EL CAMBIO QUE NECESITAMOS
LA VOZ QUE MERECEMOS
POR EL FUTURO

Eslóganes para captar lo que representa.

LIDERAZGO PARA EL PUEBLO
EL MÁS CAPACITADO PARA EL CARGO

Mi favorito: NACIDO PARA ESTO.

Me adapto a este ambiente de trabajo durante la mañana, y me alegra decir que me adapto bien.

El teléfono empieza a sonar desde el mediodía y ya no para. Voy a contestar tan frenéticamente que casi se me cae.

—Sede de la campaña de Matt Hamilton.

—Matt, por favor —exige una voz masculina.

—¿De parte de quién, por favor?

—Su padre, Law.

Los demás asistentes me lo han advertido, por supuesto. Pese a todo, es difícil permanecer imperturbable con una afirmación como esa.

—Lo siento, necesito su nombre, por favor.

—Soy George Afterlife, soy clarividente y su padre me está usando para comunicar un mensaje. Es imperativo que hable con él enseguida.

Es difícil ignorar el tono de desastre inminente al otro lado de la línea.

—Señor Afterlife, si desea dejar un mensaje, me aseguraré de que lo reciba.

—¡Matt, soy tu padre! —empieza a gritar el hombre, cambiando la voz.

—Matt no puede atenderlo ahora, pero si deja un mensaje...

—Tengo que hablar con Matt: conozco la conspiración que está detrás de mi asesinato.

Durante los siguientes diez minutos, intento que el hombre deje un mensaje, pero lo único que me da es un número. Yo lo anoto.

El teléfono suena de nuevo y me da un pequeño ataque al corazón.

—¿Sí? Sede de la campaña de Matt Hamilton.

Una voz suave y entrecortada dice:

—Matt. Necesito hablar con Matt.

—¿De parte de quién? —Saco mi libreta para anotar su información.

—Su novia.

Vacilo. ¿Novia? El corazón se me hunde un poco, pero lo ignoro.

—Su nombre, por favor.

—Mira, él sabe mi nombre: soy su novia. —Ahora tengo sospechas. No tiene novia, ¿no?

—¿Y usted lo llama para...?

—¡Dios, vete a la *mierda!* —Cuelga.

Vaya. Yo también cuelgo.

Me quedo hasta medianoche, alternando las llamadas telefónicas y la pila de cartas.

Ha transcurrido menos de una semana y ya he empezado a recibir llamadas telefónicas de gente que no dice nada y notas raras en mi correo electrónico de su «hermana», su «mujer» y su «padre de entre los muertos».

¿Cómo puede Matt dormir por las noches?

¿Realmente estoy hecha para esto?

Dos días después, Carlisle convoca una reunión.

Esta carrera política es una jungla y la competencia ya está afectando a Matt. Al parecer, el presidente Jacobs ya ha comenzado a lanzarle dardos envenenados.

—¿Se siente amenazado? —Matt sonríe y cubre su expresión con una mano cuando Carlisle nos convoca a todos en la sala de la televisión y reproduce una grabación del mismo día.

Vemos la entrevista al presidente sobre la candidatura de Matt en un canal de noticias importante.

Observo su lenguaje corporal, pero es difícil discernir algo con esa falta de energía que muestra y con lo estoico que parece.

—¿Cómo puede dirigir el país eficazmente sin una primera dama? —Señala a su elegante esposa, que sonríe con recato.

Al día siguiente, Matt Hamilton aparece en el mismo canal, con un aspecto aún más presidencial que el propio presidente.

—Me parece una broma que el presidente Jacobs crea que un hombre soltero e independiente no puede dirigir el país eficazmente. —Mira hacia la cámara con sobriedad y con una ligera sonrisa en los labios, con esos firmes pero alegres ojos marrón oscuro taladrando la lente de la cámara—. El rol oficial de la primera dama ni siquiera estaba apropiadamente definido cuando la señora Washington sirvió en Mount Vernon durante la legislatura de George Washington. Tengo mujer —añade mientras sus labios se curvan aún más—, y se llama Estados Unidos de América.

La avalancha de llamadas no tiene precedentes. Carlisle, el director de campaña, crea frenéticamente más eslóganes.

COMPROMETIDO CON TODOS

HECHO EN ESTADOS UNIDOS

ESTADOUNIDENSE HASTA LA MÉDULA

Durante la semana citan una frase de Hewitt, el director de prensa de la campaña de Matt.

«La única obligación de Matt Hamilton es para con vosotros, los Estados Unidos de América. Necesitamos que quede claro. Su primera dama es este

país».

«He de decir que, gracias a cómo está representando a Estados Unidos Matthew Hamilton, he vuelto a sentirme orgullosa de ser estadounidense», bromea una presentadora de noticias de la tele con su compañero y copresentador esa misma noche.

El efecto que tiene en las electoras resulta casi obsceno.

Las primarias no se terminan hasta dentro de unos meses, pero ya me he dado cuenta de que su adversario más formidable será el actual presidente. Por otro lado, el principal candidato republicano es tan radical y la gente está tan harta de cómo van las cosas, que también está ganando terreno.

De evento en evento para recaudar fondos, Matt responde de doscientas a quinientas invitaciones para dar discursos a la semana.

Hoy estamos sentados en la mesa redonda de Matt y la tensión se palpa en el ambiente. La gente de diseño creativo y de *Marketing* ha propuesto ideas, confiando en responder a la gran pregunta del día: «¿Cómo debemos enfocar la campaña de cara al público?».

Carlisle ha establecido lo básico; simplemente ha dicho que los esfuerzos de la campaña deberían centrarse en los puntos fuertes de Matt: la presidencia exitosa de su padre y su increíble popularidad como presidente, la popularidad de Matt entre la gente (especialmente entre la gente lista para cambiar las cosas) y su sencillez.

No obstante, aún hay que idear una auténtica estrategia de campaña para transmitir al público las ideas de cambio de Matt.

Matt parece exasperado, se pasa los dedos por el pelo oscuro y se frota la barba incipiente de su barbilla con los nudillos.

Quiero pronunciarle, ofrecer una sugerencia, pero el silencio me intimida... él me intimida. Su expresión indescifrable hace que todos los que están en la sala se remuevan con incomodidad.

Él alza la vista y barre a todo el mundo con los ojos; nos mira directamente de uno en uno.

—Podemos hacerlo mejor.

Su mirada conecta con la mía aunque solo por un instante y, durante ese segundo, de pronto vuelvo a tener once años, maravillada y confusa por el efecto que tiene sobre mí.

Me muerdo el labio y pienso en una carta escrita por un niño. He podido contestar todas las cartas, incluso algunas que contenían descabelladas

propuestas de matrimonio, pero no se me ha ocurrido qué contestarle a este fan en particular. Cada vez que pienso en él, siento un dolor, pero, a pesar de ello, no tengo el valor de dirigirme a Matt directamente y preguntarle.

—Venga ya. —Suspira—. ¿De verdad esto es lo único que tenemos?

Se oyen papeles que se deslizan por la mesa; hay quien tose o suspira incómodamente. Nos miramos los unos a los otros y suplicamos en silencio con nuestros ojos que alguien, *quien sea*, hable. Estoy a punto de lanzar mi idea, pero Carlisle se me adelanta y siento que el corazón se me hunde en el pecho.

Carlisle sugiere que Matt enfoque su campaña como «el siguiente paso» o la «continuación» del plan presidencial de su padre. Lo llama una especie de Hamilton 2.0, el nuevo y mejorado plan Hamilton.

Matt lo descarta de inmediato.

—Quiero que la gente sepa que voy a continuar con el legado de mi padre, pero que también tengo ideas propias.

Carlisle suspira y levanta las manos en señal de derrota, exasperado.

—¿Alguien más tiene ideas?

Matt nos observa a todos y sus penetrantes ojos se detienen en mí. Noto que el aliento se me corta en el pecho. Alza una ceja, para animarme en silencio a hablar, a asumir el riesgo y decir lo que pienso.

Incapaz de soportar su mirada inquietante ni un segundo más, carraspeo, y todo el mundo me mira al instante.

—¿Qué opináis de algo que recalque que trabajaremos en todo, desde la misma base? —empiezo a decir nerviosamente—. Podemos llamarla la campaña del abecedario. Vamos a solucionar, a abordar y a mejorar todo desde la «A» hasta la «Z» en este país. Arte. Burocracia. Cultura. Deuda. Educación. Futuras relaciones...

La mesa guarda silencio. Echo un vistazo a Matt y veo que sus ojos brillan con aprobación.

Carlisle es el primero en hablar; se dirige a Matt con una amplia sonrisa.

—Eso es muy bueno.

Matt no se gira para encararlo, se limita a mantener su mirada sobre mí.

—Sí —aprueba sin más. Asiente, se pone en pie y se abrocha la chaqueta—. Haremos eso. Para mañana a primera hora, quiero un abecedario entero con los temas de la campaña —anuncia mientras camina. De inmediato, todos se van de la mesa, aliviados por tener algo que hacer ahora que Matt ha elegido una idea.

Una idea que resulta ser *mía*.

Mientras me doy la vuelta para seguirlos, una profunda sensación de orgullo bulle en mi interior y me calienta el pecho. Continúo caminando, pero antes de llegar a mi cubículo, Matt habla de nuevo:

—Charlotte, ven a mi despacho, por favor.

Me trago el nudo de la garganta y logro proferir:

—Claro. —Y lo sigo.

Se sienta y hace un gesto para que tome asiento frente a él.

Lo hago y empiezo a retorcer los anillos de mis dedos.

—Lo has hecho bien, Charlotte —asegura, mirándome con ojos cálidos. No puedo descifrar si quiere darme una palmadita en la espalda y decirme «bien planteado», o besarme hasta dejarme sin aliento y después decirme «ven a mi cama».

Sacudo la cabeza porque ese pensamiento ha despertado la calidez entre mis piernas.

—Gracias. —Sonrío.

Él me devuelve la sonrisa y se frota la barba incipiente del mentón. Entonces, comenta más para sí mismo que para mí:

—Sabía que te había traído a esta campaña por una razón.

Arqueo una ceja.

—¿Y qué razón es esa? —pregunto.

Me mira de arriba abajo con una sonrisa diabólica en la cara.

—Por tu aspecto físico, claro.

Me río y él se ríe conmigo, pero su risa se esfuma.

—Te he traído porque algo me decía que sientes tanta pasión por este país como yo y que quieres cambiar las cosas.

Noto que me ruborizo; él me observa con curiosidad.

—No creía que fueras a aceptar, ¿sabes? —confiesa, y luego añade—: ¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué hice qué? —pregunto, confusa por la expresión de sus ojos, por cómo me hacen sentir cuando me miran con tanta intensidad, como si fuera la única mujer en el mundo.

—¿Por qué aceptaste?

Hago una pausa y pienso en la pregunta. Pienso en ella de verdad durante un momento.

¿Por qué le dije que sí?

Siento que mis engranajes mentales giran y, antes de darme cuenta, contesto con seguridad.

—No podía dejar pasar la oportunidad de hacer algo grande.

Me mira fijamente; yo le devuelvo la mirada.

Y, en ese momento, siento un cambio en el ambiente. Noto que me he ganado algo que Matthew Hamilton no entrega fácilmente o con frecuencia: su admiración.

—Si no necesitas nada más, debería volver a mi trabajo —digo.

Asiente.

Nerviosa por la conexión que he sentido con él, regreso a mi mesa apresuradamente. Los teléfonos no han dejado de sonar y las pilas de cartas distribuidas en mi mesa y en la de Mark (otro asistente) aumentan por momentos.

Ese perro necesita una correa

Charlotte

A la mañana siguiente, mi despertador suena a las cinco en punto. Antes de unirme a la campaña de Matt Hamilton, hacía ejercicio a las siete y llegaba al trabajo a las nueve. Ahora tengo que estar en el trabajo a las siete y media y, dado que quiero un buen comienzo del día, me levanto temprano, me lavo la cara, me pongo los pantalones de correr y una camiseta de manga larga, cojo el teléfono, los auriculares y un jersey; luego salgo.

El sol asoma a través de unas nubes negras mientras corro por mi ruta de deporte preferida y que pasa junto a los monumentos de Washington. El día es demasiado sombrío para admirar el paisaje y pienso que debería haberme quedado en la cama.

Veo movimiento por el rabillo del ojo y desde una esquina en la distancia aparece un perro, que trota en mi dirección alegremente. Me ladra, después se sienta delante de mí, atento y emocionado. Siempre he tenido gatos, así que mi relación con los perros ha sido inexistente, por eso no sé qué hacer con la criatura excepto intentar que se quede tranquila. Al recoger el extremo de su correa, algo oscuro capta mi atención y levanto la cabeza.

Me quedo quieta en medio del camino y pestañeo, luchando contra la sorpresa de ver a Matt Hamilton caminar hacia mí con una camiseta roja y unos pantalones cortos de correr azul marino.

Frunce el ceño y sonrío al mismo tiempo. Parece sorprendido y es como si le hiciera gracia verme; yo estoy estupefacta.

Su camiseta moldea la piel de debajo y revela lo increíblemente definido que

tiene el pecho. Es tan robusto y, al mismo tiempo, tan elegante que me cuesta mantener la cabeza fría.

Mi corazón bombea a mil por segundo.

—Me alegro de verte aquí —dice.

—Y yo. —Sonrío, la garganta se me seca cuando se detiene frente a mí.

Y entonces nos ponemos a caminar juntos mientras él ojea mi perfil con el rostro bañado por el sol.

Su perro lo sigue felizmente. Me resulta gracioso ver con qué devoción lo mira. Matt se gira hacia mí.

—Veo que has conocido a Jack.

—Jack —repito, y sonrío al perro.

—Tiene la mala costumbre de saludar a todo el que vemos por el parque.

—Seguro que la gente se emociona muchísimo cuando descubre quién es el dueño del perro.

Alza las cejas. No puedo creer que haya dicho eso en voz alta. Empiezo a reírme y añado rápidamente:

—Yo tengo un gato. Doodles. Ella no es como Jack; odia a los desconocidos. Espero que no me considere como tal algún día: ahora está con mi madre porque yo apenas estoy en casa.

Seguimos caminando en un silencio cómodo; bueno, no *tan* cómodo, supongo. Soy demasiado consciente de su presencia, de lo alto que es comparado conmigo.

—¿Entonces qué te empujó a estudiar en Georgetown y a convertirte en defensora de las mujeres? —pregunta.

Me sorprende lo genuinamente interesado que suena y la atención con la que me mira mientras espera.

—Quiero asegurarme de que se conozcan los derechos de las mujeres. —Me encojo de hombros—. ¿Y qué hay de ti? Sé que hiciste la carrera de Derecho para dirigir tu imperio.

—¿En serio? ¿De dónde has sacado eso?

—De los medios de comunicación.

Muestra una sonrisa de suficiencia, luego suelta una risita y sacude la cabeza con aire de reprimenda.

—Creo que eres demasiado lista como para hacer caso de lo que dicen. —Su sonrisa se desvanece, se pone serio y añade—: No, de verdad. Te admiro por

dedicarte al servicio público. ¿Qué te inspiró a cambiar el mundo?

—No lo sé —empiezo, pensativa—. Todos los veranos durante la universidad hacía viajes de misionera. Me encantaba conocer a todas esas personas y ayudarlas. Sobre todo a las mujeres: cuando se vive en un país del primer mundo es difícil imaginarse las cosas a las que siguen sometidas mujeres de otros países. Me empujó a querer hacer algo por los demás. ¿Y tú, señor Hamilton? ¿Qué te inspira? —pregunto.

—Caminar a tu lado y oírte hablar.

Se me corta el aliento y él se echa a reír, y comprendo que está coqueteando conmigo; siento una bola de fuegos artificiales por dentro.

—Háblame de la «C» —pide.

Estoy confusa.

—¿Cultura? —pregunto.

—Charlotte. Vamos.

Me río mientras él sonrío casi imperceptiblemente y noto que las mejillas me arden.

—Bueno, fui a Georgetown, pero eso ya lo sabes. —Le lanzo una mirada penetrante—. A mis padres les encantaba que fuera a Georgetown. Desde el momento en que me gradué, dijeron: «Ahora debes meterte en política». Pero ellos sabían que mi meta era trabajar para el servicio público, así que eso hice... —Pienso en qué más puedo contarle.

Aún me hace gracia que haya puesto mi nombre en la letra «C»...

—Todo el mundo piensa que soy una buena chica. Nunca he hecho nada malo... Nunca he querido avergonzar a mis padres.

Le dedico una mirada tímida que dice: «Te toca».

—Estudié Derecho, como ya sabes. —Me mira con picardía—. Soy el chico malo, pero en realidad no soy tan malo. Todo se exagera siempre cuando los medios intervienen. En realidad, cuando era más joven había muy pocas personas en mi vida de las que estuviera seguro que no irían corriendo a los medios al día siguiente con una historia.

Eso me sorprende; me quedo sin palabras al plantearme lo difícil que debe de ser vivir siempre bajo el escrutinio de la gente. No sé si yo podría hacerlo.

—Estaba muy nerviosa cuando nos conocimos. Durante años, tuve una foto tuya en la pared de mi cuarto.

—Ah, ¿sí? —canturrea, y suelta una risita baja y retumbante.

Me río.

—Mi madre dejaba que me la quedara solo porque probablemente ayudaría a que me mantuviera lejos de los chicos y, bueno, soy hija única. Siempre he intentado ser buena, la verdad.

—Mi padre fue senador antes de convertirse en presidente. Yo me crie siendo hijo único, así que sé exactamente cómo te sientes al ser el ojito derecho de tus padres.

Sonrío.

—Excepto que ahora también eres el hijo de un expresidente, lo que debe de ser difícil por partida doble, porque también eres el ojo derecho del público.

—En realidad, no. —Frunce el ceño mientras piensa en ello.

—Me divierten las cartas de tus fans. Incluso me gustan las que son descabelladas. ¿Sabías que te han hecho varias propuestas de matrimonio en las últimas cuarenta y ocho horas?

Finge estar sorprendido y se cruza de brazos como si estuviera muy interesado.

—Espero haber declinado.

—Por supuesto. Durante la campaña y la presidencia, estarás soltero en todo momento. Carlisle nos ha informado de eso a todos.

Él se limita a mostrar una sonrisa fugaz y *sexy*, y luego mira adelante, pensativo.

—No sería el primer presidente soltero, ¿sabes? —dice, y vuelve a mirarme mientras eleva un hombro de manera informal—. James Buchanan ya ha ocupado ese puesto. —Frunce el ceño—. No fue un presidente muy bueno, pero estuvo soltero hasta el final. —Sus labios forman una mueca.

Me despierta el interés.

—¿Qué hizo? —pregunto.

—Más bien, qué no hizo. —Su ceño se arruga todavía más—. Fue incapaz de adoptar una postura firme en cuanto a la esclavitud y con ello detener la secesión que nos llevó a la Guerra Civil.

Nos miramos con una intensidad que por poco hace que se me encojan los dedos de los pies.

Hay una suave brisa y caigo en la cuenta de que mi camiseta está adherida a mi piel y su presencia hace que sienta los senos pesados.

Miro abajo y abro mucho los ojos al darme cuenta de que mis pezones son totalmente visibles, más duros que pequeños rubíes.

Me cruzo de brazos y Matt sonrío.

—También hice que los pezones se te pusieran duros el día de la inauguración de la campaña.

—Ah, vaya. Bueno, mis pezones no eran lo único duro ese día, diría yo.

—No lo sabes tú bien.

Gruño y pongo los ojos en blanco; me río por dentro, pero odio lo mucho que se me marcan los pezones ahora mismo. Estoy tan nerviosa que me tropiezo. Él me atrapa, sus reflejos son rápidos como un rayo; su mano me envuelve el codo para mantenerme en pie y de pronto no respiro. Estoy asombrada por lo mucho que tenemos en común, y también por el modo en que tira de mí hacia atrás para que recupere el equilibrio y, después, tira un poco más para acercarme a él.

Levanta la otra mano y me coloca un bucle detrás de la oreja, sus ojos están más oscuros que nunca.

El deseo me invade cuando nuestros cuerpos conectan, parte frontal contra parte frontal, y lo noto. Noto lo grande que es, lo grueso y lo duro que está, palpitando contra mi abdomen.

Y, en este instante, Matt Hamilton, el chico por el que estuve colada durante años, el hombre vivo más sexy, el candidato más cañón en la historia de Estados Unidos, se vuelve muy real para mí. Muy real. Noto el calor de su cuerpo a través de la tela húmeda de nuestras camisetas. Puedo olerlo, un aroma a jabón y a lluvia, y lo veo como un hombre, un hombre increíblemente atractivo con un destino extraordinario que cumplir.

Algo brinca para lamerme la mejilla y doy una sacudida y me retiro un paso, sorprendida por el beso del perro.

—Joder —jadeo, riendo.

—¡Jack! —Una fuerte palabrota le sigue, y Matt me endereza y después pone distancia entre nosotros—. Perdona. ¿Estás bien? —pregunta. Me acaricia el pelo hacia atrás como si hubiera tenido un impulso antes de ponernos a caminar de nuevo, y la electricidad me cosquillea por todo el cuerpo. Asiento rápidamente. Estoy muy, pero que muy nerviosa.

—Sí. Siento haber dicho «joder».

—¿Por qué? —Sus labios se curvan—. No lo sientas.

Me río, incrédula por haber olvidado quién era, atrapada en el momento, consciente de su cercanía y de lo mucho que lo deseo... y comprendiendo que, lo quiera él o no, su cuerpo también responde al mío.

—Más vale que me vaya antes de que se me haga tarde. No querría que el

jefe se enfadara conmigo.

—El jefe nunca podría enfadarse contigo.

Su tono es serio, pero sus ojos brillan, y todo mi cuerpo parece calentarse ante su mirada.

—Adiós, Matt —digo, y levanto una mano con algo de torpeza a modo de despedida antes de acortar el camino por la hierba y dirigirme a la acera.

Esa noche, mis padres me invitan a cenar y yo no puedo dejar de pensar en Matt, en el enérgico Jack y en las conversaciones que tuvimos de su infancia y de la mía. Rememoro el día en que nos conocimos, pienso en el presidente y en el día de su muerte. Le pregunto a mi padre por qué cree que no hubo ninguna información concluyente sobre el asesinato del presidente Hamilton.

—Nunca cogieron al asesino. —Se encoge de hombros—. Una de las teorías es que fue un ataque terrorista por las ideas liberales del presidente Hamilton; otros dicen que fue una conspiración entre partidos.

Frunzo el ceño con preocupación.

—¿Te preocupa que Matthew esté en peligro? —me pregunta.

No puedo evitar mirarlo con expresión preocupada.

Él suspira.

—Estará bien siempre y cuando no abra la caja de Pandora.

Frunzo todavía más el entrecejo.

—Me da la impresión de que Matt es de los que abriría la caja de Pandora, sobre todo si cree firmemente en ello.

Sacude la cabeza.

—No te preocupes por cosas que no puedes controlar. Da lo mejor de ti y agacha la cabeza: esa es la única forma de seguir adelante en política. De otro modo, cualquiera que vea tu cabeza asomando la empujará hacia abajo.

—Pero yo no quiero estar en política.

Se ríe.

—Ahora lo estás.

—Pero solo porque...

—Tienes debilidad por los Hamilton, lo sé. En las noticias están sorprendidos de que participes. La buena de Charlotte. Sí que hechizaste a

Matthew aquella noche, ¿verdad? Incluso al presidente Hamilton. También ellos tienen debilidad por nosotros. —Sonríe melancólicamente, sus ojos parecen tristes por los recuerdos.

—¿Sabes por qué otra cosa siente debilidad Matt, además de por su país? Por su perro —señalo, y recuerdo nuestro encuentro matutino mientras recojo a Doodles del suelo. Luego, la dejo sobre mi regazo y le acaricio la cabeza, y ella ronronea felizmente.

Regalo

Charlotte

A la mañana siguiente, me doy un baño, me visto rápidamente y, actuando por impulso, me paso por una tienda de mascotas para comprar algo. No sé por qué quiero hacer esta compra, pero mi madre siempre le ha hecho sorpresas a mi padre. No sé si es su manera de darle las gracias por algo agradable que ha hecho o simplemente por cómo la hace sentir. Quiero comprarle algo a Matt, pero sé que no sería apropiado. Sin embargo, cuando las ganas de obtener algo para Jack me invaden, decido no luchar contra ese impulso.

Al llegar a la sede de la campaña, salgo del ascensor y veo a Matt en el recibidor. Mi cuerpo responde de inmediato: el pulso se me acelera, los pezones se me endurecen, mi sexo se contrae.

Lleva tejanos oscuros y un jersey de cachemira de color gris pardo y de aspecto suave que contrasta notablemente con su cabello oscuro. Está hablando con el gestor de contenidos web de la campaña y entonces me ve. Se detiene a mitad de frase y mi corazón aletea cuando me sonrío.

Sus ojos desprenden calidez y hay algo más en su mirada, casi una actitud protectora.

Continúa su conversación con el hombre, desprendiendo esa confianza que parece adherirse a él como una segunda piel, y yo me dirijo a mi silla. Exhalo y miro alrededor de mi escritorio; me digo a mí misma que tengo que ponerme al día.

Todas las personas que están aquí son listas, rápidas y están ansiosas por trabajar, casi todas tienen mucha seguridad en sí mismas.

Y un poco más de experiencia que yo también.

He visto a muchos contestar sin esfuerzo llamada tras llamada, carta tras carta, correo electrónico tras correo electrónico. Yo, sin embargo, me pongo sentimental con estas cosas: a veces, para responder algunas cartas que leo, necesito una caja de pañuelos.

Tras otro día entero aquí, aún no sé cómo contestar a la carta del niño.

He tratado con mujeres en la fundación de mi madre, pero nunca con nadie menor de dieciocho años. Ver a niños o a niñas que pasan por malos momentos me afecta el doble que los problemas de los adultos.

—Lee esta carta —le digo a Mark, cuya mesa está a unos pocos metros de la mía.

—¿Qué pasa con ella?

—Me gustaría preguntarle a Matt si podría hacer una pequeña visita...

—¿Qué? De eso nada. Tiene cuatrocientas peticiones para dar discursos esta semana. No tiene tiempo para todo y todos. Tenemos miles de cartas como esa en estas pilas. Limítate a contestar y a por la siguiente.

Camino hasta mi escritorio, insatisfecha con la sugerencia de Mark.

Él se reclina en su silla y echa un vistazo a mi cubículo un momento, y estoy segura de que pretendía verme las tetas mientras me inclinaba para sentarme.

—¿Por qué es tan importante preguntarle? Es solo uno de entre miles — comenta entonces, y pone los ojos en blanco.

Agito la carta en el aire.

—Es importante para *este* niño.

Después de dejar la carta a un lado, me centro de nuevo en el resto de sobres que llenan mi mesa y agacho la cabeza para seguir contestando a mano.

Estimada Kim:

Matt se ha emocionado mucho con tu carta y te envía sus mejores deseos para tu inminente graduación. Te mandamos este juego de marcapáginas junto con las más sinceras felicitaciones de parte de Matt y de su equipo de campaña. No hay duda de que podremos esperar grandes cosas de ti en el futuro.

Saludos cordiales,

Charlotte Wells, asistente de campaña

Unas horas más tarde, Carlisle nos convoca para una reunión. Cojo un cuaderno amarillo y me levanto para seguir a mis compañeros de trabajo hacia la sala de conferencias.

Matt observa cada movimiento que hago en la sala mientras nos informan de la nueva estrategia de campaña. Cuando todo el mundo se va, los nervios me comen las paredes del estómago mientras me dirijo a mi escritorio, cojo lo que he comprado esta mañana y camino hacia el rincón del edificio donde Matt tiene su despacho.

Ya está sentado tras la mesa cuando entro.

—Tengo un regalo para ti.

Se inclina hacia atrás en su silla y nos miramos fijamente; la forma que tiene de mirarme hace que se me encoja el estómago y se me contraiga el sexo.

—No es para ti, es para Jack —explico atropelladamente.

Echa un vistazo al interior de la caja, mira el collar con el símbolo metálico adherido y lo alza con una mano.

—Un collar antipulgas. —Da golpecitos al collar con un dedo—. Qué gracioso.

Aprieto los labios para evitar echarme a reír.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —Desliza el collar antipulgas a un lado de la mesa, donde tiene una fotografía en la que aparecen su padre, su madre y él mismo.

—Me encuentro estupendamente, señor Hamilton —digo animada, y aprieto las carpetas contra mi pecho.

—Matt —pronuncia con claridad.

—*Matt* —repito.

Su sonrisa se extiende a sus ojos.

—Buena chica, hoy has conseguido un sobresaliente.

—Tú has conseguido una insignia de matón. *Matt*.

Me doy la vuelta y, cuando echo un vistazo por encima de mi hombro, él extiende un brazo para coger unas gafas de leer y echar un vistazo a la propuesta de Carlisle.

Tiene pinta de hombre listo, callado e intelectual al leer con las gafas mientras se pasa los dedos distraídamente por el pelo. Ahí es cuando veo que

levanta la cabeza y observa el collar que le he comprado a su perro, y la comisura de sus labios se levanta.

Solo un poquito.

He visto a Matt todos los días en la sede de la campaña. Al principio, me sonreía y me miraba directamente a mí, pero en los últimos tiempos parece que soy invisible para él. Mira por encima de mi hombro cuando le pregunto cualquier cosa y me da respuestas cortas como: «Bien, te lo agradezco».

Ayer, sus ojos se detuvieron en un pin que yo llevaba y que se puso a la venta por la conmemoración a la presidencia de su padre, un círculo dorado con un águila y un lema en latín grabado debajo. Lo compré en cuanto salió; su edición limitada se agotó en unas horas. El oscurecimiento de su mirada me dejó confusa. Parecía disgustado, o algo así. Cogió la carpeta que le entregué y la hojeó de camino a su despacho.

Después de ese encuentro, voy al baño. Compruebo mi ropa; no está arrugada ni manchada. Me paso las manos por los pantalones y la camisa, rozando el pin enganchado en el cuello de la blusa. La inseguridad me invade. A lo mejor piensa que mi rostro no es demasiado agradable. Tal vez el fantasma de su padre estaba detrás de mí. Puede que esté descontento por la mala prensa que estoy recibiendo. Cuando salgo, está hablando con Alison. La mira directamente a los ojos, y yo me doy la vuelta y opto por el camino más largo para volver a mi cubículo.

De nuevo en mi silla, me quedo mirando la pantalla de mi ordenador, que está en reposo. Me he esforzado mucho por colaborar y ser eficiente, y estoy decepcionada porque es obvio que no está contento con mi trabajo.

—No te burles de mí —le digo a la pantalla mientras cojo un montón de cartas y sigo leyendo.

Tantas peticiones. Tantas personas que esperan un cambio. Tanta gente que desea un pedazo de Matt Hamilton.

Tengo la vista cansada; me he tomado alrededor de cinco tazas de café.

Oigo un ruido y lo diviso en su despacho.

Somos los únicos que quedamos en el edificio; dos luces en el interior. Veo que se frota la cara con una mano y alza la cabeza, yo bajo la mía para que no se dé cuenta de que lo miraba.

El estómago se me retuerce al oír pasos.

La energía de Matt me envuelve y noto que mi corazón empieza a acelerarse al oír que coge la silla del cubículo de Mark, que está al lado del mío, y la arrastra para sentarse junto a mí.

Deja su café al lado del mío, junto con una carpeta y sus gafas de leer.

—¿No te queda café? —Levanta mi taza vacía.

—Si me tomo otro, no volveré a dormir en toda mi vida —gruño, y él se ríe con una risa muy agradable; toma mi taza y va a rellenarla.

La deja en la mesa, exactamente en el mismo sitio que ocupaba antes, junto a la suya.

Luego se sienta en la silla, que está justo a mi lado, y durante un momento pierdo la concentración. Soy muy consciente de él, de que no hay nadie más en el edificio excepto nosotros.

De algún modo, Matt siempre ocupa más espacio que su propio cuerpo. Se mueve para apoyar los codos sobre las rodillas y mi corazón se dispara por su cercanía.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí, Charlotte?

—Es mi cubículo.

Él sonríe socarronamente y se limita a mirarme por mi descaro.

Soy demasiado consciente de su proximidad, de sus hombros marcados, presionados contra la tela negra y suave de su camisa.

Procuró no pensar en ello.

—Intento terminar con esta pila de cartas —contesto finalmente, mientras tomo el bolígrafo y finjo concentrarme en el trabajo.

Soy incapaz.

Me está observando.

—Estoy bastante seguro de que no aceptaste ayudarme para pasarte toda la noche contestando cartas —dice.

—A lo mejor, sí. ¿Por qué me pediste que me uniera? —Entrecierro los ojos.

—Cuando recibes una carta de una niña que acabas de conocer, sabes que va en serio.

—Eché perfume a la hoja y al sobre, claro que iba en serio —replico con picardía—. Pero, al parecer, *tú* no hablabas en serio cuando decías que no querías presentarte como candidato.

—Ya, bueno. —Una risita eleva su pecho y se pasa una mano por el pelo.

—Cambiate de parecer —señalo.

—Se podría decir que maduré la idea. Lleva tiempo reunir el valor para creer que puedes hacerlo. Y lleva más tiempo todavía creer que puedes hacerlo mejor que cualquier otra persona.

Parece tranquilo, como si no tuviera nada que esconder; me observa con una mirada cálida y sencillamente... amable mientras se reclina y rodea la silla con un brazo por detrás.

—No dejaba de pensar: si no yo, ¿entonces quién? Si no ahora, ¿entonces cuándo? —Mira hacia las ventanas situadas en el extremo más alejado antes de volver a posar sus ojos sobre mí—. Me gustaría cambiar las cosas. Aún no hay igualdad, aún necesitamos empleo, aún hay demasiado egoísmo. Todos somos lobos salvajes alimentados en el peldaño de la puerta durante demasiado tiempo, y nos hemos olvidado de cazar. ¿Dónde están los trabajadores que levantaron Estados Unidos? ¿En paro?

Desprende mucha pasión y está tan cerca que me falta el aliento ligeramente.

—Me gusta lo proactivo que eres con respecto al empleo.

—Porque no hay nada que te haga sentir mejor que un día bien invertido en hacer algo bueno. —Sus ojos bajan hasta mis labios un breve instante—. En realidad, nada no. Pero pocas cosas muy valiosas.

Ninguno de los dos se ríe.

De hecho, el ambiente parece un poco cargado, un poco eléctrico.

«Se refiere a los besos», susurra una parte de mí.

«No, Charlotte. ¡Se refiere al sexo!».

Noto que me sonrojo, consciente de que Matt me observa como si disfrutara enormemente. Dejo el bolígrafo sobre la mesa y levanto la mirada hacia él.

—Lo que dijiste el otro día, lo de que nunca podías saber si alguien saldría corriendo con la historia... Hay tantas historias de tu familia y de ti... ¿Son todas reales?

—Créeme, no son tan interesantes como crees.

—¡No es verdad! —protesto—. Todas son fascinantes.

Sonríe. Se mueve hacia adelante.

—Tú eres fascinante —susurra.

Estoy a punto de atragantarme con mi saliva.

—Encuentro fascinante todo lo que tiene que ver contigo. Incluso el hecho de que estés aquí sentada a estas horas.

—Igual que tú —replico.

—Yo soy el candidato.

—Y tú eres *mi* candidato. Así que *yo* estoy aquí.

La palabra «mi» parece adquirir un significado distinto cuando se la digo. La idea de que Matt pueda ser mío es descabellada, como poco.

Pero podría ser mi presidente.

Fue mi primer enamoramiento.

Es mi jefe y mi candidato.

Y ahora mismo es prácticamente mi respiración, porque nada me ha entusiasmado tanto como este hombre jamás, este hombre en este instante, mientras da sorbos a su café, reclinado en la silla, y me observa tranquilamente como si no tuviera intención de irse a ninguna parte.

Como si lo que pasó cuando corrimos/caminamos juntos también hubiera tenido un gran efecto en él.

—¿Es verdad que tenías un chimpancé en la Casa Blanca que te regaló un embajador extranjero? —pregunto.

Admito que soy adicta a hablar con él, a aprender más de él.

—Baboo. Tenía seis meses cuando la acogimos.

—Ah, ¿en serio? ¿Todas tus novias de la universidad se ponían celosas porque ella vivía contigo? Ni siquiera me acuerdo de todas esas novias. Christina Aguilera, Jennifer Lawrence... ¿Quiénes lo fueron realmente?

Matt deja su café sobre la mesa con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—Ninguna de ellas, ambas son amigas. Mis años en la Casa Blanca me enseñaron a vigilar cada paso que daba y después... digamos que me gusta ser el cazador de la relación. —Me observa pícaramente—. ¿Y qué hay de ti, Charlotte?

—Ah, no. —Sacudo la cabeza, riéndome—. Mis padres se han dado por vencidos en cuanto a juntarme con algún político prometedor. Supongo que no he encontrado al tío adecuado.

Silencio.

Matt parece extrañamente satisfecho. Se inclina hacia adelante. Está tan próximo que su hombro toca el mío y parte de mí se pregunta si lo ha hecho a propósito.

—¿Y tú quieres? —Su voz es profunda y algo baja. Alza una mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, casi como lo hizo cuando corrimos/caminamos juntos, y un escalofrío candente me baja por la columna

vertebral.

Mi corazón da volteretas en mi pecho mientras nos miramos fijamente y Matt baja la mano, sin apartar la mirada.

—Claro, todo el mundo quiere. Soy realista, pero sueño con encontrar algo como lo que tienen mis padres.

—¿Entonces por qué no...? —insiste. Su mirada me acaricia.

—La mayoría de los políticos son viejos, estirados o aburridos.

Se ríe, un sonido intenso y profundo. Cuando se pone serio, su voz baja un decibelio.

—Menos mal que soy abogado y hombre de negocios, en vez de político, porque no soy estirado y definitivamente no soy aburrido.

Se me seca la garganta. Ay, Dios. Definitivamente no se parece a nada que se haya visto nunca en política, ni siquiera a los Kennedy.

«Pero no estás disponible», pienso para mí misma, aunque soy incapaz de decirlo.

Guardamos silencio. Noto que mis pezones se endurecen y temo que Matt, con una mirada, repare en ello. Hay calidez entre mis piernas, mi sexo está contraído y estoy desesperada por deshacerme de esa sensación.

Tardo un momento en tomar aliento profundamente para controlar la tensión sexual que chisporrotea entre nosotros. Recuerdo por qué estoy aquí, trabajando hasta tan tarde, reelaborando un itinerario que ya elaboré hace un par de días. Busco debajo de los papeles y saco un sobre, mirándolo con interrogación en los ojos.

—¿La leerías?

Antes de darme cuenta, extiendo el brazo.

Él toma un sorbo de café distraídamente y enseguida lo deja a un lado. Luego coge sus gafas, se las pone y toma la carta. Nuestros pulgares se rozan y mi estómago se contrae con fuerza.

Sonríe como si lo hubiera hecho adrede, pero su sonrisa se desvanece cuando ojea la carta. Me sé de memoria su contenido; me ha llegado al corazón.

Estimado Matt Hamilton:

Me alegro mucho de que seas candidato para presidente. A mi madre le preocupa que pueda pasarte algo. Yo creo que eres muy valiente. Yo también soy muy valiente. Tengo siete años y estoy recibiendo un nuevo

tratamiento experimental para el tipo de leucemia que tengo llamado LCP. Pregunté si podía morirme con el tratamiento pero mi padre dice que alguien tiene que ser pionero y crear nuevos caminos como tu. Mi sueño es ir a la casa blanca cuando seas presidente. Se que me ba a ir muy bien con este tratamiento porque deseo ir con todas mis fuerzas. ¡Asi que gana, Matt! Ah y yo también me llamo Matt, mis padres me pusieron el nombre por ti.

Matt

—¿Visitarías a ese niño? —pregunto.

Matt se quita las gafas y me mira.

Tan solo me mira.

Con mucha intensidad y como si viera todo lo que soy, lo que he sido y lo que siempre seré.

Saco precipitadamente el itinerario de la semana que viene y mi propia versión.

—Es hijo de una de las chicas de Mujeres del Mundo. Reconocí su nombre en el sobre. Creo que puedo incluirlo antes de irnos de Washington, recibe el tratamiento en el Children's National, al noroeste de Míchigan.

Saco mi nueva versión de su horario para que la vea. Pero él no mira el horario. Solo a mí. Su voz es suave, pero más profunda que antes.

—Por eso estás aquí hasta tan tarde; intentabas incluir esto —comenta.

Es más una afirmación que una pregunta.

Me muerdo el labio mientras un brillo de admiración aparece en sus ojos.

Desliza el horario por la mesa para devolvérmelo sin mirarlo.

—Estaría encantado de ir.

Sonrío, el pecho se me hincha de felicidad. Me abalanzo sobre él y le doy un abrazo, y también un dulce y casto beso en la mandíbula.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias!

Cuando mis labios rozan su quijada, de pronto su aroma me rodea como una capa de colonia cara y jabón. Empiezo a separarme, sorprendida de mi propia acción impulsiva. Noto que sus manos han caído en mi cintura y me agarran con cuidado pero con firmeza. Baja la vista hacia mí con una ligera sonrisa en los labios y yo le devuelvo la mirada; nuestra sorpresa mutua ante mi impulsividad se convierte en algo más.

Compartimos un instante de comprensión silenciosa, una conexión más poderosa que nada que haya sentido antes.

La soledad del edificio de pronto es más pronunciada. El calor de su cuerpo. Las motas negras de sus ojos, los iris oscuros, el espesor de sus pestañas y, sobre todo, la *expresión* de sus ojos.

Soy consciente de la admiración reflejada en su mirada cuando levanta una mano y me roza la mejilla con la yema del pulgar, su aliento cálido contra mi piel. Me acaricia la mejilla con el pulgar una segunda vez y, entonces, como si eso no fuera suficiente, sus labios hacen lo mismo. Un levísimo roce, mil veces más poderoso que toda una sesión de besos con cualquier otro.

—De nada —dice con voz ronca.

Al soltarme, parece que ninguno de los dos puede apartar la mirada del otro. Sonríe de nuevo, sus ojos son como metal líquido demasiado caliente, y respondo sonriendo con timidez. Me parece que esta es la sonrisa más sincera y sensual que nadie me ha mostrado jamás y que yo haya dirigido a nadie.

Supongo que la atmósfera debería ser incómoda, pero todo se vuelve más nítido durante el siguiente minuto. El sonido de su respiración, el susurro de su ropa mientras se lleva sus cosas de nuevo al despacho, el timbre de su voz cuando me pregunta si he terminado, pues él ha acabado y puede llevarme a casa, la presencia de su cuerpo cerca del mío mientras me ayuda a ponerme la chaqueta.

Voy en los asientos traseros del Lincoln negro con él; su guardaespaldas, Wilson, conduce.

La mirada de Matt desciende de pronto.

Con delicadeza, atrapa el pin del águila enganchado en mi camisa. Acaricia el águila con la yema del pulgar. Una única vez, eso es todo.

—Siempre lo llevas puesto —comenta.

Una sonrisa ridículamente *sexy* le curva los labios, pero, esta vez, sus ojos no sonríen. Examina mi expresión con curiosidad y su sonrisa se desvanece. Sigue sosteniendo el pin. Yo contengo la respiración, deseando más roces como este, más de él.

Pero sé lo ridículo que es pensar en tener algo con él.

Está tan decidido a ganar que lo último que necesita ahora mismo es una distracción como yo.

—Me recuerda a los buenos tiempos —replico finalmente, mientras trato de aplastar el deseo que me recorre las venas—. Los que tú traerás de nuevo.

—Estoy listo.

Sonreímos. El aire entre nosotros parece arder.

—Buenas noches, Matt.

Extiendo el brazo hacia la puerta, pero él se inclina sobre mí, coloca sus dedos sobre los míos y la abre por mí. Su calor me envuelve de nuevo, sus dedos se deslizan sobre los míos y los acarician como una pluma.

—Buenas noches, Charlotte.

Me mira desde las sombras del interior del coche, sus ojos juegan como otras veces, como cuando hago algo que le divierte; sigue siendo el muchacho encantador y guapo que conocí cuando tenía once años.

¿Percibe lo nerviosa que me pone?

Claro que sí.

Llego a mi piso y los pies me duelen, la espalda me duele, el cerebro me duele. Me siento demasiado exhausta como para hacer nada salvo quitarme los zapatos, estirar los brazos y dejarme caer bocabajo sobre la cama, rendida. Pero no puedo dormir. Sus preciosos ojos con motas oscuras siguen mirándome.

Y me miran como si finalmente estuviera de acuerdo con su padre... como si hubiera crecido hasta convertirme en una mujer encantadora.

No puedo dejar de pensar en cómo me abalancé sobre Matt impulsivamente y lo besé. En su aroma, en su tacto cálido, masculino y fuerte. Estoy nerviosa el fin de semana e invito a Kayla a mi piso.

—¿Cómo va todo?

Aparto de mi mente la imagen del beso y pienso en lo bien que me siento haciendo campaña con él.

—Increíblemente bien —admito.

—¿Es tan alto, fuerte y moreno como en la tele?

—La tele no puede captar con precisión su carisma. Es... sería atractivo solo con su cara, pero, junto con su personalidad y energía, la combinación le da un aire travieso. —Me muero de hambre; me como la cena deprisa para poder acostarme temprano.

—Es candidato a la presidencia. ¡El chico que te gustaba de niña, y a mí también! —Kayla se acerca al mando de la televisión y la enciende en el primer

canal. Él aparece en pantalla, tan atractivo como lo es en persona.

—¿Qué dicen los republicanos? —pregunto.

—Se están cagando en los pantalones.

—¿Y los demócratas?

—Se están cagando en los pantalones.

Kayla suspira y se deja caer en mi sofá.

—Nunca he votado por un candidato independiente en toda mi vida, pero esta es la mía. ¡Hamilton presidente! —Me mira—. Se te echa de menos en Mujeres del Mundo. ¿Volverás después de la campaña?

—Claro.

—Pero ¿por qué lo has dejado?

—Porque él es lo que Estados Unidos ha estado esperando. Nos lo merecemos.

—Odias ser el centro de atención, aunque en secreto admires lo bien que tu madre lo lleva.

—Soy tímida. —Me encojo de hombros—. No me resulta tan fácil como a mi madre. Pero quiero estar ahí cuando él machaque a todo el mundo.

—¿Y qué hay de nuestro viaje a Europa este año? —pregunta Kayla.

Me uno a ella en el sofá y suspiro mirando al techo.

—Podemos ir a Europa en cualquier momento, pero Matt Hamilton no se postula para presidente todos los días.

—El perfecto papi, y todas las mujeres de ahí fuera lo saben. Si no podemos tenerlo en nuestra cama, o como padre de nuestros hijos, al menos dejemos que sea nuestro jefe comandante.

—Comandante en jefe —corrijo.

—Él puede ser lo que quiera.

Gruño y suelto una risita.

Corremos por el mismo camino

Charlotte

Lo cierto es que, al aceptar, no me di cuenta de que me metía en un trabajo tan estresante. Quieres ayudar a la gente, pero tienes el tiempo limitado y no puedes ayudar a todo el mundo como te gustaría. Esto genera grandes frustraciones con las que me cuesta lidiar.

Me dirijo al parque para correr un poco por la mañana y él está allí. Matt Hamilton es el tipo más relajado que conozco, uno de los que pueden mantener la calma en la adversidad.

Una gorra cubre mi cabello pelirrojo, el cual he retorcido debajo en una especie de moño. De alguna forma, me reconoce igualmente, sus cejas se alzan solo una fracción de segundo cuando nuestros ojos conectan. Él no va con gorra, el viento mece su pelo y la camiseta que lleva está adherida a su torso definido.

No solo es candidato a presidente, sino que va a participar en el maratón de Nueva York. Aunque ya es un maratón enorme, las inscripciones se han disparado al filtrarse los rumores de su participación.

«Es peligroso, Matt», le advirtió Carlisle esta misma semana.

Matt se rio.

«No llevaré una campaña del miedo: el miedo no tiene cabida cuando decides dirigir un país».

«¡Qué imprudente!», insistió Carlisle.

Matt se levantó de su escritorio y le dio una palmadita en la espalda al director de su campaña, sacudiendo la cabeza y frunciendo el ceño.

«Tranquilo. Solo es un maratón. Además, correr me ayuda a tener la cabeza despejada».

Escondo la cara bajo la gorra hasta que paso corriendo a su lado y asiento ligeramente a modo de saludo. Oigo sus ágiles y ligeras zancadas mientras corre detrás de mí, intentando alcanzarme, y me falta el aliento un poco más cuando lo veo por el rabillo del ojo.

—Buenos días, Charlotte.

—Buenos días —digo, y procuro mantener el ritmo.

Corremos en silencio el resto de la hora.

Esto se ha repetido todos los días durante casi dos semanas. Da la impresión de que corremos juntos. No es a propósito. Simplemente parece que ambos queremos correr a *esta* hora, en *este* parque, a diario.

—¿Tienes algún rato libre esta mañana en las oficinas? —pregunta.

—Tengo una agenda apretada.

—Pero nunca demasiado apretada para mí.

Mis labios se tuercen con ironía. Sus labios también se tuercen con ironía.

—Tengo unos asuntos que me gustaría tratar contigo.

—¿Qué clase de asuntos? —pregunto con sospecha—. ¿Tuyos o míos?

—¿No es lo mismo?

Dejo de correr por la curiosidad. Tengo más curiosidad que un gato, como diría mi madre.

—¿De qué se trata?

Se echa a reír.

—Paciencia, pequeño saltamontes. Carlisle te lo explicará.

Echo un vistazo a su enorme perro negro, que rápidamente se sienta de manera protectora a su lado. Sonrío.

—¿Le gusta su collar antipulgas?

Mira al perro como si acabara de darse cuenta de que parece la mar de cómodo con él. Sonríe y luego engancha el dedo en el extremo del collar.

—Vamos, Jack. —Se dirige al coche—. ¿Te llevo?

—No hace falta, gracias.

Con la desilusión reflejada en las facciones, abre la puerta y se sube, para después alejarse con el coche.

Yo me quedo ahí estirando un rato y al parecer no puedo evitar reproducir nuestra conversación mentalmente mientras sonrío. ¿Por qué sigo corriendo en

este parque? ¿Por qué él sigue corriendo en este parque? ¿Por qué de repente me parece tan importante saberlo?

Era consciente de que aceptar el trabajo sería un reto en muchos sentidos, pero nunca imaginé que me fascinarían tanto no solo los aspectos de la campaña, sino el propio candidato. Es un hombre que podría, en menos de un año, convertirse en nuestro presidente. Conoce nuestro país de sobra y entiende perfectamente cómo funciona.

Tengo muchísima curiosidad por saber más de su punto de vista, pero el propio Matt es el que me produce mayor curiosidad, por encima de todo lo demás.

A la hora de comer, se comenta que el hecho de que Matt le haya pedido a Rhonda que modifique la agenda para acomodar una petición mía parece no haber sentado muy bien al resto de las asistentes.

—Nunca nos ha prestado demasiada atención a ninguna de nosotras, ¿sabes?
—Marta se sacude el pelo hacia atrás, evidentemente molesta.

—Las familias de Matt y Charlotte tienen una relación que viene de antes —dice Alison cuando entro.

—¿Sí? —Me dirige una mirada inquisitiva.

—Un poco —respondo de manera evasiva.

—Ah, así que esa es la razón. —Parece aliviada.

La atmósfera de la habitación cambia ligeramente y la atención se aleja de mí para centrarse en la puerta. Mis ojos se mueven rápidamente hasta Matt, que se detiene junto al pequeño espacio de cafetería para sacar una botella de agua. La abre, pensativo, mientras echa un vistazo al grupo de mujeres, levanta la cabeza y me ve.

Sonrío y cruzo la puerta, y cuando mi hombro roza el suyo, la piel me chisporrotea. Con aire distraído, me paso la mano por el brazo al regresar a mi escritorio.

Estoy trabajando en la pila de cartas cuando Carlisle se detiene junto a mi mesa.

—Matt quiere que seas su nueva planificadora —anuncia Carlisle.

Me llevo una sorpresa.

—¿Yo?

—Tendrás que estar dispuesta a viajar; vamos a visitar los cincuenta estados. Es mejor que solo haya una planificadora, o podrían producirse confusiones. Créeme: no es divertido tener algo en New Hampshire una hora antes de otra cosa en San Francisco.

Lo miro boquiabierta.

—Repasemos lo que se espera de ti en los próximos meses —empieza Carlisle.

Me detalla mis tareas como planificadora política en una habitación de cuatro metros cuadrados.

—Tu trabajo como única planificadora consiste en supervisar la agenda de Matt durante toda la campaña. Tendrás colaboradores políticos y equipos *in situ* para llevar a cabo la organización, reservarás sus sesiones de gimnasio, te asegurarás de que los aviones y autobuses contengan todo lo necesario, organizarás los mítines y todos sus compromisos sociales y personales para el resto del año. Necesitamos un equilibrio adecuado entre *todos* sus compromisos. ¿Crees que podrás hacerlo?

La cabeza me da vueltas, pero me obligo a contestar.

—Es... si Matt cree que puedo, entonces es que puedo —digo valientemente.

Me mira serio.

—Para que quede claro, un error de agenda podría costarnos la campaña entera. Cada minuto y segundo debe estar representado. El planificador de su padre, el presidente Law Hamilton, permaneció en la sede durante su campaña, pero Matt quiere un enfoque más práctico.

Parece tener dudas de mi capacidad de llevar a cabo el trabajo, así que asiento con más firmeza de la necesaria.

—Rhonda estará en la coordinación de prensa, pero ella te puede ayudar si te quedas atascada en alguna parte del proceso; responderá a cualquier pregunta que te pueda surgir.

Matt se acerca en busca de Carlisle y, cuando mi brazo roza el suyo al entrar por la puerta, la piel chisporrotea una vez más.

Me acaricio con los dedos la piel de mi brazo, donde noto un hormigueo, mientras me dirijo a mi mesa; entonces la asistente de Carlisle se acerca.

—Charlotte. —Señala hacia el despacho de Matt—. Ahora estarás aquí, justo al lado del despacho de Matt.

Trago saliva; luego empiezo a recoger mis cosas, más decidida que nunca a

contribuir positivamente en la campaña y probarme a mí misma que *puedo* hacerlo.

Advertencia

Charlotte

Mi primer día como planificadora oficial es el lunes siguiente. Cuando llego a la sede de la campaña, salgo del ascensor y me pongo a trabajar de inmediato.

Estoy decidida a impresionar y a ser tan asombrosa como están demostrando ser todos los que pertenecen al Equipo Hamilton. Sobre todo ahora que soy su planificadora; y solo hay *una*.

Estoy decidiendo las cosas que Matt tiene que hacer con mayor urgencia cuando Rhonda aparece.

—¿Qué tal te va? —pregunta al acercarse.

—¡Genial! —Sonrío ampliamente, luego extendiendo unas hojas con itinerarios. Es laborioso supervisar bien la agenda de Matt, no solo por ser suya, sino porque implica a muchas personas más—. Me preocupa un poco perder tiempo valioso mientras el equipo llega en autobús, estaba pensando que Matt debería aprovechar ese tiempo de algún modo.

Rhonda arrastra una silla para acomodarse y echa un vistazo a las hojas. Matt no quiere cubrir con eslóganes todos los pueblos y ciudades de Estados Unidos; está haciendo campañas agresivas por internet con sus opiniones personales y las soluciones que propone. Pero, incluso con la campaña de internet, su itinerario es mortal.

Podría literalmente acabar con un hombre que no fuera tan activo como él.

No me imagino al presidente Jacobs ni a Gordon Thompson, el candidato republicano, ambos mucho mayores y menos atléticos, soportando algo así.

Como planificadora oficial y al embarcarnos en la gira por el país, trabajaré

en el campo de batalla. En lugar de quedarme encerrada en la sede, estaré *ahí fuera* y supervisaré a todos los asistentes de campaña locales para asegurarme de que todo vaya como la seda en los lugares y eventos donde Matt esté presente.

Rhonda ha dejado claro repetidas veces que mi trabajo consiste en dirigir la agenda personal y profesional de Matt, y no solo eso, sino que también tengo que dirigir a los equipos de avanzada que llegarán a cada sitio antes que él para asegurarse de que todo va como debería. Me dice que una planificación constante es esencial para una campaña efectiva, que necesito concentrarme en el tiempo personal de Matt antes que nada, y después buscar un equilibrio entre eventos dirigidos a institutos, veteranos, industriales y al trabajador medio. Tengo que incluir a todas las minorías y, evidentemente, a mujeres y personas jóvenes, quienes parecen ser sus fans más devotos. A esta lista, tras hablarlo con los demás directores, también he de añadir hospitales y hospicios.

—Necesita tiempo para correr todos los días. Absolutamente todos, asegúrate de darle una hora para correr y al menos media hora para ducharse y prepararse para el día. Créeme, está mucho más alerta y avisado cuando empieza la jornada así. Añade una tarde libre los fines de semana para que pueda ver a sus amigos y familia, o simplemente para que tenga tiempo para sí mismo —me dijo al explicarme esto por primera vez.

—¿Solo una tarde libre? —Me horroriza pensar que trabaja tanto.

—Solo una, el propio Matt lo ha indicado así —me aseguró Rhonda, pero tenía los ojos tan abiertos y preocupados como los míos.

Ahora preparamos juntas su primera agenda activa de la campaña, una agenda en la que viajará mucho.

Mientras Gordon Thompson y Harold Jacobs se centran por completo en sus campañas, nosotros también lo hacemos. Los primeros estados que visitaremos destacan por ser fundamentalmente rojos o azules; Texas, que va principalmente con los republicanos, y California, que apoya a los demócratas.

—Charlotte, me han llegado comentarios.

Levanto la cabeza.

—¿Perdón?

—Algunas de las asistentes. —Señala hacia la puerta—. Dicen que Matt te presta más atención a ti. Alison las ha tranquilizado diciendo que sois amigos de la infancia, pero aun así quería darte un consejo amistoso.

Estoy tan sorprendida e incómoda con la idea de que alguien asuma que

estoy haciendo algo escandaloso que me quedo muda y no pestañeo mientras miro fijamente a los ojos grises y amistosos pero preocupados de Rhonda.

—No —dice en voz baja, sin apartar la vista de mí.

Sacude la cabeza y baja la mirada al itinerario para trazar una gran línea roja sobre un evento y añadir una gran flecha roja para que lo desplazemos al día siguiente.

—Matt ahora mismo está en suelo firme. —Me vuelve a mirar—. Se ha ganado el corazón de todos los estadounidenses porque todos vimos cómo perdió a su padre, cómo ayudó a su madre a superarlo y mantuvo los pies en la tierra y la humildad, a pesar de ser uno de los hombres más famosos del mundo. Si hay algún trapo sucio que los partidos quieran sacar a la luz, no hay nada que Carlisle no haya estudiado y a lo que no pueda replicar fácilmente.

Abro mucho los ojos.

—No insinúas que...

—Charlotte, tengo cincuenta y cinco años, me he casado dos veces y tengo tres hijos —me interrumpe, con una sonrisa similar a la de mi madre cuando Matt y su padre, el presidente, vinieron a casa a cenar y me dijo que Matt era guapo—. Si crees que él es la solución que buscamos...

—¡Sí que lo creo! —exclamo con vehemencia, mientras deslizo el itinerario hacia mí y arrugo la cara al bajar la mirada y observarlo, esforzándome por concentrarme de nuevo.

—Entonces que se quede en lo profesional. Vais a pasar mucho tiempo juntos.

Me vienen a la mente las cosas que pienso cuando me acuesto sola en mi piso y una ola de culpabilidad y calor me sube por las mejillas, pero permanezco con la mirada fija en el itinerario e intento recuperar la concentración.

En cuanto Rhonda y yo terminamos el primer itinerario de la campaña, ella une las manos.

—Supongo que hemos terminado. ¿Le das tú una copia?

—Por supuesto.

Se pone el abrigo y nos despedimos; ella se dirige a su nuevo despacho y yo salgo del mío en dirección al de Matt.

Al aproximarme, oigo los susurros de Carlisle diciéndole a Matt:

—Deberíamos sacar a la luz los trapos sucios de Jacobs... Ha cometido muchos errores durante su administración... y lo de Gordon ya es escandaloso.

—Haremos una campaña limpia y jugaremos a la defensiva. No atacaremos

a menos que nos ataquen personalmente, en cuyo caso contraatacamos. Solo en ese caso.

—Matt, estos dos son especialistas en atacar. Así es como se ganan unas elecciones. Haces que la gente se asuste y luego enciendes la luz y te pones el sombrero de salvador. Personalmente, creo que Jacobs ha dejado que la economía se vaya a la mierda solo para poder aparecer con un plan reluciente para salvarla. En cuanto a Gordon... hostia, soltará todos tus defectos y empezará por el hecho de que no has servido en el ejército.

—Él tampoco.

—Pero será él quien lo diga.

—Y será más fácil para mí señalar que me estaba encargando de otros asuntos que mi padre, el presidente, me había pedido que abordara. Quería que aprendiera a ser un líder... Benton, tú sabes que me jode un montón que no me dejara servir.

—Gordon te lo restregará. Jacobs seguirá con el tema de la primera dama...

—En serio, si es eso de lo que nos tenemos que preocupar... —Matt suelta una risita baja, seguro de sí mismo.

Carlisle suspira.

—Tienes sentido del humor, lo que te hace cercano; pero, Dios, ¡mira que eres cabezota, Matt!

Llamo a la puerta.

Matt levanta la cabeza, con la mano me indica que pase y observa cada paso que doy al entrar en la habitación.

Dejo la carpeta en su escritorio y, al marcharme del despacho lentamente, oigo a Carlisle insistir:

—Necesitamos más eslóganes, Matt. La gente necesita saber qué vas a aportar.

—Me aporto a mí mismo.

Carlisle suspira.

—Carlisle. La gente lleva años creyendo que todas las promesas que hacen todos los candidatos no son más que mentiras. Ya nadie los cree. La política se ha visto totalmente manchada por la propaganda. Al principio no era así, Carlisle. No había campañas de eslóganes; hostia, hasta Andrew Jackson ni siquiera había campañas difamatorias. Sirvo a mi país.

—Hablando de eso. Las primarias se acaban de poner en marcha y nuestros oponentes ya están atacando las calles con propaganda.

Matt escucha con atención, luego dice:

—Estamos en tiempos modernos, Carlisle. Internet funciona. Hamilton es respetuoso con los árboles. —Ladea la cabeza—. Charlotte. —Matt alza la voz para llamarme justo cuando salgo.

Miro a mis espaldas.

—Puedes salvar más árboles como presidente —murmura Carlisle mientras Matt me hace un gesto para que me acerque. Estoy a punto de decirle a Carlisle que me gusta el enfoque distinto de Matt.

Las figuras políticas son queridas y odiadas en todo el mundo, se las ve como males necesarios. Pero no era así con Washington. Es el único presidente que recibió hasta el último voto: era un campeón, un líder, no un «mal necesario». No había propaganda ni campaña de *Marketing*, ni eslóganes estúpidos. Matt no es político, y creo que eso es lo que le diferencia. Los discursos que da no están ensayados. Ni siquiera parece arreglado al cien por cien. Prefiere jerséis, pantalones y camisas de botones cuando se muestra ante el público. Se le ve firme, que es lo que quiere el país, un poco rebelde, que es lo que necesita el país, y diferente, la personificación del cambio que ansiamos.

Pero me guardo mis ideas.

Carlisle sale y Matt junta los dedos e inclina la cabeza hacia la puerta, ya vacía.

—¿Qué opinas?

—Eh... ¿sobre lo que dice Carlisle?

Asiente. Ese brillo juguetón e irritablemente adorable aparece en sus ojos.

Sonrío para mí misma.

—Creo que eres cabezota —admito, y arrugo la nariz juguetonamente.

—¿Eso es todo?

Me encojo de hombros con aire misterioso.

Pero no, eso no es todo, ¡para nada!

Tiene buen criterio, dinamismo y disciplina.

Para cuando las discusiones sobre carácter surjan más adelante en la campaña, Gordon ha tenido cuatro esposas, el presidente Jacobs deja que su mujer dirija el país por él, mientras que Matt, por otro lado, es un hombre muy equilibrado. Escucha las opiniones de la gente que respeta y cuya inteligencia iguala la suya, pero al final toma su propia decisión.

Hemos recaudado cientos de millones de dólares para su campaña; la mayoría de los fondos provienen de pequeñas donaciones del estadounidense

medio que está listo para un cambio. La infraestructura tecnológica que hemos dispuesto en la sede para llegar hasta los más de trescientos millones de estadounidenses a través de internet no tiene precedentes. Pero los intereses de la gente nunca han sido tan difíciles de discernir como en los tiempos que vivimos.

—Creo que ir a por todas con internet puede conseguirte un montón de impacto en los jóvenes votantes —digo finalmente—. Y si se te ocurre una forma de hacer que se interesen por algunos de los planes ligados a las letras del abecedario, podría tener mucho impacto.

Se frota la barbilla con la punta de los dedos índice, emite un sonido pensativo y frunce el entrecejo, cavilando.

—La «C» es de Charlotte.

—La «G» es de las grasas saturadas en las cafeterías, con las que hay que acabar cuanto antes.

Se echa a reír.

Señalo hacia su itinerario.

—Aquí tienes la planificación para los meses de abril y mayo. Como las cosas se ponen muy pesadas a finales de abril, he pensado que podría dejarte un fin de semana libre para recargar pilas.

—Es muy considerado por tu parte. —Se pone las gafas y lo ojea.

—Ya, bueno, soy una chica considerada —digo.

Me doy la vuelta y miro por la ventana, porque cuando se pone las gafas hay algo que me afecta.

—Una chica considerada que de algún modo consigue que piense mucho en ella. —Le presto de nuevo mi atención, sorprendida, mientras me mira por encima de la montura.

El corazón me martillea.

Deja el itinerario sobre la mesa y se quita las gafas, a continuación las dobla y las deposita sobre la hoja, con los ojos fijos en mí.

La habitación se sume en el silencio y me doy cuenta de lo agitada que estoy por dentro.

—¿Por qué querías que yo fuera tu nueva planificadora? —pregunto en voz baja.

Se inclina hacia atrás con una sonrisa socarrona que enseguida se convierte en una de admiración.

—Porque creo que tienes la cabeza bien puesta sobre los hombros, eres una

persona entregada y lista y, en cualquier caso —añade, y sonrío con más ganas —, pensé que eras demasiado blanda para seguir contestando esas llamadas y cartas.

—¡Yo no soy blanda!

—La «F» es de florecilla.

—¡No soy una florecilla, Matt! —Entrecierro los ojos y apoyo una mano en su mesa—. Querías que estuviera atenta por si llegaban cartas como la que envió el pequeño Matt.

—Y sé que aún lo estás.

Arrugo la frente.

—¿Cómo me conoces tan bien? ¿Eh?

Extiende los brazos y los cruza detrás de su cabeza.

—Hay quien dice que soy un hombre perspicaz.

—No estoy de acuerdo. No has visto lo duro que tengo el corazón, capaz de leer tus cartas un día tras otro; lo dura que soy. La «D» es de dura de corazón.

Se echa a reír. Es muy agradable oír su risa.

—No, Charlotte, es mejor una palabra por letra, así que eres toda corazón.

Sacudo la cabeza todavía con el ceño fruncido.

—Voy a demostrarte lo dura que soy en el próximo itinerario que te prepare.

—Adelante, me vengo arriba con la presión.

—Bien por ti, porque iré a por todas.

—Como siempre.

Su mirada se desliza más allá de mi hombro, atraída por el sonido de alguien que llama suavemente a la puerta. Alison está en la entrada y nos observa con los ojos entrecerrados.

—Matt, las fotografías que me pediste.

Ella entra mientras yo me excuso y salgo, pero enseguida me alcanza.

—¿Estabas coqueteando con Matt?

—¿Qué? ¡No! Estábamos en mitad de una discusión.

—¿Estabas *discutiendo* con Matt?

—Eh... ¡no! —Me sonrojo y me dirijo a mi escritorio, me siento y alzo la cabeza para mirar por la ventana de su despacho, donde veo que lleva puestas esas gafas *sexys* mientras lee con una mano sobre la boca, como si escondiera una sonrisa.

Ojos

Charlotte

He llamado al hospital Children's National e informado a Carlisle de la visita de Matt para que pueda avisar al coordinador de prensa y a todos los que están involucrados.

—Vienes conmigo —me dice Matt antes de irse.

—¿Yo?

—Fue idea tuya.

Gruño por dentro; pasar más tiempo con Matt es lo último que necesito ahora mismo. Pero la verdad es que me encanta verlo en acción, así que me doy prisa por ponerme el jersey y seguirlo al exterior. Cuando llegamos al hospital, hay una pequeña multitud que ondea pancartas y grita.

—¡Matt! —jadea sin aliento una de las jóvenes del grupo.

—¡Matt Hamilton! —la acompaña su amiga, más alto, mientras ahueca las manos en torno a la boca para que la voz llegue más lejos.

Él les da las gracias y luego espera a que yo entre con Wilson. El pequeño Matt lleva puesta su camiseta de los Redskins con la gorra a juego y también tiene una vía intravenosa.

Se me encoge el pecho al ver cómo se le iluminan los ojos cuando su héroe entra en la habitación. Me doy la vuelta para recomponerme cuando oigo la voz de Matt.

—He oído que hay un tigre en el edificio. Tenía que venir a verlo.

—¿Dónde? —pregunta el niño, emocionado.

—Lo estoy viendo ahora mismo.

Cuando me doy la vuelta otra vez, Matt pasa una mano por la gorra del pequeño y le sonrío.

El niño muestra una amplia sonrisa.

—Vaya. Has venido.

Matt coge una silla para sentarse al lado de la cama.

—Charlotte, la señorita que ves junto a la puerta, parece ser una gran fan tuya, igual que tú eres fan mío.

—Vaya —dice.

Pronto aparece más gente. El pequeño le cuenta a Matt que quiere ser jugador de fútbol americano cuando crezca. Sus padres se acercan a mí y me cuentan lo agradecidos que están mientras ellos charlan.

—Si ganas, me invitas a la Casa Blanca... —dice el pequeño Matt.

—No «si gano», sino «cuando gane». Vendrás a la Casa Blanca —promete Matt.

Juega al ajedrez con el niño postrado en la cama. Las enfermeras empiezan a formar una fila en el pasillo; sonrían y se lo comen con los ojos.

Lo que me conmueve no es lo que hace, sino que se ve claramente que se divierte de verdad. Yo ya creía en él: en Hamilton y en todo lo que representa ese apellido.

Pero, en este momento, si nunca lo hubiera visto y no hubiera tenido aquel estúpido enamoramiento infantil, si él no hubiera crecido bajo los focos y con la fama de su apellido, es el Matt de hoy quien se gana mi voto pese a los defectos que los medios intentan exagerar.

Nos marchamos del hospital y Wilson nos espera en la acera con el coche.

Matt está callado.

Yo también.

—Gracias —dice en voz baja y con una sinceridad desgarradora.

—Me entristece. —Se me quiebra la voz, así que paro de hablar.

Miro por la ventana y trato de recomponerme. Él parece darse cuenta de que está fuera de su elemento, con una chica a punto de echarse a llorar en el coche.

—Vamos a comprarte algo de comer.

—No.

Frunce el ceño; luego sus ojos brillan, confusos y divertidos.

—Eres demasiado cálida para la política, Charlotte. Tenemos que

endurecerte.

—Llévame a pelear con espadas, pero no a comer. No tengo hambre ahora mismo. —Suspiro y lo miro de reojo—. Es culpa tuya.

—¿Perdona?

—No estaría metida en política si no fueras candidato.

—Y eso lo dice la chica que se ofreció a ayudarme cuando tenía ¿cuántos? ¿Siete años?

Arqueo las cejas.

—Once. —Levanto la barbilla—. Todavía puedo votar a Gordon.

—Dios, no. ¡No! —insiste. Se ríe y se pasa la mano por el pelo, frustrado.

—Bueno, alguien tiene que bajarte un poco esos humos. Gordon Thompson tiene mi voto —anuncio.

—Me haces daño, Charlotte —replica.

—Ah, sí. Se te ve muy dolido, ja, ja.

Tiene una expresión totalmente seria, excepto en los ojos, que se ríen de mí.

—Mis heridas son profundas.

—¿Cómo de profundas? ¿Así de profundas?

Le enseño los dedos separados por un milímetro. Arruga la frente y los reajusta hasta que entre ellos hay un centímetro de distancia.

—Así de profundas.

Debería reírme.

Era divertido hasta que me ha tocado.

Ahora la atmósfera es cálida y empalagosa, y me mira con una sonrisa congelada y unos ojos penetrantes.

Veo un destello de anhelo en sus ojos, un anhelo tan profundo como el que siento yo, increíblemente profundo, que no puede medirse en fracciones diminutas.

Acabo por reírme mientras intento sofocar las sensaciones que me invaden.

—Vaya. —Miro el hueco entre mis dedos—. Un centímetro. ¡Qué profundidad!

Me remito al espacio entre sus dedos, pero ya no sé de qué estamos hablando.

—Ya te lo he dicho. —Sonríe con suficiencia. Baja las manos a sus costados y no puedo evitar advertir lo fuertes que son y apreciar esos dedos largos que tiene.

Todas las mujeres de Estados Unidos probablemente hayan tenido fantasías con Matt. Y yo lo tengo lo bastante cerca como para que mis sentidos enloquezcan.

Sigo afectada durante todo el camino. Mi mente trabaja a toda máquina, haciéndose preguntas... simplemente haciéndose preguntas.

Matt revisa sus correos electrónicos y me toca con el muslo.

No lo aparta.

Me pregunto si yo quiero apartar el mío.

No. Apenas respiro y ardo por dentro. Y no quiero.

Tengo que recordarme que mi trabajo es mucho más importante que mi estúpido enamoramiento infantil. Mi trabajo aquí trasciende más allá de mí misma... más allá incluso de Matt.

Hacer campaña no solo es emocionante, sino que escuchar la visión y las ideas de Matt me llena de esperanza.

No era plenamente consciente de lo mucho que echábamos de menos a un líder fuerte, a un líder inspirador, hasta que me he encontrado mirando al líder que deseo.

Podríamos lograr un gran cambio. Un hombre como él podría cambiar *mucho* las cosas.

Así que seguimos el viaje sumidos en una tensión silenciosa. Matt invade mi mente, pero mi cuerpo está vacío de él.

Sus ojos conectan con los míos y arden por expresar algo importante.

—Quiero que seas mis ojos y mi corazón, que me mantengas en contacto con la gente real de ahí fuera, la que no he podido conocer en toda mi vida.

—De acuerdo, Matt —acepto.

Y luego se inclina hacia adelante. Yo aguanto la respiración y cierro los ojos cuando sus labios me rozan la mejilla y la besan. Es un beso tan ligero como el que me dio cuando tenía once años, pero ahora soy una mujer, y él es todo un hombre, y de repente e inesperadamente, su brazo me rodea la cintura y tira de mí hasta pegarme contra su costado.

Entonces noto que su cabeza desciende lentamente sobre la mía, su nariz me acaricia la mejilla. El aire se me queda atorado en la garganta y lucho contra las ganas de girar la cabeza medio centímetro y besarlo de lleno en la boca.

Huele a menta y un poco a café, mezclado con su colonia. Inhalo temblorosamente y noto sus labios rozar mi mejilla por donde su nariz acaba de estar. Sus labios son cálidos, suaves y, no obstante, firmes.

Me agarra de la cadera con una mano para mantenerme pegada a él y dobla la cabeza para depositar un beso en mi cuello. Dejo que mi cabeza caiga hacia atrás y él suelta una risita enigmática mientras frota su nariz ligeramente contra mi cuello, acariciándome.

Usa una mano para girarme la cabeza y dejarme de cara a él y, al mirarlo a los ojos, siento que mi mundo se inclina sobre su eje y gira en todas las direcciones. Todo lo demás desaparece y mis pensamientos se concentran únicamente en él y en mí.

Solo soy capaz de pensar en lo que siento; en la violencia con la que me late el corazón; en cómo respiro cada vez más aceleradamente; en lo cálida que tengo la piel y el hormigueo que siento. Todo mi cuerpo parece contener la respiración, mientras espera dulcemente a que Matthew se mueva de nuevo, a que me toque otra vez, a que bese otra parte de mí.

Susurro su nombre y él gruñe:

—Tu tacto es increíble —dice.

Se inclina y me besa la clavícula, recorriéndome el cuello con la nariz mientras inhala profundamente.

—Dios, y hueles tan bien... —susurra con voz entrecortada. Su voz grave me quema, lo consume todo a su paso, dejando únicamente esta necesidad profunda, casi primaria, de estar lo más cerca posible de él.

Cuando noto que su lengua toca tentativamente la piel de mi cuello, gimo.

Me aprieta más contra él, hasta que prácticamente estoy sentada en su regazo. Tiene la cabeza enterrada en mi cuello y me besa y acaricia con la nariz, me lame y me saborea.

Empiezo a preocuparme, me pregunto dónde estamos y cuándo llegaremos a la sede de la campaña. Sé que nadie puede vernos, este coche tiene cristales tintados y una división que nos separa del chófer, pero, aun así, da la sensación de que lo que hacemos es algo oscuro y prohibido.

—Me...

—Shhhh... déjame hacer esto, Charlotte. Por favor —me pide mientras levanta la cabeza de mi cuello y sostiene mi cara entre sus manos. Sus ojos conectan con los míos y luego bajan a mis labios y suben de nuevo hasta mis ojos.

Noto que se pega más a mí y lentamente empiezo a comprender que quiere besarme. Ahora mismo. En este coche.

Matthew Hamilton, posible futuro presidente de Estados Unidos y el primer

chico del que estuve coladita de pequeña, quiere besarme.

Extiendo un brazo y también le sostengo la cara con una mano; sus ojos arden.

No sé si debería hacer esto o no, pero ahora mismo lo único que me dice mi cuerpo es que necesito tocar a este hombre.

Le doy un beso en la mejilla, mis labios permanecen un instante en su piel.

Percibo que se relaja, pero su agarre sobre mí se tensa.

«¿Qué estamos haciendo?».

—Señor, ya hemos llegado. —La voz ahogada de su guardaespaldas se oye al otro lado del vehículo.

Me parece oír que Matt suelta una palabrota en voz baja. Me separo de su regazo para sentarme en mi lado del asiento y tomo aire temblorosamente mientras Matt abre su puerta y rodea el coche para abrir la mía.

Soy incapaz de describir la mirada que compartimos cuando nuestros ojos se encuentran mientras salgo del vehículo. Está cargada de necesidad, lujuria, anhelo, curiosidad y algo más...

Me obligo a apartar la mirada y caminar hacia el edificio. La huella de sus labios permanece en mi piel.

En la cima se está solo

Matt

Ese era yo actuando de forma increíblemente temeraria e insensata.

No he dejado de pensar en su cabello pelirrojo, sus ojos azules, sus labios suaves y en lo mucho que deseaba meter la lengua en su boca y saborearla. Quería abrirle la boca y besarla lentamente y, luego, rápido y salvaje. Llegados a este punto, solo eso podría saciarme.

Pensaba que seguir ese impulso después de visitar el hospital bastaría para calmar el fuego que me quemaba, pero...

No es así.

No he dejado de pensar en ella en las últimas dieciocho horas.

Estoy trabajando sin dormir. Sin una buena sesión de ejercicio, mi concentración se dispersa, pero mi agenda no me lo ha permitido hoy. Mi abuelo ha venido en avión desde Virginia después del rotundo éxito de nuestros dos primeros meses de campaña, y a mi madre, quien ha optado por ignorar que soy candidato, no le queda más remedio que recibirnos para desayunar esta mañana.

Soy consciente de los problemas del inicio de campaña. Entre ellos, mi abuelo.

Él fue el motor político incansable que llevó a mi padre al Ejército, al Senado y, después, a la Casa Blanca. Movi6 los hilos de un lado y de otro, y puso a mi padre a lomos del caballo blanco de George Washington, pero fue mi padre quien lo cabalgó como si fuera su dueño; quien ganó sus segundas elecciones con el mayor margen de votos de la historia, pues mantenía contento a casi el setenta por ciento del país cuando se hicieron los sondeos de su primera

legislatura. Mi abuelo lo llevó hasta allí, pero fue mi padre quien se mantuvo en el poder.

No quiero el apoyo del motor político de mi abuelo: requeriría sacrificar méritos por favores a la hora de nombrar a los miembros de mi gabinete. Actuar así impide que el país crezca y brille más que nunca, y eso es lo que nos ha dificultado convertirnos en la fuerza más poderosa del mundo.

Las costumbres deben dejarse a un lado, hay que proponer ideas innovadoras y traer savia nueva para actualizar el anticuado modelo de gobierno de Estados Unidos.

El mundo está cambiando y debemos liderar ese cambio.

Mi abuelo no ha disimulado el hecho de que quiere que yo esté al frente... pero de uno de los partidos. A los que les gusta mantener el *statu quo*.

Soy el último en llegar a casa de mi madre.

Está sentada en una silla alta y lleva unas perlas que le dan un aspecto majestuoso a su falda y chaqueta blancas de marca. Es una Jackie Kennedy moderna, agradable y serena, con una moral tan fuerte como el titanio. Hay grandes parecidos entre nuestra familia y la de los Kennedy. Los medios han llegado incluso a especular tras el asesinato de mi padre si una maldición nos impide cumplir con nuestro brillante destino.

Mi madre se sienta tan lejos de mi abuelo como puede. Todavía tiene el cabello del mismo tono casi negro, como el mío; su elegancia es extraordinaria.

Patrick Hamilton es grande, brusco y no se anda con tonterías. Tenía una relación cercana con mi padre. Hasta que él murió, mi abuelo no dejaba de insistir en que me metiera en política. Lo último que quería mi madre era que lo hiciera.

—Vive tu vida, Matt. Estudia algo que te guste, conviértete en lo que quieras. —«Excepto en político». No lo decía, aunque no tenía que hacerlo. En su mente, habría sido una esposa feliz, y no una viuda, si mi padre no hubiera sido presidente. Creía que habría vivido una vida feliz. En su lugar, vivió una llena de obligaciones, y lo hizo de forma impecable, pero no había maquillaje ni peinado que escondiera la mirada sombría que causó el asesinato sin resolver de mi padre.

La saludo con un beso en la frente.

—Siento que esto te tenga preocupada. No tienes que estarlo —digo.

Sonríe ligeramente y me da palmaditas en la mandíbula.

—Matt.

Solo una palabra, pero, acompañada por la expresión de sus ojos, me recuerda en silencio que mi padre fue uno de los cinco presidentes en funciones que han sido asesinados; todos por balazos. Lincoln, Garfield, McKinley, John F. Kennedy y Hamilton.

Me siento en la sala de estar y ella hace un gesto a Maria, su cocinera, para que nos traiga café.

—Fui a comer con los demócratas —comenta mi abuelo mientras da sorbos a su café—. Quieren que te unas a las primarias; están seguros de que las ganarías.

—Ya les he dicho que me presento de manera independiente.

—Matt, tu padre...

—Yo no soy mi padre. Aunque sí que pretendo continuar con su legado. —Echo un vistazo a mi madre, que parece debatirse entre el orgullo y la preocupación.

—¿Por qué ni siquiera te planteas presentarte con los demócratas? —insiste mi abuelo.

—Porque —digo mientras me inclino hacia adelante, mirándolo directamente a los ojos— ellos no lo protegieron. Por lo que a mí respecta, prefiero estar solo. —Mantengo la mirada fija en él. No es un hombre fácil, pero yo puedo ser tan difícil como él—. Mi padre me dijo que no me fiara nunca ni de mi propia sombra. He mantenido a la gente a raya, pero ahora elijo a quién dejo entrar y quién se queda fuera. Mi competencia se queda fuera. Dejo entrar a mi país. La gente merece algo mejor de lo que ha recibido en los últimos tiempos. Y yo allanaré el camino para que eso suceda.

—¡Joder, Matt! ¡En serio! —espeta mi abuelo.

Está muy enfadado y mi madre interviene rápidamente con su habitual carácter apaciguador.

—Patrick, te agradezco que compartas tu opinión con Matt, pero a mí ni siquiera me gusta que sea candidato. Matt —añade y se gira hacia mí con una mirada suplicante—, le hemos dado a este país todo lo que teníamos; le dimos a tu padre. Ya no debemos nada a nadie.

—No todo lo que teníamos. Aún tenemos a Matt —interviene mi abuelo—. Es lo que Lawrence quería.

Mantengo la atención en mi madre. Sé que esta es su peor pesadilla; no quiere que me presente a la presidencia.

—Terminaré lo que mi padre empezó; este es nuestro legado. ¿De acuerdo?

—Inclino la cabeza con firmeza, pidiéndole en silencio que lo entienda.

No ha superado lo que le ocurrió a mi padre.

Sacude la cabeza con la terquedad que la caracteriza.

—Todavía eres muy joven, Matt; solo tienes treinta y cinco años.

—Ya, bueno, *mis* treinta y cinco cuentan como el doble. —Sonrío irónicamente y me reclino en la silla mientras observo a mi abuelo—. Tuve una relación más estrecha con mi padre que el vicepresidente durante una legislatura y media. Voy a hacerlo y, cuando llegue a la cima, decidiré quién estará en mi gabinete por méritos, no por favores políticos que debamos.

—Maldita sea, muchacho, está claro que tienes voluntad propia, pero debes tener una visión más amplia. *No* se pueden rechazar los recursos que te brindan los partidos.

—No los rechazo, simplemente confío en tener mis propios recursos para combatirlos.

Mi abuelo suspira. Se pone en pie, se abotona la chaqueta y, luego, besa a mi madre en la mejilla.

—Gracias, Eleanor. —Me mira mientras me levanto—. Estás creándote enemigos poderosos, Matt.

—Yo seré un enemigo todavía más poderoso.

Ríe y sacude la cabeza con incredulidad. Luego, me da una palmada en la espalda y dice:

—Entonces te apoyaré.

Acto seguido, se va, a regañadientes y malhumorado, y mi madre suspira. Veo como se marcha. Sus palabras dan en el blanco, aunque no en el objetivo al que había apuntado mi abuelo.

Todo este esfuerzo, el sueño que persigo... Siempre tuve claro que debía hacerlo solo. Vi lo que el abandono de mi padre hizo a mi madre; experimenté en primera persona su efecto. No se lo desearía a nadie que me importara.

Pero no puedo dejar de pensar en una planificadora pelirroja y de ojos azules, con un gran corazón y que siente amor verdadero por su país. Por primera vez, me pregunto cómo sería llegar a la posición a la que aspiro con alguien a mi lado.

—Matt. —Mi madre frunce los labios mientras libra una lucha interna; la batalla de una madre que quiere apoyar a su hijo y protegerlo—. Quieres cambiar el mundo desde la Casa Blanca, y yo te apoyaré. —Se acerca a mí y me atrae a sus brazos para hablarme al oído—. Pero el mundo te cambiará *a ti* antes

de que puedas hacer algo por él —dice con tristeza, y me besa en la mejilla.

Me paso la mano por la cara con frustración mientras la observo subir las escaleras. Es una mujer fuerte, pero incluso la fuerza se quiebra. Cuando mi padre ganó, ella pasó de ser una ciudadana anónima a tener un cargo público, y lo llevó con elegancia y estilo.

El país nunca vio su sufrimiento silencioso mientras perdía a mi padre lentamente por culpa de su trabajo y, más tarde, a causa de dos balazos, uno en el estómago y otro en el corazón.

Sí, la Casa Blanca nos cambió a todos.

Pero lo que ocurre en la Casa Blanca se refleja en toda la nación, y estoy decidido a mejorar las cosas.

Todavía tengo un día ajetreado por delante cuando salgo y me subo al Lincoln negro que Wilson ha aparcado junto a la entrada.

Viajo en silencio al lugar donde daré mi primer discurso del día. En mi cabeza, Charlotte jadea mientras deslizo los labios por su mejilla hacia los suyos; aguanta la respiración cuando la beso suavemente, saboreándola, y casi pierdo el control cuando me doy cuenta de que lo desea.

Lo desea tanto como yo.

Aparto el pensamiento de mi mente cuando el coche se detiene y salgo ante la multitud.

—¡Matt!

Oigo a la gente gritar mi nombre a mi alrededor y empiezo a estrechar la mano a las personas que tengo a ambos lados, a tantas como puedo de camino al edificio principal, mientras doy las gracias a todo el mundo por venir.

Café

Charlotte

Al día siguiente, estoy nerviosa por lo que pasó entre Matt y yo en el coche. Estoy en la pequeña cocina de las oficinas y me pregunto si debería llevarle café o no. Tal vez porque quiero hablar de ello, saber por qué me besó. O quizá porque quiero verlo.

Antes de pensármelo dos veces, vierto café en dos tazas y recuerdo la vez que me trajo café a mi mesa la noche en que ambos nos quedamos hasta tarde. Dejo la mía sobre mi escritorio en el mismo sitio donde él la colocó aquel día y, después, me dirijo a su despacho y asomo la cabeza por la puerta.

—¿Puedo entrar?

Matt está revisando algunos documentos, pero alza la vista y me mira por encima de la montura de las gafas. Se me acelera un poco el corazón. Asiente y me sobresalto cuando diviso a Jack, que se levanta de donde estaba tumbado, junto a la mesa de Matt.

—Hola, Jack —saludo torpemente—. Te he traído café —le digo a Matt mientras se pone en pie.

Al pasarle la taza humeante, el perro corre hacia Matt y salta en un intento desesperado de lamer la taza de café y derrama accidentalmente todo su contenido sobre la camisa de Matt.

—¡Jack, siéntate! —El perro obedece de inmediato, pero el café ya le ha empapado la camisa—. El café es su debilidad.

—Eso es algo con lo que seguro que te sientes identificado. ¿Qué tal es vivir sin vicios? —pregunto.

Me guiña un ojo mientras cruza la habitación para cerrar la puerta. Al pasar a mi lado, me lanza una sensual mirada de arriba abajo y me dice cerca del oído:

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Siento como si la combinación de sus palabras y la expresión de sus ojos al levantar las manos y empezar a desabotonarse la camisa hubiera encendido un fuego en mi estómago.

De repente, estoy mirando fijamente su pecho desnudo.

Está tan bueno que apenas puedo respirar.

Aunque es un hecho ampliamente documentado que Matt Hamilton tiene un aspecto increíble sin ropa, «increíble» ni siquiera recoge la total perfección atlética de su cuerpo, su forma y sus músculos. Todos los músculos de su pecho están definidos y muy marcados. También tiene un poco de vello oscuro y sedoso en los pectorales. Esto me resulta tan sexy que un calor líquido parece derramarse entre mis piernas.

Algo cálido y femenino empieza a aletearme en el estómago mientras lo contemplo sin poder hacer nada.

—¿Me pasas esa camiseta de la campaña? —pregunta.

Miro los estantes que hay detrás de mí. Extiendo el brazo y cojo una camiseta blanca con un logo violeta en el que pone «Hamilton 2016». Parece una camiseta de deporte.

Se la paso y me esfuerzo por no apreciar la forma en que sus pantalones acentúan sus esbeltas caderas y cómo su espalda ancha se reduce como una pirámide invertida hasta llegar a su estrecha cintura. Al ver sus fantásticos abdominales me dan ganas de trazar todos los cuadrados con la punta de los dedos. Y sus brazos son asombrosos, con esos bíceps abultados que se le marcan mientras se levanta la camiseta por encima de la cabeza.

—Me gusta. —Señalo la camiseta con nerviosismo.

—Quería que alguien se la probara. Supongo que ya he encontrado a ese alguien.

Se la pasa por la cabeza y yo trago saliva.

«Ay, Dios».

No puedo evitar ruborizarme.

Arroja a un lado la camisa manchada y se pasa los dedos por el pelo. Jack se ha levantado sigilosamente y lame el café que se ha derramado a mis pies.

—No, Jack. —Me arrodillo e intento detenerlo. Matt se acerca para agarrarlo por el collar y apartarlo—. Bueno, no creo que vaya a dormir mucho

—digo a modo de disculpa.

—Ya somos dos.

Sonríe a su perro y le acaricia la cabeza con una mano a pesar de que lo mira con el ceño fruncido por su mal comportamiento.

—Nunca duermes, ¿verdad? —suelto.

Él levanta la mirada.

—Tengo muchas cosas en la cabeza. Con suerte, a veces duermo unas pocas horas del tirón.

Recoge su camisa empapada y la cuelga en el respaldo de su silla.

—Te la puedo lavar, Matt —digo. En realidad, se me ha escapado, y me muero de la vergüenza al instante.

Matt echa un vistazo a la camisa.

—Es decir... a no ser que tengas... probablemente tengas quien te haga la colada.

—Sí. Mi tintorería. —Ríe. Me siento estúpida mientras se inclina para secar el café con la servilleta que le he traído. Entonces hace una bola con ella y la arroja a la papelera—. Pero esa es la propuesta más excitante que me ha hecho una mujer en toda mi vida.

—¿En serio? ¿Te excita que te laven la ropa?

—Estoy tan sorprendido como tú.

Me río y, luego, me muerdo el labio y extiendo el brazo para coger la camisa que cuelga del respaldo de la silla. Sus ojos arden. Me escabullo de la habitación con su camisa doblada en el brazo.

No duermo más de cuatro horas esa noche.

No puedo dejar de pensar en él, en que estábamos flirteando, en su mirada ardiente y en su increíble atractivo, y no estoy segura de que me guste.

Doy vueltas en la cama durante toda la noche y, por la mañana, me levanto temprano. Estoy en la oficina antes que casi todo el mundo. Cuando llega, dejo la camisa limpia y perfectamente doblada en su mesa: sé que está perfecta porque he intentado doblarla un millón de veces.

—Buenos días, Matt.

Paso a su lado y él me atrapa los dedos durante un segundo.

—Buenos días, Charlotte.

La cuenca Tidal

Charlotte

Ese día, después del almuerzo, Matt se detiene junto a mi cubículo, donde Alison me enseña algunas fotos de él en un evento que hacen que se me encojan los dedos de los pies.

—¿Cómo tengo el mes? —Me mira y, de algún modo, parece que la palabra «mes» signifique algo totalmente distinto; tiene una mirada *muy* penetrante.

Trago saliva ante la imagen de él vestido con una camisa formal e impecable y unos pantalones negros sencillos.

—Ajetreado —me apresuro a decir.

Mueve los labios ligeramente y no sé cómo puede causar tal frenesí en mi pecho.

—Como a mí me gusta. —Sonríe, saluda a Alison con la cabeza, y ella se lleva las fotos al pecho apresuradamente y se marcha.

Matt permanece junto a la entrada un momento. La zona parece un poco más pequeña cuando se aproxima, rodea el escritorio y se inclina sobre mi hombro para echar un vistazo a mi borrador.

—¿Cuándo tengo un hueco libre esta tarde? —pregunta.

Un escalofrío me recorre la columna de arriba abajo al oír su voz tan cerca.

Intento controlar las volteretas que da mi corazón mientras echo una ojeada a la página y doy golpecitos con el dedo para indicárselo.

—Perfecto —Se inclina sobre mí un poco más, sobre mi oído—. Te recojo a las seis.

No le pregunto adónde vamos ni por qué; me limito a asentir mientras él se va.

Tiemblo de los nervios cuando voy a casa para cambiarme. Ni siquiera sé qué ponerme, pero opto por una falda y una camisa de seda. Por algún motivo, no paro de cambiarme de zapatos, de bailarinas a zapatos de tacón, y el deseo instintivo que tenemos las chicas de tener un aspecto femenino y un poco sexy acaba ganando. Supongo que no estoy orgullosa, pero es lo que hay. Zapatos de tacón de punta abierta.

A las seis de la tarde, Matt está abajo, esperando dentro del vehículo negro Lincoln Town; su guardaespaldas, Wilson, me abre la puerta. Soy un manojo de nervios. El recuerdo de su susurro cálido y excitante todavía me provoca hormigueos que descienden por mi columna vertebral.

Me meto en la parte trasera del coche y me sorprendo al ver que Matt lleva pantalones de chándal y camiseta negros. Y zapatillas deportivas.

Tiene el pelo perfecto. Parece un modelo de un póster de Nike.

Mientras Wilson se incorpora al tráfico, examino mi propia vestimenta: falda, blusa y tacones. Finalmente, pregunto:

—¿Vamos a correr?

Matt observa mis zapatos con los labios ligeramente curvados y levanta la vista hasta mis ojos.

—Más bien a hacer un poco de senderismo.

—Es... —Miro mis tacones de siete centímetros y medio en un gesto de impotencia—. Esto va a ser un problema —digo.

Él se limita a sonreírme, pero no parece muy desilusionado.

—Pues sí.

Viajamos en la parte de atrás de la limusina en silencio y frunzo el ceño en su dirección, preguntándome por qué no parece ni siquiera preocupado. Matt nunca me ha parecido una persona egoísta.

—Wilson, aparca. Vamos a comprarle a la señorita Wells unas deportivas.

—Espera. ¡Matt! —protesto.

Coge una gorra blanca de Nike de la parte trasera del coche y se pone unas gafas de sol Ray-Ban.

—Dos minutos, entramos y salimos —asegura a Wilson mientras se baja y mira al interior otra vez. Levanta una ceja a modo de pregunta—. ¿Vienes?

Dos minutos en el centro comercial terminan siendo veinte.

Me pruebo un par de zapatillas Nike de color blanco y rosa por las que siempre se me ha caído la baba y, al ver que me quedan perfectas, Matt echa una mirada a Wilson, quien agarra la caja y va a pagar mientras él y yo esperamos junto a la entrada de la tienda. La gente mira en su dirección como si hiciera conjeturas, aunque insegura, y Matt mantiene los ojos en su teléfono para evitar llamar la atención.

Cuando estamos de nuevo en el coche y, tras quitarse la gorra y las gafas y dejarlas a un lado, digo:

—Supongo que los Hamilton nunca tienen privacidad.

Me sonrío, aunque sus ojos reflejan cierta tristeza.

—Nunca.

El vehículo sigue avanzando.

Admite:

—Casi he olvidado cómo era todo cuando las cosas eran más sencillas.

Más sencillas.

«Como... ir de senderismo conmigo», me digo a mí misma.

«La gente nos verá».

Ahora estoy ansiosa.

—Hay que dar la vuelta.

Gira la cabeza, sorprendido.

—¿Perdona?

—Hay que dar la vuelta ya, Matt.

Suelta una risita y se pasa una mano por la cara, como si lo sacara de quicio.

—En serio. Esto... puede parecer algo que no es. Dile que dé la vuelta. — Dirijo los ojos a Wilson y, luego, vuelvo a mirar a Matt.

—No puedo. —Sacude la cabeza con incredulidad.

—¿Por qué no? —Me estoy irritando, y él también.

—Es el único hueco que tengo en mi agenda y mi única oportunidad para estar a solas contigo un rato. —Echa un vistazo a Wilson por el espejo retrovisor cuando el vehículo se detiene y le dice—: Nos vemos en el Monumento a Jefferson en un par de horas.

Me abre la puerta y yo tomo mi cuaderno para parecer profesional. Frunce

los labios cuando lo ve, pero no dice nada y echamos a caminar por el sendero que rodea un enorme cuerpo de agua azul y que forma una circunferencia en torno a la cuenca. Desde aquí se ve el Monumento a Washington, las altas columnas y la majestuosa cúpula blanca del Monumento a Jefferson y, justo delante, el lugar donde se plantaron los primeros cerezos.

Es primavera y los árboles han florecido. Sus largas ramas delgadas están moteadas por las flores de cerezo.

Es un día frío, pero el sol me calienta la cara mientras caminamos hacia el monumento más cercano, que solo tiene unos años.

—Nunca había caminado por aquí —admito. Contemplo la enorme escultura de mármol de Martin Luther King júnior—. En realidad, solo he estado en esta zona una vez, cuando mi padre me llevó a montar en un bote a pedales.

—¿Robert en un bote a pedales? Me habría gustado verlo. —Parece que la idea lo divierte. Yo contemplo el monumento de diez metros de un hombre cuya mejor cita, en mi opinión, es: «La oscuridad no puede expulsar a la oscuridad; solo la luz puede hacerlo. El odio no puede expulsar al odio; solo el amor puede hacerlo».

Me doy cuenta de que Matt me observa, como si ya conociera de memoria el sitio pero no mi aspecto. Las mejillas se me calientan mientras camino por el sendero a su lado.

Él echa un vistazo a nuestros pies, se detiene y se coloca en cuclillas para atarme los cordones de las deportivas.

Me falta el aliento cuando se levanta y pone de manifiesto lo alto que es, tanto que resulta intimidante. Entonces, señala con la cabeza la cúpula blanca al otro lado de la cuenca.

—¿Lo ves?

Echo un vistazo a mi alrededor al pensar que ha divisado a algún reportero. Puede que esté paranoica.

—No veo nada.

Intento descubrir si alguien lo ha reconocido; es un hombre increíblemente atractivo de más de un metro ochenta de altura, ¿quién no lo miraría? Abro mi cuaderno enseguida y finjo escribir algo.

Él ríe y me gira la cabeza para colocarme de cara al agua. Al entrar en contacto con su piel siento un escalofrío que me baja por la columna vertebral y se me emborrna la visión.

—En serio. ¿Crees que ese cuadernito servirá de algo? La gente verá lo que

quiera ver. No hay ninguna diferencia entre esto y nuestras carreras matutinas. Ahora mira.

—¿Qué?

Ríe con suavidad.

—Deja de hablar y mira.

Matt me mueve la cabeza un centímetro por encima del agua y por fin lo veo. Los monumentos se reflejan en el agua, que duplica el efecto de su belleza.

Contemplo el clásico edificio blanco en el agua.

—Vaya.

Y él me mira a mí; observa su dedo, en mi barbilla.

—Adelante —digo, y entonces carraspeo cuando veo la diversión que hay en sus ojos y señalo al Monumento a Jefferson—. O sea, que me lleves allí. Nunca he estado dentro.

—Ese es el plan.

Esboza una amplia sonrisa; es evidente que sigue siendo un tío con mentalidad de tío a pesar de su famoso nombre.

Empezamos a caminar y mi cuerpo es plenamente consciente de su presencia.

Pasamos junto a una pagoda de piedra japonesa y otros monumentos, hasta que llegamos al Monumento a Jefferson.

Subimos los escalones, caminamos junto a las altas columnas blancas y nos metemos en la construcción cavernosa hasta encontrarnos bajo un enorme techo abovedado. Las paredes de mármol están cubiertas por inscripciones. Frente a nosotros, en el centro, alzándose sobre un gran bloque de mármol, hay un gigantesco monumento de seis metros de altura de Jefferson, el tercer presidente de Estados Unidos, uno de nuestros padres fundadores.

Nos sentamos en un banco que hay cerca de uno de los paneles, en el que se cita la Declaración de Independencia. Miro a nuestro alrededor. Es uno de esos monumentos al que cuesta un poco acceder porque no hay plazas de aparcamiento en las proximidades. Da la sensación de que se alza sobre su propia isla... lejos de todo, aunque muy cerca del corazón de la ciudad al mismo tiempo.

—¿Siempre buscas sitios alejados para escaparte y pensar? —pregunto a Matt.

—Normalmente vengo solo.

Las motas oscuras de sus ojos parecen algo más negras mientras me observa

bajo las cálidas luces amarillas del techo. Hay una llama brillante en ellos.

—Pero tenía ganas de pasar un rato a solas contigo —continúa, y curva los labios con picardía.

Su sonrisa se desvanece pronto y su mirada se vuelve sombría.

—Sería más fácil si no me hubiera postulado para presidente. Durante las legislaturas de mi padre en la Casa Blanca, yo soñaba con la libertad. Mi padre afirmaba una y otra vez que sería presidente. Se lo decía a sus amigos, a los amigos de sus amigos y, a menudo, me lo decía a mí. Yo me reía y le restaba importancia.

—Si hasta me lo dijo *a mí* —contesto alegremente, y la calidez de su sonrisa hace que me estremezca.

No se esfuerza por ocultar que me mira con ternura.

—Claro que lo hizo.

Me devora con la mirada.

—Perdí a mi padre el día en que decidió que ser presidente sería su legado. —Tiene el ceño fruncido y los ojos fijos en los míos—. Intentó hacer malabarismos con todo, pero no lo consiguió. Pensábamos que cuando terminara su mandato, lo recuperaríamos. No paraba de prometernos que, cuando todo acabara, volvería a tener tiempo para nosotros.

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta; estoy emocionada. Sé lo que viene después.

—Nunca llegó a pasar. —El gélido brillo de sus ojos hace que un escalofrío me recorra las venas—. Han pasado miles de días desde entonces. Demasiados años viviendo en el pasado. Demasiados años preguntándome por qué. Demasiadas noches deseando que las cosas vayan bien en nuestro país.

Guardamos silencio.

Siento la tensión que emana de su cuerpo y me tienta a abrazarlo y a aplastarlo contra mi cuerpo sin más, como si eso fuera posible.

Matt observa la estatua y se pasa una mano por la mandíbula.

—Charlotte, tengo un gran respeto por ti y por tu familia. En muchos sentidos, me siento responsable de ti.

—Matt, no lo eres, no eres responsable de mí...

—No debería desearte —me interrumpe.

—¿Qué? —Abro los ojos como platos, incrédula.

¿Qué puedo decir cuando me mira de esa forma?

Me contempla como si se sintiera frustrado por desearme.

Nos sumimos en el silencio.

—Pienso en ti. Pienso en ti *demasiado*, en mi opinión —confiesa.

Estoy nerviosa. Me coloco un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y mantengo la vista fija en mi regazo.

—Yo también pienso en ti.

Mi comentario no parece sorprenderlo.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —pregunta en voz baja.

—Nada —contesto.

Ríe, se pasa una mano por la cara y chasquea la lengua mientras sacude la cabeza.

—«Nada» es una palabra que sencillamente no está en mi vocabulario. ¿Es arriesgado? Sí. ¿Es egoísta por mi parte? Puede. Pero no pienso quedarme sin hacer nada.

Trago saliva.

—Matt. —Echo un vistazo a mi alrededor, nerviosa, en un intento por evitar el curso que ha tomado esta conversación—. ¿Te has dado cuenta de que la gente hablaría si nos reconocieran? ¿Por qué me has traído aquí?

—¿No es evidente? Sabía que te encantaría esto.

Río.

—La verdad es que sí; eres malvado.

Intento darle un empujón en el pecho de forma juguetona, pero él me atrapa la muñeca y me acerca a él. Su mirada se ha oscurecido.

—No tienes ni idea de lo malvado que soy.

Contempla mi boca, pero no como si deseara besarla.

Tiene la vista fija en mi boca como si tuviera la intención de devorarla.

—Sabes que no puedes besarme —grazno mientras nos miramos a los labios.

Matt me los acaricia con el pulgar.

—Puedo besarte. Definitivamente quiero besarte. Creo que ambos sabemos que tengo intención de besarte. Largo y tendido. Quiero trazar círculos con la lengua alrededor de la tuya, Charlotte, y también quiero escuchar tus gemidos.

Dios mío. Estoy segura de que nada podría impedir a este hombre conseguir lo que quiere; nada. Excepto yo, tal vez.

Porque Rhonda tiene razón.

Lo que estamos haciendo juntos es mucho más importante que yo, incluso más que él. Y, aunque tengo veintidós años, sé que hacer que Matt vuelva a la Casa Blanca sería lo más importante que podría hacer en mi vida.

—Lo que pasa es que... la «C» es de «campana». No podemos hacer ninguna tontería —digo, tratando de engañarme a mí misma y decirme que no deseo esto tanto como él.

Sonríe con ternura.

—Si me lo preguntaras ahora mismo, la «C» correspondería a «Charlotte corriéndose entre mis brazos».

Sorprendida y sin aliento por su franqueza, me giro y miro distraídamente la inscripción sobre la libertad en la pared de enfrente, en la que pone que todos somos libres. No obstante, nunca he tenido tan claro como ahora que no soy libre para enamorarme de este hombre.

—Eso no pasará —aseguro.

Matt me acaricia el reverso de la mano y se detiene cuando un grupo de adolescentes entra en el monumento; aprieta la mandíbula y permanece callado. Afortunadamente, los chicos no miran en nuestra dirección.

Me muevo en el banco para apartarme un centímetro de él y, luego, vuelvo a girarme hacia Matt. Entrecierro los ojos y lo miro con extrema cautela. Me pregunto en cuántas mujeres se habrá fijado. Y cuánto suele durar su interés en ellas.

—Bueno, ¿y por qué no te has casado todavía?

—Estoy esperando a que la chica crezca.

Se inclina hacia adelante para reducir la distancia que acabo de poner entre nosotros. Mueve los ojos de un lado a otro de un modo que hace que el corazón me palpite a mil por hora.

—Bueno —balbuceo, en busca de una respuesta—. Supongo que por eso eres un donjuán; has estado practicando todo este tiempo para que tu futura novia disfrute de tu experiencia...

—Lo disfrutaré, desde luego. —Asiente con seriedad fingida.

—Vale... —contesto con frivolidad, como si no tuviera el estómago revuelto ni los muslos apretados el uno contra el otro sobre el asiento.

Matt arquea una ceja.

—¿No me crees?

—Ah, no quiero una demostración, gracias. Además, no puedes tener a una mujer como yo.

—¿Mujer? —se mofa—. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho? —Se reclina y estira un brazo detrás de mí mientras me observa.

—Si yo tengo dieciocho, entonces tú tienes cincuenta —replico.

Está inclinado hacia adelante de nuevo. Me roza el hombro con el suyo y la provocación en sus ojos se ha vuelto más peligrosa y excitante, un poco más desafiante.

—Algún día, haré todo lo que tengo que hacer. Y ella será mía. Recuerda mis palabras.

—¿Lo sabe ya? —pregunto en voz baja.

—Se lo acabo de decir —responde.

Habla en voz baja y firme, pero su mirada todavía destila malicia.

—Puede... puede que ya sea tuya.

—¿Sí?

—Solo un poco —aclaro, y alzo el pulgar y el dedo índice y los separo un centímetro.

Él mira mis dedos y después a mí.

—No soy un hombre que quede satisfecho con solo un poco. —Sonríe.

—Es todo lo que tiene.

Él sacude la cabeza.

—Puede dar más. Mucho más.

Los adolescentes salen del monumento y Matt y yo nos quedamos solos de nuevo.

Desliza una mano y me agarra por la nuca en un gesto posesivo. Luego, me mira a los ojos como si fuera suya y un millón de mariposas aletean en mi estómago. Matt esboza una ligera sonrisa.

—Ven aquí, Charlotte —exige con delicadeza.

Yo me quedo paralizada.

Ha dicho que no pretende hacer nada, pero ahora veo en sus ojos que tiene en mente muchas ideas.

La sonrisa de Matt se desvanece. Me agarra la nuca, me empuja hacia él y, luego, inclina la frente sobre la mía. Sus ojos me fascinan.

—Intentarán sacar a la luz mis trapos sucios, cualquier cosa que encuentren. No quiero que estés en esa lista. Tú vales más que tres minutos en las noticias de la noche destinados a atacarme.

—Puede que no esté preocupada por mí, sino por cómo te afectaría *a ti* —

susurro.

—Puedo lidiar con los ataques. Lo que no quiero es que los dirijan contra ti
—replica con furia.

Me acaricia el labio inferior con el pulgar.

En un impulso, le lamo la yema del dedo.

Durante un segundo, sus ojos reflejan deseo. Entonces me levanta la cara cuidadosamente mientras baja la suya para que nuestros ojos estén al mismo nivel. Me acaricia la nariz con la suya y me roza el labio inferior con el pulgar una vez más, con el que luego hace fuerza delicadamente para abrirme la boca.

Cierro los ojos. Todos los pensamientos se esfuman de mi cabeza cuando desciende y nuestras bocas se unen.

Todo desaparece.

Me besa con delicadeza al principio y, después, sin reparos, profundamente, como el motor de un cohete que acelera, viaja al espacio y termina en una galaxia de estrellas brillantes y de noche eterna, perdido e ingrávido, calentado por un sol que no veo; su boca es un vórtice hambriento, un agujero negro delicioso que me succiona.

Me sujeta la cara con una mano mientras hace las cosas más traviesas que pueda imaginar con mi lengua y, entonces, separa los labios de los míos y me mira la boca.

Contempla los labios que ha besado mientras desliza una mano debajo de mi falda para tocar la piel desnuda del interior de mi muslo. Me toca las braguitas con la punta del dedo y traza un camino con delicadeza, como si fuera una pluma, a lo largo de mi sexo húmedo.

Es una caricia fantasmal; apenas la noto, pero me provoca un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

Gimo y su frente se cierne sobre la mía mientras ambos jadeamos y acariciamos nuestros labios contra los del otro. Matt me lame el labio inferior y se sumerge en mi boca antes de retirarse. Apoya su cara contra la mía e inhala el aroma de mi cuello. Vuelve a gruñir y me besa. Entonces, entierra de nuevo la lengua en mi boca apasionadamente y se separa unos segundos más tarde.

—¿Me estás torturando? —jadeo, tan excitada que todo el cuerpo me tiembla.

Él respira con dificultad; el pecho se le expande con cada bocanada de aire.

—Si te estoy torturando, entonces lo que me estoy haciendo a mí mismo no tiene nombre.

—Eres inaccesible, Matt. —Contemplo su cara de portada de revista—. Matt Hamilton, eres tan inaccesible que eres como un póster, algo que puedo mirar pero no tocar.

Su mirada adquiere un aspecto sombrío y se inclina hacia adelante de nuevo.

Yo actúo de manera irreflexiva e inconsciente mientras presiona sus labios contra los míos. Un beso con un único giro de su lengua. Tan perfecto y tan agradable que me olvido de que está mal. Inhalo y él me inhala a través de su boca.

Esta vez, gimo su nombre.

—*Matt*.

Esto no puede funcionar. No funcionará. Provocaría un escándalo, arruinaría todos los esfuerzos que está (estamos) haciendo.

—Encontraré el modo de que estés a solas conmigo. Quiero pasar tiempo contigo. Quiero sentirte más —dice con aspereza y me besa el lóbulo de la oreja. Noto su respiración caliente y salvaje contra mi piel mientras me acaricia el muslo con los dedos por debajo de la falda.

Me roza las bragas otra vez con los dedos y se me escapa otro gemido.

—Eso me gustaría —gimo cuando frota ligeramente mi protuberancia.

Me observa instintivamente como si fuera suya mientras yo trato de recobrar el aliento y ahogo un grito cuando me frota con más fuerza. Entonces, un nuevo grupo entra en el monumento. Matt aprieta la mandíbula y aparta la mano lentamente. Yo susurro:

—¿Es esto un error?

—No lo será —declara con voz firme. Levanta la cabeza y examina al grupo con una mirada brillante y decidida—. Vamos —añade con delicadeza, y me agarra del codo para guiarme al exterior.

Regresamos a la limusina en silencio. Me apoya la mano en la parte baja de la espalda mientras me dirige al asiento trasero. Su toque me abrasa y me recuerda dónde estaban esos dedos hace un momento.

Matt

Escolto a Charlotte hasta el coche y Wilson me lanza una mirada a través del

espejo retrovisor cuando nos acomodamos. Yo se la devuelvo para indicarle que me deje en paz.

Subo la mampara que nos separa y poso la mirada en Charlotte.

Está sentada en silencio en la parte trasera de la limusina y no puedo olvidar el sabor que me ha dejado en la boca. El corazón me late con fuerza en el pecho; el deseo ha invadido todo mi cuerpo. El tacto húmedo de su sexo al acariciarlo me abrasa los dedos.

Puede que me exceda en mantener el control y que sienta la obligación de protegerla, pero soy un hombre. Tengo instintos; tengo necesidades. Y esas necesidades han ido en aumento. Me fijo en ella todos los días, pienso en ella todas las noches y, ahora mismo, la necesito. Quiero probar su boca de nuevo. Quiero saborear cada centímetro de ella hasta que ambos nos ahogemos de placer y, después, quiero repetirlo todo.

Examino su adorable perfil. Dios, es tan guapa...

—¿Deberíamos olvidar lo que ha pasado? —pregunta, y dirige los ojos a los míos.

Sonrío y niego con la cabeza.

—No —contesto con firmeza.

Extiendo una mano y, con delicadeza, le agarro la nuca y la acerco a mí, incapaz de resistir el impulso de besarla.

Noto que se relaja y froto mi lengua contra la suya, persuadiéndola para que se deje llevar mientras deslizo la otra hasta su costado, le rodeo la cintura y, luego, la espalda. La acerco a mí bruscamente hasta que sus senos están apretados contra mi pecho y lo único que me impide sentir esos pequeños y deliciosos pezones por completo es la ropa que llevamos.

Todo su cuerpo es suave y, Dios, huele tan bien como sabe.

Suelto un gruñido lascivo y salvaje al imaginármela debajo de mí. La escena sube de tono y yo le agarro un seno con la mano, mientras trazo círculos con el pulgar alrededor de su pezón; nuestros jadeos llenan la parte trasera del vehículo cuando le beso los labios y continúo con el cuello y la mandíbula. Sigo hasta la parte trasera de la oreja y, cuando llego ahí, tiembla y parece enloquecer todavía más por culpa del deseo.

Ambos estamos fuera de control, nos besamos y nos movemos con urgencia, con necesidad.

Deslizo la mano dentro de su falda y aparto sus bragas a un lado para introducir el dedo índice en la apertura. Ella da una sacudida y me aprieta los

hombros con los dedos. Sus profundas exhalaciones abandonan sus labios y viajan hasta mi boca.

—Te deseo —declaro, y entierro la lengua en su boca mientras saco el dedo para introducirlo de nuevo. Noto cómo tiembla de satisfacción—. Haré que te retuerzas de placer como ahora —le prometo.

Me separo un poco y la miro; Charlotte inhala con fuerza mientras la acaricio con el dedo alrededor de los pliegues de su sexo, ahora resbaladizo y deseoso de mí. Sonrío y le acaricio el labio inferior con la yema del pulgar de la otra mano para separarlo del superior.

Gruño cuando su respiración se corta; la saboreo y toco su sexo por última vez, que se cierra en torno a mi dedo mientras lo introduzco.

Estoy jugando con fuego y me da igual.

Esta chica me provoca: desde el olor de su pelo al modo en que se retuerce ahora, mientras muevo el dedo en su interior. Nunca he deseado a una mujer tanto como la deseo a ella.

Cuando el vehículo se detiene, le sostengo la cara entre las manos, me separo y bajo la frente hasta la suya; observo sus ojos vidriosos y llenos de lujuria desde arriba.

—Encontraré el momento perfecto para nosotros. Debemos centrarnos en el partido. Por ahora —digo con voz ronca.

Sus labios dibujan una sonrisa temblorosa. Entonces, sale del coche y entra en el edificio. Aprieto el botón del interfono de la limusina.

—Asegúrate de que llega bien a su casa —indico a Wilson—. Y no se te ocurra decirlo.

—Joder, pero si no he dicho nada —replica Wilson.

Me río para mis adentros y poso los ojos en la espalda de Charlotte, que se aleja. La sangre me hierve en las venas al verla desaparecer. Me meto el dedo en la boca, succiono su sabor dulce y ácido y cierro los ojos. Dejo caer la cabeza hacia atrás y fijo la vista en el techo. Exhalo profundamente cuando bajo la mano.

«Debemos centrarnos en el partido», le he dicho. Aunque tanto ella como yo sabemos que ahora jugamos a un juego totalmente distinto.

Cuando llego a mi piso, mi mejor amigo de la universidad, Beckett, está en la

puerta, vestido con pantalones vaqueros y una camiseta de cuello alto, con su habitual jersey de pijo alrededor del cuello.

—Vaya. Hola, Romeo —dice con una risita.

Frunzo el ceño al oír su comentario, abro la puerta y le dejo pasar. Acto seguido, arrojo las llaves y la cartera sobre la mesa de centro.

—De mal humor, ¿eh? Supongo que es por la pelirroja —comenta Beckett.

—¿Qué?

Me doy la vuelta para encararlo y Beckett parece sorprendido de lo rápido que me ha hecho morder el anzuelo cuando... yo nunca caigo en ese tipo de provocaciones.

—Ha salido en todas las noticias. La has llevado a comprar unos zapatos. Qué caballeroso —explica Beckett, que suelta una risita al decir la última palabra.

«¿Pero qué...?».

Atravieso la sala de estar apresuradamente, enciendo la televisión y doy con la noticia.

«Matt Hamilton de compras con una misteriosa pelirroja...».

—Madre mía. —Tiro el mando a un lado, doy un puñetazo a un cojín y, luego, cojo una cerveza y le lanzo otra a Beckett mientras me dejo caer sobre el sofá—. Esta chica me está haciendo perder la cabeza.

Me paso la mano por la cara; aprieto los dientes con tanta fuerza que me rompería la mandíbula si fuera un hombre más delicado.

—¿Qué pasa?

—Forma parte de mi equipo de campaña. Es la hija del senador Wells.

Suspira.

—Matt. Joder, tío, ten cuidado.

—Hostia, ya lo sé. ¿Acaso crees que no? —Me froto la mandíbula con las manos en un intento de relajarla; luego doy un sorbo a mi cerveza, echo la cabeza hacia atrás en el sofá y exhalo—. Esta chica me tiene loco. Entre la tensión de las elecciones y verla todos los días, esto es más complicado de lo que imaginaba. —Sacudo la cabeza.

Ha sido un acto imprudente, pero me daba igual. Nada me importaba salvo saciar esta sed salvaje; deshacerme de esta puñetera sensación de tener las manos atadas; mitigar mis ansias de tocarla, consciente de que ella también quiere, de que lo ansía como yo.

No solo deseo a esta chica, me gusta estar con ella.

Al crecer como lo hice, me da la sensación de que se esperan de mí miles de cosas, una tras otra. Que la gente te ponga en un pedestal puede aislarte de los demás. Tener que ser siempre el mejor y estar a la altura del apellido Hamilton hace mella. Todo el mundo ha querido siempre que sea más de lo que soy, que proteja y continúe el legado de mi padre y del apellido familiar.

Aunque parece que mi mayor deseo es hacer justo eso, cuando estoy con ella siento que no quiere que sea más que yo mismo, solo eso. Durante los pocos ratos que hemos pasado juntos he sido capaz de dejarme llevar. De mostrarle mi verdadero yo. Es la única mujer de la que he estado completamente seguro que no se acostará conmigo y le contará nuestra historia a la prensa. La única chica con la que soy yo mismo; ni ella ni yo desconfiamos el uno del otro ni tenemos motivos ocultos.

Pero también sé que he tenido mucha suerte con la gente. Me han perdonado todo, todas mis travesuras, las que eran rumores y las que eran ciertas. Pero no creo que fueran tan comprensivos con ella si esto saliera a la luz.

—Sí. Tendré más cuidado. —Miro a Beckett, invadido por la frustración.

Wilson da tres golpes a la puerta, un aviso que ya conozco bien, y la abre. Sé lo que está a punto de decir. Probablemente la prensa esté fuera y quiera una declaración.

—¿Están todos fuera?

Sabe muy bien quiénes son «todos».

—Sí.

Me pongo en pie.

—Venga, Beckett, démosles una distracción para mantenerlos alejados de su casa.

—¿Cómo soportas tener que hacer una declaración cada vez que la cagas, tío? —gruñe Beckett.

—Te acostumbras.

Rumores

Charlotte

A la mañana siguiente, todo el mundo habla de un lío amoroso.

Anoche, en las noticias de las once de un canal local, el primer espacio estaba dedicado a las imágenes en las que salíamos Matt y yo.

«En la grabación de la cámara de seguridad aparecen Matt y una misteriosa pelirroja, que creemos que se trata de una asistente de su campaña, yendo a comprar zapatos “en secreto”...».

Odio ver la grabación, lo odio con todas mis fuerzas, pero los momentos que compartimos... la sensación persistente de sus manos en mi cuerpo cuando estábamos en la Cuenca Tidal... casi hace que los rumores sobre nuestra salida para comprar unas zapatillas merezcan la pena.

Bajo para comprobar si tengo correo en el buzón y me encuentro a dos reporteros en la puerta de mi edificio. Sé que Matt debe de tener muchos más, pero dos ya son demasiados para mí.

—Señorita Wells...

—Sin comentarios, gracias.

Me cuesta un poco volver a abrir la puerta.

—¿Las personas que aparecen en la grabación son usted y Matt Hamilton?

Entro en el edificio y veo que mi contestador parpadea sin parar. Tengo cincuenta y dos —*cincuenta y dos*— mensajes. Lo desconecto.

Recibo un correo electrónico de mis padres. El asunto: «ESCÁNDALO».

No lo abro.

Kayla me envía un mensaje.

Contesto:

«Estoy bien, gracias por preocuparte. ¡NO ESTOY LIADA CON MATT HAMILTON!».

Lo envío. «No estoy liada con él», me digo a mí misma.

No obstante, las votantes se están volviendo locas y, esa noche, Matt sale en las noticias.

«No es cierto que tenga una relación sentimental con la señorita Wells. Dimos un paseo por la Cuenca Tidal mientras revisábamos mi próximo itinerario de campaña, así que centrémonos en eso».

Apago la tele con una sensación de pesadez en el estómago. Reflexiono sobre la situación mientras como pollo a la plancha y ensalada, y, luego, me visto con ropa de deporte. Esa noche salgo a correr, y corro como si estuviera en un maratón cuando me dirijo a la casa de mis padres para despedirme antes de la gira de campaña.

Me esperan en la sala de estar y sé que están hablando de las noticias. La expresión sombría en la cara de ambos lo dice todo. Mi padre solo me abraza y me dice a su manera un poco brusca que me cuide y, acto seguido, sube al piso de arriba.

Mi madre me da un vaso de limonada y me observa con preocupación mientras nos sentamos en sofás opuestos de la sala de estar.

—Hemos visto las noticias.

Gruño.

—Mamá, tú no.

Asiente.

—Desde luego que sí, Charlotte. Durante décadas, tu padre y yo hemos evitado cualquier tipo de escándalo. Los escándalos acaban con las carreras políticas.

—Mamá, ya lo sé; fue algo totalmente inocente.

—Solo recuerda que eres una dama, Charlotte. Las damas son, en primer lugar, damas siempre y, en segundo lugar, mujeres. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo. No te preocupes: no provocaría un escándalo en la familia.

—No es que Matt no sea... Dios, es un soplo de aire fresco para este país y se presenta de forma independiente. Charlotte, los partidos estarán dispuestos a acabar con él. Más vale que no avives ese fuego. Ahora pertenece a Estados Unidos. Siempre ha sido así.

—Ya lo sé, mamá. Ya lo sé —aseguro.

—No te enamores de él.

Bajo la cabeza y río con amargura.

—¿Por qué dices eso?

Me ofrece una mirada comprensiva.

—Porque a cualquier mujer le pasaría. Pero tú no eres cualquier mujer. Eres hija mía y de tu padre.

La tranquilizo durante la siguiente media hora y sé que debería estar preocupada; lo *estoy*. Pero, en cuanto estoy en la cama, nada puede impedirme que reviva los besos de Matt miles de veces.

Viaje

Charlotte

Viajamos en un avión bimotor durante la gira de la campaña. Nuestra primera parada es Dallas, y soy la única mujer en el grupo de cuatro hombres y un perro: el director adjunto de la campaña, Hessler, el intimidante abuelo de Matt, Patrick, Carlisle, Jack y su *atractivo* dueño, Matt «Besos Celestiales» Hamilton.

Estoy nerviosa por lo de las noticias. Esos besos que compartimos fueron *muy* peligrosos. No tenía ni idea de que podía ser tan imprudente e impulsiva hasta esa noche.

Matt me sonrío con remordimientos al saludarme y juro que todas y cada una de las mariposas de mi estómago echan a volar, porque parece contento de verme de verdad. Como si lamentara que hubieran estado a punto de pillarnos, pero no haberme besado.

«Dios. Sus besos».

Intento no recordar el calor que avivaron en mi interior cuando saludo a los hombres junto a las escaleras del avión. A juzgar por la tensión en sus hombros cuando me mira, Carlisle no parece muy contento por las noticias.

La primera indirecta que recibo que me hace pensar que no debería viajar con Matt proviene de su abuelo. Me mira y pregunta:

—¿Quién es?

—Charlotte es la encargada de organizar mi agenda. Es hija del senador Wells y una vieja amiga de la familia. —Matt nos presenta—. Charlotte, Patrick Hamilton, mi abuelo.

—Sé quién es... ¿Por qué está aquí? —Su abuelo resopla, se da la vuelta y

sube al avión.

Vaya.

El hombre me odia.

Matt me echa una mirada que dice «ignóralo» y me coloca una mano de forma protectora en la nuca para que empiece a subir las escaleras del avión. Un frenesí me recorre la columna y, aunque el contacto solo ha durado un segundo, la sensación de su toque permanece conmigo mucho más. Matt descansa su gran cuerpo en un asiento que está de cara a la cabina. Yo me siento en uno situado detrás de él.

Nunca he estado tan agradecida de que Matt haya traído a Jack. Lo saca de su transportín tras despegar y el perro se acerca de inmediato para olisquearme y lamerme las manos. Mantiene los ojos fijos en su amo mientras yo me pongo los auriculares y ofrezco a los hombres un poco de privacidad para conversar.

No obstante, los oigo hablar de varios temas, como la estabilización de la economía o la candidatura independiente de Matt.

—Te graduaste en Harvard, igual que tu padre... Has vivido en el extranjero; sabes lo que hay ahí fuera —comenta apasionadamente su abuelo—. Tu padre era demasiado joven la primera vez que quiso presentarse y le dijeron que esperara, y así lo hizo. Pero tú te llevas la palma, Matthew, de verdad que sí.

—La gente le es leal, Patrick —lo tranquiliza Carlisle—. Nadie criticó a Lawrence después de su muerte. No hubo filtraciones no autorizadas de información relacionada con su mandato. La gente es increíblemente leal a los Hamilton.

—Pero también son leales a su partido —replica Patrick, y dirige una mirada cargada de significado a Carlisle.

—¿Qué querías que fuera? ¿Senador? —pregunta Matt con dureza, y todos se callan.

Incluso su abuelo cierra el pico finalmente.

Soy consciente de que el hombre mira constantemente en mi dirección durante el vuelo.

Ni siquiera se esfuerza por bajar la voz cuando dice:

—Mantén las manos lejos de ella. Ahora perteneces a este país.

Un silencio total invade la cabina.

Jack levanta las orejas como si notara algo. Aunque el ambiente está cargado por la tensión, Matt se recuesta en su asiento mientras observa a su abuelo.

—Sí, abuelo. Te agradezco que estés aquí... pero sé lo que hago.

Tras saltar del asiento que está a mi lado, Jack recorre el pasillo, se sienta a los pies de Matt y acaricia el muslo a su amo con el hocico.

Matt mantiene su mirada intimidatoria fija en su abuelo mientras acaricia la cabeza del perro distraídamente y, luego, echa un vistazo en mi dirección. Se ha remangado la camisa hasta los codos. Está tan musculoso que se le marcan las venas de los brazos.

Recuerdo nuestra conversación y las palabras de mi madre, no muy distintas de las de su abuelo, y enseguida aparto los ojos de él, aunque el destello oscuro y posesivo de sus ojos me hipnotiza demasiado. Busco algo que hacer y repaso todos los nombres de los asistentes locales a los que vamos a conocer y saludar hoy en la sede de Dallas.

Nos registramos en el hotel y nos dirigimos a nuestra oficina local. Durante la siguiente semana, el maratón de medios y multitudes nos espera en todos los estados sureños.

Aterricemos donde aterricemos, siempre hay un comité de personas que nos recibe ondeando pancartas y con vítores.

«HAMILTON PARA EL PAÍS».

«¡NACISTE PARA ESTO!».

Estoy muy orgullosa de lo estúpido y maravilloso que es Matt y del impacto que tiene en la gente. Se gana a todo el mundo con su carisma al instante. Durante años, ha protegido su privacidad y daba la sensación de ser un atractivo y culto vividor con dinero ilimitado y apetitos insaciables. Parece el chico malo de la política y, al mismo tiempo, el hombre al que confiarías tu vida y la de tus hijos.

Ya se ha ganado el respeto internacional. Su padre cuenta con una biblioteca con su nombre, como muchos expresidentes, y hay todo un historial de reliquias que se han preservado. Da la impresión de que los medios de comunicación llevan décadas esperando para inclinarse ante el poderoso legado de los Hamilton de nuevo.

Sabe exactamente cómo saludar a los reporteros; incluso conoce los nombres de la mayoría. Cuando aterrizamos en Miami y salimos del avión privado para dirigirnos a un todoterreno plateado, los *flashes* de las cámaras nos rodean.

—¿Cómo lo haces? —Echo una mirada a Matt, vestido con unos tejanos y una camisa blanca de botones. Irradia más calor que el sol de Florida que brilla en el cielo.

Me lanza una mirada inquisitiva de reojo.

—¿Qué? —pregunta con una amplia sonrisa. El viento le despeina el pelo. «Maldito viento». Mis dedos están celosos.

—Sabes exactamente cómo tratarlos —aclaró.

Se encoge de hombros, como si llevarse bien con la prensa fuera algo natural para él.

—Lo que pasa con la prensa —empieza a decir— es que tienes que alimentarla para que no entre a robar a tu casa y se dé un festín a tu costa. Mantenla saciada con la cantidad precisa de información para que no pase tanta hambre como para rebuscar en tu cocina.

Sonrío.

—Eres astuto.

—Prudente —contradice con suavidad.

—Calculador.

Sigue sonriendo, en silencio, y luego me mira los labios durante un segundo, lo bastante como para que el estómago se me engarrote por culpa del deseo. Entonces, admite en voz baja:

—No hay objeción.

Me río y trato de librarme del efecto que provoca en mí mientras nos subimos al todoterreno.

Estoy nerviosa.

Tengo un nudo en el estómago y noto un aleteo de mariposas.

No es por el viaje. Son esas mariposas que aparecen cuando tienes la cabeza en otra parte. Las he notado durante toda la semana y no logro deshacerme de ellas.

Se me corta la respiración cada vez que la mirada de Matt conecta con la mía. Todavía noto cómo se me contrae el sexo cuando me mira la boca, o cuando me pide algo y parece que me acaricia el pulgar con el dedo a propósito al entregárselo.

Ahora estamos en el vehículo.

Estoy sentada entre él y su abuelo y, no obstante, la presencia de Matt invade el coche; su aroma, el espacio que ocupa su cuerpo.

Este es el primer tío con el que fantaseé, y la versión joven de Matt no era más que una pequeña muestra del hombre en el que se ha convertido.

Durante todo el viaje de camino al hotel, noto un ligero y grave zumbido en la boca del estómago y también soy consciente de las cosas que hace con las manos mientras toquetea el teléfono y responde a la llamada de un tal Beckett, quien, por lo visto, es uno de sus amigos de Harvard. Al parecer, se unirá a nosotros más tarde.

En silencio, miro el paisaje por la ventana y, después, opto por revisar el itinerario de la semana. Cuando Matt termina la llamada, se inclina sobre mi hombro. Tiene la mandíbula a un par de centímetros de mi hombro.

¿Es extraño que note la calidez de su hombro simplemente por lo cerca que está?

Siento un nudo en el estómago más fuerte que el de antes y levanto el horario para que Matt lo vea.

Sus preciosos labios se curvan y niega con la cabeza mientras esboza una adorable sonrisa.

—No me lo enseñes. Me cuesta leer la letra pequeña, ¿recuerdas? —me reprende, pero luego busca sus gafas de leer, se las pone, toma mi agenda (y me roza el pulgar con el suyo) y la ojea.

Noto que me pesan los pulmones; me cuesta respirar.

¡Pero no quiero desmayarme aquí, delante de él y de su abuelo!

Escudriño las facciones marcadas de su cara mientras lee, que se suavizan cuando el pelo le cae sobre la frente. Cierra la agenda y se quita las gafas.

—Estaré ocupado —comenta.

—Sé que te gusta estar ocupado. Y, llegados a este punto, la verdad es que no tienes elección.

Frunce el ceño como si estuviera ofendido de que haya insinuado algo así.

—No quiero tenerla. —Entonces, me observa con admiración y baja la voz para que solo yo lo oiga—. Estás haciendo un gran trabajo, Charlotte. Eres una de las personas más trabajadoras que he conocido nunca. Se ve claramente que crees de verdad en lo que haces.

Me habla desde tan cerca que siento un millón de chispas por todo el cuerpo. Le sostengo la mirada y contesto, también en voz baja:

—Nací aquí. Y aquí moriré. Y quiero que mis hijos vivan aquí, y mis nietos. Quiero que este país sea tan maravilloso como lo ha sido para mí, más incluso de lo que lo es ahora.

Me mira a los ojos de forma penetrante y, durante un segundo, me ofrece una sonrisa.

—Bueno, no tengo intención de tener hijos ni nietos, pero me gustaría asegurarme de que todo sea tan maravilloso como deseas para los tuyos.

No me esperaba eso.

Oír a Matt (tan joven, viril, la fantasía de toda mujer) decir eso me confunde.

—¿Por qué?

Hay un silencio.

—¿Por qué no quieres tener hijos? —pregunto. Esta vez soy más precisa. Todavía hablo en voz baja.

Se me oye algo asombrada y, quizás, un poco apenada, pero es que creo que Matt sería un padre fantástico.

Matt Hamilton sería el papá más atractivo del continente.

Del mundo.

Las comisuras de los labios se le elevan ligeramente hacia arriba; veo en su mirada que mi descarado lo divierte.

—No me gusta hacer las cosas a medias.

Asimilo lo que ha dicho y bajo la mirada a mi regazo. Por el rabillo del ojo, veo que el abuelo de Matt me observa con el ceño fruncido.

Y entonces lo entiendo. Sus planes de convertirse en presidente tendrán prioridad sobre todo lo demás, incluso sobre sus planes personales.

Ni siquiera sé qué decir.

Me duele saber esto, pero más allá de eso...

No creía que fuera posible admirarlo más de lo que ya lo hacía.

—¡Charlotte! —exclama Alison a mi lado mientras nos mezclamos con la multitud. Siempre tiene la cámara lista para sacar fotos. Estamos en un evento para recaudar fondos en el que hay, principalmente, hombres y mujeres de negocios, y el salón está al máximo de su capacidad. Hay casi mil personas en este acontecimiento exclusivo y todos ansían conocer a su candidato.

—Esta noche estáis muy guapas las dos —dice Mark cuando se une a nosotras para mezclarse entre los asistentes.

Estamos en Miami y, como el evento ha caído en fin de semana, Mark nos

ha sorprendido al unirse a nosotros de forma inesperada.

—¿No podías perderte la diversión, Mark? —bromea Alison.

Hay un silencio entre ellos y Alison suelta una risita. No dejo de mirar a Matt a escondidas en ningún momento. Durante un segundo, aparta los ojos de la multitud y mira en mi dirección como si tuviera un sexto sentido. Me doy la vuelta y me río con Mark.

—Eh, ¿qué es tan gracioso?

—Perdona, es que... —Sacudo la cabeza y sonrío.

Mientras Alison fotografía a Matt, Mark y yo compartimos la historia de nuestra vida. Yo siempre he estado un poco protegida, supongo, y él me cuenta que se casó con el amor de su infancia y se divorció cuando solo tenía treinta años.

—Suenas duro —comento.

—Lo es. El amor adulto es distinto, más... sacrificado de lo que pensábamos. Nos abrió los ojos. Nos distanciamos. Pero basta de historias lacrimógenas. Quiero saber *de ti*.

—Mark.

Se gira hacia uno de nuestros compañeros de trabajo, un hombre de mediana edad a cargo de la publicidad en internet.

—Cuando vuelva —contesta Mark entonces. Me guiña un ojo y se marcha justo cuando Alison regresa.

—Es agradable; y le gustas, para que lo sepas —asegura.

—Es agradable, y *no* le gusto.

Mientras lo veo alejarse, busco alguna chispa diminuta en mi interior, pero no, no hay chispa. Alison se pone a dar vueltas por la habitación mientras saca fotos a otras personalidades que hay entre los invitados. Dirijo la mirada al lugar donde se encontraba Matt hace unos instantes y siento una punzada de decepción al comprobar que ya no está ahí.

—Tenía sed.

Me giro cuando oigo su voz detrás de mí y me enseña una copa de vino.

Frunzo el ceño.

—Buscaba a Mark —miento.

—Mmm.

Sus ojos destellan y, entonces, da un sorbo a su copa. Estamos uno al lado del otro, hombro contra hombro.

Miro hacia Carlisle, al otro lado de la habitación. Por su expresión, diría que está más que extasiado: evidentemente, la recaudación de fondos va bien y la asistencia es mayor de la que todos esperábamos.

—Por lo visto, tienes una capacidad innata para atraer a las masas —lo halago.

Matt echa un vistazo por todo el salón y, luego, fija la vista en mí. Con esa expresión astuta que tiene haría que cualquier presidente se pusiera nervioso durante unas negociaciones.

—No estás bebiendo nada —comenta finalmente.

—Me da pereza ir a la barra y prefiero que los camareros atiendan a los invitados, pero Mark se ha ofrecido.

—Mark está con Carlisle. —Hace un gesto a uno de los camareros, que se acerca de inmediato—. La señorita desea... ¿qué quieres, Charlotte?

—Un vino blanco estaría bien.

Las mariposas me bajan por los brazos a toda velocidad cuando toma una copa de la bandeja y me la pasa.

Me observa mientras doy un sorbo y, entonces, un grupo de recién llegados se acerca a él. Yo me alejo a regañadientes y me mezclo de nuevo con la multitud.

—Charlotte, ah, sí.

Sorprendida, me giro al oír esa voz y veo a un joven afroamericano alto. Su cara me resulta vagamente familiar, pero no consigo ubicarla.

—¿Nos conocemos?

Inclina la cabeza en dirección a nuestro candidato.

—Soy amigo de Hamilton.

—Ah.

—De la universidad —añade.

—¡Ah! —Lo señalo descaradamente—. Seguro que sabes muchas cosas de él. —Echo un vistazo a Matt, pero está en medio de un grupo tan grande que no alcanzo a verlo.

Levanta los dedos y hace como que se cierra la cremallera de los labios.

—No pienso contarte nada.

—Va, venga ya.

Ahora me doy cuenta de por qué me resulta conocido. Está ataviado con tejanos y un jersey de pijo, y reparo en que es Beckett, el mejor amigo de Matt.

Tiene la cabeza rapada, la piel tersa, una mirada cálida, los labios carnosos y unos dientes blancos que brillan cuando sonrío.

Esboza una amplia sonrisa y me indica que me siente en una de las mesas con él.

—Jugábamos a despistar al Servicio Secreto: nos seguían adondequiera que fuéramos. A Matt le molestaba un montón. Lleva intentando perderlos de vista toda la vida. Y míralo ahora.

Me río. Percibo lo protector que es con su amigo.

Nos ponemos a hablar del padre de Matt y de la época dorada; y de su muerte.

Nos sumimos en el silencio cuando Matt se acerca.

—Beckett me ha estado contando algunas anécdotas... —le informo.

Mira a su amigo con recelo, como si de pronto no se fiara de él.

—Me ha contado que hacías cualquier cosa para librarte de tus guardaespaldas, que el regalo de tu padre al cumplir los dieciocho años fue que aprendieras a pilotar el helicóptero Marine One y que el primer perro que tuviste en la Casa Blanca se llamaba Lucky, pero tu madre lo llamaba Loki porque le encantaba destrozar los tulipanes.

—¿Te ha contado todo eso?

Baja una ceja un poco más que la otra y le echa una mirada como diciendo: «No lo has hecho». Beckett se echa a reír.

—No he podido resistirme.

Le da una palmada en la espalda y cuando Beckett se pone de pie para cederle el asiento que hay a mi lado, juraría que le dice:

—No te culpo.

Siento unas mariposas en el estómago que aletean con rapidez y violencia. No son solo sus palabras lo que me sorprende, sino el tono de ternura con el que habla. Aparto la mirada y observo la copa que tengo en la mano. De pronto, estoy muy preocupada por la cantidad de líquido que contiene y me pregunto dónde habrá más.

Matt se limita a decirle a Beckett algo que no oigo, con la mano apoyada en el respaldo de la silla que acaba de dejar libre.

Mientras tanto, yo trato de digerir todas mis emociones.

—Si estas son las multitudes que atraes como candidato, no quiero saber el poder que tendrás como presidente —comento mientras miro a mi alrededor.

Matt me observa y entrecierra sus intensos ojos color café un poco.

—¿Qué más te ha contado Beckett? —pregunta con recelo.

Yo me encojo de hombros con cierto aire de misterio y arquea los labios a causa de mi terquedad. Entonces Carlisle se aproxima y le pide que dé un discurso.

Cuando se levanta y cruza el salón, la muchedumbre empieza a aplaudir y, de pronto, me viene una idea a la cabeza: «Tú haces que esto sea posible».

No puedo dejar de sonreír.

Matt Hamilton sube en silencio a un pequeño estrado. Quiero sentir la calidez de la luz que él representa.

Matt espera a que todo el mundo se siente y la gente aguarda en silencio, con los ojos puestos en él.

—Me gustaría dar las gracias a todos por venir esta noche, me alegra ver tantas caras conocidas y también tantas caras nuevas. —Inclina la cabeza ante todos—. Estoy seguro de que habrán advertido que no tenemos eslóganes en la decoración de esta noche... Me gustaría dar las gracias a mi *equipo* por su esfuerzo; lo cierto es que ya nadie presta atención a los eslóganes.

—¡Pero tenemos que saber qué puedes aportar! —grita un hombre de edad avanzada con una voz muy potente.

—Me aporto a mí mismo.

Silencio.

Extiende las palmas sobre el estrado y se inclina hacia adelante.

—Durante años, el público ha creído que todas las promesas que hacen los candidatos son mentira. Ya nadie los cree. La política se ha visto completamente mancillada por la propaganda. Quiero que quede claro que realizamos una campaña sin calumnias y con un eslogan muy fácil. Sirvo a mi país. Para cuando me pregunten cómo pretendo servir, mi equipo —dice, y me lanza una mirada penetrante— y yo hemos pensado en esto. —Asiente con la cabeza una vez hacia atrás, donde Carlisle ha encendido una pantalla—. La hemos llamado la campaña del abecedario. Vamos a solucionar, a abordar y a mejorar todo en este país, desde la «A» hasta la «Z». Es un objetivo ambicioso y trabajaré sin descanso para conseguirlo. Hay muchas cosas que van bien en Estados Unidos, y muchas cosas que podrían ir mejor que bien. Queremos regresar a la época en la que todo iba fenomenal, e incluso superarla. —Empieza a enumerar las diversas áreas—. Arte. Burocracia. Cultura. Deuda. Educación. Futuras relaciones exteriores...

Se oyen risitas de emoción por todo el salón.

Yo me quedo inmóvil, maravillada como el resto de personas en la sala.
Siento una conexión con él.

Un tipo de conexión que nunca había sentido en mi vida.

Una caricia

Charlotte

Las multitudes aumentan sin parar.

Durante el mes pasado recibimos a más de quinientas mil personas en cada estado.

Es extraño, pero de algún modo siento que conozco a esta gente. A veces es por la expresión que reflejan sus ojos, como si Matt fuera su única esperanza en el mundo.

Les habla de todo, no solo del presente, sino de cómo moldearemos el futuro desde nuestro presente, de que las decisiones que tomamos ahora afectan a aquellos que todavía no han nacido.

Estamos muy comprometidos a trabajar por los niños. Pero ¿cuál es el problema?

Que ellos no pueden votar.

Y, no obstante, son mis favoritos.

Cuando está con niños, Matt tiene algo que me atrae en muchos aspectos.

Hoy estamos a punto de marcharnos de un hospital infantil, y estoy repartiendo golosinas a los pequeños cuando Matt se acerca a mí para decirme que ya es hora de irnos.

En ese momento, uno de ellos grita:

—¡Bésala, Matt! ¡Bésala!

Carlisle le murmura a Matt al instante:

—Sí, probablemente es de la oposición, que después querrá colgarte.

—Es un niño —le dice Matt a Carlisle entre risas.

Lo mira con diversión y luego fija la vista en mí; nuestros ojos conectan y vislumbro cierta picardía en su mirada mientras me levanta la mano y me pasa sus labios cálidos y aterciopelados por los nudillos.

Hay un brillo oscuro en sus ojos que me recuerda que ambos tenemos un secreto que nadie más conoce.

El momento termina demasiado pronto. Dejo caer la mano como si me hubiera quemado e intento centrarme en los niños, que están encantados y ríen por lo que Matt ha hecho.

La caricia permanece conmigo. Se queda conmigo mientras nos dirigimos al exterior, hacia el coche, donde los hábiles reporteros que han estado espiando por las ventanas del hospital se arremolinan a nuestro alrededor.

—Matt, hazlo otra vez. ¡No lo tenemos! —grita un reportero.

—Bien.

Sonríe ampliamente mientras me ayuda a subirme al coche y cierra la puerta. Nos vamos.

Guardo silencio. Cierro la mano que me ha besado y coloco el puño de forma protectora sobre el regazo. Noto que nuestros hombros están a unos centímetros de distancia. Nuestros muslos se tocan y su aroma flota en mis pulmones.

Su beso y su caricia permanecen conmigo. Él permanece conmigo.

Me muevo y pongo algo de distancia entre nosotros mientras finjo mirar por la ventana. Me doy cuenta de que el corazón me late a todo trapo. Noto que echa un vistazo a mi perfil; siento el peso de su mirada, casi puedo tocarla.

«Sabrá lo que sientes, Charlotte. Sabrá que una parte de ti ahora mismo solo piensa: “Bésame. Bésame cuando estemos a solas. Bésame porque lo deseas, igual que en Washington”».

Lucho contra ese sentimiento toda la noche en mi habitación del hotel y me digo que es mejor que no hayamos continuado tras lo ocurrido aquella tarde en la Cuenca Tidal. Es arriesgado, y el futuro del país es más importante que una semana o un mes de exquisita actividad sexual.

Matt solo quería complacer al niño del hospital, me recuerdo a mí misma. Pero no importa cuánto analice el momento, el revoloteo no cesa; el deseo que siento por él crece y crece en mi interior y no tiene escapatoria.

Me voy a la cama temprano y reproduzco en mi cabeza las imágenes de él cuando hacía ejercicio esta mañana en el gimnasio del hotel.

Le encanta. Lo está dando todo durante la campaña. Me pregunto si es tan apasionado al hacer el amor como con todo lo que hace. Me imagino que está en el despacho más importante de la nación y que siempre habrá alguien capaz de aliviar el estrés que un presidente debe de sufrir calentándole la cama. Siento una punzada de celos. Luego, frunzo los labios, asqueada conmigo misma, y aparto los pensamientos de mi mente; opto por coger algunos de mis archivos de trabajo porque ya sé que no voy a poder dormir.

Saco mis bolígrafos y empiezo a tomar notas cuando alguien llama a la puerta.

Encuentro

Charlotte

Es medianoche.

Así que ¿por qué llaman a la puerta?

«Matt».

El nombre me viene a la mente y, de pronto, en lo más profundo de mis entrañas y de mi pecho, noto que la esperanza se retuerce, salta y grita mientras me pongo una bata, ato el ceñidor y me apresuro en abrir la puerta.

Es Wilson.

—Quiere verte. —Echa un vistazo a mi habitación por encima de mi hombro —. A solas.

Ay, Dios.

Diez.

Han pasado diez días desde que admitió que me deseaba.

Me he preguntado cuándo llegaría el día. Incluso empezaba a pensar que quizá no ocurriría nunca.

Pero ahora Wilson está en mi puerta y dice que Matt quiere verme.

Ni siquiera sé qué esperar de este encuentro. Es perfectamente posible que lo único que quiera sea compartir ideas; o quizá decirme que lo nuestro es una mala idea, ahora que ha tenido tiempo para reflexionar sobre ello.

Tendría razón. Mucha razón.

Así que intento calmar mi temerario deseo por Matt «Besos Celestiales» Hamilton y me mentalizo para una reunión profesional. Cojo mi cuaderno, lista

para anotar cualquier idea o cambio de planes. Aunque Wilson haya dicho que quiere verme a solas, me niego a hacerme ilusiones... o a abandonarlas por completo.

Me cuesta tragar saliva cuando asiento y digo:

—Te veo en el ascensor en dos minutos.

Cierro la puerta y, después, me inclino sobre ella, tratando de recuperar el aliento.

«Joder».

Matt acabará conmigo.

Puede que también acabe con mi carrera.

Y probablemente debería tener eso en cuenta antes de cometer una imprudencia.

No lo hago.

Me pongo en marcha y corro hasta mi pequeño armario. Me cambio y me pongo una falda y una blusa, recojo mis cosas, tomo la llave de mi habitación y cierro la puerta. Sigo a Wilson hasta los ascensores y bajamos por la salida trasera. Nos dirigimos al aparcamiento subterráneo del hotel.

La puerta se abre desde dentro del coche cuando me aproximo.

—Charlotte —murmura una voz deliciosamente pícara desde las sombras del asiento trasero.

—Matt.

Trago saliva para deshacer el nudo de excitación y deseo que se me forma en la garganta. Ya estoy mojada. Mis pezones presionan la tela de mi sujetador y mi blusa. Se echa a un lado, y yo entro y cierro la puerta.

Va vestido de negro.

Huele a colonia cara.

Y está buenísimo.

Rápidamente, extiende el brazo, me atrapa el mentón entre los dedos pulgar e índice y me obliga a mirarlo a los ojos, a esos ojos oscuros.

—Espero no haberte desvelado.

Tiene la voz ronca, al igual que la mía.

—En realidad, sí lo has hecho. Pero no hace falta que envíes a Wilson a mi puerta para eso.

Sonríe, me observa y desliza la otra mano por el asiento hasta cubrir la mía. Aguanto la respiración al sentir su caricia. Me aprieta los dedos y me obliga a

devolverle la mirada.

Wilson conduce por las calles oscuras mientras Matt alza mi mano con las suyas, le da la vuelta y me besa la palma.

Se me corta la respiración; la cálida y aterciopelada punta de su lengua asoma por su boca y empieza a trazar círculos en la sensible piel del centro de la palma de mi mano.

Gimo y me acerco más a su cuerpo, que desprende calor.

Matt me agarra de las caderas y tira de mí para pegarme contra él. Me acaricia el pelo y lo aparta de mi frente.

—Le he pedido a Wilson que me ayude a conseguirnos un poco de privacidad.

Escudriña mis facciones.

—Me alegro —admito con la voz cargada de emoción.

Alzo las manos hasta su rostro, en sombras.

«Dios, ¿esto está pasando?».

«¿De verdad?».

Acaricio sus firmes facciones. Me encanta el tacto de la barba incipiente de su mandíbula bajo mis dedos y cómo la aprieta mientras lo toco. Sus ojos se dan un auténtico festín con mi cara.

—Si no dejas de mirarme así, no llegaremos a los ascensores —me advierte.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como me has mirado cuando te he besado los nudillos en el hospital.

—¡Ay, no! ¿Te he mirado de algún modo especial? ¡Eso no está bien! La gente podría darse cuenta.

Se le levantan las comisuras de los labios.

—La gente está acostumbrada a que las chicas me tiren los tejos. Soy yo quien debe tener cuidado con sus propias reacciones.

Matt sonrío, se inclina hacia adelante y me da un beso en los labios.

Yo me los lamo y me deleito con su sabor.

—Se te da muy bien controlar tus reacciones.

—No estoy tan seguro. Mi abuelo no me quita el ojo de encima.

—Me odia, ¿verdad?

—Odia la idea de que algo me impida conseguir lo que quiere para mí.

Exhalo.

—Hoy has estado genial con los niños. En el hospital —comenta en voz baja

a modo de elogio.

—¿Yo? Es a ti a quien adoran.

Suelta una risita y sacude la cabeza lentamente.

—Si eso es verdad, entonces tú te los has ganado por igual; de lo contrario, ¿por qué me pedirían que besara a una chica con la que no quieren verme? — Sonríe y se separa para echarme una ojeada—. A los niños no les afectan las normas y las reglas. Solo ven lo que hay y saben exactamente cómo les gustaría que fueran las cosas.

—Me ha parecido gracioso que complacieras a los niños pero no a esos reporteros entrometidos.

—Han lanzado un anzuelo, pero no voy a picar. Al menos, no voluntariamente.

Entonces, me mira y, al comprender los riesgos que conlleva esto, nos quedamos en silencio.

Wilson aparca en un hotel más pequeño, a solo unas manzanas del nuestro.

Es más discreto, no es exactamente de una estrella, pero tampoco de cinco. Un sitio donde no se esperaría que Matt se alojara.

—Iré justo después de ti. Apaga el móvil —indica Matt.

Estoy tan nerviosa que me mordisqueo el labio inferior mientras tomo la llave de habitación que me ofrece antes de abrir la puerta del coche.

—No te muerdas mucho los labios. Ya me encargaré yo de eso luego.

Me detengo y dejo de mordérmelo.

Sus labios se curvan lentamente y esboza una sonrisa de satisfacción.

Y yo le devuelvo la sonrisa.

Luego, apago el teléfono rápidamente, exhalo, me meto la llave en el bolsillo lateral y me dirijo a los ascensores.

Esto es una locura. Una locura de verdad, pero la posibilidad de sentir sus caricias es demasiado emocionante.

Una mujer que lleva un jersey rojo se sube al ascensor conmigo.

El corazón empieza a martillearme en el pecho.

Mantengo la cabeza gacha, con los ojos fijos en los zapatos. Tengo el pulso acelerado por la adrenalina, la expectación y el miedo. Al final del pasillo, deslizo la llave en la ranura y entro en la habitación.

Espaciosa, simple, moderna y elegante.

Me dirijo rápidamente al lavabo, me suelto el cabello, me pellizco las

mejillas y, luego, salgo y me pongo a dar vueltas.

Aguardo unos minutos hasta que...

La puerta se abre.

Contemplo su alta figura en la entrada. Todavía va vestido de negro, a excepción de una gorra que lleva en la cabeza. Es el único tío que he deseado de verdad.

Entra y cierra la puerta con el codo.

Exhalo.

—¿Te ha visto alguien? —pregunto.

Se quita la gorra de los New York Yankees.

—No.

—Me he asegurado de mantener la cabeza agachada, me...

Grande, ágil y atractivo, cruza la habitación, me toma la mano, la lleva hasta su boca y me besa los dedos.

Yo lo contemplo, hechizada, cuando empieza a succionar las puntas de forma exquisita con su ardiente boca. Su mirada es como un misil de calor que apunta directamente a la zona caliente que hay entre mis piernas mientras me lame. Me mira con pasión al tiempo que me mordisquea y succiona cuidadosamente todos los dedos. Gimo suavemente.

Me suelta la mano y me rodea la cadera con sus cálidos dedos. Noto su nariz en la parte superior de la cabeza, contra mi cuero cabelludo. Con una mano, me acaricia el cabello, desde la cabeza hasta la espalda. Debajo de mi camisa, me rodea la cadera con el brazo, y nos pegamos el uno contra el otro.

He perdido el control de tal forma que me estremezco, y él me sostiene con más firmeza todavía.

Sé que no debería desear esto.

No es de esos hombres que siempre te dan un beso de buenas noches antes de ir a dormir. Tendrá tantas cosas en la cabeza que incluso sería comprensible que se olvidara de tu cumpleaños. No es el tío con el que puedas compartir una vida feliz; es el tío sobre el que las mujeres se abalanzan, el tío que quiere más de lo que puedes dar y que siempre intentará conseguirlo sin descanso.

Soy consciente de todo esto, pero no puedo evitar pegarme a él y sentir los latidos de su corazón a través de su camisa de algodón.

Llevamos meses trabajando sin descanso.

Me siento bien con él ahora mismo.

Y me gusta demasiado sentir que me recorre el cuerpo con la mirada en silencio mientras me acaricia el pelo con las manos delicadamente y me dice:

—¿Has pensado en esto?

Asiento.

Me agarra de la nuca y me besa.

Durante los siguientes minutos, tiemblo bajo sus besos y caricias. Su mano viaja desde mi cabeza hasta mis pies para quitarme los zapatos. Me siento protegida, apreciada...

Lo que hacemos es arriesgado, pero ¿cómo puede algo que nos hace sentir tan bien estar mal?

Matt se separa un poco y me rodea la cara con las manos. Ahora mismo está tan atractivo que estoy deslumbrada, como si mirara directamente al sol. Me contempla como si yo también lo cegara, y la sonrisa de sus labios se suaviza un poco mientras sus ojos me recorren el cuerpo como si tuvieran vida propia. Estamos embriagados de adrenalina, por realizar este acto prohibido y ceder finalmente a la atracción que hay entre nosotros.

Me sujeta por las caderas y me levanta en el aire unos pocos centímetros, de modo que mis labios quedan exactamente donde él quiere.

Y me besa. Con dureza.

Sus labios obligan a los míos a separarse. Sumerge la lengua en mi boca con la cabeza ladeada para tener un acceso mejor e instantáneo.

El deseo que ha ido creciendo en mi interior bulle, y le rodeo los hombros con los brazos.

Siento como si llevara esperando este momento desde que empezó la campaña: notar las manos de Matt en mi cuerpo, sosteniéndome contra su firme pecho y abrazándome con fuerza.

Toda mi resistencia se desvanece cuando me acaricia la lengua con la suya, y yo también succiono, lamo y la froto con pasión y temeridad. Le rodeo con fuerza el cuello con los brazos y él emite un sonido grave desde las profundidades de su pecho, como si aprobara mi beso salvaje.

Tiene la respiración acelerada, aunque yo más. Me deja de pie en el suelo, me cubre la mejilla con la mano y me acaricia las sienes con los dedos.

—Me he esforzado por hacer lo correcto. Pero, joder, no puedo —declara.

—No lo hagas.

Muevo la cara para mordisquearle la base de la palma de la mano. Emite un sonido que nunca le había oído producir, como un rugido que contiene la

palabra «Charlotte».

Sus labios aplastan los míos. Nos besamos con pasión durante unos treinta segundos y, luego, nos separamos para examinarnos el uno al otro.

Contemplo su cara y él inclina la cabeza para mirarme; todavía es el chico que me gustaba cuando era más joven, pero ahora es mucho más atractivo y más inaccesible que nunca.

Nada importa; y qué más da.

Solo sé que lo deseo. Mi cuerpo arde de tal forma que podría hacerse añicos en cualquier momento.

Le cojo la mano, la coloco en mi cuerpo y la deslizo hacia abajo, más abajo, por debajo de la tela de la blusa y, luego, hacia arriba. Entonces, la presiono contra mi seno por encima del sujetador.

Matt me premia con una sonrisa lánguida y sensual mientras me agarra el pecho por completo con su cálida palma.

Se inclina y me besa lentamente mientras me acaricia el pezón con el pulgar. Dejo que su mano continúe en mi seno y me excite cuando me abre un botón de la camisa con su mano libre y la desliza por debajo. Ahora me acaricia ambos pechos.

Juega con ellos.

Los masajea.

Ahogo un gemido, lo agarro por los hombros y la tela de su camisa se arruga entre mis puños mientras me arqueo contra él.

—Quiero desnudarte y pasar la lengua por cada centímetro de tu cuerpo — afirma con voz ronca.

Siento que su cuerpo vibra por el deseo y sé que le encanta que me restriegue contra él como una gatita.

Se deshace de mi blusa y me deja desnuda. Solo llevo puesto mi sujetador de encaje.

—Dios, eres tan hermosa que necesito verlo todo de ti.

Me contempla durante un momento y, luego, nuestras bocas vuelven a fusionarse. Me besa con ganas, como si planeara disfrutar de mí toda la noche. ¡Sí!

La cosa sube de tono cuando oímos unos ruidos que proceden del vestíbulo.

Matt aparta sus labios de los míos.

Levanta la cabeza y la gira en dirección a la puerta, y yo espero, aguantando la respiración. Las aletas de la nariz se le ensanchan cuando el ruido se

desvanece.

Las dudas intentan colarse en mi mente, pero no tienen ninguna posibilidad de vencer, de vencerlo a él.

Me vuelve a mirar. El pecho se le infla y esboza una ligera sonrisa. Entonces, fija de nuevo la vista en mí y se lame los labios.

—Charlotte, Charlotte. No tienes ni idea de todo lo que quiero hacerte, cariño.

«¡Enséñamelo! ¡Hazlo!».

Durante un largo instante, contempla mi sujetador de encaje y, lentamente, baja la cabeza, me atrapa un pezón con la boca y lo acaricia con la lengua en un movimiento rápido. Ya está duro, pero cuando lo chupa por encima de la fina tela, se endurece todavía más.

Su gruñido me excita.

Yo gimo y froto su espalda con las manos cuando coloca las suyas entre nuestros cuerpos, bajo la cinturilla de mi falda. Desliza los dedos dentro de mis braguitas y me acaricia los labios vaginales.

—Dame esto, preciosa —medio gruñe, medio canturrea mientras me toca el clítoris y los labios y juguetea con los dedos por mis partes húmedas—. Dios, dámelo todo.

—Por favor.

Inclino las caderas cuando me introduce el dedo.

Me tenso a su alrededor y todo mi cuerpo se agarrota mientras un maullido grave bulle en mi garganta.

—Eso es, cariño, ¿te gusta que haga esto? —pregunta con la voz cargada de excitación mientras introduce un segundo dedo en mi interior.

Me baja el sujetador, traza círculos con la punta de la lengua alrededor de mi pezón desnudo y, entonces, murmura:

—Dios, estás espectacular así.

En ese momento, alguien llama a la puerta.

Matt retira los labios y suelta una palabrota en voz baja. Luego, saca el dedo y lo lame para limpiarlo.

Eso debe de ser lo más sexy que he visto en mi vida, Dios mío.

Con una sonrisa de suficiencia, se dirige a la puerta. Echa un vistazo por la mirilla y espera a que me vista antes de abrirla.

Wilson entra rápidamente y cierra la puerta.

—Alguien ha debido de reconocerte y ha avisado a la prensa. Tenemos que irnos, Matt.

Tiene el ceño fruncido y evita mirarme.

—Madre mía —gruñe Matt.

Se pasa una mano por el pelo, visiblemente cabreado. Luego me lanza una mirada a modo de disculpa y devuelve la atención a Wilson.

—Danos un minuto.

El hombre sale y yo me muevo a toda velocidad.

Sé que Matt percibe que estoy muerta de vergüenza cuando cruza la habitación mientras yo me esfuerzo por estirar la ropa que llevo puesta.

Me sostiene la cara y me mira de cerca; nuestros ojos están a tan solo unos centímetros de distancia.

—Eh, no te preocupes, cariño. Somos adultos. No hacemos daño a nadie.

—Lo sé; es que no quiero fastidiar las cosas. Es que, desde esa noche...

Sacudo la cabeza. Podría golpearme a mí misma por ser tan débil delante de él, por demostrar tan poco autocontrol en lo que respecta a Matt.

—No pude olvidarte, por más que pasaran los años. Te he observado allá donde has ido. Ni siquiera estaba segura de si debía aceptar el trabajo. Cuando Carlisle vino a ofrecérmelo, me dije que, si todavía sentía aquella chispa que antes sentía con el mero hecho de pensar en ti, me mantendría alejada. *Debía* mantenerme alejada...

—Háblame de esa chispa —pide con una mirada vibrante.

Frunzo los labios y la frente, enfadada con él de pronto por mirarme con los ojos llenos de diversión.

—No es una chispa.

—¿No?

Aprieto los dientes y clavo los ojos en él.

—Son... *chispas*, en plural. —Sacudo la cabeza—. Es una antorcha. La antorcha olímpica.

—¡Ah! —profiere.

Juro que este hombre es capaz de reírse con los ojos. No sé cómo lo hace.

Le doy un pequeño empujón en el pecho, firme, y mantengo el ceño fruncido.

—¿Por qué no me desagradas como tus oponentes?

—Porque quieres acostarte conmigo.

Río a pesar de todo y, luego, me giro hacia la ventana.

Ahora estoy seria.

Se acerca a mí por detrás e inhala lentamente el aroma que emana de mi cabello. El corazón me da un vuelco en el pecho porque me acaricia ligeramente el pelo con la nariz. Entonces me dice al oído:

—Acuéstate conmigo cuando llegemos a Washington D. C. este fin de semana.

—Matt... —empiezo a decir.

«¡Sí!».

«No. No. ¡No!».

Estoy indecisa cuando vuelvo a encararlo lentamente.

Es el hombre vivo más *sexy* según la revista *People*, a pesar de haber trabajado durante años para que lo tomen en serio. Tener un lío con una joven becaria echaría por tierra la imagen que tanto se ha esforzado en ofrecer.

—Hemos empezado algo. No pienso dejarlo pasar —declara, e interrumpe mis pensamientos.

Vaya. Sí que es testarudo.

Exhalo.

Me agarra del mentón y me ofrece una sonrisa. Repite:

—Acuéstate conmigo en Washington D. C.

Me separo un par de centímetros y me alejo de su alcance.

—Acabo de darme cuenta de que no sé si puedo hacer esto.

—¿Por qué?

—Porque no estoy segura de no querer *más*.

Mi confesión nos pilla desprevenidos a ambos.

—Más —repite.

Deja caer la mano. Luego se la pasa por el pelo mientras un pequeño músculo se mueve inquieto en la parte trasera de su mandíbula.

—Mi mayor miedo es que mis hijos experimenten cosas en su vida y yo no lo sepa. Que sea el último en desearles un feliz cumpleaños. Que mi mujer se quede sola todas las noches porque yo estoy demasiado ocupado como para darle un beso de buenas noches. No podría hacerte eso, Charlotte. Vi a mi madre sufrir muchísimo con mi padre cuando él asumió el cargo.

Cierra las manos y mete los puños dentro de los bolsillos mientras me mira fijamente.

—Te deseo, Charlotte. Quiero que estemos juntos. Quiero esto. Pero si gano...

Una sombra aparece en sus ojos y la realidad me invade el corazón, pues las palabras que no ha pronunciado flotan pesadamente en el aire: ganar significa que no habrá más. Es un sacrificio que está dispuesto a hacer para convertirse en el líder de este país, y algo por lo que lo admiro.

—Ganarás —le aseguro.

Me esfuerzo para que mi voz no refleje la pena que siento.

Matt se limita a mirarme fijamente; observa con atención mi boca y mi cara, y levanta los dedos mientras esboza una ligera sonrisa.

—Cuánta convicción —canturrea mientras me frota los labios con la yema del pulgar.

Mi corazón trastabilla.

No puedo evitar contemplar sus labios carnosos y sensuales. Puede que no obtenga más, pero no puedo negarme a mí misma otro beso de este hombre.

Me pongo de puntillas y le rodeo el cuello con los brazos, ese cuello de hombre rebelde, terco, confiado, amable, *sexy* y extraordinario.

Y mis labios se encuentran con los suyos.

Nos besamos apasionadamente y alguien llama a la puerta suavemente. El momento robado se esfuma. Entonces, me acaricia la barbilla, sonrío y se dirige a la salida, mientras, en mi cabeza, empiezo a darme cuenta de la realidad.

Coqueteando con el peligro

Charlotte

Suspiro y me subo la cremallera de mi sudadera negra hasta el cuello. Me pongo una gorra, me paso la coleta por el pequeño agujero que hay en la parte de atrás y me pongo unas gafas, a pesar de que el sol ya se está poniendo.

Estoy en mi piso, en Washington D. C., y es sábado por la tarde.

Desde nuestra «reunión» en esa habitación de hotel donde casi nos pillan, no puedo deshacerme de esta sensación de terror abrumadora. El estómago se me retuerce y se me llena de nudos solo de pensar en lo que estoy a punto de hacer.

Sé que ir a su casa durante su única tarde libre es arriesgado, *más* que arriesgado, pero necesito hablar con él. En privado.

Si no llevo a cabo este acto osado, seguiremos haciendo un millón de cosas arriesgadas hasta el día de las elecciones.

Debo detener esto antes de que vaya a más... antes de llegar al punto sin retorno. Parte de mí teme que ya lo hayamos alcanzado, y una parte de mi corazón me dice que nada de lo que hagamos detendrá la avalancha de sentimientos que se dirige hacia nosotros con cada mirada, caricia, sonrisa y beso.

Necesito que sepa que no podemos continuar con este peligroso juego que hemos empezado, porque nunca me perdonaría que perdiera la presidencia por mi culpa. Las elecciones presidenciales y, sobre todo, las campañas presidenciales son un asunto muy delicado.

Un paso en falso, un comentario equivocado o un desliz podrían significar el fin de la partida. Y Matt, como candidato independiente que ya tiene que luchar

contra dos partidos con una trayectoria, historia, lealtades, juegos sucios, y mucho dinero de su lado... no puede permitirse ningún descuido.

He preguntado a mis padres si podía tomar prestado su coche y les he dicho que iba a salir de copas con mis amigos.

No obstante, conduzco en dirección a la casa de Matt Hamilton. No he pedido un taxi porque no quiero que nadie más esté al tanto de mi pequeña excursión.

Cuando llego a su casa, siento un millón de nudos en el estómago. Me obligo a abrir la puerta del coche y subo los escalones para llamar al timbre.

Tras un par de respiraciones temblorosas y de pensar unas cuantas veces en echarme atrás, Matt Hamilton se presenta en la puerta; descalzo, con el pelo revuelto, enfundado en unos vaqueros negros y una camiseta azul oscuro.

Inhala bruscamente cuando me ve y me recorre el cuerpo con la vista antes de preguntarme con voz ronca:

—¿Por qué estás aquí, Charlotte?

Sonrío, pero sé que no llega a reflejarse en mis ojos.

—¿Puedo entrar?

No responde; se limita a observarme con curiosidad y se aparta para dejarme pasar. Se mueve lo bastante para que entre, pero no puedo evitar tocarlo.

Le rozo el pecho con el hombro y su aroma me envuelve.

Me lleva a su sala de estar, donde la televisión está encendida con el volumen bajo. Sobre su escritorio hay carpetas y papeles desordenados.

Se sienta frente a mí y coloca las manos por detrás de la cabeza. En ningún momento aparta la vista de mis ojos. Está sentado en silencio y me atraviesa con su mirada penetrante; yo me limito a examinarlo. Todas las fibras de mi ser me suplican que me siente en su regazo y que deje que su calor haga desaparecer cualquier duda o miedo de mi cabeza, pero soy incapaz de moverme.

—No puedo hacer esto, Matt. Lo que pasó en tu habitación de hotel...

Mi mirada se cruza con la suya; sus ojos son como carbón caliente y aprieta la mandíbula con fuerza.

Trago saliva y continúo:

—Casi nos pillan. No puedo ser el motivo por el que pierdas la presidencia.

—No vas a ser el motivo por el que pierda. En todo caso, serás el motivo por el que gane.

Niego con la cabeza.

—Sabes que estamos jugando con fuego. Se trata del Despacho Oval. De la Casa Blanca. No dejaré que lo tires todo por la borda por mí.

—No tiro nada por la borda, Charlotte. —Me mira fijamente—. ¿Por qué estás tan preocupada? —inquire.

—¿Tú qué crees? ¡Todo el país está pendiente de ti, Matt! Lo último que necesitas es un escándalo.

—No habrá ningún escándalo. No lo permitiré. Tienes que confiar en mí. — Se inclina hacia adelante y escudriña mis facciones. Su voz suena decidida, firme y muy seria—. Nunca dejaría que te pasara nada. E incluso si algo saliera a la luz, te protegería.

—Sabes que, si pasara algo, tendrías que echarme a los leones. Sería la única manera de salvaguardar tu imagen ante la gente y seguir con la campaña.

Se me rompe el corazón al pronunciar esas palabras, porque, por mucho que me duela, es la verdad. Tendría que echarme la culpa, manipular la historia de modo que me hiciera parecer una chica sedienta de poder que busca entrar en la Casa Blanca mediante sexo y hacer que Matt pareciera la víctima. Así es la política, simple y llanamente.

Se pone en pie y empieza a pasearse. Entonces, suelta una risa sarcástica.

—¿De verdad piensas que te haría algo así?

Guardo silencio, porque soy incapaz de hablar.

—Por Dios, preferiría perder la presidencia antes que hacerte daño —gruñe en una voz tan baja que no sé si lo he oído bien.

—¡Por eso precisamente tenemos que parar! —insisto.

Entierra una mano en su pelo en un acto de exasperación.

—No quiero parar —sentencia, y me mira con tal convicción y deseo en los ojos que casi me da miedo.

—Ni yo —susurro—, pero tenemos que hacerlo.

—¡Joder, Charlotte, déjame tenerte! ¡Déjame vivir esta experiencia! —Sus ojos irradian una frustración cruda y desenfrenada y me clavan al asiento—. ¡Puede que sea el próximo presidente de Estados Unidos! Estoy perdido si no consigo lo que deseo —ruge—, y te deseo *a ti*. No solo te deseo, te necesito. Da igual lo que haga, siempre pienso en ti. Da igual con quién esté, preferiría estar contigo...

Se queda ahí, de pie. Su pecho sube y baja con cada respiración, tiene los puños cerrados a los lados y el músculo de la mandíbula se le mueve.

Yo me quedo sentada, atónita por su arrebató... por sus palabras.

Siento que el corazón está a punto de explotarme en el pecho a causa de la adoración que siento hacia este hombre, y me dejo llevar. Me permito a mí misma ir hacia él. Porque quiero.

Me levanto de mi asiento y sus pupilas se dilatan cuando camino en su dirección. Todavía tiene los puños cerrados a ambos costados. Intenta con todas sus fuerzas no ceder ante el deseo de extender los brazos hacia mí.

Me acerco a él y nuestros pechos están a punto de tocarse. Matt inclina la cabeza para mirarme, pues es más alto que yo, y la confusión que reflejan sus ojos me enciende por dentro.

Le rodeo el cuello con los brazos, me pego contra su cuerpo y empiezo a besarlo con todo mi ser.

No me importa nada más. No me importa que no tengamos un futuro juntos si gana. No voy a negarnos este momento. Ha dicho que me necesita. Y yo lo necesito a él.

Lo beso y, con mis besos, libero todo el deseo, toda la pasión, toda la necesidad contra la que tan desesperadamente he intentado luchar; y él hace lo mismo.

De inmediato, me abraza la cintura y me levanta del suelo.

Instintivamente, le rodeo la cintura con las piernas. Sus manos se aferran a mi culo, sosteniéndome contra él, mientras continúa besándome con la misma intensidad.

Me besa con todas sus fuerzas. Los recuerdos de todo lo que existe en el universo aparte de este hombre, de este momento, desaparecen por completo.

Gime contra mis labios y noto que empieza a caminar mientras me besa. Interrumpe el beso un momento para llevarme escaleras arriba, pero yo no soy capaz de mantener la boca alejada de él, de su mandíbula... de su cuello... y mordisqueo y succiono su deliciosa piel.

Abre la puerta de una patada y creo que acaba de cargarse las bisagras, pero me da igual. La habitación está a oscuras excepto por una lámpara encendida junto a su cama.

Me deja sobre la cómoda, lo primero que encuentra, y se coloca entre mis piernas. Entonces, su boca regresa a la mía y me quedo sin respiración.

Su beso es como una droga y tiene los labios calientes y suaves, aunque firmes. Su lengua también es cálida y, cada vez que la mete en mi boca, siento cosquilleos por todo el cuerpo. Es una sensación íntima e increíble. Exhalo contra él, pero mi suspiro se convierte rápidamente en un gemido cuando desliza

la mano hacia abajo y me abre la cremallera de la sudadera. Tira de ella hasta dejarla por debajo de mis hombros y me baja también los tirantes de la camiseta. No me quita el sujetador; se limita a tirar de una de las copas y se lleva uno de mis pezones a la boca. Jadeo, tenso las piernas todavía más a su alrededor y dejo caer la cabeza hacia atrás, porque la sensación es increíble.

—Matt...

Succiona con más fuerza y traza círculos en mi pezón con la lengua, y yo estoy cada vez más y más húmeda.

—Podría pasarme el día haciendo esto —gruñe mientras da un tirón a la otra copa del sujetador y se lleva el otro pezón a la boca.

Justo cuando me acostumbro a la calidez de su boca en mi cuerpo, se aparta y yo gimo a modo de protesta.

Él me mira, me sujeta la cara con las manos y me da un beso lento y tierno antes de deslizar una mano entre nosotros y desabotonarme los vaqueros.

Se me acelera el corazón cuando comprendo lo que quiere hacer.

Enseguida salto de la cómoda y me quito los pantalones, la sudadera y la camiseta, y me quedo solo en bragas y sujetador.

Matt prácticamente se arranca la camiseta y revela kilómetros de músculos en un pecho masculino, fuerte y duro.

Estoy cubierta únicamente por mi ropa interior y él me contempla con una mirada que destila admiración y lujuria.

Lo miro e imploro en silencio que me lleve ya a su cama.

Y eso hace.

Me levanta y me tira sobre la cama. Luego, se tumba encima de mí y me besa hasta dejarme sin sentido. Sus manos descienden por mi torso y continúan hacia abajo hasta agarrarme el culo.

Me succiona el cuello, lo lame y lo muerde.

Le araño la espalda y gimo, meciendo las caderas contra su miembro erecto.

—Por favor... —suplico.

Él suelta una risita contra mi cuello y, luego, levanta la cabeza para mirarme a los ojos. Entonces coloca la mano sobre mis braguitas.

—¿Qué quieres, mi encantadora, preciosa y sexy Charlotte?

Sigue besándome el cuello y frota mis bragas empapadas con los dedos.

Antes de poder contestar, tira de ellas, las aparta a un lado y, luego, desliza un dedo en mi interior. Yo jadeo en respuesta.

Mi respiración es acelerada y profunda, y estoy fuera de control por culpa del deseo mientras levanto la cabeza para que vuelva a besarme.

No necesita que se lo pida. Lleva rápidamente los labios hacia los míos, sin disculpas ni restricciones. Luego me pasa la lengua por el cuello y me besa y mordisquea la piel.

Estoy embriagada, totalmente embriagada por él, por este momento. Matt me desliza los dedos por el estómago.

Le acaricio los pectorales y también le beso el pezón. Un gruñido hambriento de aprobación retumba en su pecho. Tiene el pelo despeinado y un aspecto muy *sexy*.

Vuelve a inclinarse sobre mí.

Matthew me desabrocha el sujetador y deja mis pechos expuestos.

Me toca.

Se me endurecen los pezones al sentir su ligera caricia y tomo una bocanada de aire. Aguardo con el cuerpo tenso y ansioso. Me acaricia la punta del pecho con la yema del pulgar y un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Eres tan receptiva —dice mientras se inclina para besarme la cara interna del muslo. Me retuerzo un poco y su risa me acaricia la piel—. Eres tan dulce.

Acerca los labios a mi sexo. *Ay, Dios*. Sube la mano por mi cadera y llega hasta mis pechos. Se me contraen los músculos y dejo escapar un suave gemido.

Tira de mis bragas para quitármelas y las arroja al suelo. Traza círculos alrededor de mi clítoris con el pulgar, acaricia la húmeda apertura de mi vagina, por encima de los labios, y me penetra. Aprieto los músculos, incluso los de la barriga.

—¡Ah!

Tira de mi seno con una mano. Respira contra mi piel y me lame y me besa el pezón. Su cálida lengua se mueve lánguidamente sobre mí y siento que mi cuerpo arde. Me recorre la barriga con la lengua y desciende hasta mi sexo otra vez.

Está hambriento, y yo también.

Quiero tocarlo. Extiendo el brazo y le acaricio el pecho con los dedos. Las luces de la ciudad que entran por la ventana le iluminan los músculos.

Me besa en la cara interna del otro muslo. Me retuerzo y levanto las caderas en una súplica silenciosa.

Su lengua se sumerge en mi sexo y me saborea.

Estoy a punto de correrme. Es una sensación deliciosa. Estoy tan cachonda

por él que ni siquiera es divertido.

—No puedo creerme lo bien que sabes. Lo preciosa que eres...

Su mirada es tierna y salvaje mientras besa mi sexo durante otro minuto y observa mi reacción; es una combinación embriagadora.

Tiro de él hacia arriba y lo beso. Me devuelve el beso, saboreándome. Nuestras lenguas se mueven y recorreremos el cuerpo del otro con las manos; las suyas exploran y las mías, masajean.

Me agarra de las caderas y se inclina para lamerme un pezón. Jadea y levanto bruscamente el pecho; su risa acaricia mi piel de nuevo.

—No te rías de mí, esto es algo serio —me quejo.

—Es algo muy serio.

Me besa los labios vaginales con una lengua húmeda y lánguida. Yo doy sacudidas, pero me inmoviliza al colocarme una mano en la cadera. Me pasa el pulgar por el clítoris y empieza a frotarlo trazando círculos mientras introduce la lengua lentamente en mi interior.

Continúa dibujando círculos en mi clítoris con la yema del pulgar y yo me muerdo el labio inferior para evitar gemir demasiado alto.

Mi respiración tiene un ritmo acelerado y agitado cuando Matt se retira y se deshace de los vaqueros con unos tirones rápidos y firmes; contemplo todo su cuerpo, su piel dorada y sus músculos, y se me cae la baba en silencio.

Está bien definido. Tiene una constitución atlética, perfectamente proporcionada. Deseo cada centímetro de este hombre. Entonces, Matt se pone un preservativo. Su miembro es tan grande y grueso que me lamo los labios y ahogo un grito, expectante.

—Esto es lo que deseas, Charlotte.

Y, en ese momento, me penetra.

La tiene tan grande y se mueve tan rápido que la deliciosa sensación de mi sexo al estirarse me pilla por sorpresa.

Me corro.

—¡Dios, Matt!

Mi orgasmo gana intensidad; es como una cuerda que se enrosca, se retuerce y se tensa, desde la punta de los dedos de los pies hasta la punta de los dedos de las manos.

Suelto un gemido y, al instante, estoy experimentando el orgasmo más intenso, asombroso y desgarrador de toda mi vida, provocado por la gruesa polla de Matt, que está dentro de mí. Doy sacudidas debajo de él. El placer es casi

agonizante y me aferro a sus hombros con todas mis fuerzas.

Me agarra por las caderas y se mueve dentro de mí, más rápido, más profundamente, y grita al eyacular. Me abraza con fuerza él mientras se corre intensamente. Su polla da varias sacudidas en mi interior y me corro por segunda vez.

Suelta palabrotas en voz baja y continúa meciendo las caderas mientras me aparta el pelo de la cara, prolongando el placer y contemplándome hasta que las convulsiones de mi cuerpo se convierten en temblores y, luego, en pequeños estremecimientos. Entonces, rueda hasta quedar bocarriba, me arrastra con él y vuelve a apartar de mi cara un terco bucle húmedo de cabello pelirrojo.

Jadeo contra su cuello. Estoy sudorosa; ambos lo estamos.

Cierro los ojos sin estar del todo segura de que esto haya pasado ni de querer que pase de nuevo desesperadamente, a pesar de que no debería volver a ocurrir.

El cuerpo me palpita por la forma en que me acaba de follar. Noto los pezones sensibles.

Le acaricio el pecho de abajo arriba con un dedo.

Estoy tumbada de lado contra su costado. Probablemente tenga la boca roja. Me encanta que él también la tenga roja por mis besos y el pelo alborotado. Incluso en este estado, parece que podría hacerse con el control del mundo.

Y entonces recuerdo que, pronto, así será.

Echo un vistazo al reloj sobre la mesilla de noche. Deseo que el tiempo se congele, permanecer en este momento. Que nuestras vidas fueran distintas. Que él fuera un tío cualquiera y yo, una chica cualquiera. Los dos estaríamos aquí y nadie esperaría nada de nosotros; solo nos preocuparíamos de nuestras propias expectativas. No habría campañas. Los medios de comunicación no nos analizarían constantemente. No nos sentiríamos culpables por saber que nuestras acciones no solo nos afectan a nosotros, sino a aquellos a nuestro alrededor, al equipo. A mis padres. A su madre... *Al país.*

—Tu madre no está muy entusiasmada con que seas candidato, ¿verdad? —pregunto, y subo un dedo por su pecho mientras me acaricia la espalda con la punta de los suyos.

Matt me mira a la cara con una expresión de asombro y de diversión por haberle preguntado sobre la campaña en lugar de algo sobre lo que acaba de pasar.

—¿Cómo lo sabes?

—No ha ido a ninguno de los eventos ni habla de ello.

Se pasa la mano por la cara y, luego, dobla un brazo detrás de él y mete la mano debajo de la almohada.

—Está preocupada.

Me rodea con más fuerza con el brazo que tiene libre y yo me pego más a él, ansiosa por sentir su calor.

Matt mira fijamente el techo, pensativo. Sé que tiene una relación cercana con su madre. Y siento verdadera lástima por ella. Su marido fue brutalmente asesinado. Matt es lo único que tiene; es normal que se preocupe. Pero es evidente que a él no hay nada que lo eche atrás.

—¿Matt? ¿Te acuerdas de cuando me contaste cuál era tu mayor miedo? —Hago una pausa—. El mío es decepcionar a mis padres. Fracasar y no ser la persona en la que quieren que me convierta, alguien importante, responsable y respetable. Mírame ahora. —Suelto un quejido.

Examina mi rostro, pensativo. Parece un poco preocupado.

—Menuda pareja formamos, ¿eh? —Me acaricia la nariz con la punta del dedo—. El donjuán y la novia de América.

Le sonrío ampliamente, todavía sin aliento.

—Puede que antes pensarán que eras simplemente una cara bonita, pero ahora te toman en serio.

—Yo me los tomo en serio *a ellos*. Y te tomo en serio *a ti*. —Me acaricia la cara con una mano. Su mirada es cálida y adorable—. No quiero que sufras. Esto ni siquiera debería estar pasando. No debería tocarte. —Me recorre el cuerpo de arriba abajo con las manos, las más deliciosas que conozco. Después, baja la cabeza y añade—: Definitivamente no debería hacer esto. —Me agarra el sexo con una mano y me da un besito en la mejilla.

Yo lo cojo de la mandíbula, lo empujo hacia mi boca y susurro:

—Sí, deberías.

Se coloca encima de mí; su cuerpo es pura suavidad y músculo.

—No me canso de ti, preciosa. Es imposible que eso ocurra.

Está tan duro que de inmediato se pone otro preservativo.

Lo abrazo por los hombros mientras me penetra lentamente, como si fuera algo muy valioso. O como si supiera que estoy un poco dolorida.

Se mueve dentro de mí. Yo gimo y saboreo el momento mientras le arañó la espalda con las uñas.

Me muevo debajo de él. Sé que es una locura, peligroso y terrible para ambos. Y sé que también es excitante, inevitable, y algo que no podría rechazar

jamás.

No puedo negarme estar con este hombre. Si quiero acabar con mi enamoramiento de chiquilla, incluso después de once años, él es el único antídoto.

Tras unir las manos detrás de su cuello, levanto la cabeza y lo beso en los labios. Estoy sedienta, y gimo cuando Matt me sujeta la cara y me inmoviliza mientras me besa con lengua.

Cambios

Charlotte

Cuando llego a la sede de la campaña el lunes a primera hora, no estoy del todo segura de si debería sentir pavor, ansiedad, incertidumbre, miedo, excitación, dicha absoluta o, sencillamente, felicidad.

Lo único que sé es que todavía lo siento entre las piernas.

Imágenes del sábado revolotean por mi mente durante todo el día; son los recuerdos bonitos y fugaces de una noche que nunca olvidaré.

Se ha producido un cambio, invisible para todos excepto para Matt y para mí. Cada vez que nuestras miradas conectan, hay un acuerdo tácito de que ahora compartimos algo especial.

Cada vez que oigo el sonido de su voz al dirigir a su personal o al tomar decisiones relacionadas con la campaña, lo recuerdo susurrándome guarradas al oído, gimiendo mi nombre y gruñendo al correrse. Varias veces.

Las cosas han cambiado. He vivido con él las experiencias más íntimas que una persona puede compartir con otra y la sensación es absolutamente extática. Cuando lo miro, me mareo y el corazón se me acelera. Si alguien me hablara en este momento, no lo oiría por encima del sonido de los latidos de mi corazón, que enloquece por ese hombre.

También él ha cambiado.

Es como si su nivel de masculinidad se hubiera multiplicado por mil. Su sonrisa promete más travesuras. Su forma de caminar es más bien una forma de pavonearse, seguro de sí mismo, y, Dios, su voz... Podría estar hablando de impuestos estatales y, por su tono, daría la impresión de estar describiendo

posturas sexuales.

Sus miradas me matan. A veces vienen acompañadas de una *sexy* sonrisa privada; a veces no hay sonrisa, su expresión parece casi pensativa y frunce el ceño; otras vienen acompañadas de una mirada de sorpresa, como si de pronto se diera cuenta de que está contemplándome.

También intento que no me pille mirándolo fijamente, pero siempre hay un momento en el que estoy observando su perfil y, al siguiente, de algún modo, se percata y se gira, y yo aparto la mirada rápidamente. Es solo un segundo, pero es suficiente. Hace que me esfuerce más por no mirarlo y por actuar de forma profesional. Porque, cuando me devuelve la mirada, sé que también está pensando en esa noche.

El jueves estamos en uno de los campus universitarios más grandes de Colorado y Matt da un discurso delante de una multitud embelesada compuesta por decenas de miles de personas. Estaba bastante entusiasmado con esta visita.

«Nuestro futuro radica en nuestros estudiantes universitarios y en nuestros niños. Vaya, no sé cómo destacar lo importante que es inspirarlos para que se involucren activamente, para que contribuyan de algún modo», me dijo durante el vuelo. Sus palabras hicieron que quisiera asegurarme por completo de que todo fuera sobre ruedas.

Parece que incluso el tiempo forma parte del plan (y el tiempo es prácticamente la peor pesadilla de un planificador). El cielo está despejado y el número de asistentes es mayor de lo que esperábamos.

El potente discurso de Matt no deja lugar a dudas sobre su capacidad de liderazgo.

Mientras Matt está en el estrado, se oye una voz desde el público.

—¡Vamos, Hamilton!

Se oye otro grito entre la muchedumbre:

—¿Dónde has estado, Hamilton?

—Siento haberos hecho esperar —contesta, y esboza una de sus sonrisas más efectivas.

Noto una sacudida en el estómago por la emoción que siento.

La multitud sigue con sus interrupciones y grita:

—¡Matt! ¡Eres nuestro candidato, Matt!

A veces, Matt ríe o los saluda como si fueran viejos amigos. Pero, cuando se pone serio, la gente lo imita. Tiene las manos en el estrado, la espalda recta y habla con confianza; dice que somos los mejores, que para llegar a ser enormes tenemos que trabajar más duro que el resto.

Que las mismas puertas de antaño no se abrirán a nuevas oportunidades.

Que, al estar en la cima, nos hemos alejado de nuestro objetivo y relajado en nuestra propia gloria... una gloria que toda la nación necesita reavivar, todos juntos.

—Nadie os dará lo que buscáis. Nadie hará que vuestros sueños se hagan realidad mientras vosotros os quedáis de brazos cruzados. Así que ¿qué queréis? Y, más importante, ¿qué estáis haciendo para conseguirlo?

—¡Hamilton, Hamilton, Hamilton! —chilla la gente.

Una ola de frenesí y de felicidad me recorre el cuerpo mientras los cánticos se extienden por las tribunas. ¡Dios! Lo aman, lo adoran y lo idolatran, y por el modo en que sonrío y ríe al escuchar las alabanzas que le gritan, él también los adora.

Ningún otro candidato en la historia de Estados Unidos ha llegado a la presidencia a su edad, pero las masas vienen a verlo. Habría ganado algunos seguidores por su riqueza y su nombre, pero las razones por las que lo apoyan son su carisma, su sencillez y la capacidad que tiene para hacerte sentir que te comprende a ti y tus problemas, como si fuera consciente de qué necesitas, aunque *tú* no lo sepas.

Y no solo es eso, sino que, comparado con su competencia, el favorito republicano y el presidente demócrata (ambos fósiles), parece increíblemente joven y fuerte, y está rodeado de un equipo con ideas novedosas y actuales. Las probabilidades están en su contra, pero los puntos están a su favor. Estados Unidos quiere un cambio. Estados Unidos quiere crecer. Estados Unidos quiere ser joven y poderoso de nuevo.

—¿Cómo crees que ha ido? —me pregunta Matt mientras nos dirigimos al hotel.

Sacudo la cabeza y trato de parecer decepcionada, pero, cuando sonrío, no puedo seguir fingiendo más tiempo.

—Todos se han puesto en pie para ovacionarte —digo con las cejas levantadas—. La gente ha conectado contigo. ¡Ha sido una locura!

Matt esboza una amplia sonrisa y mira por la ventana del coche, acariciándose el mentón con aire pensativo. Todavía sonrío cuando admite en voz baja:

—Sí que ha sido una locura.

Me doy prisa en ducharme para llegar a tiempo a una cena del personal de campaña. Me dirijo al piso de abajo para reunirme con Carlisle y otros miembros del equipo en uno de los restaurantes del hotel cuando las puertas del ascensor se abren y me encuentro a Matt dentro, solo.

El corazón me da un vuelco y nos sonreímos cuando entro.

Huele muy bien, a colonia y a jabón, y el calor de su cuerpo me embriaga.

—¿Qué llevas debajo de eso?

—Nunca lo sabrás —contesto de forma juguetona.

—Mmm. Más bien, lo sabré antes de medianoche.

Levanta una ceja a modo de advertencia y prácticamente me besa en los labios con la mirada.

La mera idea de estar en una habitación a solas con Matt esta noche revoluciona mi cuerpo todavía más.

Salimos del ascensor y andamos juntos, separados por una distancia apropiada.

Me saca la silla cuando llegamos a nuestra mesa, pero Matt se comporta normalmente con educación, así que, por suerte, nadie parece darle importancia.

Aunque me pasa el pulgar por la nuca cuando tomo asiento, es una caricia sutil.

Completamente robada.

Y tengo que armarme de valor para evitar que mi cuerpo tiemble en respuesta.

La cena transcurre con normalidad mientras el equipo no para de tratar asuntos de la campaña; soy incapaz de calmar el zumbido que siento en mi interior. Me está observando, sentado frente a mí en la mesa. Yo le devuelvo la mirada. Toma un sorbo de agua y se pone las gafas para leer los números de las encuestas que Hessler le ha traído.

Me entra sed de repente, así que también doy un rápido sorbo de agua y trato de leer los documentos que tengo delante de mí.

Cuando nos marchamos y nos dirigimos en grupos a los ascensores, Matt se mete en el mismo que yo.

Está a mi izquierda todo el rato que permanecemos dentro. Su cercanía me

afecta tanto que casi deseo alejarme.

El corazón me late con una fuerza salvaje en el pecho.

Siento un ardor en el hombro que me ha rozado con el suyo, tan firme. Soy consciente de lo alto que es ahora que está a mi lado; me saca al menos una cabeza.

Noto su respiración, más pausada que la mía.

Llegamos a mi planta y, cuando salgo, me doy la vuelta para despedirme del grupo. Matt es la última persona a la que miro.

Me atraviesa con la mirada con el ceño fruncido. Tiene un aspecto un tanto pensativo y parece hambriento, como si no hubiéramos cenado hace un momento.

Regreso a mi habitación y espero a que me envíe un mensaje en el que diga que no hay moros en la costa. Diez minutos después, mi teléfono de campaña suena.

Otros diez minutos más tarde, unas manos cálidas me suben la falda para revelar mi ropa interior y, luego, bajan y dejan expuestos los pliegues húmedos que oculta.

Estoy en su habitación y lo siguiente que sé es que la lengua húmeda de Matt está dentro *de mí*.

Toalla

Charlotte

Estamos en Washington D. C. de nuevo.

Matt terminó pronto nuestra última gira y ha pedido que le envíe un nuevo itinerario, en el que he trabajado toda la noche.

Me dijo que se reuniría conmigo en su *suite* del hotel The Jefferson, en la que se ha quedado esta noche después de que dos de sus guardaespaldas nos informaran de que su casa estaba completamente rodeada de *paparazzi*.

Bien entrada la mañana, llamo a la puerta de su *suite*.

Me arreglo el pelo y luego me riño.

«¡Deja de arreglarte, Charlotte!».

Esperaba encontrarme a Carlisle aquí, pero cuando Wilson me abre la puerta y me deja pasar, solo hay silencio.

Cruzo la sala de estar con una carpeta en la mano.

Me quedo paralizada cuando veo el enorme cuerpo de Matt en el umbral de la puerta de doble batiente del dormitorio.

Solo lleva una toalla blanca de hotel alrededor de las caderas. Su piel tiene un aspecto dorado y suave.

«Dios mío, ayúdame».

La toalla cuelga tan peligrosamente baja que veo la uve que forman sus caderas. Tiene las piernas largas, los muslos y las pantorrillas musculosos y el vello limpio y oscuro. Además, está descalzo.

Tiene el cabello húmedo por la ducha. Lo lleva peinado hacia atrás y deja a

la vista su marcada frente y sus facciones perfectas, que lo hacen más atractivo. Aunque la ropa le queda genial, «genial» ni siquiera capta parte de la total perfección atlética de su cuerpo, forma y músculos. Tiene todos los músculos definidos y duros.

Y unos brazos increíbles... se le marcan los bíceps cuando levanta la pequeña toalla que tiene en el puño y se frota el pelo con ella para secarlo. La arroja a un lado y se pasa los dedos por el cabello mientras dirige su atención a mí.

—¿Ya lo has terminado?

«Ah».

«Sí».

«Eso».

—Charlotte.

Sus ojos de color chocolate brillan y noto que todo mi cuerpo se ruboriza cuando me doy cuenta de que me ha pillado mirándolo boquiabierto. Su pelo tiene un aspecto descuidado y está incluso más *sexy* cuando se pone las gafas sobre la nariz y lee.

He intentado cambiar los próximos compromisos para que a nuestro equipo de campaña le dé tiempo a llegar en autobús, pero no hay nada que pueda hacer con respecto al hecho de que nosotros llegamos antes en avión, aunque Matt odie perder el tiempo esperando.

—Esto nos retrasa un día —dice.

Gruñe, insatisfecho, y, en mi interior, siento que los músculos de la barriga se me tensan profunda, instintiva y visceralmente al oír ese sonido. No solo los del estómago; también se me contrae el sexo e incluso se me tensa el pecho. Así es como reacciono ante ese gruñido tan masculino y tan *sexy*.

Me ha recordado demasiado al sexo con Matt Hamilton.

—Perdona, Matt, es que... no sé cómo conseguir que el resto del equipo llegue a tiempo para incluir otro discurso delante de un gran público. Puede que algo pequeño...

—Eh, no pasa nada. —Cierra la carpeta y me mira. ¿Ha advertido que apenas he dormido? Su mirada se suaviza—. Debería llevarte a algún sitio. Invitarte a desayunar y a un café.

Me muerdo el labio.

Los ojos de Matt se oscurecen.

Lo suelto.

—No rechazaría un café con vainilla grande.

—Adelante.

Noto que me ruborizo porque... me recuerda demasiado a una *cita*.

—¡No podemos! —contesto entre risas—. Ni siquiera me puedo quedar aquí más de unos minutos por miedo a que nos vigilen más de cerca.

Se sienta, y la toalla revela sus gruesos muslos.

—Perdona. Ni siquiera puedo culparlos por estar obsesionados contigo —añado.

Me mira.

Solo puedo pensar en tener sus manos sobre mí, en mis manos deslizándose dentro de su toalla; en mis dedos tocando su pecho y su enorme polla.

«Vaya». ¿Acabo de pensar eso?

¿Qué me pasa?

—Ven a besarme.

Matt parece leerme la mente.

Sorprendida por la orden, me río y me muerdo el labio inferior.

—¿Qué?

—He dicho que vengas a besarme. Soy yo quien debería mordisquearte el labio.

Me adelanto un paso y los ojos de Matt se oscurecen mientras me observa.

Alguien llama a la puerta y se oye una llave de habitación. Enseguida, vuelvo donde estaba.

Hessler y Carlisle se unen a nosotros.

Este último empieza a hablar de trabajo tras decir:

—¿Cómo está el príncipe de América hoy?

Acto seguido, me guiña un ojo. Matt se dirige al dormitorio para vestirse, supongo.

—Mejor me voy.

Matt sale vestido con unos pantalones y abrochándose los botones de una camisa azul.

—No. Te llevo a casa.

—No, no hace falta. La verdad es que he quedado con una amiga para tomar un café y hablar un poco; está a tres manzanas de aquí. Pronto será su cumpleaños y le he prometido que iría. Estaré en casa más tarde. Llámame si me necesitas.

Salgo apresuradamente, compruebo la hora y me dirijo a mi cafetería preferida, cerca de Mujeres del Mundo. Allí espero a mi amiga Larissa. Llega diez minutos tarde y, durante todo ese tiempo, estoy enfadada conmigo misma por responder físicamente a Matt con tanta intensidad.

He intentado con todas mis fuerzas centrarme en el trabajo y en mi carrera. ¿Qué necesidad tengo de enamorarme del hombre para el que trabajo?

Cuando diviso a Larissa atravesando el local, exhalo y trato de olvidarme del príncipe de América.

Al final, nos tomamos un café, vamos de compras y, más tarde, de copas.

—Entonces ¿cómo es trabajar para ese dios? —me pregunta, y baja la voz cuando nos sentamos en la barra de una de nuestras cafeterías preferidas—. No, en serio. Dímelo. Me muero por saberlo.

—Es agotador —contesto.

«Dios, por favor, no permitas que mi expresión revele nada».

Que lo deseo.

Que, por milagroso que parezca, él me desea.

Que nos hemos acostado.

Que todavía no quiero que lo nuestro termine y que estoy bastante segura, dada la forma posesiva en que me observaba en la habitación del hotel, de que él tampoco quiere.

Mientras estoy sentada y miento, me doy cuenta de que, por primera vez en mi vida, estoy haciendo algo que no debería.

Soy consciente de lo desagradable que es guardar un secreto. Querer gritar algo al mundo, pero, al mismo tiempo, querer protegerlo más que nada. Desear que el mundo no le toque ni un pelo a tu valioso secreto.

Que nadie sepa nunca que tu debilidad tiene nombre, un corazón que late y una cara muy conocida.

—Mataría por trabajar durante un día en esa campaña, Charlotte. O sea, ¡Matt *Hammy*! ¿Es tan guapo en persona como dicen que es?

—Más aún —gruño, y pongo los ojos en blanco.

Desvío la conversación hacia su nuevo novio y, por suerte, ahí acaba nuestra charla sobre Matt Hamilton.

Ojalá fuera tan fácil dejar de pensar en él en algún momento.

Para cuando llego a mi piso esa noche, he tomado demasiado café y alcohol. El agotamiento hace mella en mí y me duelen las sienes cuando salgo del ascensor en mi planta. Hay alguien junto a mi puerta, alguien grande. Con una gorra azul.

Matt.

Hamilton.

Exquisito.

—Necesitaba escaparme. ¿Te importa que me quede aquí esta noche?

Sus ojos destellan malicia y sonrío ligeramente cuando percibe la sorpresa que refleja mi cara.

Baluceo y trastabillo para mis adentros.

¿Cómo se ha librado de la prensa?

Seguro que Wilson se ha encargado de despejar la costa para que escapara sin ser advertido, pero... Dios mío, Matt está en la puerta de mi piso.

Mi madre se moriría si supiera que está en mi pisito «de mierda».

Abro la puerta con manos temblorosas y dejo que pase, preocupada porque quizá mi madre tenga razón. Mira a su alrededor con el ceño fruncido y, de pronto, mi inquietud se multiplica, así que lo agarro de la mano e intento distraerlo.

—Tengo una cama grande. Vamos —susurro.

—No deberías vivir aquí sola —comenta, y frunce más el ceño con la vista puesta en mí.

Sonrío y tiro de él para que venga a mi dormitorio. Contoneo las caderas hasta que capto su atención.

Me sigue en silencio, con los ojos fijos en mí en lugar de en mi piso.

Me quito los zapatos y me echo en la cama, preguntándome por qué no está en el hotel The Jefferson con un letrero de «NO MOLESTAR» colgado en la puerta. ¿Por qué ha venido aquí? Lo observo escudriñar mi cuarto y mirar hacia la ventana con una expresión protectora en los ojos; pero cuando sus ojos regresan a mí y me ve tumbada en la cama, jadeando ligeramente, esperando, algo cambia en él. De repente, me contempla con ternura y sensualidad, y eso me da una pista de por qué se encuentra aquí.

Además, sé que los miembros de su equipo apenas lo dejan descansar, así que sospecho que los ratos que pasa conmigo son los únicos en los que se toma un respiro, los únicos en los que desconecta de verdad.

—¿En serio estaba también esta noche tu casa rodeada de periodistas? —

pregunto.

—Sí, pero siempre es así —contesta sin darle importancia.

Se quita los zapatos, tira su gorra a un lado y se tumba en la cama junto a mí; ambos estamos de lado, apoyados sobre el codo, de cara al otro. Sonríe, estira el brazo y me acaricia la mejilla con el dedo índice.

—Era incapaz de estar lejos de ti. Quería ver si habías llegado bien a casa.

—O, simplemente, querías verme —susurro.

—Sí.

De pronto, se coloca sobre mí. Tengo la espalda contra la cama y el enorme cuerpo de Matt está encima del mío.

Me acaricia el brazo con una mano y me roza la piel con el pulgar. Sentir su peso es la mejor sensación del mundo... después de acostarse con él.

—¿De verdad quieres pasar la noche aquí? —pregunto sin aliento mientras froto los dedos de los pies contra los lados de sus pies desnudos—. Estoy segura de que tu cama es mucho más cómoda. O la del hotel. Estoy divagando, ¿verdad? Es que...

Asiente pausadamente, con la vista puesta en mí.

—Me ha sorprendido verte aquí —admito finalmente.

—¿Y ha sido una sorpresa buena?

Tardo un rato en admitirlo, pero lo hago. Asiento.

—Sí, ha sido una sorpresa buena.

—¿Has terminado? —pregunta, y entierra las manos en mi pelo para levantarme la cabeza unos centímetros. Contemplo sus ojos increíblemente oscuros mientras asiento.

Trago saliva, sonrío y levanto la cabeza un poco más. No necesito alzarla demasiado. Matt acorta la distancia entre sus labios y los míos y, por primera vez, me besa en mi propia cama. Por insignificante que parezca, no lo es para mí.

—Tenemos que buscarte un vecindario más seguro y un piso mejor —comenta mientras me mordisquea la mandíbula.

—No —digo, y echo la cabeza hacia atrás para facilitárselo.

—¿Por qué? —Se mueve con cuidado.

—Porque no existe un «nosotros» aquí. No soy tu mantenida.

Se echa hacia atrás y frunce el ceño.

—Trabajas para mí.

—Ahora mismo estoy debajo de ti, Matthew.

Sonríe, sacude la cabeza a modo de reprimenda y, luego, se mueve lentamente y me mira a los ojos mientras me acaricia el pelo hacia atrás con una mano.

—Me gusta lo auténtica que eres, Charlotte. Cómo te defiendes y cómo defiendes a los demás. Me gusta lo sincera y trabajadora que eres; lo dulce que eres. —Atrapa mis labios con los suyos y vuelve a acariciarme la frente con la mano, mientras me mira a los ojos—. ¿Acaso me culpas por querer protegerte? Nunca creí que conocería a una mujer como tú; que me diera lo que necesito como tú lo haces. Deseo tenerte contra cualquier superficie dura y quiero protegerte de todo al mismo tiempo. Nunca esperé encontrar a alguien como tú. No te esperaba.

Tardo varios segundos en conseguir hablar.

—¿De verdad creías que nunca encontrarías a una chica que fuera ella misma cuando estuviera contigo?

—La mayoría se preocupa demasiado por ofrecer una imagen que ellas creen que se corresponde con la mía.

—Yo no.

—Lo sé. Eso es lo que te hace única para mí. Muy valiosa —contesta, emocionado al expresar el aprecio que siente por mí.

Le sujeto la mandíbula y lo beso, y Matt me agarra de las manos y me las coloca por encima de la cabeza mientras me besa suavemente, aunque con una urgencia e intensidad ocultas. Y después me desnuda y me toma en una cama en la que siempre he dormido sola... es el único hombre que he deseado de verdad y el único al que jamás podré tener realmente. No si gana.

Pero acepto lo que me ofrece y gimo suavemente mientras nos besamos y explora mi cuerpo con sus manos.

Las últimas primarias

Charlotte

El fin de semana siguiente, Matt visita a su abuelo en Virginia.

Me alegra que pasemos tiempo separados. Las cosas entre nosotros se están poniendo demasiado serias. Aunque una parte de mí quiere más, aunque no haya vuelta atrás, sé que no es lo mejor para él, ni para mí, ni para nadie.

Matt es un semental en la cama. Pasamos la noche en mi casa tocándonos, corriéndonos y hablando. Ninguno de los dos durmió ni parecía querer dormir. Yo no quería que se marchara.

Soy adicta a los ratos que pasamos juntos.

Siempre quiero *más*.

Pero, en este momento de la campaña, ya no jugamos con fuego. Nuestra escandalosa aventura secreta es una bomba nuclear y cualquier descuido a la hora de mantenerla oculta iniciará su detonación.

Ceno en casa de mis padres una noche y me interrogan sobre la campaña. Gracias a haber crecido con un senador, sé que la discreción es clave en la política. Las últimas primarias se celebrarán mañana y mi padre dice que ambos partidos han invitado a Matt a unirse a ellos pero que él ha rechazado la oferta.

—Estáis haciendo un buen trabajo para luchar contra décadas de bipartidismo, pero ¿será suficiente, Charlotte? ¿Qué plan tiene Matt si lo atacan, si desentierran algún escándalo de su pasado?

—Papá, no soy su sombra ni le leo la mente; me limito a organizar su agenda, eso es todo.

—¿Estamos invitados a la recaudación de fondos para la alfabetización que se celebrará antes del cierre de campaña? —pregunta mi madre.

—Estáis en la lista. Todo el mundo lo está, incluso todo Hollywood y Nashville; a Matt le encanta la música y adora, *adora*, a los científicos y a los frikis de la tecnología. Hasta ahora, la campaña cuenta con el apoyo de casi cien personalidades públicas. Incluso Mayweather publicó en sus redes sociales una imagen con montones y montones de billetes y una nota que decía: «Floyd Money Mayweather no emite cheques de doscientos dólares, los da en efectivo y añade un par de ceros más».

Me doy cuenta de lo fantástico que suena todo cuando me oigo hablar de ello. ¿Cómo puede Matt dormir por las noches?

¿Cómo puede alguien cargar con el peso de las expectativas de todo un país sobre los hombros y llevarlo tan bien?

—No estamos seguros de asistir a la gala —me advierte mi padre en voz baja—. Te das cuenta de que mi aparición en un acontecimiento así se consideraría una muestra de apoyo, ¿verdad?

Le devuelvo la mirada, asiento en silencio y deseo pedirle que, por favor, apoye a Matt, pero lo respeto demasiado como para hacerlo. Sé que teme que, pese al apoyo de la gente, los partidos se aseguren de que no sea Matt Hamilton quien llegue a la cima.

Esa misma noche, más tarde, quedo con unos amigos en el bar donde celebré mi cumpleaños hace meses.

—¡Arriba Hamilton! —dice Kayla durante la cena—. Cuenta con mi voto. ¡Y sé que también tiene el tuyo!

—Claro —contesto entre risas.

Frunce el ceño.

—Espera, ¿qué? ¿Acaso tiene algo más que tu voto?

Río, aunque, Dios mío, no tiene ninguna gracia.

¿Cómo he dejado que pase esto? Me temía que ocurriera y admito que era el motivo principal por el que tenía dudas con respecto a unirme a su campaña.

Pero... no puedes controlar quién te gusta.

Aunque una parte de mí sí cree que se puede y que ha estado mal por mi parte seguir por este camino que sé que no lleva a ningún sitio. Pero todavía lo

deseo. Y pienso en él. Y pese a preguntarme si he dejado que las cosas hayan ido demasiado lejos, si debería dejar el trabajo antes de que vayan a peor, me he quedado.

Deseo cambiar las cosas. Deseo... estar con él.

Miro a Kayla. Sale con un buen chico; es a ella a quien llevarán a casa esta noche. Tiene un trabajo que adora y unos padres a los que no les importaba que fuese profesora o guitarrista (en realidad, hace ambas cosas).

Yo tengo un trabajo temporal, un hombre al que nunca tendré de verdad y, si mi madre descubriera que me siento peligrosamente atraída por Matt, se preocuparía mucho. Querían verme en brazos de un político prometedor, cierto, pero no en los del candidato a la presidencia, quien todas las mujeres del país creen que les pertenece.

Juré que nunca saldría con un político: te engañan con otra mujer o con el trabajo... y los que están corrompidos engañan a los votantes que los han puesto en su trono.

Pero da igual lo desagradable que me parezca todo eso, vivo en Washington D. C. Vivo y respiro la política. Ella me ha alimentado durante toda la vida, me ha dado una carrera. Ahora trabajo en política.

La política está presente en todos los poros y las células del hombre que consume mis sueños.

El hecho de que esté tan motivado y de que sea la persona más incorruptible del mundo de la política ahora mismo no hace sino que aumentar su atractivo y mi admiración y mi respeto hacia él. Mi deseo de permanecer a su lado hasta el final es demasiado grande; me da igual lo mucho que haga sufrir a la niña que hay dentro de mí y que solo quería un chico al que amar y que la amara.

Esa noche me meto en la cama de mi piso y me doy cuenta de lo sola que me siento cuando todo a mi alrededor está en silencio. Hacer campaña agota, aunque también es estimulante y esclarecedor.

Hemos recibido a cientos de miles de personas. Llegas a ver una gran variedad, todas las etnias que conforman Estados Unidos. Eres testigo del coraje, el sufrimiento, la esperanza, la amabilidad, la hosquedad, la ira y la desesperación... todo eso es Estados Unidos.

Es triste que no se haga caso a aquellos que sufren hasta que lloran; no se los escucha porque a veces son los que menos ruido hacen.

Al día siguiente, nos reunimos todos en la sede y nos preparamos para ver los resultados de las primarias. Y echo de menos a Matt.

Echo de menos su energía y la pasión que siento cuando estoy cerca de él. Echo de menos viajar con él, que me pida favores como llevarle café y también su expresión de concentración cuando se pone las gafas y echa un vistazo a los horarios que le llevo o los documentos que me pide que imprima.

Esta tarde estamos aquí casi unos cien miembros del equipo para ver las últimas primarias en la televisión de pantalla plana que hay en una de las salas de proyección. Los líderes de los dos partidos por ahora son el presidente demócrata Jacobs y el republicano Gordon Thompson.

Lo único bueno que ha hecho el presidente Jacobs por nuestro país es algo que *todavía* tiene que hacer: dejar el puesto y permitir que otra persona más competente y con mejores ideas asuma el cargo.

Gordon Thompson quiere aumentar el presupuesto de defensa y recortar gastos en programas sociales. Parece estar muy a favor de la guerra.

Evidentemente, los medios de comunicación están interesados en los índices de popularidad que Thompson parece cosechar y reproducen sin parar lo que ha subido a su blog y a su Facebook y lo que ha soltado por la tele... y entonces llega Matt.

Me busca con la mirada. Nuestros ojos conectan durante lo que parece una eternidad.

Matt deja de mirarme cuando todos empiezan a saludarlo. Él les devuelve el saludo con amabilidad y, luego, se sienta a mi derecha.

La iluminación se reduce y, finalmente, las luces se apagan.

La televisión muestra diferentes imágenes y todo el mundo guarda silencio mientras miramos y escuchamos las especulaciones sobre quiénes serán los candidatos del Partido Demócrata y el Partido Republicano.

Y yo trato de enterarme de todo, pero presto demasiada atención a Matt, sentado exactamente a seis centímetros de mí. Noto el calor de su cuerpo. Y me fascina la estela del fuego crepitante que me recorre las venas por estar tan cerca de él. Su aroma limpio y masculino hace que me duelan los pulmones. Siento un deseo irresistible de acercarme más a él que no se desvanece. Me recuesto un poco en mi silla. Tomo una bocanada de aire y entonces advierto que acaba de girarse y me mira.

Examina mi cara como si se la estuviera aprendiendo de memoria, y eso

parece frustrarlo, porque se pasa una mano por la nuca, visiblemente inquieto.

Se levanta en busca de café y luego se queda de pie a unos pasos a mi derecha, con la vista fija en la televisión y el ceño profundamente fruncido.

Está muy atractivo.

Hemos hecho campaña en un millón de sitios: en salas de recepciones, en gimnasios de instituto y universidades, mientras el día de las elecciones se acerca rápidamente. Las cosas serán todavía más intensas después del día de hoy; estoy segura de que pasaremos más meses lejos de Washington D. C.

Y, de repente, no sé si puedo seguir con esto. Si puedo soportar el pequeño e incesante dolor que siento cuando viajo con él, al verlo besar a esos bebés mientras los sujeta encantado porque lo hace de corazón, no porque sea buena prensa.

Las noticias continúan y Matt aparece en pantalla, con su cabello color sable con mechones más claros despeinado. La confianza que desprende vestido con ropa informal solo hace que destaque más.

«El buen juicio de Matthew Hamilton, su energía y su disciplina serán armas poderosas para enfrentarse al candidato republicano y al demócrata», dice el presentador del telediario antes de volver con los resultados.

Así que aquí estamos, mirando los primeros resultados y escuchando los nombres de los candidatos que representarán a los partidos.

No hay sorpresas: Jacobs y Thompson. Aunque parece que Hessler está sorprendido.

—¿Qué narices es esto? Uno es casi tan tradicional como un maldito cura. Y mejor no hablar del otro. No hay bastantes estercoleros en este país para contener toda la mierda que suelta —gruñe Hessler acerca de los oponentes.

Al parecer, todos dirigimos la atención hacia Matt para escuchar su opinión.

Él se pasa las manos por el cuello y arruga la frente, pensativo.

—Nuestro gobierno mantendrá a raya a quien sea que gane. Ahí reside la belleza de nuestro sistema.

Hessler resopla.

—Siempre que no traten de quedar bien dando un montón de órdenes ejecutivas...

Matt sonríe con suficiencia al oír el comentario y, luego, mira a la pantalla, concentrado. Claramente está sopesando las virtudes y los defectos de sus oponentes.

Yo me pongo en pie para dirigirme a la pequeña cocina de las oficinas, fuera

de la sala de proyección, y tengo que pasar junto a Matt. Él no se mueve para cederme el paso. Su mirada se oscurece cuando me aproximo y extiende el brazo de manera impulsiva hacia mi cuello.

Con delicadeza, sujeta el pin con forma de águila enganchado al cuello de mi camisa. Lo acaricia con la yema del pulgar; una vez, eso es todo, y me mira con orgullo.

Aguanto la respiración y él examina mi expresión con curiosidad. Su sonrisa se desvanece. Todavía tiene el pin en la mano. Temo que vea que estoy prácticamente jadeando, ¡maldito cuerpo! Siento un pequeño huracán de mariposas en el estómago y tengo miedo de que este hombre, que siempre es tan perceptivo, se dé cuenta.

Me separo un poco de él. Estoy nerviosa y, al moverme, él deja caer la mano. Por fin se aparta y me deja pasar. Mark me sigue para ir a buscar un refresco.

—¿Pasa algo entre vosotros dos? —pregunta.

—Sí —suelto, molesta por lo entrometido que es—. Nada.

—Bien. ¡Uf! Me he preocupado por un momento.

Frunzo los labios y saco una botella de agua del pequeño frigorífico.

—Es lo único de lo que hablan todos por aquí. Un montón de chicas llaman asegurando que son Charlotte y quieren hablar con Matt.

—A lo mejor sí que se llaman Charlotte.

Cierro el frigorífico y abro la botella.

—¿Todas? Ni de coña. —Sacude la cabeza y menea las cejas—. Para mí, solo hay una Charlotte... y, por desgracia, para Matt. No deja de mirarte.

—Mark... no hay nada entre nosotros.

Esboza una amplia sonrisa y apoya un codo en el pomo.

—Bien. ¿Quieres salir conmigo este fin de semana?

—¿Perdona?

—Una cita. —Sonríe de nuevo.

Vacilo, pero entonces me doy cuenta de que Matt todavía está a unos pasos detrás de él. Ha estado hablando con Carlisle, pero ahora mira en mi dirección.

Si estoy decidida a sacármelo de la cabeza y aplacar cualquier rumor sobre nosotros, tener una cita ayudaría. Hay más peces en el mar, no hace falta ir a por el tiburón blanco. Pero lo único que soy capaz de decir es:

—No hasta que ganemos.

Después me alejo en silencio y entro en la sala de proyección mientras doy sorbos a la botella de agua.

El grupo se dispersa enseguida y yo lucho contra las ansias de permanecer atrás y preguntar a Matt qué tal le ha ido el fin de semana. Me dirijo a los ascensores con los demás en un intento de obligarme a ir a casa.

Matt frunce el ceño cuando paso a su lado y lo ignoro. Se mueve abruptamente para detenerme y me agarra del codo.

—Eh.

Levanto la mirada y echo un vistazo a mi alrededor, preocupada por que alguien lo haya visto. Pero todos se han ido a los ascensores.

Nos miramos. Con una mirada, me envía mil mensajes que no puedo descifrar pero que de algún modo siento en el estómago, como una maraña de cables que chisporrotean.

Me ofrece una ligera y adorable sonrisa (que trato de no apreciar) y me hace un gesto para que avance. Camino con él prudentemente. Tiene tanto poder que no solo es una persona, es una presencia.

Sonríe con cierta malicia en los ojos, como si lo supiera... todo. Frunce el ceño antes de girar el pomo de la puerta de su despacho y abrirla.

—Después de usted, señorita Wells.

Sonríe como un caballero, pero su mirada es la de un cavernícola travieso cuando entramos y cierra la puerta.

Respiro hondo para armarme de valor, pero su despacho de la sede tiene una particularidad. La mitad superior es de vidrio y cualquiera que regresara al edificio nos vería.

El corazón me martillea enloquecido mientras oigo a Matt aproximarse por detrás. Me rodea la cintura con una mano y me atrae contra su pecho.

—Mmm. Te huele bien el pelo.

Exhalo.

—Siempre huele distinto —añade un segundo después.

—Cambiamos de hotel continuamente; estoy a merced de lo que haya en la habitación que me toca.

—Pero este olor es auténtico. Huele a ti —murmura.

Me agarra de los hombros. Sus manos bronceadas de largos dedos me aprietan ligeramente, y me encanta.

Intento reprimir mi reacción cuando me doy la vuelta y levanto la mirada. Me observa de forma penetrante, en silencio, como si intentara descifrar lo que

pienso.

—Conque Mark, ¿eh? —comenta, y me escudriña con los ojos.

—¿Qué Mark?

Alza las cejas deliberadamente.

—Ah, te refieres a *Mark*.

—Mark Conelly. —Dirige la vista rápidamente a la puerta y, luego, la fija en mí de nuevo—. ¿Qué quiere contigo?

—Nada. Solo es un amigo.

—¿Seguro?

Siento un extraño zumbido en el cuerpo cuando vislumbro la oscuridad que se ha formado en sus ojos.

¿Matthew Hamilton, el hombre que lo tiene todo, que tiene el mundo a sus pies, está celoso?

Nunca se le ha marcado tanto el ángulo de la mandíbula.

—Seguro. Todavía no ha pasado nada entre nosotros.

—¿Todavía?

—Quiere una cita, pero primero quiero centrarme en la campaña. No lo he rechazado rotundamente porque estaba... haciendo conjeturas sobre nosotros.

—Ya veo...

Me gustaría saber lo que piensa, pero entrecierra los ojos y se limita a mirarme.

—Es demasiado mayor para ti —declara finalmente.

—Tiene un año menos que *tú* —replico.

—Está divorciado. No es un buen partido para ti en absoluto.

Me encojo de hombros.

—Tengo otras opciones. Mi amigo Alan lleva años intentando tener algo serio conmigo.

Abre mucho los ojos.

—No tengo ninguna posibilidad de ganar esta partida, ¿verdad?

Se ríe mientras se pasa los dedos por el pelo y frunce el ceño, visiblemente divertido y perplejo al mismo tiempo.

Aunque Matt parece tranquilo, temo que algo parecido a una tempestad aceche en su mirada. Algo que contiene con firmeza.

Guardo silencio mientras intento quitarme de la cabeza las miles de cosas que quiero hacer o decir. Lo he echado de menos. He extrañado su cara y su

aroma, y la forma en que la oficina bulle cuando él está presente. He extrañado despertarme con un nudo en el estómago solo porque sabía que lo vería. Y no me gusta sentirme así, pero es difícil evitarlo cuando sencillamente... me siento así. Y siento todo con más intensidad que nunca cuando él está cerca.

—¿Por qué te planteas salir con él?

—Porque... —Aparto la mirada y susurro—: podría ayudar a disipar los rumores entre nosotros. Y porque... te has convertido en una parte de mí, Matt.

Hay un silencio.

Permanezco inmóvil incluso cuando todos mis instintos me dicen que me vaya y no mire atrás.

—No salgas con él. —Espera un momento y añade—: Con ninguno de ellos. Me acerca hasta su pecho y sacude la cabeza con aire de reprimenda.

Vacilo y, luego, me inclino hacia adelante y apoyo la mejilla en él. Acerca la cabeza a mi cuero cabelludo e inhala. Después me acaricia la nariz con la suya y me roza los labios con el pulgar. Me presiona con delicadeza el labio inferior para abrirme la boca y me frota la lengua con el dedo.

Cierro los ojos. Le succiono el pulgar y, después, le agarro la mano y le doy la vuelta para besarle la palma. De repente, me aprieta con más fuerza y baja más la cabeza, y entonces noto la barba incipiente que le cubre la mandíbula cuando me besa.

Gemimos mientras nuestras lenguas se mueven juntas, una y otra vez.

Me aferro a su camisa y él desliza la mano hacia arriba, me agarra una nalga y me acerca un poco más para volver a abrirme la boca con la suya y besarme de nuevo.

—Matt —gimo.

Separa los labios y me mira, jadeante. La realidad se hace presente en mi mente de nuevo, poco a poco. Estamos en la sede, rodeados de ventanas. Estoy besando al príncipe de América.

El presidente Jacobs, Thompson... Ambos se ensañarían con él si supieran esto.

Matt parece adivinar lo que estoy pensando.

—No sé cómo ser el hombre por el que haces campaña. Todo el mundo espera que sea esa persona. —Me roza la mejilla con los dedos—. Pero, contigo, es distinto.

Exhalo mientras asimilo sus palabras. Lo que quiere decir es que, cuando cae la noche, no quiere ser presidente ni Matthew Hamilton.

Solo quiere ser un hombre que pueda perder el control sin salir en las noticias por ello al día siguiente.

Quiero abrazarlo, decirle que adoro cuando pierde el control y que me encanta que lleve tan bien que el mundo espere tanto de él simplemente porque da la casualidad de que se apellida Hamilton.

Sin embargo, me limito a pedirle que me lleve a casa y me pregunto si un hombre tan solitario como Matt se ha permitido alguna vez bajar la guardia de verdad con alguien.

—Despista a quienes nos sigan. Quiero llevar a Charlotte a su casa —le dice Matt a Wilson después de subirnos al coche, y Wilson hace algunas maniobras y se mete en varios aparcamientos subterráneos para perder de vista a los que nos persiguen antes de aparcar delante de mi piso.

Matt me sigue al interior del edificio.

Tiene una expresión indescifrable y parece pensativo.

—Si todavía estás pensando en lo de Mark, ahora ya *sabes* cómo me siento al ver que miles de mujeres se te tiran al cuello.

Ríe y, luego, se pasa la mano por la cara.

—Estoy celoso. Soy lo bastante hombre como para admitirlo. Tengo celos de cualquier tío que pueda salir contigo o caminar por la calle abrazándote.

Abro los ojos como platos al oír su confesión.

¿Matt Hamilton está celoso de cualquier tío normal?

Siento que no hay nada comparable con la deliciosa corriente eléctrica que envían sus palabras por todo mi cuerpo.

Se me derriten los muslos, hasta los dedos de los pies, mientras camino hacia mi piso.

Entonces aparece una de mis vecinas.

—Charlotte, me...

Matt se da la vuelta.

Mi vecina tartamudea.

—Ah, vaya.

—Encantado de conocerla.

Matt sonrío con naturalidad y mi vecina abre mucho los ojos, asombrada.

Él me echa una mirada inquisitiva y enseguida anuncio:

—Matt, esta es mi vecina Tracy.

—¡Es un placer, Matt! —exclama ella.

Él la saluda y, acto seguido, lo guío a mi piso.

—Tengo los documentos aquí, señor Hamilton —digo mientras lo hago pasar. Me aseguro de que Tracy lo oiga y rezo para que eso la apacigüe. Una vez estamos dentro, le digo sin rodeos:

—A esto me refería. Las chicas se te lanzan al cuello o besan el suelo que pisas.

Mi apartamento está tan oscuro que enciendo una lámpara y todavía parece que las sombras nos envuelven. Entro en la cocina y saco una barra de pan únicamente para tener las manos ocupadas y que no se dirijan a su camisa, su mandíbula y su pelo.

—Voy a prepararme algo de comer. A veces me mareo si llevo varias horas sin comer nada. ¿Quieres algo?

Se deja caer sobre un taburete y arrastra el otro con un pie, que luego apoya en el reposapiés. Yo me inclino sobre el pan.

—Mírate.

—¿Qué?

—Estás hecha toda un ama de casa —canturrea, agradecido.

Sin dejar de reír, me preparo un bocadillo. No puedo pensar con claridad con Matt en mi cocina.

—Sé cocinar algunas recetas —presumo—. Jessa me enseñaba cuando era pequeña. El día en que tú y tu padre vinisteis, me quedé asombrada cuando supe que alguien probaría la comida del presidente antes de servírsela. —Lo miro y añado—: Fue el momento más importante de mi vida. Me sentía como si me hubieran seleccionado para algo especial, y por eso compré el pin. Si hasta me inspiró a unirme a Mujeres del Mundo. Siempre te he tenido muy presente —digo entre risas.

Él se limita a mirarme; parece pensativo.

—Por favor, no seas tan encantador. No intentes impresionarme. Probablemente te votaría de todos modos —añado, sin dejar de reír.

Matt se pone de pie cuando le doy un mordisco al bocadillo y, mientras mastico, lo levanto y se lo ofrezco. Me observa terminar de masticar y, cuando lo suelto y me limpio los labios con una servilleta, me coloca el pelo detrás de la oreja en silencio, inclinado hacia adelante, como si ansiara estar cerca de mí.

Nerviosa, digo:

—En serio, estoy loca por ti. Me encantan todas tus facetas.

Me quedo paralizada cuando me doy cuenta de lo que he dicho y abro

mucho los ojos; los suyos se oscurecen y se estrechan mientras sube la mano y me pasa el pulgar por los labios con una mezcla de brusquedad, ternura, lujuria y adoración.

—Si estás tan loca por mí, ¿por qué le das esperanzas a Mark, por pequeñas que sean? —pregunta con voz ronca.

Yo jadeo.

—¿Todavía sigues con eso? Claramente sufres el síndrome del hijo único que no comparte sus juguetes. —Chasqueo la lengua.

Por su expresión, parece que me quiere tener contra la pared, y yo deseo recorrer todo su cuerpo con la lengua y los dedos.

—Puedo darle esperanzas a Mark —señalo—. Y, después de las elecciones, más que eso. No puedes tenerlo todo, Matt.

—Pero lo quiero todo, y tú quieres que lo quiera, quieres que solo te desee *a ti*... ¿Por eso lo haces? ¿Por eso te planteas salir con Mark y con ese otro tío ahora?

—No.

—No salgas con Mark. No salgas con el otro. No son adecuados para ti. —Sacude la cabeza y me acaricia los labios con los nudillos—. No ofrezcas estos labios a cualquiera. Son demasiado bonitos. Y demasiado únicos. Y son míos.

Gimo y me llevo las manos a la cara. Detesto ser todavía esa niña de once años que estaba coladita por un chico, salvo que ahora el chico por el que estoy pillada me está aplastando entre sus brazos.

—Matt... —Subo la mirada—. Mi vecina te ha visto. Tienes que irte.

—¿Te preocupa que fantasee conmigo? —Sus palabras y su sonrisa destilan arrogancia.

—No —niego, pero puede que sí.

—Entonces es por los rumores —contesta, y su mirada se oscurece.

Asiento con la cabeza.

—Pero diré que te seduje. Que tenía un plan diabólico para llegar a la Casa Blanca.

Una sonrisa juguetea en sus preciosos labios y el tono de su voz cambia, lo que hace que suene más áspera.

—Charlotte, no hay nada ni remotamente diabólico en ti.

—Sí que lo hay. Porque ni siquiera debería estar aquí, ni desear lo que deseo de ti. Sé que es un riesgo. Soy el diablo en persona. De hecho, nunca había caído tan bajo.

Matt atrapa un mechón de mi alborotado cabello pelirrojo y se lo enrolla en el dedo índice. Frunce el ceño, confundido, pero, por la expresión de sus ojos, diría que solo está fascinado.

—¿Por qué no paras de decir que tienes el corazón de piedra y que eres diabólica? ¿Acaso es una fantasía secreta tuya? —Me tira del pelo un poco hacia él, lo que hace que toda mi cabeza lo siga, y añade—: Porque da la casualidad de que me gustas tal y como eres.

Mi voz se vuelve ronca.

—Simplemente me gusta señalar que tengo muchas facetas... —Tira del mechón para acercarme todavía más y mi cerebro empieza a desperdigarse—. Hay muchas partes de mí que no conoces. Como... —Suelta el mechón y me acaricia el lóbulo de la oreja con el dedo—... que tengo el valor de... tengo el valor de seducirte.

—¿En serio?

Y, una vez más, se ríe de mí con los ojos y el estómago me da un vuelco.

Doy un paso atrás y tiro de mi camisa para quitármela. El corazón me late cada vez más rápido mientras Matt me contempla. Su sonrisa empieza a desvanecerse.

—¿No me crees? —lo provoco.

Él se limita a observarme con una mirada lobuna e intensa.

Aprieto los dientes con determinación y, lentamente, me desabrocho los botones, me abro la camisa y me dejo un hombro al descubierto.

El calor de su mirada hace que cualquier rastro de risa se desvanezca cuando fija la vista en mi hombro desnudo.

De pronto, no hay nada salvo silencio en esta habitación.

Me recorre el hombro, el cuello y los labios con la vista y, luego, me mira directamente a los ojos.

Soy totalmente incapaz de respirar.

Siempre tengo que alzar la mirada cuando está cerca y, ahora, tiene un aspecto muy masculino y oscuro. Hay demasiada testosterona en el ambiente. Matt nunca ha estado tan sexy como lo está en este momento, de pie, mientras libra una batalla interna que no quiero que gane.

Me lamo los labios y me armo de valor mientras me descubro el otro hombro y levanto los brazos para taparme el pecho. Examino su expresión; temo que me rechace y me da miedo mi propia imprudencia.

Quizá debería detenerme ahora mismo.

No. Probablemente *Matt* debería pararme ahora mismo.

Debería salir de su espacio personal o, mejor dicho, él debería salir del mío. No obstante, dejo que la camisa caiga al suelo. *Matt* permanece delante de mí con los ojos, oscuros como el crepúsculo, fijos en mi cara.

Más silencio.

Matt es una persona muy centrada, muy apasionada; nunca he visto tanta pasión en los ojos de un hombre como en los suyos cuando habla de Estados Unidos. Me encanta, pero también me encanta que me mire con esa misma pasión en estos momentos. *A mí*. Solo a mí.

Puede tener a la mujer que quiera y, sin embargo, no elige a nadie. Por ahora, ha escogido a su país, y debería respetarlo.

«¿¡Qué haces, Charlotte!?».

Los segundos transcurren y yo estoy frente a él en falda y sujetador.

Los pensamientos se esfuman de mi mente cuando levanta una mano y me recorre el torso lentamente con los nudillos desde el ombligo, pasando por el esternón, hasta llegar al cuello y, luego, vuelve a descender.

Es una caricia ligera como una pluma; la protuberancia de sus nudillos apenas me roza la piel. Me mira a los ojos con la misma delicadeza y con una frustración y un tormento que nunca antes había visto en su mirada. Está presente en todos los rasgos de su perfecta y preciosa cara; en el ángulo que forma su mandíbula o en sus labios, que parece que frunce para evitar besarme.

No tengo palabras para describir lo que siento, para describir este deseo.

Nunca he ansiado nada tanto como deseo —necesito— que *Matt* me bese en este instante. Apenas puedo hablar.

—¿Ahora me crees? —Trago saliva—. ¿No vas a impedir que... que me quite el resto?

Me pasa de nuevo los nudillos por el torso y esta vez sube hasta la garganta, donde extiende los dedos bajo la mandíbula. Su mano abierta me cubre la cara mientras que, con la base de la palma de la mano, me sostiene la barbilla.

—Ahora, guarda silencio. Voy a mirarte durante un buen rato. —Sus ojos ardientes convierten mis huesos en ceniza.

Trago saliva, embelesada por el deseo de su mirada.

Me da un beso en la mejilla y noto su cálido aliento.

—Haré que estas mejillas se pongan rojas como un tomate cuando juegue contigo usando los dedos —declara, y luego coloca la nariz contra mi piel e inhala.

Me acaricia los costados y me roza la oreja con la nariz.

—Eres tan apasionada... Sientes más amor por tu país que nadie que haya visto jamás. Y, cada vez que ese fuego se aviva para mí, me vuelvo loco. No me importaría contemplar ese incendio ahora mismo.

Mi voz está cargada de lujuria y deseo.

—Nuestro país es maravilloso —contesto solo al primer comentario.

«Y tú eres maravilloso en la cama», pienso para mis adentros, pero no alimentaré más su ego. El mundo ya lo hace en exceso.

—¿Sabes qué sería exquisito? —dice, y frunce los labios hacia un lado, pensativo.

Me agarra el culo con las manos.

—¿Qué sería exquisito? —continúa.

Me aprieta las nalgas y, de un tirón, me pega totalmente contra su pecho.

—Tú.

Inclina la cabeza y me besa. Con intensidad. Casi como si me castigara por lo de Mark, por tentarlo, por... ni siquiera sé por qué.

Me mete la lengua en la boca con firmeza; está tan húmeda y, Dios, es deliciosa. Me agarra con más fuerza del cuello, como si me poseyera, y me besa más intensamente, si acaso eso fuera posible.

—No he dejado de pensar en tu boca durante todo el fin de semana. Ni en tus fantásticas tetas...

Me rodea un seno con una mano y coloca la otra en mi nuca.

Noto la calidez de su mano, con la que me sujeta la nuca con delicadeza al tiempo que me masajea el pecho. Deseaba tanto sentir esta caricia que lo único que puedo hacer es asimilar el tacto de su enorme mano, que juguetea con mi pezón y me destroza, mientras mantiene la otra colocada en la nuca, como si eso fuera lo que evita que mi columna vertebral se desmorone y hace que las células de mi cuerpo permanezcan unidas.

Me mira desde arriba y me pellizca el pezón mientras me acerca más a él con cierta brusquedad, y yo aguanto la respiración y contengo su aroma.

Sus labios se curvan un poco y siento que un calor me recorre el cuerpo.

Inhalo profundamente cuando levanta la mano y acaricia mis curvas, sin dejar de mirarme a los ojos mientras repasa los contornos de mi cuerpo.

Soy de carne y hueso, pero me mira como si creyera que estoy hecha de otra cosa.

Sus dedos alcanzan la cinturilla de mi falda y, luego, se meten en mis braguitas mientras me besa una vez más suavemente.

Abro la boca y exhalo.

—Matt —suspiro.

Inhala mi aroma y empieza a besarme en los labios otra vez. Con pasión. Con intensidad. Con urgencia.

Gimo y le rodeo el cuello con un brazo.

—Matt, no estaba pensando con claridad. Tienes que irte —gimoteo mientras introduzco la lengua en su boca y lo agarro de su sedoso cabello—. Sé que esto es... no podemos... ¿vas a parar o tendré que pararte yo? Por favor, no me obligues a detenerte. No sé si seré capaz... —suplico.

No solo me preocupa que nos oiga mi vecina y que un escándalo nos explote en la cara, sino que tampoco sé cuánto podré disfrutar de él antes de llegar al punto sin retorno.

O puede que ya haya alcanzado ese punto.

Nunca, jamás, existirá un hombre que me excite tanto como este.

Matt es todo cuanto respiro, veo y *deseo* mientras me levanta y me coloca sobre la encimera de la cocina. Jadeo de sorpresa, pero me aferro a sus hombros para no caerme.

Entonces, lleva la mano debajo de mi falda para bajarme las bragas. Nuestros ojos conectan y me sostiene la mirada de forma penetrante mientras me besa y frota mi sexo con los dedos.

No sé cómo sentirme ni cómo reaccionar. Mi mundo se fragmenta, pedazo a pedazo; no hay nada real, nada salvo mis brazos alrededor de su cuello, que lo aprietan con fuerza, su boca ardiente y sus dedos expertos, que me dan lo que necesito.

—Matt.

Me sujeta encima de la encimera de la cocina. Noto las rodillas débiles cuando me abre los muslos para procurar más espacio a sus dedos.

Una necesidad brillante y ardiente me quema por dentro cuando desliza dos dedos en mi interior. Me agarra un pecho, lo acaricia y, entonces, separa su boca de la mía, traza un camino por mi cuello y me succiona el pezón. Yo me desmorono en sus brazos, bajo su tacto y con sus besos.

Regreso a la tierra después de correrme, cuando Matt me susurra contra los labios: «Shhhh, estoy aquí, contigo».

Estoy de pie, con las piernas temblorosas, y él me agarra de las caderas y

apoya la frente contra la mía. Sus ojos rezuman pasión y travesura, y yo me derrito un poco más... si eso es posible.

Entonces, digo con la voz entrecortada:

—Vaya. —Levanto una mano y la apoyo en su mandíbula para acariciarlo con una ternura que no estoy segura de haberle mostrado alguna vez—. Nunca parece suficiente. Cada vez te deseo más y más.

Gira la cabeza y me besa con delicadeza en la palma de la mano. Entonces contesta con delicadeza y firmeza al mismo tiempo:

—Todavía no hemos terminado.

Con cuidado, me besa en la parte interior de la muñeca antes de llevar mi mano hasta su nuca para que se la sujete.

Me sonrojo y él agacha la cabeza y me da un beso de buenas noches lento y delicado, aunque el hambre que tiene se esconde tras cada movimiento de su lengua. Yo tiemblo, debilitada por el orgasmo, y él susurra:

—Te veo mañana, preciosa. —Me besa en los labios lentamente, casi como si me diera las gracias, y se va, pero antes de salir me dice—: Cierra con llave.

A la mañana siguiente, estoy ruborizada mientras me visto para ir al trabajo, con la esperanza de que llegue pronto el momento en que lo veré.

El ritmo frenético de nuestra campaña me absorbe y Matt se pasa la mañana fuera, corriendo. Casi creo que me lo he imaginado, que no pasó nada, que no me dijo todo lo que me dijo, que no hemos dejado que las cosas vayan a más, pero todavía siento en la boca la última caricia de sus labios.

Y cuando Matt llega finalmente a la sede y me mira, la expresión de sus hermosos ojos me recuerda que *no hay duda* de que sucedió y que tiene intención de que suceda de nuevo.

Nunca me canso de ti

Matt

Al parecer, nunca me canso de ella. No dejo de morderla, besarla, mordisquearla, *lamerla...*

Estamos en la ducha y le he quitado la ropa hasta dejarla en una camisola y unas finas bragas blancas. Muevo la alcachofa, apunto a Charlotte y veo cómo el agua desciende por sus curvas.

Le agarro las puntitas duras y rosadas de los pezones por encima de la camisola. El algodón se le pega al cuerpo mojado. Bajo la vista hasta el encaje de sus bragas y su sexo, visible a través de la tela húmeda. Mi mirada asciende lentamente hasta su cara. Charlotte saca la lengua y abre los ojos, preocupada. Aunque hay más que inquietud en ellos. También percibo anhelo y cierta temeridad.

—¿Matt?

Noto un nudo en la garganta cuando levanto una mano para tocarle la mejilla con el pulgar. Desciendo hasta la mandíbula y me inclino sobre su oído.

—¿Sí? —digo. La miro a los ojos y luego fijo la vista en su dulce boca.

La boca que quiero sentir bajo la mía de nuevo. Ahora no hay motivo para que no la tome y devore sus suaves labios hasta jadear. Me inclino, le rodeo la cintura y la acerco más a mí. Luego, rozo su boca húmeda con los labios.

La estoy utilizando. No puedo usarla así. Pero no soy capaz de controlarme.

La alarma me despierta.

Estiro el brazo de golpe para apagarla y, luego, me destapo y me dirijo a la

ducha. Después de diez minutos bajo el agua helada, sigo sin calmarme. Cuento las horas que faltan para quedarme a solas con ella otra vez.

—Quiero ver a Charlotte esta noche. Necesito tu ayuda una vez más.

Wilson me lanza una mirada mientras tomamos un café en mi *suite* del hotel The Jefferson. Estamos esperando a que llegue el resto del equipo. Mi guardaespaldas me examina en silencio y se pasa la mano por la calva.

—¿Qué estás haciendo, Matt? Creía que habías dejado de hacer estas tonterías en la universidad, tío.

Sacudo la cabeza.

—No es lo que piensas; con ella es distinto. —Lo miro a los ojos—. Quiero que la trates diferente. Quiero que la protejas como si fuera yo. Si toda esta mierda sale a la luz, no quiero que Hessler ni Carlisle la echen a los leones.

—Eso no ocurrirá. No en mi guardia —declara Wilson.

Aprieto la mandíbula y miro fijamente mi café, pero la veo a ella. Solo a ella.

—No puedo evitar ir detrás de Charlotte. Soy incapaz de renunciar a ella ya. —Río con sarcasmo—. Probablemente creas que estoy obsesionado... pero es más que eso. Ella significa más que eso para mí.

Me mantiene con los pies en la tierra.

Me obsesiona.

Me llena de energía.

Esta mujer no solo hace que quiera ser un gran hombre; me inspira a convertirme en el mejor presidente que ha existido jamás.

Nunca supe que ella era todo cuanto quería y he descubierto que la necesito.

Sé muy bien que tendré que renunciar a ella pronto, pero no soy capaz de hacerlo todavía.

Wilson asiente.

—Yo te cubriré.

Intenso

Charlotte

Antes de marcharnos de Washington D. C., Matt reservó para nosotros una *suite* en un pequeño hotel de cinco estrellas, donde encargó una cena espectacular a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Fue como tener una *cita* ultrasecreta y maravillosa con el hombre con el que el país está extasiado y del que poco a poco me estoy enamorando en secreto. Desde entonces, siempre que cruzamos la mirada, parece que ambos recordamos esa noche y las horas de sexo pasional que compartimos.

Por desgracia, ya ha pasado tiempo desde nuestro último encuentro.

Durante las dos últimas semanas, hemos trabajado en la campaña sin parar. La contienda parece muy real ahora. Estamos en la *suite* de Matt en el hotel Wynn de Las Vegas. El trabajo nos ha consumido de tal forma que no hemos tenido la oportunidad de disfrutar de más momentos privados, salvo por uno; el resto han sido segundos robados que casi siempre compartimos en salas llenas de gente.

Un beso por aquí.

Un roce de dedos por allí.

Hessler, un hombre con incluso menos sentido del humor que Carlisle, sonrío por primera vez desde que lo conozco, hace ya unos meses, mientras ojea los resultados de las encuestas más recientes.

—Las encuestas te sitúan como favorito.

—No hay tiempo para sentarnos y cantar victoria todavía —replica Matt con un café de Starbucks en la mano.

Yo ya me he terminado el mío.

El café no consigue mantenerme en pie, así que es momento de pasar al Red Bull.

Apenas estoy despierta ahora mismo.

Estoy sentada en el sofá y tengo la cabeza apoyada en la mano. Intento mantener los ojos abiertos; no quiero perderme ni una palabra de lo que dicen los presentadores de televisión. El problema es que escuchar la repetitiva conversación de los hombres me adormece. Desde que empezamos, han transcurrido muchos meses de viajes continuos y noches como esta.

Reuniones creativas, planificaciones, reflexiones y, en mi caso, deseo. Lo deseo... muchísimo.

Pensaba que, con el tiempo, sería más fácil soportar estar cerca de él.

En cambio, se ha vuelto más difícil.

Todavía nos quedan unos meses de campaña. Es extraño lo mucho que ansío que todo termine para poder olvidarme de él y, al mismo tiempo, me siento viva; siento que formo parte de algo que hará historia y definirá nuestro futuro colectivo, y no quiero que acabe.

—Charlotte, vete a dormir —ordena Matt.

Aún trato de despejarme cuando lo oigo hablar cerca de mí.

Dios. ¿Me he quedado dormida en el sofá?

Abro un poco los ojos y lo veo inclinado sobre mí. Su sombra me cubre todo el cuerpo.

Sus ojos son un remolino de color bronce. Me pregunto si ve a través de mí. Sus manos son únicas y su tacto penetra en mi piel. Como si un cable pelado me rozara la piel, cuando me coloca la mano en el hombro unas chispas me recorren todo el cuerpo. Es un misterio cómo soy capaz de quedarme sentada y permanecer inmóvil mientras ocurre todo esto en mi interior.

—Ya dormiré cuando muera —replico, y sonrío con poco entusiasmo.

Una ligera sonrisa aparece en sus labios.

Es la sonrisa que muestra cuando algo lo divierte, la que hace que sus ojos adquieran un tono más claro.

Me endezco en el asiento y agradezco que los directores de campaña estén ocupados tomando notas. Matt me pasa su vaso de café. Sé que es el suyo porque he sido yo quien los ha traído y marcado con un rotulador. El que me ofrece tiene la palabra «Matt» escrita con mi letra.

Levanto su vaso, que todavía está caliente. Se sienta a mi lado y mi

cansancio disminuye un poco.

Es difícil no sentir todo lo que siento por este hombre cuando llevamos meses viajando juntos. Cuando lo he visto sostener bebés, bailar con ancianas, hacer que las multitudes rujan y, sobre todo, cuando lo he visto hojear los periódicos de la mañana con el pelo alborotado y las gafas puestas, evaluando tácticamente los efectos de la campaña que lideramos contra los republicanos y los demócratas.

Jack salta al sofá y se coloca entre nosotros. Apoya parte de la cabeza sobre Matt y el resto del cuerpo encima de mí.

Es increíble el cariño que he llegado a coger a este perro teniendo en cuenta la forma en que nos conocimos, que no fue en absoluto estelar. Ahora ansío sentir el calor de su pelaje y los besos que me da en las mejillas con su cálida y húmeda lengua. Doy un sorbo a mi café y Matt alarga el brazo para acariciar a Jack al mismo tiempo que yo.

Matt le pasa el pulgar al perro por detrás de una de las orejas, lentamente, y yo hago lo mismo con la otra. Los dos miramos a Jack mientras lo acariciamos.

Echo un vistazo rápido a Matt, que está de perfil. Parece que está pensativo y se le mueve un músculo en la parte posterior de la mandíbula.

Recuerdo la última vez que estuvimos a solas, un encuentro de quince minutos. Me siguió al lavabo de mujeres, cerró la puerta y me besó apasionadamente mientras metía los dedos en mis braguitas. Cuando acabamos, se lamió los dedos y me pasó el día extasiada. Cada vez que su mirada conectaba con la mía, se llevaba la punta de los dedos a los labios, sacaba la lengua y los lamía.

Y su sonrisa después de lamerlos era lo más *sexy* de todo.

Estoy pensando en todo esto cuando separa el pulgar de la oreja de su perro y roza la mía.

Levanto la mirada y él me sonrío. Siento su sonrisa por todas partes. Se la devuelvo y acaricio a Jack con más energía. Noto una corriente eléctrica cada vez que Matt pasa la mano sobre la mía a propósito mientras hace lo mismo que yo.

—Eres un buen perro, ¿verdad? Estás muy elegante con tu collar antipulgas—le digo a Jack y, luego, levanto la vista hacia su amo.

Su sonrisa refleja diversión. Ternura. Empiezo a ruborizarme; su sonrisa se desvanece y su mirada se vuelve un poco oscura y muy íntima.

Sin duda, sabe el efecto que tiene en mí. Sabe el efecto que tiene en todas las

mujeres y, aunque soy consciente de que no le gusta que su atractivo físico desvíe la atención de los problemas que quiere abordar, no parece molestarle ni un poquito que tenga este efecto enmí.

Lo peor de todo es que no se trata solo de su atractivo. Es también por su inteligencia, su pasión, su dedicación y por la forma en que me hace sentir viva, motivada, esperanzada y llena de vida.

Agacho la cabeza y vuelvo a centrarme en Jack.

Pronto, el equipo empieza a salir en grupos. Sigo jugando con el perro, reacia a marcharme hasta que oigo al último miembro del equipo salir por la puerta y a Matt hablar con Wilson, que hace guardia fuera.

—Wilson, ¿puedes entrar un momento?

Me pongo en pie para marcharme cuando entra el guardaespaldas.

—Quédate, Charlotte.

Me giro hacia Matt; entonces me sujeta la cara y me mira a los ojos.

—Han pasado dos semanas. Necesito verte. Necesito tocarte.

—Estamos exhaustos.

Sonríe y asiente con la cabeza.

Wilson cierra la puerta y Matt levanta la cabeza.

—Wilson, ¿crees que puedes sacarnos de aquí? Me gustaría llevar a Charlotte a un sitio privado, no a un hotel.

—Estoy en ello. ¿Tienes alguna idea en mente?

—La casa de mi padre.

Wilson arquea las cejas, pero asiente y se marcha.

—No podemos quedarnos aquí; alguien del equipo podría entrar en cualquier momento —me explica Matt.

—¿Adónde vamos?

—Mi padre tenía un refugio secreto que nunca vendió. —Coge la llave de su habitación y sus teléfonos y, quince minutos después, nos marchamos del hotel por salidas distintas.

El refugio del presidente Law Hamilton se encuentra en Laguna Beach. Nos subimos a un avión que nos lleva de Las Vegas a Los Ángeles. El piloto es un viejo amigo de Matt y ha jurado guardar el secreto. Matt y yo viajamos solos en

la cabina; Wilson va con el piloto. Les ha dicho al resto de sus guardaespaldas que no necesitaría que lo cubrieran esta noche porque no iba a salir. El piloto parece contento de ver a Matt conmigo. Nos saluda con una sonrisa y se despide con una expresión que parece decir «¡Eres un *crack*, tío!».

Cuando aterrizamos, hay un todoterreno BMW negro esperando en el hangar. Matt me acompaña hasta la puerta del copiloto, se coloca al volante y le dice a Wilson:

—Tómate la noche libre. Reúnete allí con nosotros mañana por la mañana temprano.

—De acuerdo.

Wilson estrecha la mano a Matt. Luego mira al interior del vehículo y me sonrío.

—Cuídalo bien, ¿vale?

—Claro —contesto entre risas.

El guardaespaldas esboza una amplia sonrisa y cierra la puerta cuando Matt está sentado al volante.

Recorremos cincuenta y cinco kilómetros hasta la playa, contemplando el paisaje. Matt me coge la mano y se la lleva a la boca para acariciarme la palma con los labios.

—Casi ha merecido la pena tener que esperar para estar a solas contigo de nuevo.

—Me resulta extraño que estemos completamente a solas.

Suelta una risita y luego me apretuja las manos y sigue conduciendo con una adorable sonrisa de satisfacción en los labios. A menudo me levanta la mano para besarme el dorso o lamirme la punta de los dedos.

Aparca en el garaje de una preciosa casa moderna situada en la playa.

—Pensaba que los Hamilton tenían una casa en la playa de Carmel, no en la de Laguna.

—Y la tenemos. Esta es la casa secreta de mi padre. Venía aquí para alejarse de todo, para pensar. Ahora es mía. —Me guiña un ojo cuando abre la puerta del coche y sale.

Me lleva al interior por la puerta del garaje y, al decir la palabra «luces», todas las bombillas de la sala de estar y la cocina se encienden inmediatamente.

Lo sigo dentro y me quedo asombrada por lo poco presidencial que es la casa. Por lo normal que es. Tiene un aspecto moderno y sencillo, a la par que hogareño. Hay estanterías repletas de libros a un lado, fotografías familiares en

las baldas y las paredes están decoradas con mapas de todo el mundo en lugar de con obras de arte.

A su padre le encantaba el mundo, al igual que a Matt.

—A veces vengo aquí. Me recuerda mucho a él. Vengo aquí para recordarlo, y también para alejarme y pensar.

Conmovida por sus palabras, lo sigo y dejamos atrás lo que parece ser la biblioteca. Entramos en la sala de estar y contemplo todo cuanto hay a mi alrededor, asombrada.

—Este es como otro monumento al que vienes para pensar.

Se echa a reír. Luego, se dirige a la cocina contigua y abre algunos armarios.

—No hay nada de comida fresca aquí, pero ¿te apetecen unas... judías enlatadas? ¿Carne en lata?

—Por Dios, ¿qué es esto? —ríe, y lo veo sacar una botella de vino—. No me importaría tomar vino. Pero no tengo hambre.

—¿Estás cansada?

Matt llena dos copas, las deja a un lado y extiende los brazos. Yo camino hacia ellos y presiono la mejilla contra su pecho. Suspiro y me dejo llevar.

—¿Cómo lo haces? —pregunto.

—A veces no lo sé.

La sinceridad de su voz me hechiza, aunque también suena seguro de sí mismo, como si en realidad lo supiera, como si no tuviera dudas de ser capaz de seguir adelante todos los días. Me lleva a uno de los sofás y nos sentamos sin dejar de abrazarnos.

—A veces pienso que voy a desmoronarme.

Se mueve a un lado para que estemos más cómodos (y más cerca) y me acaricia el pelo con una mano.

—Aquí puedes hacerlo. Estás a salvo, yo estoy contigo.

—Oigo el mar. Y oigo el latido de tu corazón. —«Y oigo tu respiración». Entonces, yo también inhalo. Aspiro el aroma cálido y elegante que desprende—. Deberías irte a dormir. Mañana tienes un día ajetreado —le advierto.

—Si no me llenaras tanto la agenda, puede que incluso supiera lo que es dormir en una cama de verdad.

Me echo a reír y Matt se inclina sobre mí.

—No quiero dormir. No quiero perderme ni un segundo de esto.

—Tendrás más ratos así si organizas más escapadas tan sofisticadas como

esta.

—He pasado tanto tiempo planificando nuestras escapadas que hasta me da vergüenza. —Sonríe—. La verdad es que nunca había pasado tanto tiempo pensando en una mujer.

—Vaya, qué agradable eres. Has conseguido que me sienta como si fuera una tarea tediosa.

—No lo eres. Pero no me gusta no estar contigo como querría. No me gusta en absoluto.

Se echa hacia atrás y me acaricia el brazo distraídamente con una mano.

—Hay muchas personas que han logrado el éxito y la fama por accidente. Steve Jobs se hizo amigo de Wozniak. Ni siquiera Escobar se levantó una mañana decidido a convertirse en el narcotraficante más famoso. Era contrabandista; básicamente, le llevaban la droga.

—¿Y tú?

—No sería candidato si mi padre estuviera vivo. Quería hacer algo que fuera más o menos normal. Aunque la prensa nunca me lo ha permitido; han querido que me presentara como candidato desde... siempre.

Coge su copa de vino y le da un sorbo. Luego, la deja a un lado y se gira de nuevo hacia mí. Yo me recuesto en el sofá y soy consciente de lo excitados que están los nervios de mi cuerpo cuando levanta la mano y me toca.

—Pero no podemos vivir en un país donde asesinen a nuestros presidentes y nunca descubramos quiénes han sido los responsables. Somos mejores que eso, más listos. Nos hemos olvidado de qué significa ser estadounidense. En la Constitución no pone: «Yo, todo para mí», sino: «Nosotros, el pueblo». Hoy en día, todo el mundo mira por lo suyo y eso no va con nosotros —dice con la certeza de alguien que nunca se conforma con nada salvo lo mejor.

Extiende un brazo hacia mí y el estómago me da una voltereta.

—Así que no solo tiene que ver conmigo. —Me besa en la mejilla de una forma casi fraternal—. Recuérdamelo si en algún momento soy incapaz de mantener las manos lejos de ti delante del equipo —susurra antes de besarme detrás de la oreja. Tiene la mirada iluminada cuando añade—: Por cierto, hueles de maravilla.

Sonrío y lo miro a los ojos.

Tras exhalar y elevar más la cabeza para acercarla a la suya, deslizo una mano por su pecho y lo beso en los labios.

Matt gruñe suavemente. Su cuerpo se tensa bajo mis dedos y me agarra con

más fuerza mientras me succiona la lengua. Su sed es evidente; está desatada. La barba incipiente que le cubre la mandíbula me hace cosquillas en la piel.

—Esta noche quiero escuchar esos ruiditos desenfundados de deseo que haces —murmura suavemente contra mi boca, y me mira a los ojos mientras desliza una mano por debajo de mi camisa—. Quiero que me empapes hasta la muñeca.

Introduce la lengua en mi boca, me agarra un pecho y juguetea con mi pezón.

—Quiero que te corras para mí, que estés tan desatada que creas que vas a romperte.

—Sí —contesto en una exhalación, moviendo los brazos para mantenerlo mientras me muevo debajo de él y lo atraigo encima de mí en el sofá.

—No estás demasiado cansada como para correr, ¿verdad?

Me acaricia el sexo con los dedos y yo suelto un gemido.

—No te preocupes, cariño, te daré lo que necesitas. Lo tengo todo controlado. Relájate y deja que yo me encargue —susurra, y desliza los labios por mi cara y mi cuello.

Gimo con suavidad y subo las manos por sus duros brazos.

—Eres preciosa. Dios, eres preciosa. Solo quiero estar dentro de ti. Quiero contemplarte, justo así. Retorciéndote y haciendo ruiditos. Eres tan dulce, cariño; nadie sabe que hay una bomba sexual debajo de esa ropa de ejecutiva. Solo yo.

—Sí, tú, Matt —afirmo. Me muevo debajo de él mientras se baja la cremallera de los pantalones y saca su miembro. Luego se pone el condón y me llena por completo, y yo me pierdo en esta experiencia, en él.

Vamos al dormitorio una hora después, donde nos acurrucamos desnudos en la cama.

—Me gusta esto —comento.

—Eres el primer recuerdo bueno que tiene este sitio desde hace tiempo. — Me acaricia el pelo hacia atrás y sonrío—. Me alegro de haberte traído.

Entonces me besa, y es el beso más dulce que me han dado en la vida. No importa lo agotada que esté, no puedo dormir. Al igual que él, no quiero perderme ni un momento, ni siquiera un segundo.

Esto ya no es un simple enamoramiento infantil. Lo amo. Quiero a Matt con todo mi ser.

Respiro su aire y respiro por él.

Respiro para ayudarlo a ganar, aunque eso signifique que nunca, jamás, volveré a estar entre sus brazos de esta forma.

Una voz ronca me despierta.

—Charlotte, nos vamos.

Me remuevo.

—¿Qué hora es?

—Las cinco. Tenemos que irnos. —Me acaricia el pelo y señala con la cabeza una taza de café recién hecho—. Por si lo necesitas. ¿Has dormido bien esta noche? O, dado lo corta que ha sido, ¿has tenido una buena siesta?

Sonrío y asiento, y no espero que me bese en la boca porque tenemos prisa, pero lo hace de todas formas. Cuando se separa de mí, me lanza una mirada posesiva y me da una palmadita en el culo.

—De acuerdo. Hora de levantarse, preciosa.

Vuelvo a tirarme sobre la cama, cierro los ojos y reprimo una sonrisa antes de obligarme a levantarme.

Llueva o truene

Charlotte

Al parecer, se me da genial organizar al equipo de campaña junto con todos los compromisos de Matt, pero se me dan muy mal las cosas que la gente normal hace sin ningún problema.

No puedo dormir.

Apenas puedo comer.

Matt es como una droga para mí; sus miradas, las caricias robadas, la lujuria secreta, verlo hablar mitin tras mitin con fuerza y desde el corazón a multitudes que gritan su nombre.

Han pasado ocho días desde que estuvimos en la casa de la playa de su padre y todavía me afecta pensar en la experiencia tan íntima que compartimos allí.

Estoy enamorada de él; no hay duda. No es solo sexo, no es un simple encaprichamiento infantil. Todo esto me quedó claro durante esas horas que compartimos. Estar con él en su espacio secreto fue especial, tanto como la noche que Matt vino a cenar con su padre. Me siento culpable por ceder a mis deseos y poner su candidatura potencialmente en peligro porque sé que este hombre haría *mucho* bien al país. Pero ansío pasar más tiempo con él.

Con la intención de poner algo de distancia entre nosotros, le dije a Carlisle que iría en autobús con el equipo de campaña a Nueva York, pero Matt se limitó a enviar a Wilson a mi hotel para decirme la hora a la que tenía que estar en el aeropuerto.

Me subí al avión con Hessler, Carlisle, un famoso estratega político llamado Lane Idris, Matt y Jack. Me sentí agradecida de que el abuelo de Matt estuviera

ocupado gestionando su negocio inmobiliario desde Virginia y no volara con nosotros.

Escucho a los hombres hablar de política y observo a Matt, que los mira mientras reflexiona sobre sus sugerencias. Cuando la conversación se desvía a otros temas, él se gira hacia mí y ojea el libro que tengo sobre el regazo.

Estoy leyendo *La democracia en América*, de Alexis Tocqueville.

Me encanta porque no habla sobre lo perfecta que es la democracia, sino, más bien, sobre lo imperfecta que es. Como todo en la vida, la democracia debe estar equilibrada.

Qué raro es pensar en el equilibrio cuando nunca he sentido que mi vida estuviera tan desequilibrada como lo está ahora mismo.

Nos pasamos el corto vuelo conversando sobre política y la democracia.

Descubro que el libro preferido de Matt es *The Righteous Mind*, que examina por qué los conservadores, liberales y libertarios tienen opiniones distintas sobre lo que está bien y mal, la mayoría basadas en instintos. Dice que te abre los ojos y te permite ver nuestros defectos y virtudes, y afirma que un candidato debe unir a las personas.

Cuando llegamos a Nueva York, interpreto bien mi papel de persona tranquila y serena hasta que Matt me informa de que va a comer con Hessler y me pide que me una a ellos.

—Claro —respondo con tanta calma como puedo.

Pero cuando hacemos una parada en la oficina local de campaña, me desvío al cuarto de baño y saco mi kit de maquillaje para asegurarme de que tengo un aspecto fantástico, simplemente porque nunca he salido de verdad con él y me da la sensación de que esto es lo más parecido a una cita que tendremos nunca.

Matt le pide a su chófer que nos deje en el barrio de Nolita para que paseemos un poco antes de llegar al restaurante, en Chinatown. Nos siguen cuatro guardaespaldas mientras Hessler, Matt y yo atravesamos Mott Street hasta Peking Duck House, un restaurante al que recuerda con cariño venir con sus padres en ocasiones especiales.

Hay algo increíblemente vibrante en las calles de Nueva York. Y Matt encaja perfectamente. Atraía mucha atención en las otras ciudades que hemos visitado, pero Nueva York está acostumbrada a las celebridades. Entre el ajetreo, todo el mundo va a lo suyo, y Matt Hamilton hoy no es Matt Hamilton. Solo es un tío bueno vestido de manera informal con pantalones vaqueros y una camiseta con cuello de pico que camina junto a una chica a la que le cuesta

mantener la compostura. Es agradable caminar junto a él sin atraer la atención de todas las personas que pasan a nuestro lado.

—Esto es increíble —digo con una sonrisa mientras contemplo con atención todo lo que nos rodea.

Hessler fuma a mi izquierda; Matt tiene las manos en los bolsillos. Tiene una expresión divertida y reflexiva mientras escudriña mi perfil.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

Gruño y me aprieto el estómago.

—Me muero de hambre. ¿Y tú?

—Le he echado el ojo a algo delicioso, eso te lo aseguro —afirma con un brillo malvado en los ojos. Entonces se inclina hacia mí y susurra—: Estás guapísima, como siempre.

Siento que se me ruborizan las mejillas cuando oigo su voz ronca. Bajo la mirada hacia mi camisola escotada de encaje negro, mi falda corta de volantes de color negro y mis sandalias de tacón negras.

Me sonrío, encantado con el rubor que me colorea las mejillas mientras levanta el brazo por encima de mi cabeza y atrapa la puerta que Hessler acaba de abrir. Al hacer ese movimiento, capto el delicioso aroma de su colonia Bond n.º 9.

Mientras Hessler se dirige a nuestra mesa, Matt me roza la espalda descubierta con los dedos, justo donde acaba mi melena. Es un gesto sencillo, algo posesivo y tan inesperado que una ola de calor intenso desciende a toda velocidad por mi espalda.

No puedo creerme lo excitada que estoy cuando tomo asiento. Cada vez que Matt me desliza la mano por el muslo debajo de la mesa, noto que me humedezco más y más. Sus dedos me acarician la parte interna de los muslos por debajo de la cinturilla de la falda.

De vez en cuando aparta la mano, pero nunca durante demasiado tiempo.

Lo observo mientras examina el entorno y confirma que su caricia es privada, que solo nosotros dos somos testigos de ella.

Disfrutamos de un almuerzo delicioso mientras me entretengo escuchando a Matt y a Hessler hablar de sus intereses fuera de la política. Hessler es un ávido golfista. Matt se crio jugando a béisbol y todavía sigue de cerca a los Mets, su equipo preferido.

Hessler se marcha pronto para fumar antes de dirigirse al mitin en Washington Square Park. Matt paga la cuenta mientras Wilson y otros tres

guardaespaldas nos esperan en la puerta del restaurante.

Contemplo cómo las gotas de lluvia empiezan a caer por las ventanas mientras esperamos a que le devuelvan la tarjeta de crédito. Cuando salimos, está lloviendo a cántaros. Matt dice a Wilson y a los otros guardaespaldas que se queden a unos seis metros por detrás de nosotros. El corazón se me acelera al pensar que pasaremos un rato a solas.

Sonrío a los guardaespaldas mientras pasamos junto a ellos y saco un paraguas del bolso. Matt lo sostiene por encima de nuestras cabezas mientras yo me acurruco contra su costado cuando echamos a caminar por la calle.

La lluvia cae con tal intensidad que el paraguas ofrece poca protección. Comienzo a reír y señalo un puesto de fruta cubierto en el que no hay nadie.

—Deberíamos resguardarnos bajo ese toldo.

—Buena táctica.

Me ofrece una sonrisa de suficiencia y una mirada de complicidad, como si creyera que quiero apartarlo de todo a propósito.

Abro la boca para dejar las cosas claras, pero, antes de tener oportunidad de hacerlo, Matt me acerca a él y me besa con ternura en la boca. Luego, me rodea la cintura con una mano, desciende hasta mi trasero y me aferra con firmeza contra él.

Baja el paraguas un poco para ocultarnos de las miradas indiscretas, me aprieta contra él más fuerte y devora mi boca con avidez.

El momento es eléctrico, alucinante; su boca está tan húmeda como las gotas de lluvia que me caen en el cabello, y es dulce, mentolada y ávida. Su camiseta está mojada y se le adhiere a su pecho esculpido.

Mueve la lengua alrededor de la mía. Inhalo profundamente el aroma de su colonia.

Es delicioso. Embriagador.

Entonces, como si despertara de un hermoso sueño, entro en razón.

—¿Estás loco? —susurro, y me aparto de él. Mi voz apenas se oye bajo el diluvio.

Matt esboza una amplia sonrisa y me contempla con una mirada vivaz.

—Sí.

Me río y él sonrío, aunque la sonrisa se desvanece enseguida.

Me acerca de nuevo a su cuerpo y apoya la frente sobre la mía mientras examina mis facciones.

—Dime cómo puedo hacer feliz a este país cuando siento que me faltan

tantas cosas. Dímelo. —Me apretuja, como si me pidiera una respuesta en silencio.

Sé lo que quiere decir.

Se refiere a que me tiene, pero no abiertamente, y yo lo tengo a él, aunque no por mucho tiempo. Lo que tenemos satisface nuestras necesidades físicas, pero hace que queramos más.

Matt me alza la barbilla con delicadeza mientras baja la cara hasta la mía. Primero me acaricia la nariz con la suya y me pasa el pulgar por los labios. Me presiona con suavidad el labio inferior y me abre la boca. Los ojos se me cierran poco a poco y mi mente se queda en blanco cuando posa los labios en mi mejilla con ternura. Inhalo profundamente y él hace lo mismo.

—¿Cómo es que no te cansas de todo esto? ¿De que la prensa vigile cada paso que das? Esta es la primera vez que hemos estado fuera sin que nos sigan —digo sin aliento.

—Crecí rodeado de cámaras, nunca estaban lejos. Los ignoraba, y la mayoría de los días me da igual que me observen. —Echa una mirada a mis labios. Luego, levanta la vista hasta la mía y añade en voz baja—: Pero a veces están tan cerca que siento que no tengo espacio para respirar. —Me sonrío y levanta el paraguas—.Vamos. Tenemos un mitin al que asistir.

—Washington Square Park. Todavía no me puedo creer que hayamos conseguido la autorización, aunque es probable que sea porque tu familia posee una buena parte de Nueva York.

Matt sonrío, satisfecho.

—Quizás es porque soy encantador.

—Ah, yo no estaría tan segura —miento.

La lluvia ha parado justo antes de que empezara el mitin, aunque tampoco parece que hubiera desalentado a las masas. Al contrario. Han llenado el parque; incluso las calles de alrededor estaban atestadas.

Matt lo ha hecho genial en el mitin de Washington Square Park.

Después de entusiasmar a la multitud hasta que todos corearon a gritos «¡Hamilton! ¡Hamilton! ¡Hamilton!», regresamos al hotel en varios coches. Yo viajo con él y con Carlisle. La ciudad bulle. La luz y los ruidos nocturnos nos envuelven de camino al hotel.

Guardo silencio, maravillada. Estoy en Nueva York con el tío más *sexy* que he visto nunca, sentada en la parte trasera de un coche de lujo. El corazón me late con fuerza por la emoción que siento y noto un cosquilleo cálido entre los muslos por estar tan cerca de él, y porque tiene la mano apoyada justo donde puede rozarme el muslo con el pulgar. Está recostado en el asiento como si esa fuera la posición natural de su mano.

Debería apartarla, pero me gusta demasiado la sensación.

Me excita, es cierto. Pero también me relaja. Contemplo las zonas de Village, Midtown y, después, la Quinta Avenida, a lo largo del lado este de Central Park.

—Estamos recibiendo una amplia cobertura en los medios —anuncia Carlisle.

—Bien —responde Matt.

Sonrío; estoy muy orgullosa de él ahora mismo.

Llueva o truene, el equipo de Hamilton hace campaña.

Esa noche espero a que me envíe un mensaje al teléfono que utilizo en el trabajo, que está protegido, para avisarme de que no hay moros en la costa y, cuando me dice que viene, quito el cerrojo de la puerta y tiro de él para meterlo en mi habitación.

Sigo dolorida tras el polvo que echamos anoche (*polvos*, en realidad, porque fueron tres: uno lento y suave, uno rápido y salvaje, y uno muy húmedo y apasionado en la ducha) cuando llego a la oficina de Nueva York a la mañana siguiente, pero es una sensación deliciosa. Carlisle y Hessler nos convocan a todos, como ocurre con frecuencia. Nos ponen al día de todo en una habitación de dos metros cuadrados y medio, atestada por todos nosotros. Matt está de pie en un rincón, apoyado en la pared y de brazos cruzados mientras deja que sus directores hablen.

Nuestros ojos conectan en medio de la multitud. Es únicamente una mirada. Solo una. Pero basta para que mi estómago enloquezca.

—Repasemos lo que ha ocurrido —empieza Carlisle.

Vuelvo a dirigir la vista a Carlisle y me centro en el informe que nos ofrece.

Las cosas se están poniendo serias y tendremos que sacar la artillería pesada en todos los eventos y ser conscientes de que nuestra *competencia* estará atenta

a cada movimiento que hagamos.

El presidente Jacobs, de sesenta y cinco años, es conservador, pacificador y demasiado débil.

Gordon Thompson, de cincuenta y nueve, es radical y le gusta demasiado la guerra.

Carlisle nos lanza a todos una mirada seria y luego me mira a mí con demasiado descaro.

—Para que quede claro, trabajamos con el mejor candidato independiente que ha habido en Estados Unidos. Jamás ha ganado ningún aspirante de un tercer partido. Esto será algo sin precedentes. Matt Hamilton nació para esto, todos lo sabemos. No siempre el favorito se impone en el mundo de la política. Lo hace quien consigue el mayor apoyo a su campaña. Así que es nuestra obligación hacer que sus partidarios se multipliquen como Jesús hizo con el pan. ¿De acuerdo?

Todos asienten.

La garganta se me cierra y siento como la culpabilidad empieza a trepar por ella. Asiento enérgicamente.

Carlisle inclina la cabeza, satisfecho.

—Hagamos que nuestro candidato vuelva a la Casa Blanca, donde tiene que estar.

Inclina la cabeza por última vez y nos dispersamos. Yo me dirijo a la puerta del despacho de Matt con su itinerario en la mano.

—Buenos días, Charlotte —saluda cuando entra, y me indica que pase.

—Buenos días, Matt.

En cuanto cierro la puerta, Matt me levanta sobre el escritorio y yo jadeo de la sorpresa, pero me aferro a sus hombros para no caerme. La posibilidad de que nos pillen hace que eche un vistazo a su despacho y, entonces, me doy cuenta de que no estamos en la sede, que este despacho no tiene ventanas. Las paredes nos ofrecen privacidad, así que me relajo y me vuelvo dócil entre sus brazos, húmeda y lista al instante.

Me mete la mano debajo del vestido y me baja las bragas. Sus ojos se encuentran con los míos y me sostiene la mirada con una expresión agitada y atormentada mientras me besa y me frota los labios del sexo con los dedos. Jadeo y él ahoga el sonido con los labios. Le rodeo el cuello con los brazos y su boca caliente y sus expertos dedos me dan lo que necesito.

—Matt.

Me sujeta sobre la mesa y noto las rodillas débiles cuando me abre todavía más los muslos para tener más espacio. Una necesidad ardiente me quema por dentro cuando empieza a penetrarme.

Se detiene.

—Dios, no tengo condones.

Lo agarro por la mandíbula.

—Tomo la píldora y estoy limpia.

—Yo también estoy limpio. Nunca he...

Se interrumpe y me mira. Acto seguido, me agarra un pecho y lo masajea, me besa y, luego, se separa, traza un camino con la boca por mi cuello y me chupa un pezón a través de la tela del vestido. La mente se me queda en blanco y me arqueo.

Matt me ayuda a ponerme de pie. Me da la vuelta, me levanta la falda por encima del culo y, después, me abre las piernas con una de las suyas. Reprimo un gemido cuando noto que me penetra y se inclina sobre mí para mordisquearme la nuca.

—Dios, eres el paraíso —comenta con las manos en mis caderas mientras me embiste.

Ahora sí que gimo. Matt estira un brazo y me cubre la boca. Le lamo la palma de la mano y me penetra otra vez.

Gimoteo contra su palma de nuevo. Me embiste con tanta fuerza como necesita. Con tanta intensidad como ansío. Ahoga mi grito de alivio con su mano y gime con la cara enterrada en mi pelo.

No hablamos de lo que ha pasado cuando terminamos. Yo me limito a reír nerviosamente y él sonrío y me da una palmadita en la espalda. Después se arregla para mostrar el mismo aspecto perfecto de siempre.

—Charlotte —dice antes de que me marche.

—¿Sí?

—Si gano, quiero que trabajes en la Casa Blanca. —Se deja caer en su silla —. Doy lo mejor de mí cuando estás cerca, digámoslo así.

—¿Me estás chantajeando emocionalmente?

—Te lo estoy pidiendo.

—Me lo estás pidiendo con esa mirada exigente que significa que me lo exiges.

—Entonces te lo exijo-barra-pido.

Frunzo el ceño.

Matt me mira fijamente y, luego, apoya los codos sobre la mesa.

—Si salgo elegido, haré lo que he prometido a toda esa gente. Necesito el mejor equipo posible; un presidente únicamente puede conseguir lo que su sistema de apoyo le permita. Te quiero en la Casa Blanca.

—Nunca he aspirado a trabajar en la Casa Blanca —señalo—. No es un sitio en el que quiera tener una carrera. Es más esa clase de sitio que me parecía fascinante visitar y me encantaba idolatrar desde la distancia.

«Y no creo que pudiera soportar lo duro que sería verte todos los días y recordar...».

Parece que sus ojos reflejan frustración. Me da un poco de miedo que insista: no quiero que lo haga. Resulta demasiado tentador. Estar con él es demasiado adictivo. Quiero ser madura y realista en lo que respecta a esto. A nosotros.

Así que, antes de que Matt insista más, me escabullo y regreso al trabajo para dirigir mi atención a nuestro objetivo final: dar a nuestro país la oportunidad de unirse al líder fuerte y carismático que estábamos esperando.

Más

Charlotte

Ahora nos encontramos en San Francisco.

Es mediodía y estamos reunidos en nuestra oficina de campaña local. De repente, Carlisle arroja un periódico sobre el escritorio de Matt. En la parte inferior de la portada hay dos fotos en las que Matt aparece sonriéndome y ayudándome a salir del coche para ir a nuestro hotel.

En el pie de foto que hay debajo pone: «Matt Hamilton: ¿está el amor en el aire?».

No lee el artículo. En su lugar, saca el móvil, conecta el altavoz y marca rápidamente mientras ojea el resto de la noticia. Una voz masculina responde, dice su nombre y el nombre del periódico que ha publicado esa foto. Matt lo saluda y va al grano.

—¿Quién ha sacado esas fotos?

—Yo no, Matt, te lo juro por Dios.

Él se pasa la mano por la nuca, suspira y frunce el ceño mientras mira el teléfono.

—Estamos dirigiendo una campaña, no un *reality show* de citas. Centrémonos en lo importante, ¿de acuerdo?

—Claro, Matt. Ah, y gracias por el libro que me enviaste en Navidades. Mi mujer lo tiene en la repisa de la chimenea para exhibirlo.

—Me alegro, Tom. Y gracias por la cobertura.

Cuelga el teléfono y me mira a mí, luego a Carlisle y, después, continúa

leyendo las noticias mientras da sorbos a su café tranquilamente y yo me esfuerzo por actuar con discreción.

A continuación, tenemos una reunión con dos docenas de miembros de nuestro equipo de campaña.

Durante las dos horas y media, el equipo toma notas con bolígrafos que tienen el logo de la campaña de Matt. Todos se levantan cuando él se pone en pie al terminar y empieza a estrecharles la mano para darles las gracias. Me sorprende que muchos de los miembros masculinos del equipo se acerquen y se despidan de mí también.

Matt camina a mi lado cuando salimos de la sala de conferencias.

Dejamos el edificio y caminamos dos manzanas hacia nuestro hotel. Normalmente, otros miembros del equipo nos siguen, pero hoy parece que vamos solos. El corazón se me acelera.

Matt tiene que ducharse y almorzar rápidamente antes de acompañar a Carlisle a una reunión con el senador Lewis, quien cuenta con un gran grupo de delegados y apoyo en su estado. Tengo la esperanza de poder ducharme yo también y, quizá, de echarme una siesta; la larga noche de ayer ha hecho algo de mella en mí. Me sorprende que Matt no parezca ni tan siquiera un poquito afectado. Tiene mejor aspecto que nunca, aunque la verdad es que siempre está activo, lleno de una energía tranquila y serena.

El silencio invade el ascensor mientras subimos a nuestra planta. Matt se mete las manos en los bolsillos de los pantalones y me mira.

De pronto, solo puedo pensar en los besos apasionados que nos dimos en público hace poco tiempo en la ciudad de Nueva York.

Me pregunta si me gustaría ir a la terraza superior del edificio diez minutos.

Asiento. Casi se ha puesto el sol cuando salimos. La enorme terraza tiene unas hermosas vistas de la ciudad, sobre todo del horizonte, que el tenue crepúsculo tinte de color naranja.

Nos quedamos quietos y contemplamos el paisaje durante un momento.

Guardamos silencio un rato; no hace falta decir nada porque estar en este sitio y en este momento es suficiente.

—Ya estamos en la recta final. —Esboza una sonrisita y, después, lanza una mirada cargada de significado hacia el ascensor que hay a nuestras espaldas y sacude la cabeza—. Esta pequeña escapada resulta agradable, pero no es lo bastante privada como para satisfacerme. Tengo la intención de verte durante todo el tiempo que pueda. A solas, Charlotte.

Las mejillas se me calientan al oír sus palabras. Me sujeto el pelo, que se agita con el viento.

—Estoy bastante segura de que, a medida que las elecciones se aproximen, nuestros momentos a solas serán cada vez más fugaces —admito entre risas.

—No permitiré que eso ocurra. —Se mete las manos en los bolsillos—. Quiero pasar todos los ratos libres que tenga contigo, y quiero que tú pases los tuyos conmigo.

De repente, me siento cohibida.

—Necesitas dormir —susurro, y le ofrezco una mirada reprobatoria.

Matt sonrío tímidamente, extiende un brazo y me roza el reverso del pulgar con el suyo.

—Tengo noticias para usted, señorita Wells: puedo hacer lo que me plazca con mis horas libres. Y tengo intención de darle un buen repaso en todas ellas.

Dios mío, mi sexo acaba de contraerse demasiado.

Me parece muy *sexy* cuando me habla de esta forma.

Estoy sonrojada y no estoy segura de si debería seguir jugando a esto, especialmente ahora que el día de las elecciones se aproxima, y las cámaras se acercan a él cada vez más a medida que sale en más titulares y aumenta su número de votantes.

—Eso me gustaría. Pero no sé si es buena idea que continuemos arriesgándonos de este modo... Esto se acabará pronto. —Echo una rápida y tímida mirada en su dirección—. ¿No?

Deja caer la mano y aprieta la mandíbula.

—Vi como mi madre quedaba relegada a un segundo plano en favor del país. No permitiré que tú también vivas eso —explica.

—Puede que no me importe pasar a un segundo plano en favor del presidente... —me interrumpo de repente en cuanto me doy cuenta de lo que acabo de decir.

—Eso no pasará. Nunca. —Se le ilumina la mirada y me quedo sorprendida por la férrea determinación que hay en sus palabras y en su voz.

Intento explicarme enseguida.

—Mira, las necesidades de *una* mujer no deberían anteponerse a las de todo un país. Nunca esperarías...

—No tienes que ser lo último en lo que piense nadie. Ni siquiera por el país. No te haré eso, no me pidas que lo haga. Ni a mí, ni a nadie. —Me mira y, luego, se pasa las manos por el pelo—. Dios. Todavía tienes mucho por delante,

tienes mucho que ofrecer; no te mereces pasar ocho años, o cuatro, al menos...
—se interrumpe; tiene los ojos oscuros, como si odiara recordar algo.

—No sería un infierno si los pasara contigo —susurro.

Un miembro del equipo llega a la terraza y nos interrumpe. Nos separamos un poco el uno del otro cuando oímos que el ascensor se abre. Hessler camina rápidamente en dirección a él para hablar sobre la campaña.

La sonrisa de Matt se desvanece. Entonces, se abre un botón de la manga de la camisa y se remanga mientras escucha, listo para ponerse manos a la obra.

Me quedo escuchándolos más de los cinco minutos que hemos estado a solas Matt y yo y, luego, me excuso y me voy.

Advierto la frustración férrea en su mirada cuando me marchó, la forma en que aprieta la mandíbula como si se contuviera para no decir algo.

Noticias

Charlotte

Apenas he dormido. Tenía muchas ganas de estar con él y me dolía recordar el enfado de Matt cuando me imaginó en la misma situación que su madre tuvo que soportar en su momento. No dejo de pensar que quiere pasar más tiempo conmigo y compruebo varias veces el calendario, donde he tachado otro día con él que nunca recuperaré.

También recibí una llamada de mi madre y, como si no tuviera ya bastantes cosas en la cabeza, también ella ha contribuido a que me pasara la noche dando vueltas en la cama. Está preocupada por los rumores y porque a lo mejor estoy perjudicando a la campaña más que ayudando a que sea un éxito.

—La mitad de la prensa especula sobre vosotros dos —me advierte—. ¿Estás segura de que no quieres dimitir ahora que todavía estás a tiempo y que Matt es el favorito del país, y regresar a Mujeres del Mundo? —preguntó.

—Estoy segura —respondí. Aunque, anoche, mientras el sueño me eludía, me embargó la duda y sentí un gran peso en el estómago.

Esta mañana, me doy prisa en arreglarme. Tengo puestas las noticias locales en la televisión, pero no presto demasiada atención hasta que oigo mi nombre.

Me quedo paralizada en el cuarto de baño, donde me estoy maquillando.

Incrédula, salgo del lavabo y veo mi cara en la pantalla. Salgo en una foto de un anuario del instituto y en otra aparezco detrás de Matt, discretamente, en uno de los eventos de la campaña.

Un gran círculo rojo nos rodea a Matt y a mí en esa foto. A continuación, aparece una imagen mía que colgué en mis redes sociales y que, de hecho, el

personal de la campaña me pidió que eliminara hace tiempo. En ella salgo con bikini y estoy con Kayla, Sam y Alan. ¿La prensa ha accedido a ellas a través de otras publicaciones en las redes de mis amigos?

Me sorprende ver fotografías mías en la televisión. Mis imágenes personales se han divulgado. Es cierto, las redes sociales son públicas. Pero ¿tenían que mostrarlas en televisión?

Dejo el pintalabios en un lado de la mesita de noche y abro mucho los ojos mientras escucho lo que dicen en las noticias.

¿Ahora especulan sobre mí? ¿Únicamente sobre mí?

«¿Crees que habrá un romance...?».

«Puede que sí, Carl. Sus colegas de Georgetown la describen como una chica agradable y trabajadora que siempre ha hecho lo correcto».

«El presidente Lawrence (o, como lo llamaban, Law) Hamilton y el senador Wells tenían una amistad que se remontaba a sus años en el Ejército, así que puede que realmente solo se trate de una amistad entre Matt Hamilton y Charlotte Wells. El tiempo lo dirá».

Rememoro la última noche que pasé en brazos de Matt. La habitación de hotel se vuelve diminuta, claustrofóbica. Me tambaleo como si hubiera bebido y parece que a la semilla del miedo que mi madre plantó anoche le crecen miles de ramas.

En serio, hay otras noticias que contar.

Echo un vistazo a los demás canales. En otro, hablan de que Gordon tiene un trato para conseguir los votos de los partidarios de los candidatos republicanos que han perdido la oportunidad de aspirar a la presidencia.

En otro canal, la noticia es el presidente Jacobs y su última orden ejecutiva.

Cambio a otro, en el que aparece Matt durante una de sus intervenciones en un evento.

«Nuestro país está a punto de sufrir una transformación».

Y la multitud, embriagada con él, se deja llevar por la euforia.

Frunzo el ceño, me dirijo al armario del hotel, rebusco entre la ropa que he traído y saco el traje más formal que tengo, que da a entender que he venido a trabajar y que eso es lo único que tengo intención de hacer.

Agradezco que el resto del día se centre en lo que importa: la campaña.

Y agradezco todavía más que Matt haya decidido cortar las alas de un tajo a los especuladores, ya que esa misma tarde hace una declaración en televisión para responder a los rumores sobre nuestra relación.

«La señorita Wells es una vieja amiga de la familia y, lo que es más importante, es una profesional excelente. Gracias».

Y así, con una inclinación de cabeza y una sonrisa, los deja a todos susurrando y riendo con nerviosismo.

Les da migajas de pan... pero ¿durante cuánto tiempo bastará eso para saciar su apetito?

Debate

Charlotte

Voy en el coche de camino al primer debate de Matt con Hessler y Alison. Llego a mi destino justo a tiempo para verlo salir del coche delante de nosotros; las cámaras se arremolinan a su alrededor como abejas atraídas por la miel. Sé que es importante mostrar una buena presencia en los debates y discursos.

Aunque Matt no tiene ningún problema al respecto. Camina en línea recta con la chaqueta en la mano, y algunos de nosotros lo seguimos.

—¿Qué ha hecho esta mañana para prepararse?

—¿Cuál es su plan? ¿Cómo ganará el debate esta noche?

—No ha habido preparación. He nacido para esto. —Esboza una ligera sonrisa traviesa y, después, inclina la cabeza con formalidad hacia el reportero.

Vamos a la sala de debate para hacer el recorrido, prepararnos, ver el escenario y su posición, a la derecha; en el centro estará el presidente Jacobs.

La emoción está presente en el ambiente; hay tanta energía que la expectación puede palpase. Matt parece sereno, pero es evidente por su expresión que está decidido a ganar.

Sé que este no es momento para cambiar de planes o reconsiderar estrategias; es el momento de sentirse seguro de uno mismo, tranquilo y sereno.

Carlisle también parece relajado. Sabe que a Matt se le dan bien este tipo de escenarios. Tiene un poder innato para conectar con la audiencia y los votantes, incluso con los reporteros.

Antes de que el debate ni siquiera haya comenzado, Alison ya toma

fotografías como si estrenara cámara.

Lo contemplo. Está de pie y parece sereno y poderoso. Habla en todo momento con prudencia y fluidez. Sé que está improvisando todo; sus discursos son muy conversacionales. Hace sonreír a la gente a menudo, incluso cuando no trata de ser gracioso. Simplemente es natural y encantador cuando está con otras personas, a las que trata como a iguales, algo que muchos políticos fingen hacer pero, en realidad, no hacen. Matt no parece un político en absoluto.

Y puede que eso sea lo que al final nos haga perder esta carrera. No quiere hacer cosas que Carlisle nos asegura que funcionaron en la campaña de su padre, como intercambiar apoyos a cambio de futuros puestos en el Gobierno. Matt no cede. Quiere que la gente que trabaje en altos cargos llegue ahí por méritos propios, no porque él necesite su apoyo.

Es el único candidato que financia sin la ayuda de nadie su propia campaña. Todos los fondos recaudados se han destinado a apoyar algunas de las causas que él considera importantes. Me sorprendió que mi madre me llamara para darle las gracias por la donación que había hecho a Mujeres del Mundo.

Todo está listo. El sudor se me pega a la frente mientras los candidatos toman posición.

Matt habla sobre los derechos de las mujeres y me mira brevemente antes de que el tema se desvíe hacia la igualdad de derechos para todos. No puedo creerme lo mucho que me excita verlo hablar de su visión del país, de los planes que tiene. Me estimula de todas las maneras posibles, mental, emocional y físicamente. Habla sobre un futuro que espero que llegue.

Gordon habla sin parar y culpa a los demócratas por nuestros problemas. Culpa a todo el mundo, pero realmente no propone ninguna solución. Debate con firmeza, pero su lenguaje corporal expresa otra cosa; mantiene los hombros encogidos hacia las orejas y utiliza un tono más o menos suplicante.

El moderador se dirige a Matt continuamente.

Su lenguaje corporal expresa más energía y seguridad en sí mismo. Tiene una voz firme y su postura de macho alfa resulta atractiva. Matt es un candidato muy simpático y tiene una voz más estable y enérgica. Las personas quieren a alguien que tenga el control, que luche por lo que creen. También quieren a alguien capaz de mantener la compostura, alguien que sea auténtico cuando hable, que no parezca que memoriza los discursos.

Mira con respeto a los otros candidatos y presta atención a las cosas que discuten sin poner los ojos en blanco ni burlarse, como hace Gordon.

Este escucha con desprecio lo que dicen Matt y el presidente Jacobs y muestra su odio abiertamente. Matt no interrumpe a sus oponentes; guarda silencio, con la mirada atenta mientras escucha. Ya está rodeado por un cierto halo presidencial. Me encanta que rechace sin parar los comentarios sexistas de Gordon.

—¿Cómo puede Matt Hamilton —dice el presidente Jacobs, que se mofa de su nombre— ser comandante en jefe del país cuando no ha servido en las Fuerzas Armadas ni un día? Yo, en cambio, serví durante cuatro años.

—¿Matt? —pregunta el moderador—. ¿Le importaría responder al presidente Jacobs?

Matt sonríe al presidente como si no acabara de insultarlo, y, luego, mira al público para hablarle directamente.

—Cualquiera que me conozca sabe que esa es una de mis mayores frustraciones. Yo quería alistarme en la Marina y mi padre me pidió que lo hiciera después de graduarme en Derecho. El verano después de acabar la carrera, asesinaron a mi padre y yo elegí quedarme aquí para apoyar a mi madre; temía perderme también a mí.

Se hace un completo silencio.

—Si cuestiona mi capacidad de tomar una decisión difícil cuando haga falta o de dirigir a nuestras fuerzas militares adecuadamente, me gustaría recordarle que ha sido *usted* quien ha tenido amplias oportunidades de tomar represalias contra los ataques terroristas que han tenido lugar y se ha negado...

—¿Sugiere que Estados Unidos debería ir a la guerra?

—No, en absoluto. No creo que toda una raza tenga que pagar por las malas acciones de unos pocos. Pero creo que tenemos más fuerza que la que hemos demostrado hasta ahora.

Hablan de inmigración, impuestos y, después, por supuesto, se aborda el tema de que Matt no tenga una primera dama.

—¡Está usted rompiendo la tradición! Los dignatarios de la Casa Blanca necesitan una anfitriona —se queja el presidente Jacobs.

—¿Quién soy yo para negársela? —Matt esboza una amplia sonrisa y el público ríe. Una vez la risa se apaga, se pone serio y se inclina ante el micrófono—. Durante las distintas presidencias, ha habido un número de mujeres formidables que han prestado servicio como primeras damas sin estar casadas con el presidente. Harriet Lane hizo de primera dama durante la presidencia de su tío, James Buchanan, y ha habido más de diez mujeres que han servido de

una forma similar. En ese sentido, tengo mujeres increíbles en mi equipo, damas con clase, pasión y más humanidad que muchos de nosotros juntos.

Entonces, mira a la cámara central.

—También da la casualidad de que tengo una madre que no solo ha servido como primera dama antes, sino que hoy en día todavía es una de las más queridas.

El público aplaude.

—¿Así que tendría una primera dama no tradicional? ¿En una época tan moderna? —pregunta Jacobs.

Matt echa una mirada a Jacobs.

—Primero me critica por no tener primera dama, ¿y ahora me critica porque creo que contar con una tiene sus ventajas? La primera dama es más que una anfitriona guapa que va del brazo del presidente. Preferiría rodearme de personas capacitadas que merecen el puesto.

La gente guarda silencio mientras asimila sus últimas palabras, pero hay mucha tensión en el ambiente.

Carlisle frunce el ceño en mi dirección como si no hubiera esperado esta parte del debate. Se recupera rápidamente cuando ve la reacción de la sala.

Pronto, los candidatos hacen sus declaraciones finales; Matt es el último.

—Los debates se centran en las divisiones, en los diferentes puntos de vista, pero hay algunas verdades universales que no pueden negarse. La verdad universal de los ciclos: la primavera, el verano, el invierno y el otoño; la verdad universal de la gravedad; y una verdad universal que descubrimos cuando nuestros ancestros aparecieron en la tierra hace seis millones de años: el ser humano se adapta.

»El ser humano ha usado el cerebro para burlarse del resto de depredadores, que son más fuertes, más veloces y más numerosos. El ser humano aprendió a domar a esos depredadores: los lobos se convirtieron en nuestros amigos y criamos animales para obtener comida. El ser humano aprendió a cultivar la tierra y consiguió alimentar a millones de personas, cuando antes daba de comer a menos de un cuarto; inventó las casas, la ropa, las armas, la escritura, el comercio, la arquitectura, que desafiaba sus capacidades físicas y, ahora, una red y una infraestructura que nos conecta a todos. Los aviones, la traducción, internet... Estamos más interconectados que nunca.

»Así que, ¿por qué seguimos divididos?

»Vivimos en un mundo donde todavía hay racismo y pobreza. Vivimos en

un país en el que aún hay desigualdad de oportunidades... un mundo donde millones de niños no reciben una educación. Estoy a favor de que todos los estadounidenses tengan la posibilidad de sentirse realizados, de forma que puedan cambiar las cosas para los demás y para sí mismos.

Soy incapaz de respirar. Las declaraciones de Gordon y del presidente Jacobs ahora me parecen lamentables. Se centran simplemente en pequeñas partes de lo que Matt acaba de recordarnos que es, en realidad, todo un mundo, vivo y vibrante.

Estamos en la *suite* del hotel de Matt en Dayton, en Ohio. La buena noticia es que no solo se ha terminado el primer debate, sino que Carlisle está entusiasmado. Los medios de comunicación que lo han cubierto, que tienen influencia sobre los votantes, parecen estar a favor de Matt.

—Ya estoy viejo para tanto entusiasmo —afirma Carlisle, y suspira, exhausto pero feliz.

Le llevo un café caliente.

—A tu edad, la mayoría de los hombres se presentan a la presidencia. — Sonríe y echo un vistazo a Matt, quien ha pillado que la broma iba por él y sonríe.

La prensa ha especulado sin cesar sobre si es demasiado joven para ser presidente. Y, no obstante, esta noche era el único hombre de verdad sobre el escenario.

Carlisle suelta una risita al oír la pulla que he lanzado sobre la edad de Matt.

—Ya he llevado a uno al cargo y, de no ser por este —dice, y señala con el pulgar a Matt mientras se dirige a la ventana—, ahora estaría trabajando felizmente en mi consultoría.

—Quiere que vayas con él —digo.

—Quiere que *tú* vayas con él —replica Carlisle.

Sonríe.

—Él es el hombre adecuado —asegura con una firme convicción—. Si no consigo llevarlo a la Casa Blanca...

—Volverá a presentarse.

—Chica, tengo un problema cardíaco. No aguantaría otra campaña. —Se da palmaditas en el estómago, como si su peso fuera el culpable de su problema

cardíaco, lo que bien podría ser cierto, y me hace un gesto con la mano para que siga a Matt.

Camino hacia él, me coloco a su lado y nos quedamos mirando por la ventana un momento. No sé si alguna vez estaremos lo bastante cerca de nuevo como para que su respiración se entremezcle con la mía, así que me limito a permanecer lo más cerca que puedo de él sin quemarme.

La señora Hamilton

Charlotte

Hacemos otra parada en Washington D. C. Carlisle y Hessler se reunirán con un par de delegados esta noche y me han pedido que acompañe a Matt a cenar con su madre y su abuelo.

—Al menos el viejo loco contendrá la lengua delante de alguien a quien considera una desconocida —me dice Carlisle.

—¿Te cae mal el señor Hamilton? —pregunto de camino a la reunión para revisar los sondeos que tenemos esta mañana.

—Qué va. Joder, si lo admiro muchísimo. Pero quiero que deje en paz a Matt; ya tenemos bastantes cosas entre manos. ¿Te das cuenta de que al ir a la cabeza en esta fase, según los sondeos, ya hemos logrado algo nunca visto?

—¿Sabe Matt que quieres que vaya yo?

—Claro que lo sabe. Ha sido quien lo ha propuesto.

—Ah.

El corazón me da un vuelco, porque de pronto estoy bastante segura de que Matt lo ha organizado todo para beneficiarse de la situación desde el principio.

Carlisle inclina la cabeza para despedirse y yo me aseguro de que todos los directores y encargados de la campaña que asistirán a la reunión de esta mañana tienen una copia de los resultados de las encuestas.

Siento una oleada de emoción al pensar que conoceré a la mujer a la que la prensa ha adorado durante años.

—Probablemente estaría menos nerviosa si fuera a conocer a una reina en

lugar de a tu madre —le digo a Matt esa noche mientras me lleva a su casa.

Es la primera vez que veo a su madre en persona, y estoy maravillada por su belleza y su clase. La única e incomparable Eleanor Hamilton. Es tan refinada y elegante como Matt; tiene sus ojos y su cabello oscuros. Mi madre la ha admirado siempre; todo el mundo lo hace. Ella y Matt son la personificación de la fuerza ante la adversidad.

—Charlotte, encantada de conocerte por fin —dice con una voz suave y cálida mientras me da la mano—. Ya veo por qué todos están tan encariñados contigo.

Río, pero me ruborizo cuando dirige la vista a Matt.

La decoración de su casa es moderna y elegante; parqué, impecables alfombras de color gris pardo con hilo dorado mate que forma delicadas volutas, discreto papel pintado y selectas obras de arte. No reparé en todo ello la primera vez que vine, con la intención de terminar lo que sea que habíamos empezado.

Y, bueno, hay que ver lo bien que salió aquello...

Un escalofrío me recorre la espalda cuando oigo al abuelo de Matt.

—Matt. —Le da una palmadita en la espalda y me ignora.

Matt me agarra del brazo y me lleva adelante. Entonces dice en voz baja con severidad:

—Charlotte, este es mi abuelo. Os habéis visto unas cuantas veces durante la campaña electoral.

—Ah, sí, Charlotte —contesta el hombre secamente.

—Señor. —Le devuelvo la inclinación de cabeza que me ha dirigido.

—Voy a enseñarle la casa —le dice Matt a su madre.

—¿Es la primera vez que viene? No me lo creo —comenta su abuelo.

Matt lo ignora y me guía por un pasillo con paneles de madera que tiene una ventana con vistas a Washington D. C.

A la derecha, hay una gran habitación desde la que se ve la Casa Blanca.

—Vaya. —Me cuesta hablar mientras contemplo con los ojos bien abiertos la majestuosidad de la casa presidencial, iluminada durante la noche—. Debe de ser difícil creer que hubo un tiempo en que vivías ahí.

Noto que se encoge de hombros a mi lado. Habla en voz baja.

—En realidad, es más difícil creer que ahora tengo estas vistas. Y a veces es aún más duro pensar que nunca volveré a verlo —responde en voz baja.

No puedo evitar preguntar:

—¿Alguna vez has querido saber por qué lo hicieron?

—Pienso en ello todos los días. Ven.

Me lleva hasta el dormitorio; las vistas desde la terraza son increíbles, infinitas.

—Todo esto representa la libertad y la esperanza —digo mientras señalo hacia la ciudad—. ¿Cómo puedes seguir creyendo en la justicia después de aquello?

—Simplemente lo hago, ya está. —Abre la puerta de cristal—. Se nota en el aire.

—¿Alguna vez has intentado descubrir lo que ocurrió?

—He intentado descubrir el porqué... si seguían órdenes o no... Pienso en ello constantemente. Sueño con la escena una y otra vez, pero no quiero quedarme ahí. —Se señala los pies—. Quiero vivir en el presente. —Entonces, señala hacia la ventana—. Y allí es hacia donde nos dirigimos. Ahora mismo, solo pienso en llegar a ese lugar. —Por su expresión, me da la sensación de que está rememorando algo—. Durante los primeros meses, aquello me consumió. Los investigadores desaparecían misteriosamente o eran reemplazados por un nuevo equipo. Mi madre no podía dormir sin ayuda médica. Su mayor miedo es perderme también a mí. Tenía la esperanza de que me convirtiera en abogado.

—¿Y tú?

—¿Qué esperaba yo? —inquire; parece sorprendido de que haya tenido que hacer esa pregunta—. Nuestras esperanzas cambian según avanzamos por nuestro camino, ¿no? Ahora espero hacer lo que él quería: algo por el país.

Oigo voces en la sala de estar.

—¿Por qué le caigo mal a tu abuelo?

—No le cae bien nadie que se interponga en su camino.

—No me he interpuesto en su camino; trato de mantenerme lo más alejada de él que puedo —contesto entre risas.

Los labios de Matt se crispan sarcásticamente.

—Tú representas una amenaza mayor para mi candidatura que cualquiera de los candidatos.

—¿Cómo es posible? —Me señalo a mí misma—. No soy nadie y no tengo aspiraciones políticas.

Me da un toquecito con el dedo en la nariz, que, al parecer, he arrugado.

—Eres una distracción.

—¡La décima parte que tú, como mucho! —exclamo.

Se ríe.

Caminamos de vuelta a la sala de estar y nos tomamos algo con el abuelo y la madre de Matt. Percibo la tensión que hay en el ambiente durante la conversación. Creo que el hecho de que los planes de Patrick y Eleanor sean tan opuestos ahora mismo es una de las razones por las que la tensión puede cortarse con un cuchillo. Apenas puedo respirar.

Incluso Jack, que descansaba en la sala de estar junto a la chimenea, parece estar un poco más alerta. Tiene la cabeza inclinada, como si intentara seguir la conversación.

Matt parece acostumbrado a esta situación y, en cuanto Patrick se marcha, yo me relajo un poco. Me excuso para ir al baño y dejo a Matt a solas con su madre un rato.

Los oigo hablar cuando regreso.

—Veo cómo miras a esa chica y me pregunto... ¿por qué te presentas a presidente en lugar de sentar la cabeza? —inquire su madre.

Matt suspira y se levanta para mirar por la ventana.

—Si no sigo adelante, la muerte de mi padre habrá sido en vano.

—No, *nunca* será en vano —replica su madre con pasión, y camina hacia él.

—Podría serlo si no cambiamos las cosas y todo sigue igual —responde Matt con un suspiro.

Él la abraza contra su costado y le besa la frente, y ella apoya la cabeza en su hombro. Hay un vínculo muy tierno y poderoso entre madre e hijo. Eleanor parece mayor y más frágil cuando está junto a él; la fuerza de Matt es sorprendente comparada con la fragilidad de ella.

En una entrevista, la madre de Matt confesó que el día que dispararon a su marido creyó que los había perdido a ambos. ¡Qué horrible debió de ser para ella! Probablemente todavía está asustada, pues nunca dieron con el asesino.

La muerte del presidente Hamilton acabó siendo un misterio sin resolver, como tantos otros asesinatos de políticos que tuvieron lugar antes. No obstante, después de tanto dolor, la madre de Matt todavía conserva su elegancia. Hay fuerza debajo de la seda que viste.

Su ropa hace frufnú cuando vuelve a tomar asiento en el sofá de la sala de estar y suena desconcertada cuando dice con la mirada fija en la espalda de Matt:

—Has tenido una vida dura. Perdiste a tu padre para que mejorara la vida de la gente. Apenas has tenido privacidad, tu vida no ha sido normal a pesar de lo

mucho que he intentado que lo fuera. ¿Por qué quieres regresar?

—¿Acaso *tú* no quieres volver? —pregunta él con una expresión de confusión mientras se da la vuelta y avanza para sentarse junto a ella—. ¿Cuidar de los tulipanes? Las galas eran tu vida. Eras la mejor primera dama que ha visto este país. ¿No quieres volver a llenar de patos esa fuente delantera? ¿Llegar a casa en el Marine One y aterrizar en el jardín sur de la Casa Blanca, todo iluminado de noche?

Se le empañan los ojos y, con delicadeza, se da toquecitos en los bordes para secárselos.

—Yo quiero colgar de nuevo los barcos que papá tenía en las paredes del Despacho Oval. Quiero estar al otro lado de su escritorio, hacer las llamadas que él nunca pudo hacer.

—¡Matt! —exclama Eleanor.

—Fue tu hogar durante siete años. —Hace una pausa—. La Casa Blanca no es solo la Casa Blanca, madre; ahora lo tengo claro. La Casa Blanca es el mundo. Ayúdame a cambiarlo.

—Sé en qué estás pensando. Todos los presidentes viudos o solteros han tenido a algún familiar que ha hecho el papel de primera dama. Te escuché en el debate. Pero, Matt, yo ya no puedo asumirlo. —Se pone en pie y le coloca una mano en la cabeza, como probablemente hacía cuando era niño—. Por favor, reconsidéralo. La Casa Blanca *solo* es la Casa Blanca. Aquí podrías tener una *vida*.

Eleanor me mira cuando entro en la habitación en silencio, insegura de si debería permanecer callada o hacerles saber que estoy aquí.

—Sé que eso es lo que quieres —le dice, sin apartar la vista de mí. Tras darle un beso en la frente y coger su brillante bolso de marca, me ofrece una sonrisa radiante, como si fuera una reina que hace gala de sus modales—. Ha sido un placer conocerte, Charlotte.

Matt se frota la cara con las manos y ella se marcha. Durante un largo instante, me quedo sentada en la sala de estar y le doy espacio para que ponga en orden sus pensamientos.

—Charlotte, ¿podrías reorganizar mi agenda y darme unos días libres? Necesito estar solo. Tengo que pensar.

Su petición me sorprende. No me la esperaba.

—Por supuesto. Claro, Matt.

Echa un vistazo a su reloj de muñeca.

—Probablemente deberíamos llevarte a casa. Los medios estarán contando exactamente cuántos minutos te quedas en mi casa después de que mi madre haya salido.

Me levanto al instante.

—Espera. No tan rápido. —Me toma la mano y tira hacia abajo de nuevo para que me siente a su lado.

El corazón empieza a latirme en el pecho con una fuerza salvaje.

—Desde que te vi entrar por la puerta el día de la inauguración de la campaña, solo pienso en ti. Desde el momento en que empezamos a hablar, sabía que quería tenerte cerca de mí. —Tira de mí y me acerca más a él—. Ahora quiero un beso.

Aunque me cuesta, agarro a Jack de las patas y lo levanto. El perro le lame los labios y Matt se ríe y se limpia la mandíbula y la boca mientras acaricia la cabeza de Jack y me mira.

—Corrijo: ahora quiero un beso *tuyo*.

Sé que no debo, pero no puedo resistirme a provocarlo, así que me inclino y lo beso en la mandíbula. Noto la calidez de la cabeza de Jack entre nuestro abdomen cuando se sienta en el regazo de Matt.

—No me beses como besarías a tu padre. Bésame como besarías a tu amante secreto. Así. —Me sostiene la cara con una mano, presiona la boca contra la mía y me separa los labios con los suyos.

Es un beso lento.

De los que hacen que se te encojan los dedos de los pies y que se te agudicen los sentidos.

Yo le respondo. Noto su mandíbula entre las manos y siento cómo flexiona los músculos bajo las palmas mientras mueve su boca sobre la mía y me acaricia con la barba incipiente que le cubre la piel. Profiere un «Mmm» y me besa más apasionadamente. Yo le correspondo con delicadeza.

Tengo la boca húmeda e hinchada y noto un hormigueo en ella cuando nos separamos.

—Ven aquí —dice con voz ronca—. Jack, fuera —ordena.

El perro se dirige a su sitio junto a la chimenea y, de algún modo, yo termino en el regazo de Matt. Nos besamos de nuevo, más profundamente, embriagados por la pasión, y empieza a costarnos respirar con normalidad.

Unos segundos después, aturdida, me pregunto si ha parado él o yo.

Tiene las manos en mis caderas y me observa con una mirada oscura.

—Resulta muy inconveniente pensar en ti en los momentos más inoportunos. ¿Cómo voy a gobernar un país cuando no puedo controlar lo que pienso sobre *ti*?

—No me creo que solo pienses en mí en los momentos más inoportunos. Seguro que también lo has hecho en alguno bueno.

—Cierto. —Frunce el ceño al pensar en ello—. En la ducha y, sin duda, cuando estoy en mi cama.

Cierro los ojos.

—No me metas esa idea en la cabeza.

Suelta una risita.

—Como si no hubieras pensado en ello ya...

Me ruborizo.

Sus labios carnosos se suavizan cuando esboza una alegre sonrisa que le ilumina los ojos. Pero, entonces, su mandíbula cuadrada se tensa visiblemente. Se inclina hacia adelante y me devora la boca. De repente, reduce el ritmo de sus besos, que se vuelven más delicados y demuestran una mayor seguridad.

Se separa de mí y me deja la boca ardiendo.

Me siento desnuda, vulnerable, y no quiero que lo vea. Así que cierro los ojos y lo beso lentamente. Separa los labios de los míos y me mordisquea el lóbulo de la oreja. Luego, mientras trato de recuperar el aliento, su lengua juguetea con la mía, la saborea y la acaricia.

Me levanta la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos.

—No me importaría despertarme y ver tu cara todas las mañanas.

Los ojos se le arrugan al sonreír. Me mira, pero entonces su sonrisa se desvanece y sé en qué piensa.

No quiere casarse, ni estar con nadie a largo plazo. No mientras esté en la Casa Blanca. Quiero decirle que estoy dispuesta a intentarlo, que estaría dispuesta a permanecer a su lado, a apoyarlo, sin pedir más de lo que podría darme. Pero, realmente, temo que eso sea mentira, que en realidad no tenga ni idea de en qué me estaría metiendo, guardarle rencor, ansiar su tiempo y atención, su amor y consuelo, cosas que un hombre normal y corriente daría de inmediato a la mujer que ama.

Así que le digo:

—Tienes tanto entre manos que no hay sitio para mí en tu cama.

Somos la pareja perfecta en una situación de lo más imperfecta.

No será el hombre que me dará siempre un beso de buenas noches. No si se

convierte en presidente.

«Si pudiera pedir un deseo, sería que dijera que me quiere».

Pero nunca lo hará. No puede.

Después de oír el tono apasionado con el que le ha hablado a su madre sobre regresar a la Casa Blanca, me ha quedado claro: tiene una misión, una vocación, y nada lo detendrá.

¿Alguna vez has amado a alguien tanto que te ha dolido?

A mí nunca me había pasado... hasta ahora.

Me bajo de su regazo y nos quedamos sentados en silencio.

Nos conocimos hace once años, ya casi doce. Es como si nunca hubiera dejado de pensar en él en todos estos años. Y me pregunto si él pensó alguna vez en mí, aunque fuera durante un instante, hasta que volvió a verme en la inauguración de la campaña.

No necesitamos hablar. Ahora lo conozco muchísimo mejor que cuando empezó la campaña. Y él me conoce a mí. Sabe que me dan miedo las alturas y, sin embargo, parece que soy incapaz de dejar de seguirlo hasta la cima. Sabe que siento debilidad por los niños y los animales, y que protejo mi privacidad tanto como lo hacía él cuando su padre era presidente y se convirtió, sin quererlo, en el centro de atención.

Quizás sabe que soporto esta situación solo porque quiero estar cerca de él y porque tiene razón: amo a mi país y me gustaría hacer lo que pueda para convertirlo en un lugar mejor, no por mí, sino por los niños y los animales a los que tanto quiero.

Ausente

Charlotte

He reorganizado su agenda para que pueda tomarse tres días libres. Todo el mundo sabe que los Hamilton tienen una mansión en Carmel. Me lo imagino allí, mientras recupera fuerzas, tomando el sol desnudo, puede que quedando con amigos y despejándose la mente, cuando recibo un mensaje el lunes a primera hora.

Me tomo otro día libre. Tendrás que reorganizar un par de cosas más.

M

Contesto:

Cuenta con ello.

Suspiro y suelto el móvil, preocupada.

Desde el debate, Gordon y Jacobs han atacado a Matt sin tregua. El día de las elecciones se acerca cada vez más y ha perdido dos puntos en las últimas encuestas por culpa de la campaña implacable en su contra que han llevado a cabo ambos partidos. El presidente Jacobs lo acusa de ser un mujeriego sin valores familiares y sin mujer.

Gordon le recrimina que es un donjuán, ha nombrado a docenas y docenas de mujeres con las que ha tenido algún lío y afirma que su miedo al compromiso

demuestra su incapacidad de permanecer leal a una sola cosa. Si no puede comprometerse con una mujer, ¿cómo lo hará con todo un país?

Lo gracioso es que esto viene de un hombre que se ha casado en cuatro ocasiones.

Y en esa lista de mujeres aparezco yo, por supuesto. Charlotte Wells. Es ridículo que Matt se planteara llevar a la Casa Blanca a una chica de veintitantos sin experiencia.

Me pregunto si lo ha visto y qué piensa. Me lo imagino diciendo «La gente pensará lo que quiera pensar», tras lo cual, lo dejaría estar. Pero yo no puedo tomármelo de la misma forma. Me siento humillada cuando pienso en lo que creará la gente y en la situación de desprotección en la que estarán mis padres si Matt y yo seguimos jugando con fuego.

Y también cuando pienso que podría perder frente a dos hombres que no merecen el puesto que creo que mi candidato sí.

Le doy vueltas a muchas cosas mientras abro mi ordenador y echo un vistazo a las noticias.

Fotos mías y de Matt corriendo...

Del día en que me compró las zapatillas...

De Matt mirándome en varios eventos de campaña...

Temo que alguien haya publicado una foto nuestra besándonos en Nueva York. Pero no aparece por ninguna parte. Continúo buscando, pero no hay nada.

No soporto sentirme culpable y preocuparme al pensar que al final aparecerá, que todo se irá a la mierda en un segundo.

Cierro la pestaña de noticias. Tengo un nudo en la garganta cuando creo un nuevo archivo en el ordenador. Me tiemblan los dedos, pero, en el fondo de mi corazón y a pesar del dolor, sé que esto es lo que debo hacer.

Esa tarde, me dirijo al despacho de Carlisle. Me siento y deslizo el papel por encima de su mesa. La carta está delante de él, pero no la lee. Tiene los ojos fijos en mí.

—Mi carta de renuncia —digo en voz baja.

La lee con una expresión indescifrable y, después, baja el papel y le da la vuelta en mi dirección.

—¿Estás segura de esto? —Saca un bolígrafo para que firme y lo haga

oficial.

Lo miro y, cuando veo mi carta, la garganta se me cierra.

Matt tenía mucho que pensar. Y no sabía que, en su ausencia, yo también.

—No me perdonaría que perdiera las elecciones por mi culpa —explico a Carlisle.

—Conozco a Matt. Lo conozco desde que era un adolescente y nos ayudaba con la campaña de su padre. —Frunce los labios—. No aceptará tu dimisión —añade.

—*Debe* hacerlo. Tienes que conseguir que entre en razón. Carlisle, estamos muy cerca de ganar; hablamos de todo lo que podría hacer no por una persona, sino por millones.

—Ya lo sé, ya lo sé, maldita sea. —Suspira, se mete las manos en los bolsillos y me mira—. Pero quiere lo que quiere. Y te quiere a ti en la campaña. Todos te queremos aquí. —Inclina la cabeza—. Responderemos a lo que nos echen; no serás una cabeza de turco. Matt no lo permitiría. Él mismo me lo ha dicho.

Trago saliva.

—No estoy preocupada por mí. Estoy preocupada por él.

—Ese es *mi* trabajo, chica. —Se pone en pie y me da una palmadita en el hombro—. No creas que, solo porque Matt sea un tío simpático, no está dispuesto a pelearse con ellos si hace falta.

—Pero eso no es lo que defiende; no es eso en lo que cree.

Carlisle se echa para atrás y me observa con los ojos entrecerrados.

—Te he juzgado mal, Charlotte. —Me sonrío y asiente, aceptando finalmente mi carta de renuncia.

—Gracias; significa mucho viniendo de ti. He aprendido mucho durante estos últimos meses. —Vacilo junto a la puerta, pero luego me acerco a él y le doy un abrazo—. Gracias por darme una oportunidad, a pesar de mi falta de experiencia.

—Bueno, se es novato una vez. Ahora ya la tienes.

Me sonrío con más cariño del que le he visto demostrar nunca, coge la carta de la mesa y la coloca encima de una pila en el cajón derecho.

—Llevaremos este asunto con discreción —añade—. Rhonda puede ser la nueva planificadora. Diremos que has decidido seguir trabajando en Mujeres del Mundo para aportar tu granito de arena allí.

—Gracias, y no te preocupes. No hablaré con la prensa —aseguro de camino

a la puerta, invadida por una repentina y abrumadora tristeza.

Recojo mis cosas cuando todos se han marchado del edificio para que no me hagan preguntas a las que no pueda contestar.

No me creo que renuncie a él. No puedo creerme que no vaya a quedarme para ver la culminación de la campaña. ¿Todo cuanto he hecho se reduce a que es mejor que abandone mi puesto de trabajo? Estoy decepcionada por haber dejado que mis propias emociones egoístas se interpusieran en el camino. Pero es imposible que me arrepienta del tiempo que he pasado con él.

Me acerco al escritorio de Matt y me quito el pin que siempre llevo. La insignia que conmemora a mi presidente favorito, al que espero que su hijo sustituya. Lo dejo en su mesa. Confío en que sepa lo que significa...

Que me marcho porque me importa.

Esa noche, hago lo que mi madre ansiaba que hiciera desde hacía tiempo. Preparo la maleta para pasar la noche en casa de mis padres. Cuando mi madre viene a mi dormitorio, hay un prolongado silencio entre nosotras.

—¿Quieres hablar de ello? —me pregunta con delicadeza.

Niego con la cabeza y una lágrima me cae por la mejilla. Me la seco enseguida. Me encojo de hombros y miro por la ventana mientras contengo el resto de lágrimas.

En silencio, se acerca a mí y me rodea con sus cálidos brazos.

—Has hecho lo que tenías que hacer. La política no está hecha para los corazones débiles —señala. Soy consciente de que sabe que me he enamorado de él. Lo vio venir y me advirtió que tuviera cuidado desde el principio.

—Lo sé. —Asiento—. Lo sé, y por eso nunca quise meterme en política hasta... bueno, hasta que llegó él.

—Has hecho lo correcto. —Me aprieta el hombro—. Muchas carreras políticas se han arruinado por escándalos y...

—Necesito tu ayuda. Por favor. ¿Qué hago? Es que no... no quiero estar enamorada de él para siempre.

—Nada, Charlotte. Sigue adelante como si no hubiera ocurrido nada. El lunes, vuelves a Mujeres del Mundo. Sonríes, piensas en los demás, te olvidas de esto, te olvidas de él. ¿Habéis...?

No puedo decir en voz alta lo impotente que me he sentido a veces, cuando lo único que quería era que Matt me abrazara, nada más.

En una de nuestras charlas más agradables durante estos meses de campaña, Matt me dijo que una mentira basta para perder el favor de la gente. No puedes

mentir, nunca. Tergiversar la verdad, quizás; jugar con las palabras... pero jamás debes mentir.

Me he marchado para que no se vea obligado a mentir sobre mí.

Cuando mi madre se va, me doy un baño más largo de lo normal en mi viejo cuarto de baño. Luego me pongo el pijama más calentito que tengo y me meto en la cama. En la cama donde fantaseé con Matthew Hamilton por primera vez.

Estoy muy confusa. Me siento pesada, como si cargara con todo el odio del mundo sobre los hombros.

—Ven, bonita —llamo a mi gata.

Ahora mismo, Doodles es una bola de pelo blanco acurrucada en el alféizar. No se mueve de su sitio.

—¿Qué? ¿Me vas a hacer el vacío porque he estado ausente tanto tiempo? Venga, Doodles. Necesito un abrazo ahora.

No hay respuesta.

Me abrazo a la almohada y, finalmente, noto que se sube a la cama en mitad de la noche, cuando todavía estoy despierta, sin dejar de mirar fijamente a la misma ventana.

Mi madre pensó que lo mejor era que esperara una semana antes de volver al trabajo, en caso de que la prensa se presentara en las puertas de nuestra oficina. Quiere protegerme de eso, y yo quiero proteger a Matt, así que he aceptado.

Esta noche, cenamos mi padre, mi madre y yo.

—Creo que deberías volver a vivir con nosotros durante un tiempo. Hasta que las cosas se calmen.

—No hay nada que tenga que calmarse. —Sacudo la cabeza firmemente—. Volveré a mi piso mañana.

Cuando estamos comiendo el postre, compruebo la hora otra vez.

—¿Tienes que ir a algún sitio, Charlotte? —pregunta mi padre. Suena exasperado.

—No, yo no, Matt —respondo distraídamente mientras me dirijo a la televisión de la sala de estar—. Va a dar un discurso esta noche. Seguro que lo retransmiten.

Cojo el mando, encima del televisor, y voy pasando los canales. Es Carlisle

y no Matt quien aparece en la pantalla.

—Mis disculpas, amigos y seguidores, Matt ha tenido que cancelar su cita esta noche. Estoy aquí para contestar las preguntas que puedan tener...

¿La ha cancelado?

Estoy muy sorprendida.

Nunca cancela nada. Cuando le dolía la cabeza, se tomaba las pastillas de ibuprofeno que le dejaba en la mesa.

Suelto el mando y observo a Carlisle, que empieza a contestar preguntas. ¿Y si algo va mal? Quiero llamar a Carlisle, pero es evidente que está ocupado. Si llamara a Hessler, ¿me lo diría? ¿Y qué hay de Mark o Alison? ¿Lo sabrá alguno de ellos?

Cojo mi teléfono y echo un vistazo rápido a mi lista de contactos con una mano temblorosa.

—Ven a tomarte un té con nosotros, Charlotte —dice mi madre.

Entonces, alguien llama al timbre y mi madre se da la vuelta.

—Jessa, querida, ¿puedes ir a ver quién es?

La mujer se apresura en salir de la cocina y se dirige a la entrada de la casa. Pasa junto al comedor y la sala de estar y, después, regresa con nosotros.

—Es el señor Matt, señora.

Mi madre suelta la taza de té estrepitosamente, mi padre levanta la cabeza y yo creo que dejo de respirar.

—Bueno, no te quedes ahí, hazle pasar —ordena mi madre con urgencia.

Estoy en medio de la sala de estar y mis padres están sentados, paralizados, en ambos extremos de la mesa del comedor, cuando Matt aparece. Creo que me quedo sin respiración. Simplemente no esperaba verlo en tan poco tiempo. Y, de pronto, solo siento dolor. Me duelen los ojos. Me duele el pecho. Me duele todo el cuerpo.

Siento una presión en el corazón y me cuesta una barbaridad evitar que mis padres lo adviertan.

Matt lleva puesto un jersey y unos pantalones negros y tiene el pelo mojado por la lluvia. Nunca ha estado tan atractivo. Tan sexy. Tan sereno.

Sus ojos conectan con los míos y, tras una fugaz mirada ardiente, desvía la mirada hacia mis padres.

—Senador Wells —saluda.

La silla de mi padre chirría cuando se levanta.

—Es un placer tenerte en nuestra casa, Matt.

Saluda a mi madre y ella lo abraza con cariño.

—Has llegado justo a tiempo para un té o un café —le dice—. ¿Quieres tomar algo?

—Gracias. En realidad he venido por Charlotte.

Su expresión es inescrutable. No sé en qué está pensando.

—Nos lo imaginábamos —asegura mi padre, e inclina la cabeza—. Gracias por la oportunidad que le brindaste al dejar que trabajara en la campaña, Matt. Nunca la habíamos visto dedicarse a algo con tanta pasión.

—Es a *ella* a quien he venido a dar las gracias por su apoyo —responde Matt. Desvía la mirada en mi dirección y me contempla como si mi mera presencia tuviera en él el efecto de un chute de vitaminas.

Me ruborizo muchísimo al pensar en ello. Los pasos de mis padres se desvanecen escaleras arriba. Me dejo caer en el sofá y Matt toma asiento delante de mí. La casa de mis padres parece más pequeña con él dentro. Tan pequeña como me pareció cuando su padre y el servicio secreto vinieron, salvo que ahora solo está él.

Matt.

Doodles menea la cola y nos observa.

—¿Cómo se llamaba? —Extiende una mano con la palma hacia arriba y la gata se acerca a él como si nada.

—Doodles.

Matt arquea las cejas y sonrío, la levanta del suelo y la coloca en su regazo.

El deseo de reemplazar a Doodles en su regazo y besarlo resulta casi devastador, pero el ruido que proviene del dormitorio de arriba me recuerda dónde estamos; mis padres están en casa.

Y, de pronto, echo de menos a Jack tanto como a Matt y sus caricias. Echo de menos tocarlo cuando no puedo tocar a Matt, acariciar su peluda cabeza y sentir su pesado cuerpo perruno en el regazo. Es muy confiado, como si, a ojos de él, no pudiera hacer nada mal.

Por lo visto, es algo que comparte con su dueño.

«Ay, Dios».

Matt. ¿Por qué me mira así?

¿Por qué ha venido?

—No deberías estar aquí —digo sin aliento—. Sabes que no deberías estar

aquí.

—Pero aquí estoy.

Deja a Doodles a sus pies y se inclina hacia adelante. Su mirada refleja decisión.

Tengo que luchar por contenerme y no acercarme a él y decir...

¿Decir qué?

—¿Qué tal han ido tus días de reflexión? —pregunto en voz baja.

No quiero que mis padres nos oigan. No quiero que nadie nos oiga. Parece que todos mis instantes con Matt son siempre robados, y en muy pocos de esos momentos está a solas conmigo de esta forma.

Los ratos que pasamos a solas significan mucho para mí.

—Fui a ver a mi padre. —Hay un rastro de tristeza en sus ojos—. Siempre voy a visitarlo al cementerio nacional de Arlington cuando necesito poner los pies en la tierra. —Acaricia a mi gata con su gran mano, pero no aparta los ojos de mí ni un segundo mientras habla—. Luego fui a nuestra casa de Carmel. Simplemente para pasar tiempo solo.

—Hay mucho ajetreo, lo sé —contesto.

Entonces vuelve a hablar con una voz cálida.

—Se suponía que iba a concentrarme en la campaña, pero no dejaba de pensar en ti. —Esboza una sonrisa íntima, tanto como un beso—. Puedes imaginarte mi decepción cuando regresé a Washington D. C. y descubrí que te habías marchado.

—Es lo mejor para todos. Ya lo sabes.

De repente, su sonrisa adquiere un cariz erótico.

—En realidad, no.

—Matt, Gordon y Jacobs buscan cualquier cosa que puedan usar en tu contra.

—Y créeme cuando te digo que no dejaré que seas *tú*.

Exhalo y, luego, me abrazo a mí misma.

—¿Por qué te fuiste? —pregunta.

Intento mantener la voz serena.

—Pensé que era lo mejor.

—Nunca. Es lo último que quería cuando esto empezó. —Me sostiene la mirada y noto que se le mueve un músculo en la parte posterior de la mandíbula—. No quiero que te vayas. En todo caso, quiero que estés todavía más cerca de

mí.

Me ruborizo todavía más y evito hablar sobre nuestra relación.

—Matt, las encuestas...

—Dos puntos perdidos son dos puntos que puedo recuperar. Los *vamos* a recuperar. Me llenarás la agenda de eventos y citas hasta los topes, aunque eso signifique no poder dormir.

Me echo a reír, pero él no lo hace. Se inclina hacia adelante y, al hacerlo, se le marcan los muslos y los hombros a través de los vaqueros y el jersey de algodón.

—Vuelve a la campaña.

—Charlotte —oigo decir a Jessa, que camina con una bandeja de té de la cocina—, tu madre quería que os trajera esto. —Le dirige a Matt una mirada radiante y se sonroja como si tuviera diecinueve años en lugar de sesenta y tres.

—Gracias, Jessa.

—Gracias —responde Matt cálidamente. Coge una taza y le da un sorbo.

Jessa se ruboriza más aún y regresa a la cocina.

—A mi madre le preocupa que se produzca un escándalo. Tienes que irte, Matt.

Me pongo en pie y tiro de su mano para obligarlo a soltar la taza y a dejarla en la mesa. Cuando se endereza por completo, me agarra de los dedos.

—¿Puedo contar contigo?

De pronto, su cercanía me abruma. Todos y cada uno de los átomos de mi cuerpo están despiertos y zumban al sentir el calor que desprende tan cerca y sus ojos, expectantes, cálidos y brillantes como el sol, con los que me mira a la cara.

—Siempre —contesto con voz ronca.

Nuestras manos están enlazadas y siento que me quema la piel.

Me dedica una sonrisa radiante y me aprieta los dedos mientras me observa con una expresión adorable en la cara.

—Gracias.

Me suelta y acaricia a mi gata una última vez antes de caminar hacia la puerta. Lo acompaño.

—Gracias por venir. Llevaré mis cosas mañana —digo.

—Mañana es la gala... —empieza a decir, y yo lo interrumpo.

—También estaré allí —le aseguro, y lo empujo al exterior antes de que me bese.

Incluso un beso en la mejilla me dejaría hecha polvo, y me da miedo ceder al impulso de ir más allá.

Sonríe, divertido, y yo cierro la puerta.

Inhalo con los ojos cerrados. Detesto ser consciente de algo que ya sabía cuando me fui: que nunca será realmente mío. Pero, como dijo él en una ocasión, eso no me impide desearlo.

La gala

Charlotte

Al parecer, la gala de esta noche es la más grande y la más concurrida de todas las que hemos organizado. Estamos en el enorme salón de baile del hotel The Jefferson.

La Casa Blanca está tan cerca que prácticamente se nota cómo su poder se agita, crece y te rodea. Cuando he llegado, he echado un vistazo a sus columnas blancas y, aunque no era la primera vez que lo hacía, me he preguntado cómo era la vida de Matt ahí. Si existía algo parecido a la normalidad.

Esta noche, el salón resplandece; vendrán personalidades, desde grandes empresarios a artistas, músicos, médicos y profesores prominentes; y, no obstante, centro toda mi atención en dar con una sola persona. Él.

Llevo un vestido blanco y contemplo la lujosa decoración que hay a mi alrededor mientras busco aquello que quiero ver más que nada. La silueta del hombre que hace que el corazón me lata a mil por hora.

—¡Charlotte! —Alison se abalanza sobre mí y me abraza—. Estás maravillosa de blanco... ¡lo apruebo! —dice felizmente y, acto seguido, se echa hacia atrás y levanta la cámara. Clic.

—¡Alison, venga ya! —me quejo, y ella me empuja hacia la multitud, donde saludo a mis colegas del equipo.

Nadie hace alusión a mi marcha y estoy segura de que esto se debe a la destreza de Carlisle a la hora de controlar daños.

Continúo buscando a Matt por el salón. El corazón me martillea en el pecho y siento un nudo en el estómago por los nervios y la expectación. Parece que ha

pasado una eternidad cuando mis ojos se posan en la alta y oscura figura de un hombre. Y permanecen ahí, contemplando a Matt Hamilton, vestido con un traje y una corbata de color negro. Saluda a las personas que se acercan a él con sus manos bronceadas de dedos largos. La chaqueta de su traje le marca el contorno de los hombros. Está de pie entre la gente, perversamente atractivo, y tiene una expresión animada mientras les habla sobre algo que evidentemente lo apasiona.

Sobre nuestro país, lo sé...

Y, entonces, levanta la vista y me encuentra entre el mar de cabezas. Las trazas de humor en su boca y ojos se desvanecen cuando nos miramos fijamente a los ojos.

La intensidad de su mirada me golpea como un puño. Es tan estimulante que me estremece. Cuanto más intento ocultar mis sentimientos por él, mayor es el impacto. Aparto la mirada; cualquier sitio me vale.

Entonces poso la vista en una pareja que se abre paso a través del salón. *Mis padres.*

Abro los ojos como platos, sorprendida.

Mi madre me ve y me saluda con la mano delicadamente, como si fuera una reina. Mi padre tiene la vista fija en otra cosa, en otra persona.

Estoy tan sorprendida de que mi padre haya aceptado venir que pestañeo varias veces para asegurarme de que realmente está aquí. Es un senador demócrata, por lo que esto es una prueba enorme de su apoyo a Matt.

Enorme.

Cuando me acerco para saludarlo, veo que Matt hace lo mismo. Camina con confianza y vitalidad.

—Senador Wells —saluda a mi padre. Su apretón de manos es firme y rápido, lleno de gracia y virilidad.

Dios, su voz... ¿Cómo es posible echar de menos la voz de alguien?

Un calor me invade el estómago cuando veo en sus ojos el respeto genuino que sienten el uno por el otro al saludarse.

Pensaba que quizá mi padre estaba aquí para apoyarme a mí, porque me he aventurado en el mundo de la política, donde mis padres siempre han querido verme. Pero, cuando los observo, sé que no es solo por mí: quieren que Matt gane.

Darme cuenta de que mi padre por fin lo apoya y saber que se lo ha ganado gracias a su campaña y el carisma que demuestra con la gente hace que la admiración y el respeto que siento por Matt aumenten.

Me muero por hablar con él, pero es imposible porque es el centro de atención. El centro de todo. Me acerco para saludar a mis padres y noto que Matt me observa mientras lo hago.

Por algún motivo, cambia de posición para estar más cerca de mí mientras el alcalde de Washington D. C. y su mujer lo saludan. Por instinto, me quedo donde estoy y dejo que me presente también a mí.

La conversación se desarrolla a nuestro alrededor y, en todo ese tiempo, solo soy consciente del bajo y apagado latido de mi corazón. Matt se sitúa a mi lado como si nada. Una tensión casi imperceptible emana de su cuerpo.

Aprovecha el momento en el que se libra de la atención de los demás para examinarme.

—Menudo vestido...

El salón se desdibuja a mi alrededor mientras me pierdo en esos ojos color café.

Quiero ponerme de puntillas y besarlo, hacer lo que hace una chica con el hombre al que ama. Quiero decirle que lo he extrañado, que lo deseo, que he pensado en él. Poner su mano en mi cuerpo; eso es todo. Solo quiero sentir su mano sobre mí, aunque solo sea un simple y ligero roce.

Extiende un brazo y me aprieta los dedos contra la parte baja de la espalda para apartarme de alguien que quiere pasar. Al movernos, quedamos a la vista de un grupo de hombres que charlan.

—¡Matt! —exclama uno de ellos en un tono jovial, y se acerca de inmediato.

—Ah, sí. Congresista Sanders.

Matt saluda al hombre que se acerca con un firme apretón de manos. Se ponen a conversar y, durante la charla, me mira durante tres segundos. Mi mirada se cruza con la suya y noto los nervios excitados que me recorren el cuerpo.

Me pongo de puntillas y digo:

—Quiero mi pin de vuelta.

Luego, paso a su lado, rozándolo, para saludar a otra persona. Cuando mis ojos vuelven a dirigirse a él minutos más tarde, sonrío por algo que le han dicho mientras nuestros ojos se encuentran. Su sonrisa flaquea durante unos instantes y el calor se refleja en su mirada, pero logra mantenerlo bajo control.

La expresión de sus ojos me dice exactamente lo que quiere hacer conmigo, cuánto me desea. Lo noto en mis partes íntimas. Lo sé.

Matt me follará hasta dejarme inconsciente esta noche.

Encuentro secreto

Charlotte

Wilson me lleva a una casa en Washington D. C.

Aparca delante de una bonita casa de dos plantas y, dado que el imperio de los Hamilton consiste en una enorme empresa de servicios inmobiliarios por valor de mil millones de dólares, asumo que pertenece a Matt. Subo los escalones y Wilson abre la puerta y me deja pasar.

—Está arriba —señala.

Subo las escaleras y camino hacia la estela de luz que proviene de una puerta abierta. Al otro lado de la habitación, Matt mira por la ventana. Viste unos pantalones negros que cubren sus largas piernas, coronados por un cinturón negro brillante y una camisa de algodón blanca con los botones superiores desabrochados, y sostiene una copa de vino en una mano. Se da la vuelta cuando siente mi presencia. ¿Cómo no iba a hacerlo? Entonces, la baja lentamente y la aparta, y el cristal tintinea.

Yo cierro la puerta y me pierdo en el remolino de color bronce de sus ojos. Es como si estuviera en otra realidad. Sin pensamientos ni raciocinio, solo necesidad... solo calor, deseo y él.

Las sombras danzan por la habitación, jugando con la luz de las velas.

Matt aprieta la mandíbula mientras me contempla. Sus ojos brillan como llamas en la noche y empieza a caminar hacia mí con un propósito tan claro que yo lo imito.

—Mañana, nada de esto habrá pasado —digo con urgencia.

Me coge por el culo y me levanta, y yo lo rodeo con las piernas mientras

nuestros labios colisionan.

Una parte de mí quiere que Matt me diga que lo nuestro puede funcionar, que aunque sea una chica normal y él sea un hombre en una situación extraordinaria, conseguiríamos que funcionara. Pero no es un hombre con el que una chica pueda quedarse. Y, sin embargo, quiero sus promesas. Sé que es imposible. Sé que esto es lo único que tendremos: las pocas veces que estoy a solas con él cuando es simplemente Matt. El hombre del que me he enamorado.

—No me dejarás —contesta, y la oscuridad de sus ojos se intensifica—. No vas a alejarte de mí. La próxima vez que lo hagas, con solo mirar atrás, verás que te piso los talones.

Baja la cabeza de nuevo, me abre los labios con los suyos y nuestras lenguas se entrelazan.

—No puedes tenerlo todo, Matt —susurro contra su boca.

Lo beso salvajemente, sin refrenarme, y le muerdo los labios un poco mientras lo agarro del pelo.

Con los ojos entrecerrados, se separa de mí y comienza a desabotonarse la camisa. Está buenísimo y tiene los labios rojos a causa de mis besos.

El corazón me da una sacudida cuando se abre la camisa. Veo una extensión de piel suave y bronceada y músculos. Se desliza la camisa por los hombros, que se flexionan con el movimiento, al igual que sus bíceps.

Con torpeza, me bajo la cremallera del vestido rápidamente. Saco los brazos y dejo que me caiga por las piernas.

Él se quita el cinturón, lo arroja y cae al suelo con un repiqueteo. Antes de que pueda deshacerse de los pantalones, me abalanzo sobre él de nuevo y nos besamos. Sin control, salvajemente, y nos recorremos el cuerpo mutuamente con la boca y las manos.

Emite un gemido mientras me besa con sus labios salvajes y fieros.

—Ni siquiera tengo palabras para describir lo perfecta que eres.

Me sujeta la cara y me besa, y yo le agarro la mandíbula y le devuelvo el beso. Luego lo empujo para separarlo de mí y me dirijo hacia la cama.

Él me sigue.

—He echado de menos tus ojos azules. Incluso he echado de menos la forma en que arrugas la nariz por mí.

Arrugo la nariz.

Sonríe con la mirada y me río en voz alta, pero luego nos ponemos serios.

Yo también he echado de menos sus ojos.

Mis pantorrillas golpean la cama y él extiende un brazo hacia mí, me atrapa la cintura con una mano y yo lo agarro del hombro.

Su pecho se mueve bruscamente cuando exhala, como si mi piel lo quemara. Me acerca a él con una sonrisa. Mi torso toca el suyo y un fuego me recorre las venas. Mis terminaciones nerviosas se estremecen cuando extiende los dedos en mi espalda.

Estoy aplastada contra su pecho y los pezones se me han puesto duros como un rubí.

Quiero que me quite el sujetador y desnudarme para él.

Quiero que se los lleve a la boca y los saboree.

Lo deseo tanto que siento un fuego abrasador en las venas, en el corazón y entre las piernas.

Desliza los dedos por mi pelo y me estira un poco para acercar mi cabeza más a él, aunque también inclina la suya sobre la mía. Observo como un músculo de la parte posterior de la mandíbula se le mueve cuando posa los labios en mi mejilla y los arrastra hasta llegar al cuello. Noto su cálido aliento sobre mi piel cuando susurra:

—Eres perfecta.

Antes de darme cuenta, me ha quitado las braguitas y se deshace de mi sujetador. Tiemblo cuando el aire me roza la piel y me tumbo en la cama, desnuda. Dejo que me contemple mientras yo hago lo mismo con él.

Su cuerpo podría estar en un póster gigantesco y, sin embargo, es real. Está aquí, y es todo para mí.

«Una última vez...».

Un instante después, se abalanza sobre mí, hambriento. Muy hambriento.

Me chupa el pezón y me separa las piernas con la mano para acariciarme la parte interna de los muslos mientras se dirige arriba.

Nunca he deseado devorar a un ser humano como quiero devorarlo a él.

Le beso la mandíbula y balanceo las caderas para que me toque. Él me complace, y acaricia con el dedo los pliegues de mi sexo. Oigo un sonido húmedo y escurridizo mientras su índice sube y baja, sube y baja. Y, entonces, me introduce la punta.

—Dios... *Matt*.

—Vuelve a decirlo. Vuelve a decirlo de la misma forma —pide mientras traza un camino de besos hasta el otro seno y se mete un pezón en la boca. Lo succiona. Lo lame. Lo humedece. Lo saborea.

Se me quiebra la voz.

—Matt.

Me agarra del pelo y me mantiene inmóvil mientras su boca desciende por mi piel. Se le marcan los hombros y la luz de las velas hace el amor a su musculoso pecho cuando empieza a besarme entre las piernas. Me pasa la lengua por los pliegues y gimo y, después, la hunde en mi interior.

Me muevo con urgencia debajo de él mientras vuelve loco a mi cuerpo y me vuelve loca *mí*.

Me acaricia los pezones con la yema de los pulgares. Un gemido profundo sale de mi garganta una vez más. Suelta una palabrota en voz baja, se separa y, en un santiamén, se deshace de su ropa sin quitarme los ojos de encima ni un segundo.

Dios, su polla es tan gruesa y larga, y tan *grande*...

Gatea hasta colocarse encima de mí y yo jadeo mientras nos miramos fijamente a los ojos.

Me rodea la cadera con los dedos y me inmoviliza. Y, entonces, con un lento pero potente movimiento de caderas, Matt me embiste.

Estoy a punto de correrme cuando me penetra por completo. Cada centímetro de su polla acaricia todo mi sexo. Suelto un grito ahogado y estrecho su cuerpo con fuerza entre mis brazos y piernas mientras mis partes íntimas se aferran a todo su miembro.

No hablamos. No comentamos el hecho de que estamos robando, *robando* sin lugar a dudas, este momento y, al parecer, ambos queremos saborearlo con todos nuestros sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto.

Me muevo con él mientras me embiste con determinación. Me retuerzo, me doblo, lo beso y lo toco todo lo posible mientras él también me besa y acaricia. Hace de forma exquisita lo que cualquier hombre de carne y hueso y de sangre caliente haría con una chica como yo.

Le sostengo la mirada y mis ojos se aferran a los suyos y se abren mientras lo tomo dentro de mí, largo, duro y palpitando, lleno de vida. No aparta la vista de mí ni un momento. Tiene una mirada fuerte y muy masculina. Me contempla como si fuera una Mona Lisa viviente, una Estatua de la Libertad que respira. No hay bastante aire en el mundo para llenar mis pulmones ahora mismo. Matt respira con la misma dificultad.

Balanea las caderas y me penetra sin dejar de mirarme. Mi cuerpo se contrae y siento una necesidad dolorosa. Cada vez que noto que me embiste con

su miembro, tan duro, grande y cerca de mí, me mojo más y más y lo absorbo todo. Los suaves movimientos de su boca, con la que me succiona los pezones, tienen un efecto directo en mi sexo, que no deja de estrecharse con él dentro.

Trazo su pecho con los dedos y dejo que mi boca vague por su piel. Lo saboreo sin cesar. Está caliente, sudoroso y salado. Gruñe y vuelve a embestirme. Entonces me echa la cabeza hacia atrás, contempla el arco que forma mi cuello y me dice que siga haciendo esos ruiditos, que lo vuelven loco.

Ahora soy yo quien pierde la cabeza. Me encanta cómo gime y me mira, su tacto y su sabor mientras nos movemos sin control.

Vuelve a penetrarme, profundamente y con intensidad, y me sujeta las caderas con las manos. Ambos las mecemos y nuestros cuerpos se arquean mientras nuestras bocas se retuercen la una sobre la otra.

—¿Estás bien? ¿Estás bien, Charlotte?

Le contesto con un susurro, un simple «sí» mientras mi cuerpo se sacude al llegar al orgasmo.

Me besa el lóbulo de la oreja y su cuerpo se tensa cuando él también se corre.

Respiramos con dificultad y nos tumbamos de lado, uno frente al otro. Se apoya en un brazo. Yo no tengo energía para hacerlo. Pero ambos nos comunicamos con los ojos.

—Matt...

—Eh. —Me agarra de la barbilla con una expresión seria—. No pienses en eso. Estamos teniendo cuidado.

Cierro los ojos.

Matt se gira, apoya la espalda, exhala y mira fijamente el techo.

—No me esperaba que algo así ocurriese cuando empezó la campaña. —Me mira—. No te esperaba a ti, C.

—¿C? ¿Quieres que te llame M?

—No, pero tengo muchas ganas de que se me ponga dura como una piedra cuando me llames presidente... —Vuelve a ponerse de lado y me acaricia entre las piernas, y ya no soy capaz de quejarme.

—Dios, Matt...

—Soy un hombre. Soy de carne y hueso. Y te deseo. ¿Te han enviado aquí para torturarme? ¿Te han mandado Jacobs o Gordon para buscarme la ruina?

—Tú eres quien está decidido a torturarme a *mí*. Me obligas a viajar contigo, a estar siempre tan cerca de ti. ¿Cómo crees que me afecta? Me dificulta el

trabajo.

—Pero no se trata solo de mí, Charlotte. —Echa un vistazo a la ventana—. Es por eso...desde que decidí que esto es lo que quiero hacer por encima de todas las cosas. No es solo por mí.

Me sujeta la cara con la mano y veo en sus ojos la tortura silenciosa que sufre incluso mientras desliza un dedo dentro de mí.

—Lo sé. —Trago saliva. Las mejillas me arden bajo la cálida palma de su mano y mezo las caderas involuntariamente—. Así que aparta la mano. Cuanto más tiempo me quede aquí, más peligroso será.

Lleva la otra mano hasta mi nuca y, mientras me frota el clítoris con el pulgar, susurra:

—Lo haré, después de que me beses. Esta noche, tú eres la protagonista.

Cierro los ojos y levanto la cabeza. Su aliento me baña los labios.

—Haces que quiera ser la mejor versión posible de mí mismo.

Me lame los labios y yo lo beso en la boca. Después, lo dejo bocarriba y desciendo por su cuerpo. Hacia abajo. Y más abajo. Trazo un camino de besos por la línea de pelo oscuro que le recorre el pecho, la suave piel por encima del ombligo y, luego, por la mata de pelo cada vez más espesa que lleva a su pene. Lo tomo en mis manos. Por completo. Todo su grueso miembro. La cabeza está hinchada al máximo y gotea de deseo por mí.

Lamo la gota.

Matt me mira con una expresión predatoria en los ojos mientras me rodea la nuca y me acerca más a él, a su polla. Entonces, agarro la base con las manos y me la meto en la boca.

Por la mañana

Charlotte

Me pongo una sudadera gris de Matt antes de tomar café muy temprano a la mañana siguiente. Me acurruco en el sofá mientras él está junto a la ventana. Sujeta el café con una mano y mira al exterior con aire pensativo. Solo lleva puestos unos pantalones y tiene toda una sucesión de arañazos en la parte de atrás de sus musculosos brazos.

«¿Eso se lo he hecho yo?».

—¿Todo listo para irnos el lunes y hacer el último tramo de campaña? —pregunto.

Se gira hacia mí, pensativo.

—Todo listo. —Hace una pausa, y su voz se vuelve más ronca—. Te das cuenta de lo difícil que se me hace dar lo mejor de mí en este último tramo de campaña cuando sé que, si gano, te perderé, ¿verdad?

—Te presentaría otra vez.

Matt aprieta la mandíbula y yo pestañeo rápidamente y digo con firmeza:

—Matt, llevo meses observando desde un segundo plano y me he dado cuenta de que todos tenemos una cosa en común. Tú. Eres como una parte de la historia de este país. Representas un momento doloroso y también la fuerza para seguir adelante y prosperar. Inspiras a la gente solo con ser quien eres, Matt.

Me acerco y él deja la taza de café a un lado. Me toma la mano, se la lleva hasta los labios y me besa la punta de los dedos.

—En muchos aspectos, me presento por ti.

—¿Qué? —Río con incredulidad.

—Porque pienso en ti y en la gente como tú, gente que merece más.

—Pues danos más.

Desvía la mirada a la ventana y su rostro adquiere una expresión pensativa.

—¿Cuánto es suficiente? ¿Cuántos monstruos habrá que matar? ¿Cuántas voces disidentes tendremos que silenciar?

—No lo sé, pero lo descubrirás sobre la marcha.

Matt aprieta la mandíbula y baja nuestras manos mientras me apretuja los dedos.

—Matt, si hay alguien que se merezca algo, ese eres tú. Si hay alguien digno de dirigir nuestro país, ese eres tú. ¿Quién quieres que lo haga? ¿Thompson? ¿Jacobs?

—Dios, no. Joder, no.

Se gira hacia mí y me mira directamente a los ojos. Sé que esto es una despedida. Sé que esta es la última mañana que me permitiré despertarme junto a él y veo en sus ojos que él también lo sabe, por mucho que le disguste.

Inhalo temblorosamente.

—Estás a dos puntos de hacerte con el mando. Sal ahí fuera y consíguelo, Matt. Porque ¿sabes qué? No podré ayudarte el año que viene. —Frunzo el ceño y le doy un empujón en el pecho como si me hubiera obligado a decirlo.

Él ríe, me agarra de la muñeca y me aprieta contra su torso plano mientras me observa.

—¿Qué harás el año que viene, entonces?

Se mira la mano mientras me acaricia la mejilla con la punta de los dedos y siento que me falta el aliento. Trago saliva.

—¿Dentro de un año? Estaré viviendo el sueño americano porque tú serás mi presidente.

Aprieta la mandíbula y susurra:

—Ven aquí.

Entonces, me estrecha entre sus brazos con fuerza y me baja la cabeza.

—No puedes besarme, ya no —protesto sin entusiasmo.

Pero, mientras hablo, me pongo de puntillas. Dejo que me dé un lento beso de despedida. Tiemblo al pensar que será la última vez que sienta sus labios sobre los míos.

—¿Estás llorando? —murmura.

Parpadeo para contener las lágrimas con orgullo, pero él me las seca rápidamente.

—Charlotte... —dice en un tono de sorpresa y protector. Sus ojos se oscurecen cuando me mira y me acaricia la parte posterior de la cabeza con una mano—. Joder, esto no es un adiós. A lo mejor pierdo. Puede que pierda.

—¡No! —Me alejo un paso de él para distanciarme—. Matt, quiero que ganes estas elecciones.

La determinación se refleja en sus facciones. Cierra los puños y rugen:

—Y yo quiero ganarlas, Charlotte.

Asiento y ambos comprendemos lo que ocurre en ese momento. Los dos hemos aprovechado al máximo nuestro tiempo juntos por última vez. Se ha terminado. Todo ha acabado.

Así que camino hacia sus brazos y nos abrazamos sin más. Sabemos que esto es un adiós. No significa que vaya a abandonar la campaña de nuevo. Este es un adiós... a lo que podría haber sido.

La política no es sencilla, es complicada; siempre hay mentiras y otras cosas que acechan entre las sombras. En esta ocasión, es el hecho de que lo quiero, y creo que él podría llegar a quererme, en otro momento y en otro lugar, pero no se puede tener todo...

Mi madre dice que, por desgracia, no cree que haya habido una sola primera dama verdaderamente feliz en la Casa Blanca ni un presidente capaz de hacer feliz a su esposa. El presidente tiene el cargo de mayor poder de la nación, pero consume tanto que el amor no tiene cabida en la Casa Blanca.

Casi como lo haría un hermano, del mismo modo en que lo hizo cuando tenía once años, Matt me besa en la mejilla. Me abraza y yo aspiró su aroma, con los ojos cerrados. Lo estrecho entre mis brazos y contengo las lágrimas porque, aunque una parte de mí quiere quedarse con él, también quiero que gane.

No hay tiempo para esto. Tenemos que ganar las elecciones.

Allá donde vamos, la gente parece vigilar a Matt para ver si me mira o no, si me sonrío o si simplemente se acerca a mí. Carlisle me ha estado lanzando miradas de advertencia para evitar que nos convirtamos en carne de cañón para Gordon y Jacobs. No obstante, Hewitt, como director de prensa, juega la carta de amigos

de la infancia, pero Matt es muy terco y está enfadado en secreto por haber dado acceso al público a sus asuntos privados. Aunque se ha aprovechado descaradamente del control experto de la situación por parte de Hewitt para estar cerca de mí y mirarme tanto como desee.

Y eso me complace y me aflige a partes iguales.

Viajamos a Des Moines, en Iowa; a Manchester, en New Hampshire; a Milwaukee, en Wisconsin; a Charleston, en Carolina del Sur; y, una tarde, incluso vamos a visitar un árbol llamado El Presidente.

Estamos de pie ante él, cerca del letrero de madera que lo identifica, en medio del enorme bosque del Parque Nacional de las Secuoyas, en California.

El árbol tiene más de tres mil años y lo gracioso es que las secuoyas más pequeñas que lo rodean se llaman el Grupo del Congreso: dos rodales densos de secuoyas de tamaño mediano que simbolizan la Cámara de los Representantes y el Senado.

—Si ganas y tu ego aumenta demasiado, un viaje aquí te pondrá los pies en la tierra. Nunca me he sentido tan diminuta comparada con un árbol.

Levanto la vista y contemplo su alto y retorcido tronco, hasta llegar a la cima, donde las hojas crujen con la brisa.

Al estar aquí, de pie, me maravillo al pensar en la cantidad de personas que he conocido y todos los paisajes que he visto. He salido de mi burbuja en Washington para ver la colorida colcha que conforma nuestro país.

Es increíble poder visitar todos los estados, únicos por méritos propios y con sus propios períodos de crecimiento y desafíos. No conoces Estados Unidos hasta que te distancias un poco y lo miras bien.

Hace que quiera ver más del mundo, viajar, hacerlo todo, verlo todo, que todo influya en mí y dejar mi huella a cambio. Me ayuda a recordar la razón por la que voy a alejarme de Matt... aunque él todavía encuentre fácilmente algunos ratos para pasar tiempo a solas conmigo.

De vuelta a Washington D. C.

Charlotte

Al día siguiente, llegamos a Washington D. C. temprano. Tengo el contestador lleno de mensajes.

A mi madre le encantaría que pasara la noche en casa.

Kayla, Alan y Sam quieren quedar conmigo.

Echo un vistazo por mi piso y, luego, miro la lista de contactos de mi teléfono.

Después de negarlo todo. Después de todo. Una noche.

Mañana votaremos y todo habrá acabado.

Sin embargo, no puedo dejar que las cosas terminen así.

Me gustaría decirle que lo amo, pero no puedes hacer eso a alguien cuando sabes que tiene un camino muy duro y exigente por delante. Todo sería distinto si la gente eligiera a otra persona y entonces él fuera libre para... para elegirme *a mí*.

No quiero imaginarme que no lo eligen, que le niegan la oportunidad de demostrar lo que tiene que ofrecer. No obstante, soy humana y, por mucho que quiera hacer del mundo un lugar mejor, también quiero cosas para mí. Esas cosas se han reducido hasta el punto de que lo único que soy consciente de desear cada segundo del día es a él. Deseo poseerlo como sea, aunque solo sea un pedazo diminuto de él.

Esta noche podría tenerlo por completo. Y lo deseo. No quiero frenarme en absoluto, aunque sí me gustaría contener las palabras. Podría decirle con todos

mis besos que soy incapaz de evitar temblar, que la forma en que me toca me hace sentir que lo único que existe en el mundo en ese momento es él.

Tomo asiento y pienso en él. Antes de pensármelo dos veces, le envío un mensaje y le pregunto si podemos vernos.

No tengo claro qué quiero, pero sé que no puedo ir a su casa ni él venir aquí. Lo vigilan muy de cerca y resultaría demasiado tentador para mí; no sería justo. Era necesario ponerle fin durante esa última noche que compartimos, pero ya no seré su planificadora de campaña. A partir de mañana, no estoy segura de cómo seguiré adelante, ni de si volveré a verlo de nuevo.

Nos encontramos en el Monumento a Abraham Lincoln. Estamos sentados en unos escalones y contemplamos la ciudad mientras el viento me sacude el pelo y me golpea las mejillas.

—Realmente podrías ganar mañana —susurro.

—Ya.

—Quiero que ganes.

—¿En serio? —Escudriña mis facciones.

Se hace un silencio y tiemblo.

—Lo que está hecho, hecho está; lo que no, pues no se ha hecho, supongo. —Me encojo de hombros—. Hemos hecho todo lo que hemos podido, ¿no?

—Exacto.

Antes de darme cuenta, se quita la chaqueta y me la coloca sobre los hombros.

—Charlotte —dice en voz baja—, no habríamos llegado aquí sin ti.

—Sí, sí lo habríamos hecho —replico.

Esperamos a que una pareja joven pase de largo. Luego, acerca la mano a la mía, sobre uno de los escalones, y, por debajo de la chaqueta, me roza el pulgar con el suyo.

—Si pierdo, quiero que salgas conmigo, que tengamos una cita de verdad.

Agacho la cabeza y, de pronto, tengo más ganas de llorar que en toda mi vida. He pasado un año haciendo campaña por él y luchando contra unos sentimientos intensos. No quiero que pierda, pero detesto anhelar precisamente eso, aunque solo sea en este instante.

—Eso es muy injusto —contesto con la voz entrecortada.

De repente, tengo la cara húmeda. No sé por qué lloro; simplemente lo hago.

—Las probabilidades de que pierdas son así de minúsculas —añado, y hago

un gesto con los dedos.

Ahora estoy moqueando; me pongo de pie y me cubro más con la chaqueta para enterrar la cara en el cuello.

Matt también se pone de pie y se acerca a mí. Entonces, me dice con ternura: —Vuelve a mostrarme las posibilidades que tengo.

Agarro la chaqueta con una mano, levanto la otra y separo los dedos ligeramente.

Él me coge los dedos y aumenta un poco el espacio entre ellos.

—Yo diría que son más bien así. —Me sonrío y trata de animarme, y eso hace que lo quiera todavía más, porque la sonrisa no se extiende hasta su mirada.

—Te quiero. Me encantáis tú y tus estúpidas gafas —digo mientras separo los dedos todo lo que puedo. Luego, añado entre risas y lágrimas—: Ni siquiera puedo demostrarte cuánto con los brazos.

Sonrío y, un instante después, la sonrisa da paso a una mirada cargada de una profunda emoción. Sus ojos están enturbiados y reflejan algo que nunca había visto en ellos: impotencia.

Echo a caminar y oculto la cabeza en la chaqueta para esconderme de otro grupo de transeúntes. Oigo como empieza a seguirme antes de que lo detengan.

—¡Joder, Matt Hamilton! —exclama un hombre—. Es decir, señor... es un placer, un verdadero placer.

Oigo a Matt saludarlos; sin embargo, siento que tiene los ojos clavados en mí cuando meto las manos en las mangas de la chaqueta y la uso como escudo contra el frío mientras me marcho.

Tomo el tren para ir a mi piso. Lo primero que hago al llegar es mojarme la cara con agua fría. Me la estoy secando cuando llaman a la puerta. Suelto la toalla y voy a abrirla. Es Matt. Tiene las manos a los costados y una mirada ligeramente salvaje.

Suelto un grito ahogado.

—¡Matt! —Echo un vistazo al rellano y me siento aliviada al comprobar que está vacío—. ¿Qué haces aquí? Mi vecina podría verte...

En un abrir y cerrar de ojos, Matt entra y cierra la puerta. Después, me sujeta la nuca y me besa en los labios.

El día de las elecciones

Charlotte

A la mañana siguiente, me despierto sola en la cama. En el suelo, a unos pasos de la cama y junto a mi ropa, está la chaqueta de Matt.

Su chaqueta... ¡Es el día de las elecciones!

Me pongo en pie de un brinco y enciendo la televisión mientras me apresuro en cambiarme. Treinta minutos después, estoy en la fila del colegio electoral. Observo la cola de votantes y me pregunto a quién votará cada uno de ellos. ¿Alguna vez ha sido tan emocionante votar? La esperanza se nota en el ambiente o puede que solo sea cosa mía. Me pican los dedos cuando finalmente me coloco detrás de la cortina y me quedo mirando la papeleta.

Me duele el pecho durante un instante. Sé lo que pierdo. Sé lo que elijo. Pero el deseo de verlo ganar supera mi propio egoísmo y marco la casilla que hay junto a su nombre.

Miro la papeleta por última vez.

No pude votar en las últimas elecciones presidenciales porque estaba encerrada en casa con gripe. Es la primera vez en mi vida que voto, y la niña de once años que prometió ayudar a Matt si alguna vez se presentaba a la presidencia apenas se cree que hoy esté aquí, votándolo a él.

Me invade una extraña sensación de pérdida cuando salgo de la cabina. Me distraigo y me aseguro de que nadie me sigue cuando cojo el tren y, luego, camino unas cuantas manzanas hasta el hotel The Jefferson.

Me desvío al lavabo del vestíbulo un momento y saco mi kit de maquillaje. Solo llevo un pintalabios, colorete y máscara de pestañas, pero me pongo un

poco de cada producto en la cara.

No hacía falta que me pusiera el colorete. Tengo las mejillas sonrojadas y mis ojos parecen un poco más redondos, muy oscuros y muy brillantes. *Ay, Dios.* Es casi como si tuviera miedo de subir a su planta, entrar en la habitación y que todo el mundo me lea el pensamiento.

Suspiro para armarme de valor, salgo del lavabo y subo en el ascensor a la *suite* de Matt.

La última vez que estuvimos en Washington D. C., organizamos un evento para recaudar fondos en el salón de baile de este hotel. Parece que ha pasado una eternidad desde aquel día y, al mismo tiempo, lo recuerdo como si hubiera sido ayer.

Llamo a la puerta y, cuando Alison me abre, fijo la vista en una figura grande y alta situada junto a la ventana al otro extremo de la habitación, con las manos en los bolsillos. Es el que más alejado está de la puerta, y hay docenas de personas entre nosotros. Pero nos da igual; no importa la distancia.

Él me ve, y yo lo veo a él.

Tiene una mirada de lo más masculina cuando nuestros ojos se encuentran. Los suyos están tan oscuros como anoche. El estómago se me retuerce y me duele. Un calor se extiende dentro de mí cuando entro. ¿Se dará cuenta de que me pone nerviosa?

Claro que sí.

Saludo a todo el mundo al adentrarme en la *suite*, y lo dejo a él para el final.

—Matt. —Sonrío, emocionada porque el día que tanto esperábamos por fin ha llegado.

—Charlotte.

Me devuelve la sonrisa, pero pronuncia mi nombre con brusquedad.

No parece agotado como el resto de nosotros. Da la impresión de que acaba de salir del centro de *spa* que hay en uno de los pisos de abajo.

Dios, envidia la capacidad que tiene para mantener la calma.

Pero un año es bastante tiempo para llegar a conocer a alguien, y esa sombra de impaciencia que hay en sus ojos oscuros me resulta muy familiar. También sé que su mente trabaja a toda marcha; probablemente esté haciendo conjeturas sobre las encuestas a pie de urna mientras oímos a los presentadores de los informativos de fondo. Pasan los segundos y los minutos se convierten en horas. Tengo la sensación de que este es el día más largo del año.

Estoy sentada en uno de los sofás al lado de Alison y Mark, observando a

Carlisle fumar y viendo la televisión de vez en cuando. Soy plenamente consciente de la presencia de Matt, de dónde se sienta y respira, de cada centímetro que ocupa físicamente en esta habitación.

Por el rabillo del ojo, veo como levanta la vista y sonrío con satisfacción, lo que hace que me retuerza y recuerde cosas.

Está leyendo algo de nuevo. Jack tiene la cabeza apoyada en su regazo y la mano de Matt está sobre la cabeza oscura y peluda del perro. Recuerdo lo que hizo con esa mano anoche...

Nos olvidamos del mundo cuando cerró la puerta.

Recuerdo que me llevó de espaldas a mi dormitorio y sus manos quitándome su chaqueta y deslizándose bajo mi camisa. Sus caricias eran posesivas y firmes. Recuerdo sus besos. Lo necesitaba tanto que, tras desnudarme, lo arañé mientras lo desvestía con urgencia. Pero Matt no tenía prisa.

Me besó y emitió un tierno «Shhhh» cuando me tumbó sobre la cama. Luego me tomó bajo la luz de la luna que entraba por la ventana, sin dejar de acariciarme.

Me derretí por el puro deseo candente que sentía mientras me besaba en la boca y las mejillas y me mordisqueaba la garganta de arriba abajo. Su boca se movía alrededor de mis senos y mis pezones, sobre mi estómago, por la parte interior de mis muslos y, una vez allí, se detuvo un largo rato.

Movía la lengua dentro lenta y apasionadamente; parecía ser justo lo que necesitaba para calmar su sed. Mantenía mis muslos abiertos con las manos mientras yo intentaba cerrarlos entre convulsiones, pues la sensación era demasiado intensa.

Usaba los labios con ímpetu y firmeza, y succionaba haciendo la presión necesaria para desintegrarme.

Y yo me desintegré.

Sentía como si me hubieran cortado en mil pedacitos. Me corrí en su boca, con su pelo entre mis dedos, pero, incluso entonces, parecía hambriento. Cuando levantó la mirada, sus ojos de color marrón oscuro brillaban mientras me acariciaba la cara con los dedos y, entonces, me dio un devastador beso en la boca que hizo que se me encogieran los dedos de los pies.

Recuerdo esa ansia. Cómo crecía y crecía, y no disminuía después de pasar una hora desnuda bajo las sábanas con él, ni siquiera después de otra hora.

Y recuerdo el sonido que hice cuando me llevó al orgasmo con los dedos. Finalmente, deslizó las manos por la parte inferior de mi espalda y me apretujó

el trasero mientras me embestía. Gemí su nombre. Y recuerdo su sonrisa de alivio contra mi boca. Luego, se movió mientras gemía mi nombre y me dijo que era increíble, absolutamente increíble.

Recuerdo que hicimos eso durante toda la noche.

Que me susurraba cosas de forma tan brusca que no entendía lo que decía; solo oía el ansia y la ternura que destilaba su voz mientras recorría mi piel con los dientes. Nuestros movimientos se volvían más bruscos, más desesperados, y nuestras respiraciones más aceleradas.

Lo recuerdo todo, hoy más que nunca, y noto que las mejillas me arden, así que intento quitarme esos pensamientos de la cabeza.

Es increíble que a veces me olvide de lo que he soñado, de las llaves de mi piso, de mi móvil, pero no me olvido de un solo detalle de él.

Recuerdo algunos de los momentos que hemos vivido: a mí, sosteniéndole la chaqueta; tomando un sorbo de su café por accidente; tirando las carpetas sin querer a sus pies y a él, agachándose para echarme una mano.

Subo la vista y lo encuentro leyendo el *Washington Post*. Tiene las gafas puestas.

Cuando levanta los ojos y me mira por encima de la montura dorada, sus ojos se oscurecen y, de repente, mis pechos se vuelven sensibles debajo del sujetador. Me lamo los labios y los noto muy tiernos después de que Matt me besara ayer durante toda la noche.

Por un instante, dirige la mirada a mis labios y yo no puedo evitar bajar la vista a su boca carnosa y firme. De pronto, lo único que deseo es sentir sus hambrientos y seguros labios y su lengua voraz.

No sé cómo lo haré.

Cómo me desenamoraré de él.

Pero es lo que debo hacer. Porque esto solo era algo temporal, porque esa cita que propuso no tendrá lugar. Tengo que olvidarme de él y esforzarme tanto en ello como lo he hecho en su campaña.

Pero me mira fijamente desde el otro lado de la mesa con esos ojos oscuros que desprenden calor y ternura.

Siento una sacudida cuando recuerdo su chaqueta tirada en el suelo de mi piso, entre mi ropa interior. La simple idea de que alguien vea que la tengo en mi poder hace que me preocupe, y abro mucho los ojos y me levanto de un brinco.

Matt frunce el ceño y se quita las gafas; se levanta por instinto, como si

quisiera ayudarme.

—He olvidado que tengo una cosa para ti —digo.

Me doy cuenta de que no le gusta la idea de que me marche de su *suite*, pero no le doy tiempo a detenerme y camino rápidamente hacia la puerta.

—Mantente lejos de los *paparazzi* y, si te hacen alguna pregunta, ya sabes qué tienes que contestar —dice Carlisle a mis espaldas.

—«Sin comentarios» —respondo para tranquilizarlo mientras abro la puerta.

Mis ojos se cruzan con los de Matt y siento un vuelco en el corazón que me resulta familiar. Cierro la puerta al salir y siento que los nervios por conocer los resultados de hoy se multiplican por momentos.

Mantengo la cabeza gacha para evitar a los *paparazzi*, algo que, por suerte, consigo y regreso a mi piso a por la chaqueta de Matt.

En cuanto llego a mi edificio, entro apresuradamente y la encuentro en el mismo sitio donde la dejé.

El corazón vuelve a darme un brinco.

Camino hacia ella lentamente, casi como si esperara que me mordiera como una cobra. Pero ese no es el motivo por el que el tiempo parece ralentizarse; es porque, de repente, no quiero devolverla.

Quiero taparme con su chaqueta una vez más. Quiero ponérmela, abrazarme y fingir que mis brazos son los suyos. Quiero enterrar la cabeza en el cuello de nuevo y aspirar su aroma.

Tengo unas ganas tremendas de hacerlo, pero me esfuerzo muchísimo para reprimir el impulso y saco a la superficie mi lado profesional, esa parte de mí que sabe que lo de la noche anterior no ha sido solo algo que no estaba planificado, sino un error.

Así que recojo la chaqueta, la doblo con cuidado, la meto en una bolsa de la compra de unos grandes almacenes y regreso al hotel The Jefferson, decidida a actuar como una profesional y a recordar lo que ocurrió la pasada noche como nuestra despedida.

Te llamas Charlotte

Charlotte

Hay una calma sorprendente mientras esperamos a que lleguen los resultados del voto popular.

Charlotte me ha traído la chaqueta hace un rato. Joder, no la quería. Deseaba que se quedara con algo mío. No puedo dejar de pensar en ella y, en lo que respecta a Charlotte, soy lo bastante egoísta como para que tampoco quiera que deje de pensar en mí. Todavía me maravilla lo mucho que se preocupa por los demás.

Durante todo este tiempo, se ha preocupado más que yo de no provocar un escándalo; se ha asegurado más que yo de que el país vea al hombre que *ella* hace que yo quiera ser.

No puedo quitarme a esta chica de la cabeza.

Mientras estoy aquí sentado, observando y esperando, levanto la vista y la encuentro mirando la pantalla, enrollándose un mechón en un dedo, mordiéndose los labios y, a veces, devolviéndome la mirada. Nadie adivinaría lo mucho que deseo cada centímetro y cada pedazo de ella, cada suspiro.

La *suite* está atestada de los miembros más importantes de mi equipo. Carlisle se encuentra entre ellos, por supuesto, además de nuestro jefe de estrategia, nuestro director de comunicaciones y algunos trabajadores del equipo de campaña.

Se nota cierto nerviosismo en el ambiente. Carlisle se enciende un cigarro tras otro y rezuma tensión.

Y aquí estoy yo, más tranquilo de lo que esperaba, con la cabeza dividida en

dos: una parte se pregunta cuántos votos habremos obtenido, cuántos estados habremos ganado y cuál será el resultado de las encuestas; la otra está concentrada en la mujer al otro lado de la habitación, que estaba en mis brazos hace tan solo unas horas.

Una parte de mí quiere apartarla de los demás y decirle algo que nos apacigüe a los dos, pero hasta yo sé que no existen esas palabras. Soy candidato al cargo de mayor poder de la nación. Es irónico que no pueda prometerle algo tan simple como mi amor.

Mi mente va a la deriva mientras imagino lo que haría si Jacobs o Gordon ganaran estas elecciones. Me imagino en el Senado, trabajando para presentarme otra vez como candidato y con la atención dividida entre el trabajo y la mujer con la que estoy obsesionado. Pero cuando vuelva a postularme ¿qué pasará?

Tanto mi madre como yo perdimos a mi padre el día en que se convirtió en presidente. No quiero que Charlotte me pierda. No quiero que el brillo que hay en sus ojos se desvanezca cuando me mire con admiración, respeto y deseo; el brillo que inevitablemente muere cuando no dejas de hacer daño a una persona a la que amas, aunque sea sin querer.

«No funcionará», me digo a mí mismo. «Lo sabías y, aun así, no pudiste mantenerte alejado. Todavía quieres abrazar a esta chica y no dejar que se marche a pesar de que eso es exactamente lo que estás dispuesto a hacer cada vez que llega una nueva noticia a la sala».

Recibimos la información de la televisión y de los *podcasts* en directo que algunos de los miembros de mi equipo reproducen en sus móviles.

«Para que Matthew Hamilton gane, todos los jóvenes, todas las minorías y todas las mujeres deben votar. La participación de hoy no tiene precedentes...».

«Los primeros resultados son asombrosos...».

«Hamilton va ganando en Texas, Alabama y Nueva York. La gente quiere un cambio y lo quiere ahora».

—Dicen que ya tienes Ohio —anuncia Carlisle.

—¿Sí? —Levanto una ceja y siento que los nervios me golpean las entrañas. Ahora mismo no puedo tranquilizarme. Miro a mi alrededor en busca de Jack y silbo para que venga. Salta al sofá y apoya la cabeza en mi regazo, y yo se la acaricio distraídamente mientras Carlisle cambia de canal una y otra vez, con el mando en una mano y un cigarrillo en la otra. Entonces, se detiene en uno.

«Es cierto, Roger, la campaña de Matt Hamilton de este año ha supuesto una

hazaña impresionante hasta, bueno, ese incidente...», dice el presentador, y yo cojo el mando y apago el televisor, mirando a Charlotte en silencio.

Me molesta que la prensa especule sobre ella y hoy no tengo paciencia para esto.

Sus ojos de color azul cristalino me observan y un rubor colorea sus adorables mejillas.

«Ya no podré besar esas mejillas sonrojadas». De repente, la sensación de impotencia también me molesta.

La habitación se sume en el silencio y yo tiro el mando a un lado. Carlisle enciende otro cigarrillo junto a la ventana, y yo dejo a Jack en el sofá y me uno a él. Casi oigo el tictac del reloj en mi cabeza cuando Mark irrumpe en la habitación.

Tic-tac-tic-tac.

—La participación de estas elecciones no tiene precedentes —empieza a decir Mark.

Charlotte me mira con impotencia durante un segundo y nuestras miradas se cruzan. La emoción en la voz de Mark aumenta el entusiasmo de las personas que están en la habitación.

—Has ganado en tantos estados que ya tienes el voto del colegio electoral.

Unos gritos ahogados y chillidos siguen a la declaración.

—¡Hostia puta!

—¡Dios mío!

—Joder, ¡lo sabía! —exclama Carlisle.

Durante el segundo que tarda mi cabeza en procesar lo que he oído, veo a mi padre. Está de pie en la habitación y sonríe con orgullo, como cuando hablaba de mí, mientras le dice a Charlotte: «Algún día, será presidente».

Mis ojos tienen voluntad propia y se desvían hacia Charlotte.

Tiene la vista fija en su regazo y una sonrisa en los labios, pero una lágrima le cae por la mejilla. Entonces, se pone en pie para encararme. También parece que tarda un momento en comprender del todo lo que acaba de oír. Observo como se seca la lágrima, da saltitos de alegría como una niña y se estrecha las manos... es la mujer más sexy que he visto jamás. Seguro que tiene el pulso acelerado. De repente, tengo ganas de besarla, quiero tocar su cuerpo y estar dentro de ella.

Mantiene la distancia y deja que los demás se acerquen a mí primero para felicitarme.

Hay abrazos, vítores y aplausos, y Carlisle enciende la televisión para obtener más confirmaciones. Yo miro la pantalla, decidido a cuidar de lo que se me ha dado. Estados Unidos es mío.

Carlisle me abraza, estrecho muchas manos y todo el mundo me felicita.

—¡Matt! Ha llegado el momento de abrir el champán.

Alguien trae la botella que les dije que se llevaran antes.

Charlotte se queda atrás y no se acerca hasta que todo el mundo en la habitación me ha dicho algo; su voz no la traiciona.

—Estás así de cerca de convertirte en presidente, Matt —dice, y hace un gesto con los dedos ligeramente separados.

Sonrío y pienso para mis adentros:

«No tan cerca como estaba de decirte que yo también te quiero».

Es la última en abrazarme y, tras estrechar su pequeña figura entre mis brazos, se aparta apresuradamente. Charlotte se asegura de que nuestro abrazo dure el mismo tiempo que el de los demás.

No es suficiente.

La sigo abrazando con los ojos cuando se aleja. Recoge sus cosas, se coloca un precioso mechón de cabello pelirrojo detrás de la oreja y desaparece.

Nunca he tenido tan claro el precio que he pagado por mi victoria.

Continuará...

Playlist

Hall of Fame de The Script

Close de Nick Jonas

Make Me Like You de Gwen Stefani

Talk Me Down de Troye Sivan

If I Had You de Adam Lambert

Something In the Way You Move de Ellie Goulding

Tear in My Heart de Twenty One Pilots

Come Down to Me de Saving Jane

Secret Love Song de Little Mix (con Jason Derulo)

Forbidden Love de The Darkness

Perfect Ruin de Kwabs

You're Beautiful de James Blunt

The Reason de Hoobastank

Queridos lectores

Muchas gracias por darle una oportunidad a mi serie *La Casa Blanca*. La historia de Matt y Charlotte me obsesionó desde el principio y he estado trabajando sin cesar para traeros la secuela lo antes posible. Ha sido una experiencia fabulosa para mí, diferente, emocionante y llena de esperanza y pasión. Me muero por compartir la segunda y última entrega del intenso romance entre Matt y Charlotte.

Gracias por vuestro apoyo y por el entusiasmo que mostráis por mi trabajo.

Besos y abrazos,

Katy

Agradecimientos

Casi no me creo que haya escrito este libro. Lo empecé el año pasado y trabajaba en él esporádicamente. A veces pensaba que sería un proyecto únicamente para mí, otras veces me consumía tanto que no me importaba lo que pasara con él. Entonces, lo terminé, pero estaba ansiosa por empezar con el siguiente y fui incapaz de no compartirlo.

Este libro es para Amy, que es increíble: la mejor representante, asesora y amiga. Me siento bendecida por contar con ella y con todo el fantástico equipo de Jane Rotrosen Agency.

Tampoco podría haber hecho esto sin el amor y el apoyo de mi familia y el de muchas otras personas que han contribuido en mayor o menor medida a mi trabajo como escritora.

Muchísimas gracias a mi editora Kelli Collins y a Sue Rohan por su asesoramiento, a Gwen Hayes, a mi correctora Lisa, a mi correctora de pruebas Anita Saunders y a mis lectoras beta Nina, Angie, Kim J., Kim K., Jenn, Monica, Mara y CeCe.

A la fabulosa Nina y a todo el equipo de Social Butterfly PR; señoritas, sois fenomenales. Gracias por emocionaros tanto por mis libros como yo y por todo lo que hacéis.

A Melissa, gracias por todo, y a Gel, gracias por el increíble apoyo y el material de promoción.

Gracias a mi fabulosa editorial de audiolibros S&S Audio y a mis editoriales extranjeras por traducir mis historias para que se lean en todo el mundo.

A Julie de JT ForMatting y al diseñador de cubierta, James, de Bookfly Covers, ¡has hecho un trabajo fantástico!

Blogueras y blogueros, os agradezco mucho vuestro apoyo y el entusiasmo

que mostráis por leer mis obras. Siempre me alegráis el día cuando elegís compartir y promocionar mi trabajo entre tantas historias maravillosas que compartir, leer y criticar. ¡Gracias!

Y a mis lectoras y lectores. Siempre os tengo en mente, cada vez que escribo. Cuando llego a partes que me hacen sonreír o que me provocan *otras* cosillas, pienso para mí misma: «Me pregunto si sentirán esto, *exactamente* como lo hago yo». Mi meta es que sea así siempre, por lo que agradezco todas las oportunidades que me dan para arrastraros a mi mundo.

Gracias por vuestro apoyo y cariño. Gracias a todos los que habéis elegido, compartido y leído este libro.

Katy

Sobre la autora



Katy Evans creció acompañada de libros. De hecho, durante una época eran prácticamente como su pareja. Hasta que un día, Katy encontró una pareja de verdad y muy *sexy*, se casó y ahora cada día se esfuerzan por conseguir su particular «y vivieron felices y comieron perdices». A Katy le encanta pasar tiempo con la familia y amigos, leer, caminar, cocinar y por supuesto, escribir. Sus libros se han traducido a más de diez idiomas y es una de las autoras de referencia en el género de la novela romántica y erótica.

**Gracias por comprar este ebook. Esperamos que
hayas disfrutado de la lectura.**


Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo?

Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo.

Elizabeth ha perdido a su marido.

Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir.

Necesitan recordar lo que se siente al querer.

Solo así podrán volver a respirar.

La novela romántica revelación en Estados Unidos

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias?

Jennifer es abogada.

Ian es economista.

Y se odian.

Un cliente los obliga a trabajar juntos.

¿Y si del odio al amor solo hay un paso?

Premio Bancarella de los librereros italianos
Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

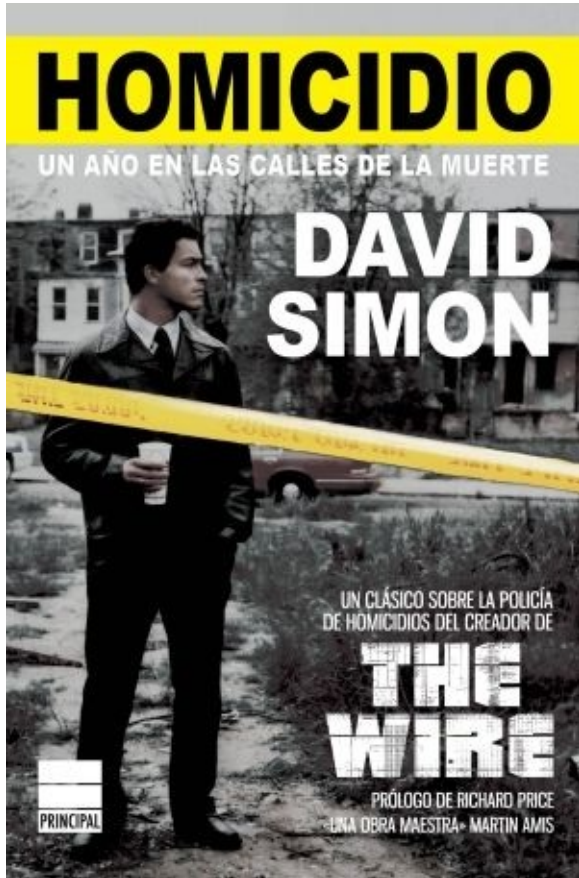
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David

9788416223480

784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos.

David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años.

Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable.

Una joven con los sueños rotos.

Una combinación explosiva.

Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo.

La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EN REALIDAD,
NUNCA
ESTUVISTE AQUÍ



JONATHAN

AMES

Una novela del creador de *Bored to Death*

En realidad, nunca estuviste aquí

Ames, Jonathan

9788416223329

96 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un héroe cuya arma favorita es un martillo... claramente tiene problemas

Joe es un ex marine y ex agente del FBI, solitario y perseguido, que prefiere ser invisible. No se permite ni amigos ni amantes y se gana la vida rescatando jóvenes de las garras de los tratantes de blancas.

Un político lo contrata para que rescate a su hija de un burdel de Manhattan, y entonces Joe descubre una intrincada red de corrupción que llega a lo más alto. Cuando los hombres que lo persiguen acaban con la única persona que le importa en el mundo, abjura de su voto de no hacer daño a nadie. Y si alguien puede abrirse paso hasta la verdad a fuerza de cadáveres, ese es Joe.

En realidad, nunca estuviste aquí es un homenaje a Raymond Chandler y a Donald Westlake y su serie sobre Parker. En esta dura y emocionante novela, Ames desafía los límites de la novela negra y crea un protagonista demoledor y psicológicamente perturbado que salva a otros pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)